

encuentro

DE LA CULTURA CUBANA



HOMENAJE A ANTONIO BENÍTEZ ROJO

HAROLDO DILLA

Municipios, crisis y reforma económica en Cuba

CHRISTOPHER SABATINI

Las políticas posmodernas y sus partidos

SOLEDAD LOAEZA

Europa en España para México

DOSSIER

EXAMEN DE LA CRISIS

invierno de 2001-2002

23

6,5 €

REVISTA
encuentro
DE LA CULTURA CUBANA

DIRECTOR

Jesús Díaz

REDACCIÓN

Velia Cecilia Bobes

Elizabeth Burgos

Manuel Díaz Martínez

Josefina de Diego

Carlos Espinosa

Antonio José Ponte

Rafael Rojas

EDITA

ASOCIACIÓN ENCUENTRO

DE LA CULTURA CUBANA

c/ Infanta Mercedes 43, 1º A

28020 • Madrid

Tel.: 91 425 04 04 • Fax: 91 571 73 16

E-mail: asociacion@encuentro.net

COLABORADORES

Ladislao Aguado • Eliseo Alberto • Rafael Alcides •
Ramón Alejandro • Carlos Alfonso T • Rafael Almanza •
Eliseo Altunaga • Alejandro Anreus • Armando Añel •
Uva de Aragón • Helena Araújo • Jorge Luis Arcos •
Joaquín Badajoz • Gastón Baquero † • Carlos Barbáchano •
Jesús J. Barquet • Víctor Batista • José Bedia •
Francisco Bedoya • Juan F. Benemelis • Antonio Benítez Rojo •
Beatriz Bernal • Marta Bizcarrondo • María Elena Blanco •
Joshua W. Busby • Atilio Caballero • Madeline Cámara •
Wilfredo Cancio • Mons. Carlos Manuel de Céspedes •
Luis Cruz Azaceta • Cristóbal Díaz Ayala • Eliseo Diego † •
Haroldo Dilla • Antonio Elorza • Carlos Espinosa •
Oscar Espinosa Chepe • Magaly Espinosa •
María Elena Espinosa • Abilio Estévez • Tony Évora •
Miguel Fernández • Lino B. Fernández • Joaquín Ferrer •
Alex Fleites • Leopoldo Fomés • Luis Manuel García •
Emilio García Montiel • Flavio Garcandía •
Alberto Garrandés • Florencio Gelabert •
Lourdes Gil • Roberto González Echevarría •
Mariela A. Gutiérrez • Pedro Juan Gutiérrez •
Ernesto Hernández Busto • Emilio Ichikawa • Andrés Jorge •
José Kozler • Glenda León • Soledad Loaeza • César López •
Eduardo Manet • Baltasar Martín • Carmelo Mesa-Lago •
Julio E. Miranda † • Juan Antonio Molina •
Carlos Alberto Montaner • Robin Moore • Gerardo Mosquera •
Eusebio Mujal-León • Eduardo Muñoz Ordoqui •
Iván de la Nuez • Carlos Olivares Baró • Joaquín Ordoqui •
Heberto Padilla † • Enrique Patterson • Mario Parajón •
Gina Pellón • Marta María Pérez Bravo • Marifeli Pérez-Stable •
Gustavo Pérez Firmat • Enrique Pineda Barnet •
Ena Lucía Portela • José Prats Sariol • Tania Quintero •
Sandra Ramos • Alberto Recarte • Enrique del Risco •
Miguel Rivero • Raúl Rivero • Guillermo Rodríguez Rivera •
Efraín Rodríguez Santana • Martha Beatriz Roque •
Christopher Sabatini • Enrique Saínz • Baruj Salinas •
Miguel Ángel Sánchez • Tomás Sánchez • Enrico Mario Santi •
Fidel Sendagorta • Ignacio Sotelo • Ilán Stavans •
Jaime Suchlicki • John Updike • Armando Valdés • Jorge Valls •
Aurelio de la Vega • Carlos Victoria • Fernando Villaverde •
Alan West • Yoss (José Miguel Sánchez) • Rafael Zequeira •

■ **Homenaje a Antonio Benítez Rojo** ■

LAFCADIO HEARN, MI TÍA GLORIA Y LO SOBRENATURAL

Antonio Benítez Rojo • 5

Antonio Benítez Rojo

ENTREVISTO por Encuentro • 9

MUJER EN TRAJE DE BATALLA

Roberto González Echevarría • 16

CUENTOS DE UNA ISLA QUE SE REPITE

Carlos Victoria • 19

CRÓNICA DE UNA AMISTAD

Ilán Stavans • 22

SOBRE *EL MAR DE LAS LENTEJAS*

John Updike • 28



EL ISLAM: LAS RAÍCES DEL TERRORISMO

Juan F. Benemelis • 33

PRESENCIA Y AUSENCIA DE UNA REVISTA DE POESÍA

César López • 46

LAS CARTAS DE UN ENAJENADO EN EL TRÓPICO

Alejandro Anreus • 51

■ **Miradas polémicas** ■

ARTE Y ARQUITECTURA: UN DIVORCIO A LA CUBANA

Baltasar Martín • 55

UNA ISLA EN PALABRAS

Guillermo Rodríguez Rivera • 62

■ **Poesía** ■

PRESENTACIÓN DEL OLVIDO

Emilio García Montiel • 65

■ **Visión de América** ■

EUROPA EN ESPAÑA PARA MÉXICO

Soledad Loaeza • 69

LAS POLÍTICAS POSMODERNAS Y SUS PARTIDOS

Christopher Sabatini • 74

■ **Dossier** ■

Examen de la crisis

LOS SUICIDIOS DE LA BURGUESÍA CUBANA

Y EL DILEMA DEL FUTURO

Jesús Díaz • 86

23

invierno 2001/2002

CUBA EN EL ÍNDICE DE DESARROLLO HUMANO
EN LOS 90: CAÍDA, REBOTE MILAGROSO Y EXCLUSIÓN
Carmelo Mesa-Lago • 89

¿MUCHO RUIDO Y POCAS NUECES? EL CAMBIO
DE RÉGIMEN POLÍTICO EN CUBA
Eusebio Mujal-León / Joshua W. Busby • 105

LA CUBA DE CASTRO: MÁS CONTINUIDAD QUE CAMBIO
Jaime Suchlicki • 125

LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA EN CUBA.
ALGUNAS CONSIDERACIONES ECONÓMICAS
Martha Beatriz Roque • 142

PARA SALIR DE LA CRISIS
Oscar Espinosa Chepe • 156



OLVIDAR SANDINO / Andrés Jorge • 165

■ En proceso ■

LA FIEBRE DE LA RUMBA / Robin Moore • 175



NI SALSAS NI SON, BAILA CON TIMBA
Carlos Olivares Baró • 195

■ Textual ■

MUNICIPIOS, CRISIS Y REFORMA ECONÓMICA EN CUBA
Haroldo Dilla • 199

■ Cuentos de Encuentro ■

DE SARGADELOS
Alex Fleites • 207

ABRIL DE WHISKY Y VIERNES EN LAS ROCAS
Ladislao Aguado • 219



CINE CUBANO: NADA / Antonio José Ponte • 227

■ Buena Letra ■
241

■ Cartas a Encuentro ■
265

■ La Isla en peso ■
269

DISEÑO GRÁFICO
Carlos Caso

MAQUETACIÓN
KSO comunicación

IMPRESIÓN
Navagraf, S.A., Madrid

Ejemplar: 6,5 €
Ejemplar doble: 13 €
Precio de suscripción (4 núm.):
España: 26 €
Europa y África: 40 €
América, Asia y Oceanía:
\$ 55.00 / 62 €

No se aceptan
domiciliaciones bancarias.

ENCUENTRO DE LA CULTURA CUBANA ES UNA
publicación trimestral independiente
que no representa ni está vinculada a
ningún partido u organización política
dentro ni fuera de Cuba.

Las ideas vertidas en cada artículo son
responsabilidad de los autores.
Todos los textos son inéditos, salvo
indicación contraria.
No se devolverán los artículos que no
hayan sido solicitados.

D.L.: M-21412-1996
ISSN: 1136-6389

Portada e interior,
Tomás Sánchez

Portada
Hombre crucificado en el basurero.
Acrílico sobre tela (1992)



Homenaje a
Antonio Benítez Rojo

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Benítez Rojo', with a stylized flourish at the end.



Lafcadio Hearn, mi tía Gloria y lo sobrenatural

Antonio Benítez Rojo

HACE MUCHOS AÑOS, CUANDO LOS VERANOS ERAN todavía largos y yo cazaba ciervos en mi traspatio con un sombrero Robin Hood, mi tía Gloria me regaló un libro titulado *Cuentos de hadas japoneses*. Acepté el libro con un silencio condescendiente y, sin abrirlo, lo tiré en el cajón de los juguetes viejos; allí yacían, en un montón indiferenciado, diez o doce libros llenos de castillos, gigantes, hadas, brujas y enanos, que hasta hacía poco habían merecido mi atención. Los meses pasaron, y con ellos también pasaron las emocionantes páginas de *Los tres mosqueteros*, *El Capitán Blood* y *El último de los mohicanos*. Recién había descubierto a Julio Verne cuando algo terrible ocurrió en Pearl Harbor. De repente estábamos en guerra y todo el mundo hablaba cosas malas de los japoneses. Hiro-Hito, Zero, Tokio, Tojo y Banzai, entraron en nuestro vocabulario cotidiano. Recuerdo que la palabra harakiri se puso muy de moda en mi colegio cuando un tipo de quinto grado, al recibir un suspenso en matemáticas, se arrodilló frente al Padre García y se clavó un lápiz en la barriga. En la cuadra se jugaba cada vez menos a la pelota; ahora preferíamos caminar media milla hasta los salvajes terrenos del Monte Barreto —súbitamente convertidos en la península de Bataán— donde los roles de Robert Taylor, Thomas Mitchel y Lloyd Nolan, junto con el de media docena de anónimos japoneses, se distribuían al azar antes de librar encarnizadas batallas con granadas de barro. Luego supimos de la Marcha de la Muerte, y nos alegramos cuando alguien trajo la noticia de que los japoneses no eran cristianos y se irían todos al infierno.

Sí, debo confesar, para aquel grupo de muchachos de La Habana de la década de 1940 lo último que se podía ser en la vida era un japonés; nada había entonces en el mundo que pudiera ser más malvado, más cruel, más traicionero, ni siquiera un nazi de la Gestapo. ¿Qué me hizo buscar y leer los *Cuentos de hadas japoneses*? No sé. No puedo recordar. Probablemente la conjunción de un día de lluvia con la curiosidad natural que despierta todo enemigo. El caso es que leí aquellos cuentos una y otra vez; los leía de noche, en secreto, cuando todos en la casa ya dormían; los leía y releía experimentando esa rara mezcla de atracción y rechazo que produce la poesía del miedo. Lejos estaba de pensar que aquello nuevo y estremecedor que entraba en mi vida era todo un género literario. Para mí se trataba exclusivamente de cuentos de hadas japoneses, cuentos de hadas donde no había hadas sino muertos; cuentos que después de apagar la luz me hacían hundir la mirada, con el alma en suspenso, en los rincones del cuarto en busca de samurais fantasmagóricos y mujeres de caras pavorosamente blancas; cuentos que se repetían en mis pesadillas o me hacían despertar de un salto con la absoluta seguridad de que alguien del más allá había gritado mi nombre. Muchas veces, posiblemente atormentado de culpa por mi adicción —después de todo se trataba de algo que venía del Japón—, había probado leer a Verne o a Salgari o las divertidas aventuras de Guillermo Brown. Pero si bien esos libros me entretenían de día, nada podía compararse con el aterrador placer de leer «Una taza de té» o «La cabellera negra» mientras el reloj de péndulo del comedor daba la media noche. Me consolaba pensar que aquellas historias no habían sido escritas por un japonés; las firmaba un tal Lafcadio Hearn, según tía Gloria un escritor americano.

Supongo que mis relaciones con tía Gloria se hubieran estrechado con el tiempo. Pero la epidemia de tifus que azotó a La Habana en el verano de 1943 alcanzó la casa de mi abuelo, y tía Gloria murió tras dos semanas de enfermedad. Nunca supe mucho de ella. Barajada entre otras seis hermanas de mi madre, había sido hasta entonces una tía más, un beso en la mejilla, unas palmaditas en el hombro y un gratificador «Cómo ha crecido este niño desde la última vez que lo vi.» Después de su muerte supe que trabajaba en una tienda de sombreros y que se iba a casar con un policía. De ella solo quedó una foto coloreada a mano —la película de color había de llegar a Cuba con el aire acondicionado y la penicilina— que le hacía muy poco favor. No obstante, a pesar de estos lugares comunes, tía Gloria tendría que haber tenido algo especial: fue la única de mis tías que me regaló un libro.

Un día nos enteramos de que la guerra había terminado y de que el mundo había entrado en la edad atómica. Por entonces había aprendido a bailar, tomaba clases de guitarra, besaba a las muchachas en el cine y jugaba segunda base en el equipo de pelota del colegio. Pero, además de hacer más o menos bien lo que se esperaba de mí, leía hasta la madrugada y daba largos y solitarios paseos en botes de vela donde mi imaginación se desataba y volaba atrevidamente. Poco a poco mi adicción a los terrores nocturnos fue disminuyendo, posiblemente porque de tanto imaginarme fantasmas en mi cuarto, alcancé a verlos con discreta regularidad, entre ellos el de tía Gloria,

siempre pensativo y vistiendo un ropón holgado y lechoso; sus pies, por alguna regulación del mundo de los espíritus, era la parte de su cuerpo que más se resistía a materializarse. En cualquier caso, fui tomando lo sobrenatural como algo perfectamente natural en mi vida; algo que ocurría tanto de noche como de día; algo cuya existencia, si bien incontrolable, debía dar por sentado, sin preocuparme mucho por hacer distinciones entre si alguna presencia que se esfumaba ante mis ojos era real o imaginaria. Lafcadio Hearn había dejado su huella en mí, y había de ser una huella permanente, pues me había abierto la ventana más allá de la cual se extendía el excitante y misterioso paisaje de lo inexplicable.

Mi adolescencia —y buena parte de mis años de adulto— transcurrió como la de la mayoría de la gente, es decir, luchando por ganarme la vida y por labrarme un futuro que me permitiera constituir una familia —quiero decir con esto que fui (y aún soy) un hombre práctico—. Pero también transcurrió entre libros que intentaban explicar, a través de la metafísica, la complejidad del universo y el rol del espíritu humano sobre la tierra. Leí toneladas de libros místicos y esotéricos; ninguna doctrina espiritual de importancia me fue del todo ajena, como tampoco lo fue ninguna disciplina mántica, desde la astrología hasta el tarot. Llegó un día, sin embargo, en que mi búsqueda tomó otro rumbo, y ese rumbo no quedaba fuera de mí mismo. Así, llegó el momento en que comprendí que toda la realidad, desde aquella que nos resulta natural hasta aquella que llamamos sobrenatural, desde la más elemental de las partículas de materia hasta la presencia inconmensurable de Dios, estaba contenida en mi propio ser. Más aún, comprendí que mi vida hasta entonces, lejos de haber tenido dos ventanas como yo suponía —una que miraba hacia las cosas prácticas y otra que miraba hacia lo sobrenatural— había sido siempre una sola y misma vida, una sola y gran ventana. Al decir esto no trato de imponer mi opinión sobre la de nadie. Solo digo que esa es mi propia y modesta experiencia, y que tal experiencia o verdad, por minúscula que sea, empezó a ser construida en las noches en que, temblando de placer y de miedo, leía los cuentos *kwaidan* de Hearn.

En el verano de 1964 decidí ser un escritor. Fue una decisión fácil de tomar. Hasta entonces me había ganado la vida como economista, pero mi entrenamiento poskeynesiano no encajaba dentro del rígido sistema de planificación central que había adoptado la Cuba socialista. ¿Qué rumbo tomar? La respuesta a esta pregunta entró en mi vida de la manera abrupta y eficaz con que suelen manifestarse las cosas del destino. Me fracturé dos vértebras en un accidente, y ya solo fue cuestión de guardar cama por tres meses, de aburrirme de leer y de oír música, y de pedirle a mi esposa Hilda que, antes de que se fuera al trabajo, me pusiera arriba la mesita portátil donde me servían la comida y me alcanzara un lápiz, un sacapuntas y un block de papel.

Mi primer cuento fue lamentable —el personaje principal entraba en un autobús lleno de gentes que ignoraban que habían muerto. De mis siguientes intentos lo mejor es no hablar. «Creo que tienes talento para lo fantástico», me dijo un amigo que me visitaba los domingos, «pero hay algo en tus cuentos

que no funciona bien». La próxima vez que vino me alargó un libro que había sacado de la Biblioteca Nacional. «Lee el artículo que te marqué», me dijo dejando el libro sobre la cama. Para mi sorpresa, resultó ser un ensayo de Lafcadio Hearn sobre la literatura y lo sobrenatural. Lo leí con la avidez de un hechizado, o mejor, de un predestinado, pues al leer las primeras líneas supe que mi verdadera vocación era la literatura. Hearn enseguida me hizo ver cuál había sido mi error. Nada de lo que rodeaba la literatura fantástica —fantasmas, el miedo del protagonista, el efecto *uncanny*, el suspense— debía ser copiado de la obra de otro autor. Para escribir con éxito sobre lo sobrenatural —afirmaba Hearn— había que ser auténtico; uno debía depender no de los fantasmas de otro, sino de sus propios fantasmas; no del miedo sufrido por un personaje ajeno, sino del terror a lo sobrenatural experimentado por uno mismo. Y si nada semejante había ocurrido en nuestras vidas, siempre se podía recurrir a los sueños, tomar como modelos nuestras propias pesadillas.

En 1966 terminé mi primer libro de cuentos; la mayoría de ellos eran fantásticos y seguían el consejo de Hearn. Envié el manuscrito a un concurso literario de prestigio. No tenía la menor esperanza de ganar el premio —¿Quién iba a premiar un libro donde el fantasma de un suicida deambulaba por La Habana sin saber que es invisible a los demás, o bien un hombre maduro y culpable era llamado a otra realidad por su propio doble, o bien una mariposa imposible destruía minuciosamente la vida de los que pretendían cazarla?—. Me conformaba con saber que mi libro había llegado a los finales. Si tal cosa no ocurría, continuaría trabajando como economista; si aparecía entre los finalistas, dejaría los números y me dedicaría a las letras.

Y bien, desde aquella colección de cuentos —premiada en definitiva— hasta mi última novela, han pasado muchos años. Mi lozanía de entonces ha sido barrida por las arrugas, la calvicie y algún que otro diente postizo. Algunas cosas, sin embargo, no han envejecido: mi gusto por lo extraordinario y mi agradecimiento a tía Gloria, cuyo fantasma entrañable jamás he vuelto a ver.

Antonio Benítez Rojo

ENTREVISTO

por Encuentro

ENCUENTRO: *Antonio, tu infancia se dividió entre Panamá y Cuba, entre Ciudad de Panamá y La Habana. ¿Tuvo esto que ver con tu vocación y tu destino como estudioso del Caribe?*

ANTONIO BENÍTEZ ROJO: Mucho. Henry Morgan, el bucanero inglés, saqueó e incendió la antigua Ciudad de Panamá, dejándola convertida en un montón de ruinas. En los años treinta estas ruinas, que hoy están dentro del perímetro de la ciudad, quedaban un tanto alejadas y literalmente cubiertas de nubes de mosquitos transmisores de la malaria, enfermedad muy temida entonces. El lugar despertaba en mí la fascinación que tiene lo maldito, lo prohibido, y pedía constantemente a mi padre que me llevara a ver Panamá Viejo a través de las ventanillas cerradas de su Studebaker. También, durante un tiempo, vivimos en la ciudad de Colón, en el Caribe, que queda cerca de los viejos muros y fortalezas de Portobelo, donde atracaban los galeones para embarcar el oro y la plata que venía del Perú a través del istmo. Portobelo también fue atacado varias veces por corsarios, entre ellos Francis Drake. Naturalmente, hay un folklore oral, muy vivo en mi infancia, que habla de todos estos ataques. El caso es que, cuando llegaba a La Habana (mi madre viajaba a La Habana en el verano y en las navidades), me encontraba con los castillos y fortalezas del Morro, la Punta, la Fuerza, la Cabaña, y esta continuidad de antiguos parapetos y cañones, unida a una común tradición de saqueos, por fuerza tuvo que haber dejado en mi mente la idea de un pasado aventurero y heroico a la vez. Pienso que mi curiosidad por el pasado, por buscar en la historia las claves del Caribe, se debe mucho a la curiosidad que me producían, y aún me producen, las armas antiguas, las murallas y garitas, las historias de corsarios y piratas. Mas aún, debido a que mis primeros recuerdos ocurren a bordo de los barcos de la Dollar Line y la Grace Line, que viajaban del Atlántico al Pacífico, el mar abierto, las navegaciones, la vista de tierra —a La Habana se llegaba de noche, la farola del Morro barriando la cubierta del barco, las luces de la ciudad brillando en la lejanía, acercándose cada vez más— dejaron en mí la idea de un mundo acuático, conectado marítimamente a la manera de un archipiélago, que domina hoy en día mis opiniones sobre el Caribe, incluso las que tienen que ver con la cultura.

E.: ¿Qué otros recuerdos conservas de estos lugares?

A.B.R.: De Panamá pienso que el cine es lo más importante. Mi padre y un italiano de apellido Pernas eran dueños de varios teatros, tanto en Ciudad de Panamá como en Colón. De manera que mis primeros años transcurrieron felizmente entre funciones de cine, que allá empezaban a las diez de la mañana. A diferencia de otros niños de clase media que tenían manejadoras, la persona que me cuidaba era un negro de Barbados llamado Ray, que en las noches trabajaba como acomodador en uno de los cines. Así, Ray y yo veíamos no menos de una película diaria, muchas veces la misma. Recuerdo especialmente *El Capitán Blood*, obviamente mi película preferida, con Errol Flynn, mi héroe hasta el Bogart de *Casablanca*. También *Las Cruzadas* y *Los últimos días de Pompeya...* *La carga de los 600*, *Motín a bordo*, *Sueño de una noche de verano*, *Tres lanceros de Bengala*, el musical *Rose Marie*, con Jeanette McDonald y Nelson Eddy, y otras más. Mi memoria es buena y puedo recordar escenas de todas estas películas. Tal vez me ayude el hecho de que mi padre, hombre de muchas lecturas y gran imaginación, tenía ideas publicitarias muy creativas. Por ejemplo, cada vez que estrenaba una película de importancia, organizaba un desfile por las calles de Panamá. Recuerdo el de *Las Cruzadas*, los hombres marchando con armaduras de cartón y hojalata, envueltos en pedazos de sabanas pintados con una cruz roja. La Habana era otra cosa. Parábamos en casa de mi abuelo, en la calle Rodríguez, que sale a la Calzada de Jesús del Monte. Allí se vivía en medio de la miseria, pues mi abuelo, totalmente arruinado, tenía por único ingreso su pensión de alférez del Ejército Mambi. Con eso, unido a lo poco que ganaba mi tía Gloria como dependienta en una tienda de sombreros, se sostenía toda la familia, es decir, mi abuela, mis tíos Sergio y Alberto y mis tías Dulce y Georgina, todos estudiantes. Pero había más gente. Estaba la vieja Felipa, una antigua esclava de mi bisabuelo que había optado por permanecer en la casa, y Norberto, un muchacho negro que había sido adoptado de la Beneficencia, el asilo de huérfanos. Además, en la segunda planta vivía mi tía Rita con su esposo y mi primo Roberto, que era de mi edad. Ellos constituían una familia independiente y cuando llegábamos dormíamos en una de las dos habitaciones de que disponían. No obstante, casi siempre estábamos todos abajo, pues la escalera salía de la sala de la casa. Pero bien, el caso es que yo lo pasaba muy bien allí. Todas mis tías solteras tenían pretendientes que las visitaban a diario. En aquellas veladas se jugaba a las prendas, se cantaba, se recitaba, se ponía a funcionar una carcomida pianola y se hacían imitaciones de personajes de la radio, digamos la del detective chino Chan-Li-Po. Y ahora que menciono la radio, no puedo menos de recordar los episodios de Manuel García, Rey de los Campos de Cuba, y los de El Corsario Negro, adaptación de la novela de Salgari, los cuales escuchaba durante el día junto a mi abuelo, siempre pegado al flamante RCA Victor, el único lujo en aquella humilde casona.

E.: *Me contaste una vez que esa casa estaba poblada de fantasmas que solo tú eras capaz de ver.*

A.B.R.: Fantasmas o no, lo cierto es que veía a gente que no conocía. Y no me refiero a una persona, sino a seis o siete que se movían por toda la casa, o bien se sentaban en el suelo o se recostaban sobre las paredes. Como los pretendientes de mis tías y amigos de mis tíos entraban y salían constantemente, sin contar que siempre había vecinos que venían a escuchar los programas radiales, pensaba que estos desconocidos eran gente de carne y hueso. Un día, sin embargo, me extrañó ver a varios negros y le pregunté a mi tía Dulce quiénes eran. Ella, toda nerviosa, me pidió que los describiera, cosa que hice. Bueno, para qué contarte, mi tía empezó a dar gritos y a regañarme, diciendo que no inventara ese tipo de cosas. El caso es que desde aquel día, los desconocidos desaparecieron y me prohibieron escuchar los cuentos de Felipa, que más adelante supe que eran versiones de pataki yorubas. Pienso que mi gusto por la literatura y el cine de fantasmas viene de esa época, de ese espacio misterioso al cual se me cortó el acceso. Películas como *The Sixth Sense*, *The Others*, obras literarias como *Pedro Páramo*, *Aura*, *Cien años de soledad*, y ciertos cuentos de Cortázar y de autores norteamericanos y europeos, tienen para mí un interés especial, hasta el punto de que uno de los cursos que doy en Amherst College se llama «Lo paranormal en la literatura hispanoamericana.» Eso sin contar que algunos de mis cuentos caen en el género de lo fantástico.

E.: *Eres, entre otras muchas cosas, un musicólogo, pero también un gozador de la música popular. ¿Qué tuvo que ver tu biografía con esa afición, con esos placeres?*

A.B.R.: Ciertamente, no soy un musicólogo. Si sé algo de música fue porque me interesaba conocer ese otro tipo de lenguaje, sus reglas, sus signos, su historia y sus cambios a lo largo del tiempo. Pero aunque aprendí de manera autodidacta solfeo y armonía y conozco el teclado del piano, jamás podría interpretar una pieza. En mi adolescencia aprendí algo de guitarra popular y más adelante tuve oportunidad de tomar clases con el maestro Guyún, que me enseñó los caminos armónicos usados en los boleros de feeling, el bossa nova y el jazz. Durante un tiempo, en los 1960s, toqué guitarra eléctrica con un grupo amateur; éste contaba con piano, bajo, trompeta, alto, batería y bongó, y hasta con una cantante. Todos trabajábamos en campos muy distintos al de la música y solo tocábamos para nosotros y algunos amigos. Ya desde antes de la Revolución me había interesado mucho en el jazz, a mi juicio la expresión más creativa de la música. A pesar de la notable contribución de los músicos y arreglistas cubanos, el jazz era prácticamente desconocido en la Cuba de los cincuenta. Solo recuerdo una tienda con discos de jazz y, en cuanto a programas de radio se refiere, solo había uno, en la radioemisora del Ministerio de Educación. Acaba de morir uno de nuestros pioneros, el pianista Frank Emilio, a quien tuve ocasión de saludar, después de muchos años, en un exitoso concierto que dio el año pasado en el Lincoln Center. También me he encontrado con Paquito D'Rivera y con el guitarrista Carlos Emilio... Ahora bien, me preguntas si la música ha sido importante en mi vida. La respuesta es sí, particularmente en mi oficio de escritor y en mi manera de

ver el Caribe. De los tres elementos de la música, melodía, armonía y ritmo, los que más me interesan son los dos últimos. La composición de una frase literaria, en mi caso, tiene mucho que ver con el hallazgo de una progresión de acordes. En cuanto al ritmo, pienso que es de suma importancia para todos los escritores caribeños, independientemente del idioma en que escriban. Esto, naturalmente, viene de la asimilación de ciertos componentes de las culturas africanas, culturas esencialmente rítmicas, cuya presencia se observa no solo en las Antillas, sino además en Brasil, en los Estados Unidos, en las zonas costeras de Sudamérica y en cualquier parte donde la esclavitud africana haya tenido importancia.

E.: *En tu juventud pasaste una temporada en Estados Unidos. ¿Por qué saliste de Cuba?*

A.B.R.: Quizás por altruismo. Mi interés profesional entonces estaba dirigido hacia la economía y la planificación económica. Piensa que pertenezco a una generación que observó el proceso de descolonización que siguió a la Segunda Guerra Mundial, el surgimiento de nuevas naciones en África y Asia y la invención de los términos «Tercer Mundo» y «países en vías de desarrollo». Mi sueño era contribuir a mejorar la situación económica de esos países. En el caso concreto de Cuba, lamentaba la dependencia al monocultivo de la caña de azúcar, producción estacional que impedía liquidar el desempleo y el subempleo. En la Universidad de La Habana no existía en aquella época la carrera de Economía. Lo que más se parecía era Ciencias Comerciales, en cuyos cursos me había matriculado durante cuatro años. Supongo que eventualmente me habría graduado, pero ocurrió que supe de unas becas que concedían las Naciones Unidas para estudiar estadísticas en los Ministerios de Comercio y de Trabajo en Washington. También me matriculé en cursos de Matemáticas avanzadas y Planificación en la American University.

E.: *¿Por qué regresaste?*

A.B.R.: Cuando terminé esos estudios la situación política en Cuba era crítica. Hablo del año 1958, y según las cartas que recibía de La Habana, la dictadura de Batista estaba a punto de caer. Las probabilidades de que las ideas lanzadas por Fidel Castro desde la Sierra Maestra se materializaran —hablo de proyectos como la reforma agraria, la nacionalización de las empresas de servicio público, la liquidación de la corrupción administrativa, la puesta en vigor de la Constitución de 1940, etc.— me parecieron factibles. Así, en lugar de solicitar uno de los puestos de técnico en estadísticas laborales que ofrecía la Organización Internacional del Trabajo, que me hubiera llevado a algún otro país del Tercer Mundo, decidí regresar a Cuba. Después de todo, me preguntaba, ¿qué mejor lugar que mi patria para ofrecer mis servicios? El caso es que, casi inmediatamente después del triunfo de la Revolución, mis expectativas se convirtieron en realidad: fui nombrado Director de Estadísticas en el Ministerio del Trabajo.

E.: *¿Cuándo y por qué te desilusionaste del castrismo?*

A.B.R.: La desilusión fue gradual. Para empezar, nada de lo que había estudiado —estadísticas de población, productividad, empleo, salario, costo de la

vida, accidentes de trabajo— cabía dentro del modelo soviético que seguía el Gobierno. No obstante, me gustaba pensar que, al ver que aquellas medidas injustas y demenciales no funcionaban, Fidel Castro optaría por privatizar la agricultura, el comercio y gran parte de la industria, siguiendo el patrón de capitalismo de estado y socialismo democrático que existía en algunos países de Europa Occidental. Por otra parte, mi vida se volvió más compleja: me casé con Hilda y tuvimos una niña en 1964, que a poco de nacer empezó a tener grandes problemas de salud. Ya no me era posible pensar solamente en mí. No obstante, en 1968, demostrado ya que la aspiración de Castro era convertir a Cuba en un satélite más de la Unión Soviética y continuar una política estalinista por sécula seculórum, decidimos irnos del país. En esa fecha ya no estaba en el Ministerio del Trabajo sino en el Consejo Nacional de Cultura y en la *Revista Cuba*. El año anterior había ganado el premio de cuento de Casa de las Américas con un libro titulado *Tute de reyes* y había decidido continuar escribiendo. Ahora bien, irse de Cuba en aquella fecha era un asunto difícil. La salida de Hilda y mi hija Mari se hizo posible por razones humanitarias. Los médicos llegaron a la conclusión de que el padecimiento de Mari era incurable, al menos allí, y ambas salieron del país gracias a un programa auspiciado por la Cruz Roja y la Embajada Inglesa. Como ya había nacido mi hijo Jorge, que tenía entonces menos de un año, pude conseguir que él también se fuera con Hilda. En cuanto a mí, había ideado un proyecto que no era del todo imposible. Los premios literarios de la Unión de Escritores y Artistas habían dejado de ser dinero para convertirse en viajes a los países socialistas. Si ganaba el premio con un nuevo libro, me podía quedar en cualquiera de los aeropuertos del mundo occidental en que los vuelos hacían escala. Así, escribí una colección de cuentos que titulé *El escudo de hojas secas*. La obra resultó premiada en 1969, pero el viaje me fue denegado. Insistí varias veces, pero fue inútil. Me di cuenta que me costaría Dios y ayuda reunirme con mi familia. Me preparé para una larga espera. Durante siete años estuve en lo que podría llamarse una «lista negra». Mi nombre no era mencionado por los que escribían sobre el cuento en Cuba y no se me publicaba ningún libro. Si me presentaba a algún premio, mi manuscrito o no era leído o se intentaba humillarme. Recuerdo una oportunidad en que el jurado de cuentos de la UNEAC me dio la mención número catorce. En fin, la oportunidad no se dio hasta 1980, cuando se suponía que porque ya se me permitía publicar y era jefe de la editorial de Casa de las Américas y del Centro de Estudios del Caribe, no intentaría vivir fuera del país.

E.: *¿En qué medida puede afirmarse que Cuba es una isla más del Caribe, una «isla que se repite»? ¿No te parece que ciertas zonas de su cultura —Luz y Caballero, Varela, Heredia, Martí, Mañach, Lezama, Diego, Padilla— convierten la isla y a su síntesis, La Habana, en una excepción, en algo mucho más cercano a Buenos Aires y a México que a Kingston o a Paramaribo?*

A.B.R.: Eso depende de la manera en que uno lea la cultura del Caribe. Para mí, ésta desborda ampliamente los límites del Mar Caribe y de su cuenca;

para mí, es una cultura meta-archipelágica que comunica entre sí a todos los continentes; es la cultura global por excelencia, puesto que, en tanto «Isla que se repite» fuimos poblados por gente de todo el mundo que nos dejaron elementos de sus respectivas culturas. Estas ideas no son nuevas: Ortiz las expuso en su *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La mejor manera de apreciar los fenómenos derivados de estas inmigraciones es investigando los objetos transculturados, es decir, casos concretos de nuestra música, nuestras creencias y prácticas religiosas, incluso nuestra literatura, nuestro teatro y nuestra cocina. Ciertamente, se encontrará que los elementos dominantes de la cultura caribeña provienen de Europa y África, pero en el caso de Guyana y Trinidad hay que tomar en cuenta los que corresponden a la India; y en otras naciones, los originarios de China, de Java, de Indochina, y también los de los pueblos autóctonos, los amerindios. En Cuba es frecuente que nuestros espiritistas se comuniquen con taínos y siboneyes, cuyos restos se confunden con nuestra tierra. La santería cuenta con Sanfancón, que es un camino chino de Changó. He oído decir que el tablero de Ifá viene de la China; de allí lo trajo Orula en uno de sus viajes, lo cual nos entrega un sincretismo a partir del tablero del I-Ching. Además, los informantes de Lydia Cabrera nos hablan con detalle de brujerías chinas, jamaíquinas (obeah), haitiana (vodú), isleña (canaria), y el amuleto de azabache, resguardo contra el mal de ojo, nos llegó de Galicia. Pero nuestro complejo sistema cultural no solo se limita a recibir y articular componentes del exterior, sino que también los exporta después de reprocesarlos. Esto se observa principalmente en la música, por ejemplo, la salsa y el llamado jazz latino. Hay que convenir que las claves y el bongó, instrumentos creados en Cuba, suenan por todas las latitudes. Ahora bien, has mencionado los nombres de una serie de intelectuales cuyo pensamiento parece no dar cabida a lo africano. Digo «parece», porque sus obras no suelen ser leídas en esa dirección. Acabo de leer un manuscrito que establece relaciones entre ciertos personajes de Paradiso y los orichas. Yo mismo, sin ir más lejos, encontré la presencia de Eleguá, Changó y Babalú-Ayé en la *Excursión a Vueltabajo* de Villaverde. También pienso que la obra de Martí admite una lectura «mágica», para llamarla de alguna manera. Por otra parte, si Luz y Caballero, Varela y Heredia fueron antiesclavistas y deseaban que los esclavos se integraran a la nación como cubanos, es porque sentían o presentían que su contribución no sería despreciable. Pero aun cuando no lo creyeran, en su época la cultura cubana ya era visiblemente sincrética, lo cual, como sabes, alarmaba a Saco. Claro, repito, la realidad cultural, como toda realidad, no es fija; depende de la percepción de cada uno. Así, habrá muchos que piensen que la cultura cubana es española, como ocurre todavía en República Dominicana e incluso en Puerto Rico. En Barbados la opinión predominante es que la cultura local es inglesa; algo de eso ocurre en Martinica y Guadalupe con respecto a Francia, aunque siempre hay gente que ve más lejos.

E.: *¿Crees que estamos condenados a una estética: «real maravilloso», «realismo mágico», «barroco», «neobarroco»? ¿Cómo definirías tu narrativa?*

A.B.R.: No. Todas las posibilidades narrativas son nuestras. Somos herederos de todas las formas narrativas del mundo. No obstante, pienso que las obras más representativas del Caribe se caracterizan por su ritmo y densidad. Esto no las hace ser barrocas o neobarrocas necesariamente, que son aspectos del texto más bien políticos, aspectos interesados y superficiales, diría yo. Cuando hablo de densidad me refiero al plano de la significación. He dicho en algún lugar que el texto caribeño se distingue por su *performance* múltiple, pues al igual que nuestra música, bailes, creencias y cocina, coexisten en él todo lo que somos, o al menos todo lo que culturalmente es el autor de esa obra. En realidad todo escritor o artista es un intérprete de la realidad que percibe, siendo la nuestra mucho más densa que otras. En cuanto a mi propia narrativa, no es ninguna excepción. No obstante, observo en ella un desplazamiento hacia afuera, hacia lo global: primero fue Cuba, después el Caribe; ahora el mundo, lo cual queda ejemplificado con mi última novela.

E.: *¿Qué te dio y que te quitó el exilio?*

A.B.R.: El exilio me ha dado una genuina amplitud material y espiritual. Digo «genuina» porque hay un tipo de amplitud imaginaria, digamos la amplitud intelectual de Lezama, que es genial pero libresca. He podido viajar por muchos países; he visto frente a mí mucha arquitectura, mucho arte, mucho folklore, mucha arqueología. He visitado y revisitado los principales museos del mundo. Me atrevo a decir que he caminado por la historia de Europa y la de América. He aprehendido y aprendido muchas cosas. El exilio también me ha dado la oportunidad de ser maestro de aquello que mejor conozco y siento más cerca de mí: la literatura. Dar clases y conferencias no es para mí un trabajo; es un placer como pocos. A veces me sorprende de que la universidad donde trabajo me pague una significativa cantidad de dinero por hablar de lo que más me gusta. Pero sobre todo, ya en el plano familiar, el exilio me devolvió a Hilda y a mis hijos; me dio un verdadero hogar. Naturalmente, toda ganancia implica una pérdida. En mi caso, La Habana, el afecto de algunos amigos; en general, la manera de ser del pueblo cubano en su propio entorno.

E.: *El ciclo del azúcar ha terminado y con él la «economía de plantación». ¿Habrá, por fin, un destino para Cuba?*

A.B.R.: Bueno, la plantación nos ha dado muchas cosas que creo que continuarán por muchos años. La Virgen de la Caridad y su compleja significación cultural es un ejemplo; los ritmos yacentes en nuestro sistema musical son otros. Además, si bien es cierto que el azúcar ha cedido el primer lugar al turismo, no es menos cierto que podemos hablar de una nueva amenaza: las «plantaciones de hoteles». Esto es algo verdaderamente horrible que he observado en el sur de Tenerife y Gran Canaria, en las Baleares, en la Costa del Sol, en el barrio francés de Nueva Orleans, en el norte de Jamaica, en Miami Beach... ¡Dios nos guarde de ese destino!

Mujer en traje de batalla

LA MODERNA NOVELA HISTÓRICA LATINOAMERICANA empieza en *El reino de esta mundo*, de Alejo Carpentier, en 1949, y alcanza su máximo esplendor con *El siglo de las luces*, que el mismo autor publicó en 1962. Esta última marcó decisivamente las novelas publicadas por el grupo de escritores del llamado Boom, y las de sus discípulos. *Terra nostra* (1975), de Carlos Fuentes, fue el experimento más amplio y sostenido entre esos libros, y uno de sus más acabados productos *El mar de las lentejas* (1979), de Antonio Benítez Rojo. La característica más notable de esa moderna novela histórica latinoamericana fue tomar sus argumentos y protagonistas de la historia del Nuevo Mundo, pletórica de incidentes y personajes extraordinarios, pero con frecuencia olvidados, que sobrepasaban por su extrañeza y originalidad todo lo que la imaginación podría engendrar. El manifiesto y programa de este movimiento se encuentra en el asendereado prólogo a *El reino de este mundo*, reciclado a principios de los sesenta en el influyente ensayo de Carpentier «De lo real maravilloso americano». Captada por el novelista, la historia americana sería capaz de revelar la identidad americana y la especificidad de su literatura.

La práctica del subgénero puso de moda la investigación histórica, con un ahínco, precisión y amor al detalle no vistos antes en la novela latinoamericana. Era necesario un estricto cotejo de fechas para dar, o revelar, la estructura temporal del devenir histórico. El tegumento imaginativo desarrollaba personajes, dramatizaba encuentros y desencuentros, y suministraba la *petite histoire*, con sus intrigas amorosas y otros sucesos dignos de cualquier vida. Pero el encuadre histórico era verídico y verificable para no violar lo «real» de lo «maravilloso», porque éste depende de aquél. La prosa con frecuencia se hizo algo añeja, remodando la de las fuentes documentales de que fueron extraídas las historias. Hay algo de *pastiche* en este tipo de novela que es parte de tu tono y sabor. *Mujer en traje de*

Roberto González Echevarría

batalla, la nueva novela de Benítez Rojo, proviene de esta tendencia, pero con variantes significativas que la convierten, tal vez, en el punto de partida de un nuevo estilo que no puedo resistir llamar posmoderno.

La diferencia más notable es la ligereza, lo entretenida y asequible que resulta *Mujer en traje de batalla*; es como una novela de aventuras cuya acción se desarrolla en el enorme panorama histórico de las guerras napoleónicas y sus secuelas en el Caribe, sobre todo Cuba. Se ha abandonado aquí el empeño de hacer de la historia la clave de la identidad americana, o de dar en la novela la clave de la historia. La protagonista tiene en común con el Víctor Hugues de Carpentier ser un personaje olvidado, pero el paso de Enriqueta Faber por la historia no marca un itinerario simbólico o alegórico más allá de su propia rareza. Ésta, que constituye el giro principal de la novela, es su bisexualidad, el actuar a veces como la mujer que es, pero sobre todo otras veces como hombre. En este papel Enriqueta logra lo que no podría como mujer: se hace médico en París, funge como tal en la campaña rusa de la Grande Armée, y viaja a Cuba. Enriqueta decide hacerse pasar por hombre después de enviudar de Robert, un húsar que fue el primer amor de su vida, para así poder estudiar medicina. Sus cambios de apariencia son dictados por el anhelo de disfrutar de las libertades que gozan los hombres —ese anhelo, y una vaga melancolía tiñen este relato que la propia protagonista escribe en Nueva York ya vieja. La novela comienza por el final, cuando Enriqueta viaja a Nueva Orleans, deportada de Cuba. Allí, después de revalidar sus credenciales de médico y ejercer en Baracoa, se había casado con una joven tísica a la que quería salvar. Descubierta su identidad sexual, fue condenada a servir cuatro años en el hospital de mujeres de La Habana por la impostura que la había llevado a violar leyes civiles y religiosas. En la goleta que la lleva a Nueva Orleans intercambia identidades con una prostituta francesa también deportada, y vive otras aventuras, fabulosas al parecer, que no se narran en la novela por el agotamiento de la protagonista narradora.

La más importante diferencia entre ésta y las otras novelas históricas de los sesenta y setenta es el tono sentimental que la narración en primera persona le confiere. *Mujer en traje de batalla* traza un periplo histórico-geográfico de vastas proporciones, pero que no es épico debido al intimismo de la narrativa. En *El reino de este mundo* y *El siglo de las luces* los personajes prácticamente carecen de desarrollo —con la excepción de Sofía, antecedente de Enriqueta— porque los impulsan acontecimientos históricos entrelazados que pautan su destino. No hay en ellos profundidad. *Mujer en traje de batalla* es todo lo contrario; ésta es una novela de personaje más que de acción, a pesar de que el bien trabado argumento tira del lector y lo mantiene entretenido. Enriqueta es un personaje intenso, hondo, altamente sensible, consciente de las alternativas que se le presentan, arrastrado por sus sentimientos, y hasta con una vertiente mística que le produce visiones. Ella, no la historia, lleva las riendas de su destino. Es, además, un narrador autoreflexivo, pero sin permitirse las ya manidas piruetas formales de las novelas vanguardistas. Lo que la marca como escritura es su melancolía y su sensibilidad. *Mujer en traje de batalla* tiene

un tono lírico nuevo en la escritura de Benítez Rojo y completamente distinto del de las novelas del Boom. La prosa, dúctil y de gran riqueza léxica, es uno de los grandes logros de la novela porque parece justa, suficiente para lo que describe, no excesiva y rebuscada, como a veces ocurre en Carpentier. Es el filtro por el que Enriqueta tamiza las tornasoladas memorias de su vida, desde las escenas de la campaña rusa, reminiscentes del Stendhal de *La Cartuja de Parma*, hasta los viajes por la campiña cubana, especialmente el área próxima al Mariel, que a mi me recuerdan páginas de Cirilo Villaverde. El efecto es poético más que épico, más de emoción estética que de sentido docto —más arte que historia.

Me atrevo a predecir que *Mujer en traje de batalla* va a ser un hito en la novelística histórica y en la narrativa latinoamericana en general. Rebasado el experimentalismo vanguardista del Boom, esta novela constituye el regreso a una narrativa de lectura amena, asequible, placentera, asequible a un público amplio, y que parece hecha para ser convertida en película. También parece inevitable una secuela en la que Enriqueta narre todas esas aventuras que dejó en el tintero, «porque ni siquiera pude hablar de aquellas extrañas noches de vodú en Nueva Orleans, ni de mi productiva asociación con Marie Lavau, ni cómo fue que conocí a mi tercer marido, ni de mi clandestino regreso a La Habana, ni de mi encuentro con Christopher en Londres; se perderán en el silencio los días de Irlanda y Egipto, mi amistad con Garibaldi, mis últimas noches de amor en la casa encantada de Venecia. ¡Cuánto daría por contar todo esto!» (pp. 507-508). Ojalá que Benítez Rojo encuentre la inspiración y la energía suficientes para animar a Enriqueta a que llene ese vacío, ese puente entre su llegada a Nueva Orleans y su conversión a escritora en Nueva York.

Cuentos de una isla que se repite

Carlos Victoria

HACE YA VEINTE AÑOS, EN TÉRMINO, UNA REVISTA literaria recién creada por varios *marielitos*, celebré la llegada al exilio de uno de mis cuentistas cubanos favoritos, Antonio Benítez Rojo, con un artículo muy apasionado pero sin duda torpe y presuntuoso. El escritor inmaduro —y a pesar de escribir desde niño, en esa época yo todavía lo era— trata de disfrazar sus deficiencias con un aire radical y arrogante.

Sin embargo, la esencia de aquel texto, que hoy releí después de mucho tiempo, permanece invariable: me es grato aún rendir homenaje a uno de los pocos autores cubanos dados a conocer en los años sesenta, que despertaron en el adolescente que fui una admiración duradera.

Recuerdo la desconfianza y el desdén con que solía leer a cualquier nuevo escritor lanzado con bombo y platillo por alguna editorial nacional; olfateaba enseguida, como un joven sabueso, el tufo a panfleto que en mi opinión desvalorizaba toda escritura, y escrutaba impaciente los signos anodinos de una narrativa sin vida. Nada estimula más a un principiante que despreciar a sus contemporáneos; y en mi caso, lo puedo asegurar, me sobraban razones.

Con ese mismo recelo comencé a leer la colección de cuentos *Tute de reyes* de Benítez Rojo, alguien de quien no había oído hablar jamás; pero al terminar el relato *Estatuas sepultadas*, enigmática crónica de un mundo aislado en vías de extinción, bajé de inmediato la guardia. Podía objetar, para no renunciar de un tirón a mi afán quisquilloso de apuntar las faltas, que había percibido soterradamente el eco de Cortázar a lo largo del texto, pero no me quedaba más remedio que reconocer a un escritor genuino. Otras piezas, como *Evaristo*, *Recuerdos de una piel*, *Tute de reyes* y *Peligro en la Rampa*, redondearon mi impresión del libro.

Me entusiasmé; compartí su lectura con amigos, tan reacios como yo. A la larga claudicaron y sumaron elogios. Entre tanta mediocridad e hipocresía, teníamos un motivo

de festejo; con la vehemencia de la juventud, que cuando no aborrece idolatra, colocamos una nueva figura en el minúsculo altar literario de nuestro país.

Dos años después, el segundo libro de cuentos de Benítez, *El escudo de hojas secas*, reafirmó mi entusiasmo. No solo lo reafirmó; lo aumentó. Aquí también, como en el otro volumen, descollaba un relato: *La tierra y el cielo*, una narración digna de figurar en cualquier antología del género.

Resulta significativo que este libro ganara el galardón de cuentos en el memorable concurso de la UNEAC de 1968, el mismo en el que fueron premiados Heberto Padilla por su poemario *Fuera del juego*, y Antón Arrufat por su obra teatral *Los siete contra Tebas*. Ambos autores, en especial Padilla, sin imaginarlo, inauguraron de golpe el aquelarre; abrieron las compuertas de la sombra.

Aunque el libro de Benítez no fue vilipendiado por los funcionarios culturales como los otros dos, cayó de alguna forma en la frontera, en el mismo límite peligroso, del nuevo territorio demarcado por la policía política. O al menos así lo sentimos nosotros, lectores y creadores todavía adolescentes.

Me es necesario evocar brevemente esa época. Los escritores, y los que aspirábamos a ser escritores, vivíamos bajo la amenaza de la frase que se lanzó en 1961: «Dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada», que la sabiduría popular interpretó con más exactitud al sustituir una preposición: «Dentro de la revolución, todo; fuera de la revolución, nada»; decreto insolente y reductor, pronunciado de espaldas a la historia, como si la literatura, y aún más, la vida misma, pudieran meterse en una caja en la que uno debía entrar para existir, o salir para desaparecer. Otra frase de ese mismo discurso subrayaba: «La existencia de la revolución o nada». Pero no fue hasta entonces cuando esa disyuntiva, todo o nada, se materializó.

Cada joven escritor, lo repito, se fortalece con el rechazo y el desdén; pero a la vez busca a su alrededor modelos y asideros. Para los narradores jóvenes de esa malsana etapa, Benítez Rojo representaba una tercera opción entre la sumisión y la disidencia: una literatura hecha con dignidad, con astucia, que sorteaba los riesgos a base de elegancia, agudeza y talento. Treinta años después, esta postura puede parecer endeble desde un punto de vista puramente político; pero en aquel momento inspiraba en nosotros un más que merecido respeto.

Al llegar la debacle de los años setenta, cuando la censura cobró varias víctimas que no pretendo ahora enumerar, y se hizo evidente para los miembros más sinceros de mi generación que solo nos quedaba guardar celosamente nuestros manuscritos en el fondo de profundas gavetas (muchas veces en vano; en mi caso, y también en el de otros, la Seguridad del Estado se las arregló para llegar a ellas), Benítez Rojo volvió a sorprender con una nueva colección de relatos, esta vez bajo el poco prometedor título de *Heroica*. Confieso que me asusté; uno no perdona a alguien que uno admira cuando éste se traiciona o se rebaja. Uno lo toma a pecho, como una humillación. Pero por suerte mi miedo fue infundado.

En el desierto de la literatura nacional de esa década, que incluso ha sido bautizado por la actual oficialidad cultural cubana como el *quinquenio gris* (se quedaron cortos por algunos años), este libro resultó un oasis. Estupendamente

bien escrito, con una hechura todavía más sólida que los anteriores, *Heroica* fue la excepción de la regla.

Una vez más, sobresalía un relato: *Los inquilinos*. Esta fábula extraña, sobre los avatares de un matrimonio con un cierto delirio de grandeza amparado por un siniestro protector, que a su vez pretende subvertir el orden con la ayuda de vecinos pobres, recurriendo incluso al chantaje y al crimen, escondía audaces resonancias políticas que no se me escaparon. Era un guiño en medio de aquel paisaje hostil; agradecido, me sentí su cómplice.

Hace veinte años terminé mi texto sobre Benítez Rojo con una afirmación, y hoy voy a hacerlo con las mismas palabras: en la galería personal de los libros que en aquel tiempo me comunicaron algún valor, alguna esperanza, estos volúmenes de cuentos ocuparon un sitio excepcional.



Crónica de una amistad

EL INICIO DE NUESTRA AMISTAD FUE SÚBITO. EN 1992, después de escribir mi libro *Imagining Columbus*, le envié una copia del manuscrito a Antonio Benítez Rojo. Entonces yo no lo conocía en persona, pero había leído algunos de sus cuentos y asimismo la novela *El mar de las lentejas* y pensé que el tema—el «quinto» viaje de Colón, no por ultimar sino a través de la literatura—le interesaría. El respondió con prontitud y enorme amabilidad. Me escribió unas palabras halagadoras y me invitó a dar una conferencia en Amherst College, donde él llevaba aproximadamente una década impartiendo clase. Unas semanas más tarde una colega suya también cubana me recogió en su automóvil en la puerta de mi apartamento en Manhattan y juntos viajamos a la zona poniente de Massachusetts, cerca de Northampton, donde estudió Sylvia Plath y donde vivieron los poetas Emily Dickinson y Robert Frost. Al llegar a Amherst, la colega cubana, respondiendo a mi curiosidad de visitar el museo que alguna vez fue la casa donde vivió Emily Dickinson, me aseguró que haría los arreglos pertinentes. Me dejó en el hotel y media hora más tarde me dijo que la directora del museo me esperaba en poco tiempo.

Esa cordialidad, que es cada vez más escasa en los Estados Unidos, imperó durante toda mi visita. Antonio resultó ser un anfitrión ejemplar: almorzamos juntos en un restaurante de primera calidad (más tarde me daría cuenta de que la gastronomía es su pasión) y luego me llevó a conocer los alrededores de Amherst. Después de la charla, me presentó a su esposa, Hilda Otaño. Aquella era una época difícil para ambos: tras una larga agonía en un hospital de Boston, su hija había muerto hacía no mucho. Hilda, a la que se notaba profundamente adolorida, se disculpó por no ir a la cena.

El mejor recuerdo de aquella visita fueron las horas después de la cena. El tren que debía tomar de vuelta a Pennsylvania Station no partía sino hasta cerca de medianoche, así que tuvimos tiempo de sobra. Fueron horas de

I l a n S t a v a n s

cerveza y literatura en las que hablamos de uno y mil temas. Sé que invocamos a Hemingway y Tolstói y que le dimos la vuelta a Chéjov. Los escritores rusos de la segunda mitad del siglo XIX y los norteamericanos de la primera mitad del XX, nos dimos cuenta rápidamente, eran una obsesión compartida. Hablamos algo de Graciliano Ramos y mucho de Machado de Assis. Mi memoria también me dice que hablamos, quizás con el mayor ahínco, de Lafcadio Hearn, sorprendidos los dos de que alguien en el ámbito hispánico conociera a este reportero y cuentista inquietante, en especial su período japonés. (De *Kwaidan* hablamos con enfático detalle.) Esa misma noche Antonio me describió, escena por escena, el argumento de una novela que traía en mente acerca del personaje histórico del siglo XVIII Henriette Faber, y que terminó siendo *Mujer en traje de batalla*. Recuerdo en detalle los ires y venires del personaje: Faber fue la esposa de un oficial del ejército de Napoleón Bonaparte, a quien vio morir en el campo de guerra; su viudez la motivó a vestirse de hombre e inscribirse en la Université de Paris. Recuerdo que Antonio, en su imaginación fecunda y barroca, la tenía como cirujano en la campaña rusa de 1812, tras la cual la transfería a la península ibérica, donde caía prisionera de las tropas de Wellington y trabajaba en el hospital de Miranda de Ebro. Luego Antonio la mandaba al Caribe, primero a Guadalupe, luego a Cuba: practicaría la medicina en Baracoa y contraería nupcias nuevamente, esta vez con otra mujer; pero su travestismo sería descubierto y el escándalo se propagaría por la isla entera. A la postre, Henriette Faber sería condenada a cuatro años en el hospital de mujeres de la Havana. Intentaría escaparse pero al final sería echada de Cuba. Terminaría en Nueva Orleans, donde Antonio la imaginaba topándose con Hearn. Exactamente ocho años más tarde, Antonio me dio a mí un manuscrito. Todo lo que me había contado estaba allí, relatado a manera de novela rusa decimonónica; todo, salvo la llegada a Nueva Orleans y el encuentro de Henriette con Hearn, que, según me lo dijo en una nota, había quedado pendiente para una secuela, quizás del mismo tamaño: otra novela que seguiría sus aventuras en Nueva Orleans y hacia adelante.

Esa misma noche, ya casi al final de nuestro primer encuentro, yo le hablé a Antonio de mi admiración por Octavio Paz y *El laberinto de la soledad* y le conté sobre un libro que soñaba con escribir acerca de la condición hispánica en Estados Unidos. Creo que le hablé también de una novela de intriga internacional que tendría a un traductor como protagonista y que se nutriría de mis propias experiencias como inmigrante a los Estados Unidos. Una media hora antes de mi partida rumbo a Manhattan, en el andén, borrachos con quimeras, Antonio me propuso venir a trabajar a Amherst. La idea me pareció descabellada. Hacía un año que mi esposa había dado a luz a un niño, habíamos comprado un apartamento, y yo tenía un empleo sólido como profesor en Nueva York. Primero le agradecí la oferta, pero se la rechacé. Pasé el resto de la noche en el ferrocarril, que paraba en cada pueblito de camino. A eso de las ocho de la mañana llegó a su destino y yo fui directamente a impartir mis clases. Llegué tarde a casa y me tumbé en la cama. Temprano al día

siguiente el agente de FedEx me despertó. Traía una carta de Antonio formalizando la invitación. Durante años yo había jurado no abandonar la ciudad de mi ídolo Edmund Wilson y el escenario de *Call It Sleep*: había aprendido, en docenas de viajes que hice de niño desde Ciudad de México en compañía de mi padre, que esa urbe de hierro y cristal es el ombligo del mundo; y que hay pocos escritores que se jacten de serlo que no hayan probado suerte allí. Pero el destino tiene su cometido propio. Unos diez meses después, me mudé con la familia a Amherst.

No hace mucho, en una entrevista que me hizo un reportero acerca del volumen autobiográfico que escribí, *On Borrowed Words*, me preguntaba si en mis adolescencia tuve a un maestro que fuera una figura modelo. Su pregunta respondía a una sección del libro donde hablo de la relación con mi padre y de la búsqueda de lo que Gurdjieff llamaba *remarkable men*. No sé si podría describir a Antonio como mi maestro. Pero de que sea un compás no me cabe la menor duda. Más que un compás, un faro. En retrospectiva, mi vida desde la mudanza hasta ahora ha sido distinta: menos pasmosa, más libre. Cuánto he cambiado dentro y fuera no podría decirlo. Lo que sí sé es que soy otra persona y que le he dado a la literatura el corazón entero gracias a las posibilidades que se abrieron ante mí. Fue Antonio quien, en 1993, me sugirió que ambos nos hiciéramos ciudadanos norteamericanos. Enviamos nuestros documentos legales (fotografías, huellas digitales, formas de inmigración) más o menos al mismo tiempo y juntos hicimos el juramento en un gimnasio de Boston en 1994, donde nos dieron nuestros pasaportes respectivos. Aquella fue una ocasión divertida. Hablo de ella en detalle en la última sección de *On Borrowed Words*. Había unos 2.000 congregantes. Una porción considerable de procedencia asiática que no hablaba inglés tenía a traductores instantáneos su lado. Recuerdo que meses antes, cuando nos tocó ser entrevistados por un agente gubernamental, tuvimos suertes dispares. Unos días antes en la zona norte de México el candidato del PRI a la presidencia del país había sido asesinado, lo que me hizo escribir un ensayo para la página editorial del *Boston Globe*. El agente gubernamental me reconoció y en vez de hacerme las preguntas de rigor sobre la historia de los Estados Unidos y su sistema político, hablamos largo y tendido acerca de las relaciones México-EUU. Pero a Antonio le tocó un agente menos amable, que reaccionó a su procedencia cubana con odio, acusando al exilio cubano de no afincarse lo suficiente en estas tierras. A fin cuentas, la ciudadanía nos llegó a ambos, y la celebramos con un majestuoso almuerzo en un restaurante mexicano.

Desde que llegué a Amherst, cada semana, casi sin interrupción, desayunamos juntos Antonio y yo en una de las cafeterías del pueblo, la única donde le permitían a Antonio, hasta hace poco, fumarse un cigarrillo sin culpa. Las conversaciones invariablemente van de la historia a la cocina, y de la cocina a la música y de nuevo a la historia. Hablamos por espacio de hora y media en español —en un español puro y puritano— de La Habana de los cuarenta y cincuenta y del Distrito Federal de los setenta; de figuras claves

como Fernando Ortiz y Calvert Casey; de sueños repetidos; de lecturas infantiles de clásicos de Jules Verne y Emilio Salgari; de mis hijos. Sorprenderá a pocos, supongo, que la Cuba de hoy nos ocupe muy poco. Antonio no ha vuelto a su isla de origen desde que salió por la retaguardia, como exiliado político. Sigue de cerca el meollo político pero prefiere no invocarlo; cuando ocurren escándalos como el caso Elián González, se mantiene al margen y en silencio. Hay temas en los que discrepamos. Pero Antonio es uno de esas *rara avis* que sabe respetar diferencias. Desde hace tiempo, me da la impresión, se hizo a la idea de que sus años adultos en La Habana fueron inquietantes pero no del todo satisfactorios y que su salida de Cuba no fue únicamente un escape sino un renacimiento cabal. Para sobrevivir, debió haberse dicho, no había otro camino que el de reinventarse a sí mismo; y así lo hizo. Por años se empapó de teoría crítica, del postestructuralismo a la posmodernidad y el emblema poscolonial; producto de esa zambullida es su libro *La isla que se repite*, que le permitió, sin un diploma graduado en estudios literarios, ubicarse cómodamente en la academia norteamericana y conseguir la permanencia sin dificultad. Una vez cumplida esa reinención, su decisión viró otra vez unos 180°, convenciéndose de que ahora le tocaba el turno a la ficción nuevamente.

La isla que se repite es un libro inquietante: en parte ensayo, en parte autobiografía intelectual, se inscribe en la tradición estelar del ensayo latinoamericano que brilla desde Sarmiento, Martí y Rodó hasta el Subcomandante Marcos. (Un fragmento aparece en *The Oxford Book of Latin American Essays*.) Antonio modela el volumen a manera de un examen de la condición caribeña que, a diferencia de la mayor parte de la producción de crítica literaria actual, no es solamente legible sino también entretenido. Mis primeras impresiones las puse en el diario de trabajo que me sirve como manual de ejercicio; luego René Avilés Favila me pidió que las transcribiera para el periódico mexicano *Excélsior*. Antonio le da vuelta al concepto de transculturación, que viene de Fernando Ortiz, y la opinión que yo tengo de las culturas híbridas en el Caribe se la debo a Antonio. Él y yo hemos hablado mucho de sus varias secciones; una porción minúscula de nuestras conversaciones se reprodujo en *The Bloomsbury Review*. El tema ineludible, que siempre regresa a nuestras bocas, es el del barroco en Cuba, que Antonio explica a partir de la densidad cultural que resulta del entrecruce o choque de varias visiones del mundo, en especial la española y la africana. Hablamos de la «ciudad de las columnas» de Carpentier, de la negritud, de Nicolás Guillén, de Lezama Lima y de Calvert Casey.

Entre los que lo conocemos de cerca, no falta quien repare en el hecho de que Antonio está lejos de ser un hombre amargo, pese a que tendría muchas razones para serlo. La trágica muerte de dos hijas, así como el autismo del menor, explicarían este revés en su carácter. (De hecho, la decisión de Hilda de vivir en Massachusetts tiene que ver con los beneficios médicos que da el Estado y con el tratamiento que recibió su hija en el Boton Children's Hospital.) Además, una y otra vez me ha dejado sentir que su carrera como escritor

quedó para siempre marcada por un tropiezo considerable. De no haber perdido tanto tiempo como burócrata de la Revolución Cubana, la madurez en su obra literaria habría llegado más rápido, y también la diseminación de sus cuentos y novelas. En un ensayo breve que una vez escribí para mí sobre Lafcadio Hearn —que recopilé en *Mutual Impressions* (1999)— describe cómo se convenció de que su destino era la literatura cuando ganó el Premio Casa de las Américas en 1967. Dos años más tarde Antonio empezó a tener problemas con las autoridades. Había consentido que Hilda y los niños salieran de Cuba y su literatura distaba de pertenecer al realismo socialista que demandaba la burocracia cultural. Esta situación hizo que su obra no fuera publicada hasta fines de los setentas. Su novela *El mar de las lentejas*, así como el resto de sus libros, fueron retirados de las librerías cuando se marchó de Cuba para reunirse con su familia en Boston. Sus cuentos le habían dado prestigio y lectores, pero es esta novela histórica, densa en imágenes e ideas, la que anunciaba un talento en el género grande digno de atención. Justo entonces, al salir de la isla, Antonio le dio la vuelta al timón. No es hasta mediados de sus sesenta y principios de sus setenta cuando regresa al sitio donde le interrumpieron la concentración. Yo le digo que una carrera literaria ininterrumpida es más bien un sueño: De haber seguido escribiendo, ¿habría tropezado con la idea de Henrietta Faber para *Mujer en traje de batalla*? Me parece improbable. La vida está hecha de accidentes. Recuerdo, por ejemplo, que Antonio me contó que poco después de salir de Cuba, en California, tuvo un infarto que lo dejó en una cama de hospital en estado semicomatoso. En ese estado tuvo una alucinación: en una especie de Juicio Final vió su propia vida entera que desfilara ante sus ojos en cámara lenta, *sub specie aeternitatis*; en ese proceso, cada vez que se topaba con una escena crucial, temía que el Juez Máximo calificara su desempeño con una mala nota. Pero obviamente esa calificación no es la correcta porque, en vez de morir, Antonio se recuperó de la enfermedad de forma enérgica.

Sin embargo, es cierto que esa experiencia —su vida interrumpida por las consecuencias de la Revolución Cubana— no es solamente suya sino de toda una generación. En su caso, si bien ha dejado una cicatriz, no ha disminuido su *élan vital*, ni mucho menos su simpatía y buena disposición, lo que a mi gusto es admirable. Lo que me inclina a pensar que, en el fondo las mutaciones de Antonio son prueba de un espíritu reactivo, dispuesto a lidiar sin cuartel para que ni la tiranía ni los accidentes de la vida subyuguen su libertad. Su salvavidas ha sido la imaginación y su saber enciclopédico. En tiempos de pena y condena, la posibilidad de habitar la arquitectura de su fantasía le han permitido no solamente esquivar situaciones casi fatídicas sino sobreponerse milagrosamente a ellas y destacar en el ámbito intelectual.

Antonio es uno de los pocos escritores que conozco de los cuales puede decirse que su recorrido como lector es inconmensurable. Se conoce al dedillo todo el siglo XVII y lo mismo el XVIII. El ejercicio de su pluma en el género ensayístico nunca se ve acometido ni por la arrogancia ni por la prepotencia. A diferencia de la mayoría de los académicos, él no escribe para impresionar

sino para debatir y entretener. Éstos han sido años en los que le he dado una y mil versiones de cuentos y ensayos escritos para que me ofrezca sus comentarios, y lo ha hecho siempre sin un tono de acusación u ofensa. Me honra y enorgullece pensar que también él a mí me ha pedido una opinión acerca de *Mujer en traje de batalla* o de este o aquel ensayo. No sé lo que nos deparará el futuro, pero el presente con Antonio ha sido exquisito. Me alegra el que solamente el principio de nuestra amistad haya sido súbito y que el resto sea —y siga siendo— paciencia y prolongado. De eso se trata la literatura: de la madurez que sabe dar el tiempo y las amistades.



Sobre *El mar de las lentejas*

EL MAR DE LAS LENTEJAS, DEL EXPATRIADO CUBANO ANTONIO Benítez Rojo, juega de forma estimulante con la historia de España y de América, mediante una continua lluvia de luminosa y violenta imaginación y una inequívoca indignación. Benítez Rojo tiene un punto de vista propio, analítico y espantado que, cabe imaginar, procede de los tiempos en que, después de 1959, trabajó para el recién instalado régimen castrista. La introducción de *El mar de las lentejas*, escrita por Sidney Lea, cuya *New England Review and Bread Loaf Quarterly* publicó por primera vez en inglés a este chispeante autor, nos dice que, antes de la revolución castrista, Benítez Rojo había estudiado Economía en los Estados Unidos y que después trabajó en el Ministerio del Trabajo. Realizó investigaciones sobre historia caribeña para la Casa de las Américas, una institución cultural del Gobierno y, en 1979, se convirtió en el director del Centro Cubano para los Estudios Caribeños. Al año siguiente, cuando asistía a una reunión académica en París, desertó y ahora da clases en el Amherst College. Después de proporcionar estos antecedentes, Lea pasa a describir *El mar de las lentejas* como algo líquido, no solo por su temática sino por su método: «Su continuidad (o continuidades) consiste, paradójicamente, en los propios polirritmos de la interrupción, la divagación, la reconsideración y el agotamiento». Cita a Benítez Rojo: «La cultura del meta-archipiélago es un eterno retorno, una desviación sin destino o mojón, una rotonda que no lleva más que de regreso a casa; es una maquinaria de retroalimentación, como el mar, el viento, la Vía Láctea o la novela». Continúa citando a este elocuente autor cuando dice que *El mar de las lentejas* es «sin duda, una novela deconstruccionista», remitiéndose así a un término oscuro que resulta muy cómodo para los académicos contemporáneos. ¿Significa aquí «deconstrucción» que la novela se va disolviendo a medida que avanza o que, al dar vida a algunas desagradables anécdotas históricas, descompone nuestros mitos de

John Updike

expansión imperial? La novela no es especialmente intrincada o engañosa. Combina cuatro líneas narrativas diferentes, pero con demarcaciones bastante claras; aquellos lectores que hayan sobrevivido a Faulkner y Joyce no tendrían que tener problemas para mantenerse a flote. En esta cuestión de si Benítez Rojo es legible o no, lo que importa es que ha llenado su novela de un material llamativo y que escribe maravillosamente, de forma vital, penetrante y con una densidad poética.

Las cuatro líneas se refieren (1) al Rey Felipe II de España que, agonizando en su lecho de El Escorial en 1598, reflexiona con tristeza sobre su largo reinado; (2) al soldado Antón Bartista, un personaje inventado que llega a La Española en 1493, con el segundo viaje de Colón, y a su rapiñera carrera entre los crédulos y dóciles indios; (3) a Don Pedro, el joven yerno del Adelantado (título que se daba al gobernador de una provincia) Pedro Menéndez de Avilés, que vive la fundación de San Agustín en 1565 y la masacre inmisericorde de las tropas de los hugonotes franceses capturadas en sus cercanías; y (4) a los Ponte, una familia de comerciantes genoveses transplantada a Tenerife, en las Islas Canarias, y al provechoso comercio triangular que desarrollan, intercambiando armas por esclavos en África y esclavos por oro, plata y perlas en el Caribe. Esta última línea narrativa, la económica, se aprovecha de la especial erudición del autor y resulta crucial en este tapiz de explotación colonial, aunque sea la más difícil de seguir, a pesar de que las aventuras financieras de los Ponte tengan toques coloristas en los que se incluye la piratería y la calculada seducción del marino inglés John Hawkins por la encantadora Inés de Ponte. En las cuatro historias, las mujeres tienen un importante papel en los destinos de los hombres: Inés recluta a Hawkins para la flota de los Ponte; Felipe II lamenta profundamente no haber logrado los favores de Isabel de Inglaterra, un revés amoroso que tiene resultados cataclísmicos en la derrota de su armada treinta años después, y tanto Antón Bartista como Don Pedro deben sus privilegiadas posiciones a los familiares de sus cónyuges.

Bartista es una maravillosa creación, una especie de Sancho Panza de Rabelais. Las pequeñas indias taínas de La Española no son para él más que simples receptáculos que hay que llenar o vaciar:

...te solazaste con una moza de coño estrecho y almizclado; enseguida tomaste a otra que criaba, y medio acogotándola te pegaste a mamar como un ternero hasta dejarle las ubres secas. Aquello sí que era vivir y no los días de hambruna y letanías de la *Mariagalante*, suspirabas de gozo, oculto entre las cañas del río, mientras rajabas con tu verga la entrepierna de una niña de pechitos duros y salados como cuezcocos de aceituna.

Este regodeante hombre común de la conquista, «con la panza pesada y los compañeros vacíos», sirve de estímulo para que la prosa de Benítez Rojo alcance el cálido entusiasmo del trato directo. Confundido con un dios, Bartista vive entre los indios como un huésped privilegiado:

... engordaste como un cerdo en ceba, Antón: criaste una dulce entrepíel de grasa y echaste enjundias y tocinos patriarcales que mecías en la bondad de la hamaca, Antón lechón, Antón gordinflón, Antón panzón, que hasta la nariz te rezumaba manteca.

En un momento de impulsivo altruismo, Antón bautiza a un bebé taíno. A través de este niño establece un vínculo con la sobrina de un jefe indio; a su amante la llama Doña Antonia y se incrusta en su familia «como una voraz y descomunal nigua». Sin embargo, su feliz estado parasitario se ve alterado por las nuevas normas coloniales de La Española, que se está asentando: cuando se prohíbe la cohabitación, Antón se casa con su benefactora india y cuando un decreto declara que «todo aquel culpable de rebajar a los pisos la dignidad castellana por su matrimonio con india lorar y pagana» debe perder sus tierras y posesiones, actúa aun con más decisión. «Antón Baptista al oír al pregonero, corrió a su casa, buscó a Doña Antonia y, en un periquete, la estranguló con la tira de algodón que llevaba a modo de tiara».

La crueldad arbitraria de esos invasores españoles, poseídos por sus ideas de Dios y del oro, arde en toda la alucinante historia de *El mar de las lentejas*. La devoción de Felipe II, que aspira a la santidad, se mezcla tenebrosamente con el hedor y con los efluvios de su postrer sufrimiento; el peso de un reinado sin alegría, dedicado a la Contrarreforma, le empuja a la tumba. Con fría satisfacción, contempla la amplitud de su católico imperio, en el que «si por un azar el enemigo pusiera pie en algún paraje desolado, no se sostendría allí mucho tiempo, pues correría la suerte de los hugonotes que osaron aposentarse en Florida»; así se alude a un acontecimiento del que hemos sido testigos en otra de las narraciones de la novela. Con todas las cortesías de la caballería medieval, Menéndez de Avilés (a quien su yerno considera débil y viejo, aunque en 1565 solo tenga cuarenta y seis años) rechaza el ofrecimiento de tributo de los soldados franceses y su petición de clemencia. Le indican que Francia y España no están en guerra, y él responde: «Cierto que guerra no hay... más la Florida es casa ajena y vedada para todo aquel que no sea español. Por más sois herejes y, ansí, enemigos de España, y os habré de combatir como tales, que eso encomendóme mi rey... más sois luteranos y os habré de matar por ello».

Las fuerzas protestantes, creyéndose por error menos numerosas, se rinden y son masacradas a traición en las dunas. Al final de la carnicería, que ha tomado a Don Pedro por sorpresa, su suegro le pregunta burlón: «¿Cuántos cerdos luteranos habéis matado, maestro?». Cuando aparece el siguiente grupo de hugonotes, se invita a Don Pedro a dar muerte a su jefe, Juan Ribao, cuando se arrodilla en la arena para cantar un himno. Tembloroso, el joven se pone a ello, pero después de la primera arremetida de su espada, la víctima sigue cantando «aunque muy quedo y atorado por la sangre que le corría por boca y narices». El Adelantado le abraza diciendo: «Ya puedo morir tranquilo, que destas tierras sereís buen cuidador». La Contrarreforma ha conseguido otro buen soldado; el quisquilloso fanatismo forjado en las guerras contra los

moros, con el que el imperio español había de levantarse y caer, se ha puesto de manifiesto de manera escalofriante.

El cuadro de Benítez Rojo prescinde de muchos elementos que un historiador imparcial podría haber incluido: los compasivos sacerdotes que iban tras los ejércitos, registrando y, finalmente, mitigando las atrocidades que sufrían los indios; el salvajismo que ya existía en las naciones indígenas, así como el valor y el brío quijetescos con el que, en pocas décadas, los conquistadores, atraídos por los rumores de la existencia de El Dorado y de la fuente de la juventud, reclamaron como propio un territorio que iba desde California hasta Chile. Sin embargo, la responsabilidad de una obra de arte reside en dotar de vida convincente a los materiales que elige y *El mar de las lentejas*, tomando su atmósfera irreal de los hechos, sí logra tejer una nauseabunda visión de la crueldad, codicia, opresión y destrucción desatada en el Nuevo Mundo por los conquistadores españoles. Cuando casi tenemos encima el quinquientos aniversario de la llegada de Colón, esta novela nos hace lamentar el descubrimiento de América.





El Islam: las raíces del terrorismo

DURANTE SUS 1300 AÑOS DE HISTORIA, A PARTIR DE LA teocracia establecida por el Profeta de Alá, el Islam ha sido manipulado políticamente, y se ha presentado en tantas variedades como países lo profesan. La unidad de su mundo es tan ficticia como la de su credo; no hay por consiguiente una nación islámica, o árabe, como no hay una cristiana. Allí, la familia, el clan y los intereses tribales siempre preceden a la nación; asimismo, la lealtad a la fe islámica sería más sólida que al estado, el cual fracasaría en resolver esta dicotomía. Por eso no imperan las partidocracias al estilo Occidental; por eso nunca se creará una singular y unificada comunidad islámica (la *umma*), y una sola nación árabe, aun en el caso hipotético de que las sectas purificadoras depongan a los *cuasi* seculares gobiernos del Medio Oriente.

La sociedad islámica —como todas las contemporáneas— es profundamente racista; su dogma no es democrático; y como su otro pariente semita, el judeocristiano, sanciona un estatus inferior para la mujer, cuyo papel en la sociedad es el meollo de la obsesión árabe del honor. Esa es la razón por la cual los estados teocráticos actuales sacrifican a la mujer para aplacar a los radicales.

El desconocimiento brutal sobre la literatura, la política y el credo del espacio islámico, ha tenido repercusiones funestas para el mundo contemporáneo. Es notorio cómo durante los últimos años pasaron inadvertidos acontecimientos trascendentales de tipo intelectual y religioso, producto de que el análisis tradicional siempre ha enfocado solo aquello que acontece en los polos industriales del planeta. El ascenso del Medio Oriente a punto de tensión internacional se asienta en varios ingredientes: el conflicto árabe-israelí con su secuela Palestina; la ortodoxia religiosa; el ultra nacionalismo de Egipto, Libia, Siria e Irak; el imperativo geoestratégico del petróleo; y la flamante irrupción de los ex estados soviéticos islámicos del Asia Central.

Obviando al espinoso asunto palestino —por supuesto—, el Occidente de la época «maccarthista», obsesionado por el duelo nuclear con los soviéticos y receloso de la retórica nacionalista y la supervivencia del estado de Israel, descartó a los regímenes árabes de posguerra que, buscando establecer un estado de corte moderno, se proclamaron contra el extremismo islámico y retaron el poder retrógrado de jefecillos tribales transfigurados por obra y gracia del petróleo en jeques y emires. Con excepción del francés Charles de Gaulle, euroamérica nunca aquilató el no-alineamiento de un Gamal Abdul Nasser de Egipto, de un Karim Kassem de Irak, de un Al-Salal de Yemen, de un Mohamad Mossadegh de Irán, de un Houarí Boumedién de Argelia o el Neo-Des-tour de un Habib Bourguiba de Túnez. Al abortarse este nacionalismo árabe, a nombre de magnas cruzadas ideológicas, el Occidente polarizó la región, aupando teocracias fundamentalistas y monarquías clánicas que empantanaron, entre otras cosas, el diferendo palestino.

¿Hasta que punto fue una táctica acertada del Occidente el haber jugado durante la Guerra Fría la «carta islámica» de las monarquías conservadoras y los grupos fundamentalistas contra el nacionalismo y su ideología del socialismo árabe? Habría que imaginar una historia plausible para el Medio Oriente si la vigente alineación de determinadas naciones islámicas con Occidente hubiese cristalizado en la década de 1950 ó 1960, cuando era intenso el impulso de modernización y emancipación nacional, empantanado por los soviéticos y excomulgado por las potencias europeas desde el conflicto del Canal de Suez en 1956. Como luego fue confirmado por las actuaciones de Anwar el-Sadat, los republicanos del Yemen, y los militares turcos, el nacionalismo árabe era mucho más receptivo y maleable para negociar cualquiera de tales crisis que los jeques islámicos agraciados por Londres y Washington.

La resurrección del puritanismo islámico es solo el gesto desesperado de un diseño religioso arcaico, hoy amenazado en sus pilares básicos por el estado secular, por el empuje del modernismo, por el desenfrenado avance científico y tecnológico que atraviesa el planeta, por la globalización: el drama de una visión dogmática que rehúsa renovarse y se resiste a ceder el terreno de la sociedad civil. El fundamentalismo proviene del fondo beduino, religioso y conservador, xenofóbico y sospechoso de lo foráneo (el inicio con Mahoma en Medina); contrario a la médula doctrinal islámica que parte de una cultura urbana y comercial (el Califato de Bagdad, de Córdoba o de Estambul), más adecuado para la renovación. El terrorismo islámico en sus múltiples escuelas (ya sea Septiembre Negro, la Hermandad Musulmana, HizbAlláh o Al-Qaida) es el corolario sanguinario de ese fundamentalismo. Al no existir forma de expresión política, ésta se hace «a nombre del Islam», pero del Islam primitivo (el cristianismo de las catacumbas), un culto a la nostalgia para «re-islamizar» la sociedad.

La emergencia del ala ortodoxa actual —tipo Usman Ben Laden— no guarda relación con el tradicional nihilismo y anarquismo de las bolsas de miseria europeas del siglo XIX. Es una filosofía de crisis de los segmentos educados y privilegiados de la sociedad que se desarrolló en las tumultuosas décadas de

1970 y 1980, al calor de la prosperidad «petro-árabe» y la incertidumbre de identidad que ésta desató y que corrompió una generación de intelectuales y políticos. La inconclusa victoria israelita en la guerra del *Yon Kippur* en 1973 restableció el «honor árabe» y trajo un período de autoestima y profundas expectativas, que desembocó en el triunfo de la ortodoxia en Irán y Sudán, y el grito de Guerra Santa lanzado desde Afganistán.

El modelo nacionalista árabe también falló al no poder liberar Palestina ni elevar el nivel económico de las masas árabes. Estos estados asimismo serán «confesionales» en cierto sentido, al estar integrados por minorías y por una secta dominante que denegará cualquier diversidad étnica. El colapso de los precios petroleros en los ochenta y las guerras inter-árabes, produjeron una reacción cínica y puritana en toda una progenie de jóvenes, ambulantes y frustrados, en los bazares mesorientales. Son los condenados de la tierra de que habló Frantz Fanón; los rechazados de las buenas escuelas, los estudiantes nulos, los «disfuncionales» abusados en sus crianzas. Con su promesa de gobiernos más auténticos y virtuosos, estos militantes ansían el poder en casi todos los estados árabes; por eso el debate ya no es entre los defensores del orden secular o del religioso, sino entre quiénes van a gobernar en nombre del Islam. Es la tensión disparatada de toda nación islámica entre la ley divina, por un lado, y la *realpolitik* del estado, por el otro.

La beligerancia del Islam ortodoxo, no solo tiene asidero en las mezquitas y las prédicas de cadíes, mullas, imanes y ayatolaes. Existe una extensa obra política, filosófica y literaria, una constante divulgación periodística, que ha servido de orientación ideológica al militante. Sería el libro del egipcio Sayyid Qutub *Las Señales en el camino*, una versión islámica del *¿Qué hacer?* de Lenin, el que daría forma a la actual corriente de revitalización islámica. Qutub, un escritor prolífico y obsesivo que cubrió la novela, la poesía, el ensayo político y filosófico, fue ferozmente torturado y ejecutado por Nasser en 1966, convirtiéndose en el apóstol de la Hermandad Musulmana y de todo el militantismo moderno. En su manifiesto, argüía que cada musulmán devoto estaba obligado a declarar la *jihad* contra las sociedades infieles (*jahili*), incluyendo a los regímenes nacionalistas árabes; y consideraba también el derecho a decidir quién era o no era un creyente. En su visión patológica juzgaba al Occidente como «sintético» y depravado, comparándolo con la declinante Roma imperial, y sentenciándolo a muerte en su obra *Islam y los problemas de la civilización*.

Generaciones de seguidores refinarían su pensamiento, como se muestra en el manifiesto *La Filosofía de la confrontación*, de la organización *Jihad al-Benaa* (Realización de la Guerra Santa), y en el llamado *Programa de acción islámica*, del grupo islmámico *Gama'a Islamiya*, documentos que fueron publicados en 1984 y escritos ambos por un colectivo de la Hermandad Musulmana en prisión. Asimismo se destacaría como un devoto discípulo suyo el egipcio Mohammad al-Ghazali, teórico del Islam y miembro de la Hermandad Musulmana, quien recorrería de Gaza hasta Argelia predicando esta versión intolerante del Islam.

Otro de los pensadores eminentes del radicalismo fue el intelectual egipcio Wail Uthman, el Marcusse de la juventud islámica fundamentalista. Su libro *El Partido de Dios en lucha con el partido de Satán*, publicado en la década 1970, divide al mundo en dos entidades sociales, y urge a los creyentes a luchar para restaurar el partido de Dios para salvar al Islam de su peligrosa y constante exposición al Occidente. Por su parte, el periódico cairota *Al-Quds al-Arabi*, el más prestigioso y leído en todo el ámbito islámico, por años ha fomentado el antagonismo contra los elementos y regímenes musulmanes seculares, y la violencia contra el Occidente apóstata.

Para fines de la década de 1970, los escritos de los radicales pensadores shiítas en Irán, Líbano e Irak se expresaban de manera similar a los sunnitas de Egipto y Arabia Saudita, en sus diagnósticos y curas de los problemas contemporáneos, y en sus énfasis hacia la confrontación. No era difícil imaginar que este *corpus* ideario desovara una dinámica de acción contra los «infieles», sobre todo cuando la barrera idiomática del árabe ha impedido al Occidente defender su causa. En 1996, el conocido periodista cairota Mohammed Heikal, en su obra *Canales Secretos* —que pasó inadvertida en Occidente—, alertaba a éste de la profunda furia y repulsión que contra ellos se anidaba en todo el Islam.

Pero estos ideales eran tan viejos como su propia doctrina, y fueron abrazados y diseminados por una agrupación sunnita que funcionaría como un partido ideológico: la Hermandad Musulmana, mucho más temible y arácnida que Al-Qaida, y que desde entonces estaría en el trasfondo de todas las corrientes extremistas del Medio Oriente, incluyendo a la talibán. La Hermandad Musulmana es la madre histórica y espiritual de tales agrupaciones desde la posguerra, y estableció lo que sería el *leit motiv* de la intransigencia árabe: destruir a Israel y desafiar al Occidente. El fin de estas escuelas de pensamiento y, luego, de las partidas terroristas era la unión de todo el Islam, a través de la *jihad* o la supuesta guerra santa, para reponer el Califato bajo un paladín carismático, un emir escogido por su pureza y virtudes.

La revolución islámica patrocinada por la Hermandad Musulmana se antepondría al nacionalismo y rehusaría el compromiso con las élites tradicionales tribales, con las entidades étnicas, con la estructura feudal de emires y jeques, pregonando —estilo talibán—, la creación de una sociedad islámica semejante a la fundada por el profeta Mahoma, que englobase a toda la comunidad musulmana: la *umma*. Según sus ideólogos, el Occidente ha triunfado no por razones filosóficas o espirituales, sino porque el mundo islámico se quedó congelado tecnológicamente. En Sudán, su rama cometió crímenes horrendos. En Cisjordania y Gaza organizó a Hamás, su brazo militante. En Jordania, su Ejército de Mahoma atentó en 1993 contra la familia real. En Túnez, el movimiento lo encabezó Rashid Ghannouchi.

Egipto, Arabia Saudita y Siria se han encarado brutalmente a estos fanáticos intolerantes. En 1982, Hafez Assad no vaciló en masacrar cerca de 30.000 sunnitas en la ciudad de Hama, solo porque allí se refugiaban adeptos de la Hermandad Musulmana. En Argelia la Hermandad Musulmana desató una viciosa guerra civil desde 1992, cuando el gobierno secular del presidente

Chadli Benjedid rehusó aceptar los resultados electorales y decidió aplastarlos. La Hermandad respondió asesinando a las mujeres sin velo y a los intelectuales seculares. La experiencia de Argelia, y la represión que también experimentaron en Egipto y Siria les convenció de que el único recurso era la toma violenta del poder.

Para desmayo de los fundamentalistas, ya no existe el Egipto que Emil Ludwig describiera; el país no depende de un Nilo de bancos limosos aromatizados de jazmines, y surcado de *falucas* con lámparas de queroseno. Los cafés con sus pipas de agua y voluptuosas danzarinas veladas en tul ya son especies arqueológicas, pues los egipcios se entretienen ahora con *Star Trek*, HBO y las peleas de Mike Tyson. La economía ha crecido a golpes de petróleo y gas, con las remesas de sus emigrantes del Primer Mundo, el turismo y las aduanas del Canal de Suez. Anteriormente desde El Cairo, las élites rectoras y pensantes obligaron al mundo islámico a que encarase sus flaquezas en 1948 —después de la expulsión de los árabes del nuevo estado judío— y en 1967, tras la guerra de los Seis Días. Pero, en la actualidad, Egipto no goza de su pasada autoridad regional ante el protagonismo de Irak y Siria y el militantismo de Arabia Saudita e Irán. No obstante, Egipto nunca anidará una revolución estilo Irán, pues sus pobladores esperan siempre de sus gobernantes un comportamiento faraónico.

En 1954, Nasser trató de modernizar a los ulemas, y reprimió sangrientamente a los integrantes de la Hermandad Musulmana, que huyeron despavoridos.

Después de la firma del tratado de paz con Israel en 1977, y en un gesto para con sus opositores radicales, Sadat permitió la formación de grupos y asociaciones islámicas. Igualmente, aprobó la enseñanza religiosa, tolerando que los islamistas acapararan la educación primaria, donde predicaban contra la noción de nacionalismo egipcio, tildando a los faraones de raza corrupta, y proponiendo demoler tumbas, pirámides y monumentos. Entre ellos se destacó el ciego Abdel Hamid Kishk quien prometía un Paraíso pederasta a los que se inmolaran por el Islam: la erección eterna en compañía de jovencitos acicalados. Pero Hosni Mubarak aprendió de los errores de Sadat y no se ha andado con carantoñas.

Durante el siglo xx Egipto fue foco de una extraordinaria vida cultural que suscitó lo que dio en llamarse el «Iluminismo» de la cultura árabe, gestora de su pensamiento liberal y secular más trascendente; con más de 200 periódicos, decenas de editoriales, una fecunda literatura, un teatro fabuloso, y una industria fílmica en progreso. Entre sus escritores estelares figurarían Naguib Mahfuz, premio Nobel de literatura y acaso el prosista más brillante del siglo, Tawfik Al-Hakim, Lewis Awad, Ahmed Baha el-Din, Youssef Idris e Magdi Wahba, todos de talla mundial.

El *boom* petrolero de 1970 tuvo efectos catastróficos para todo el quehacer cultural del Medio Oriente. En posesión de descomunales riquezas, los ignorantes y devotos jeques y emires de Arabia Saudita y de los emiratos del Golfo reclamaron para sí la agenda política y cultural de todo el mundo islámico. Hassan Hanafi, el conocido intelectual egipcio ha manifestado que, a partir de entonces, la verdad fue barrida, el discurso especulativo inhibido, y el intelecto

mercantilizado por esta cultura del petrodólar de los jeques, de las *fatwas* iraníes y del yugo de una banda de déspotas locales al estilo de Saddam Hussein. Según Fuad Ajami, otro talentoso egipcio refugiado en Occidente, los intelectuales han sido o bien apaleados o seducidos.

La poderosa intelectualidad caiota fue desmoronándose al evadir la confrontación con los intérpretes del Islam, poniendo su pluma al servicio del dogma. Pero un pequeño y aguerrido núcleo mantuvo su independencia y la defensa del nacionalismo árabe. Youssef Chaheen continuó produciendo películas provocativas. Adel Imam —un actor no menos talentoso que Omar Sharif— prosiguió mofándose del militantismo en sus actuaciones y creaciones. En 1992, los extremistas islámicos asesinaron al escritor Farag Foda, defensor de la tradición secular egipcia y un pertinaz contrario al Islam militante. En 1994, el propio Mahfouz fue objeto de un atentado. Por esa fecha, el dramaturgo y novelista Elí Salem decidió visitar Israel al precio de ser un apestado.

Estos hechos, unidos a la acusación de apostasía y la *fatwa* contra Salman Rushdie, si bien aterrorizaron a los intelectuales egipcios, no consiguieron apagar las reprensiones seculares. El país continuó forjando letrados de categoría, fustigadores del fundamentalismo y del estado faraónico de Mubarak, como Taha Hussein; novelistas impresionantes, como Yusuf al-Qaid y SonAllah Ibrahim, quienes han deleitado a los críticos literarios occidentales; economistas internacionales, como Galal Amín; juristas mundiales, como los Boutros-Boutros; agudos prosistas, como Rifaat Said, quien no cesa de acusar al Islam militante por el asesinato de Foda.

El terrorismo tuvo su empujón inicial en un puñado de organizaciones palestinas. Uno de los primeros en distinguir que la violencia islámica era la ola del futuro fue el cabecilla militar de la OLP, Khalil al-Wazir, el temible Abú-Jihad. La zona se enturbió aún más con el uso del petróleo como arma política, con la impronta errática del mandatario libio Muamar El Gadafi, y el desplome del Líbano como nación. Los empeños de Washington por alcanzar una conclusión del conflicto árabe-israelí y del Líbano a través de la mediación árabe (Jordania, Arabia Saudita, Egipto) resultaron inútiles, pues Siria —apuntalada por la ex Unión Soviética— amedrentaba a todos con su arsenal bélico.

El inmemorial antagonismo entre Bagdad y Damasco es más virulento que las rivalidades inter-árabes contemporáneas. Los intelectuales sirios (otrotra a la vanguardia del nacionalismo árabe junto a los egipcios), han sido diezmados, censurados o exilados por oponerse a la mano dura de los Assad. Éste ha sido el caso del eminente poeta Ali Kanaap; de los dramaturgos alawitas Mamduh Udwan y Sadallah Wannous, prohibidos en Siria y publicados extensamente en el extranjero; del filósofo político Sadiq al-Azm, el más acérrimo defensor de Rushdie; del afamado director fílmico Duraid Lahham, vetado en casi todos los países islámicos por censurar el fundamentalismo religioso y exponer la irreversibilidad del estado de Israel.

Si las guerras árabe-israelíes destruyeron la mística militar árabe, la del Líbano reveló lo absurdo del pan-arabismo, al sufrir su agonía sin que le importase al resto del mundo islámico solo porque en el conflicto no concurrían los

«infieles». El tema fue abordado por el dramaturgo libanés Alias Khourí, en su pieza *La Amnesia cultural*. El Líbano *antebellum* era un sitio casi democrático donde se toleraban los maronitas cristianos con su provincia autónoma en el Monte Líbano, los musulmanes shiítas y sunnitas, y los drusos. La primera alteración demográfica en Líbano, cuando los maronitas superaron en número a los drusos en el siglo XIX, tuvo tremendas implicaciones políticas; así mismo ha sucedido con el segundo cambio, al transformarse los marginales shiítas en la secta mayoritaria. Si la historia del Líbano fue maronita, su actualidad y futuro es shiíta.

La unidad libanesa era una parábola política porque la identidad del país dependía de cuál secta la dominase; de ahí a la guerra civil el tramo era corto. La razón por la cual el ciclo de violencia comenzó en 1975 y no en 1958 se debió a que Estados Unidos decidió entonces arbitrar militarmente. Sayyid Fadlallah, un admirable ensayista libanés shiíta que ha sido publicado en Occidente, escribió en medio de la refriega de 1976 una teología del terror: *Islam y la lógica de la fuerza*, que acentuó al intenso debate fundamentalista. A raíz de esta guerra la zona se tornó en el eje táctico de las cuadrillas terroristas, primordialmente las de la OLP.

Los shiítas estaban representados por dos movimientos: Amal, de propensión centrista, liderado por Nabih Berri y sostenido por Siria, y el HizbAlláh (Partido de Dios), encabezado por Hassan Nasralla y apuntalados por Irán. HizbAlláh se nutrió de miles de militantes iraníes que se filtraron por la frontera en la década de 1980, y sus ataques suicidas contra Israel y Occidente y secuestros estremecieron a Beirut. El balance fue alterado con la entrada de 300.000 palestinos (sunnitas) huyendo de las guerras árabe-israelíes, y de Jordania, los que constituyeron con ayuda de Arabia Saudita la organización terrorista Hamas. Los cristianos no podían aceptar la realidad de que ya no eran los gobernantes del Líbano, y entrenaban sus propias milicias bajo la mano israelita; los Drusos de Walid Jumblatt, siempre jugando a las oportunidades, hicieron lo mismo alimentados por Siria.

Líbano devino en metáfora de barbarie y Beirut de jungla urbana. Lo único que acarrió la incursión acorazada israelí al Líbano, y la consolidación de Siria en el valle del Bekaa (emporio del hashish y de la falsificación de monedas), fue cercenar el país y abandonarlo a merced de los señores de la guerra que respondían a Israel, Siria, Irak e Irán. Pero ninguna de las facciones libanesas ha deseado un enjuague teocrático. El país se aviene a un nuevo padrón demográfico, con una mayoría musulmana shiíta, dominado por una élite política plegada a Siria, donde señorea el HizbAlláh. Esta estrenada fuerza estima que los musulmanes sunnitas (Gama'a Islamiya) no tienen legitimidad para gobernar el país. Los maronitas perdieron la guerra civil y con ello el derecho a menear el Líbano, ya que un estado cristiano significa la guerra con Siria. Los cristianos tuvieron que aprobar al Líbano como un «país árabe» a cambio de que los musulmanes perpetuaran la ficción de un equilibrio numérico entre todas las sectas y accedieran a compartir el poder.

Como irónicamente expresó Heikal, «Alá depositó un vasto poder financiero en las áridas tierras de los pocos, en los marginales y atrasados moradores árabes del desierto». Salida de la convulsión militante Wahabitas del siglo XIX, practicando calladamente la esclavitud supuestamente «abolida» en 1962, y condenando la teoría heliocéntrica de Copérnico como una herejía al Corán, Arabia Saudita ha propagado su Islam conservador por todo el Medio Oriente. Este país, regido por una familia real asistida por un colegio de ulemas, es la quintaesencia teocrática, con su código jurídico afincado en la Shari'a, su justicia medieval, y sus bandos gubernativos contra la mujer.

Estos príncipes presuntuosos, sentados sobre el 30% de la reserva mundial de petróleo, con una instrucción religiosa que no les habilita para operar una gestión estatal efectiva, han comprado los bienestares modernos sin la consecuente modernización. La Casa Saudí protege su legitimidad arremetiendo contra todo el que rete su herencia religiosa; así, expulsaron al valor intelectual más célebre de su reino, el novelista Abdelrahman Munif. Es cierto que Irán y Paquistán han atizado el terrorismo islámico; pero el apoyo saudita y el de sus parientes del Golfo, aunque vidrioso, no ha sido menos vital.

En marzo de 1975, el rey Feisal de Arabia Saudita (el Águila del Desierto) fue asesinado por miembros de la familia real que buscaban una mayor apertura al Occidente. Este hecho sacudiría a todo el mundo islámico y ahondaría el abismo que contraponía a la casa real saudí con los fundamentalistas y musulmanes shiítas por la custodia de los sagrarios de la Meca y Medina, y por la alianza con Estados Unidos, vista como una ingerencia nociva. Un par de años después una noticia erosionaba los valores tradicionales de la sociedad mesoriental: el presidente egipcio Sadat, en andas norteamericanas, pactaba con Israel en tierra santa de Jerusalén. La afrenta llegaría a niveles inconcebibles al acogerse en El Cairo al depuesto Sha de Irán, Reza Pahlavi; poco tardaría para que rodase la cabeza de Sadat.

El 20 de noviembre de 1979, la Gran Mezquita de la Meca fue asaltada por un contingente de 1.500 hombres al mando de Juhayman Al-Utaibi, quien se arrogó el título de «mahdi» (Mesías), colocándose en la galería de los Moisés y Jesús. El grueso de los atacantes se había entrenado en Libia y Yemen del Sur bajo instructores cubanos y palestinos. El levantamiento de la Meca, abortado nada menos que por la «infel» Legión Extranjera francesa, convulsionó al mundo islámico, entre otros a Ben Laden, por las acusaciones de corrupción y de contubernio con Occidente lanzadas por Juhayman a la familia real saudí, y su pedido de retorno a la pureza del Islam.

Igualmente, cuando los soviéticos invadieron Afganistán, el episodio llegó hasta las entrañas de la sociedad islámica, cuyo suelo volvía a ser hollado por los «Cruzados». Por eso, el movimiento afgano de resistencia se hizo en nombre de Alá, y no del nacionalismo; por eso se incubó una Legión Árabe que se transmutó en la Al-Qaida de Ben Laden; por eso la retirada soviética se razonó como una victoria del Islam contra un super-poder impío; y por eso el fundamentalismo se envalentonó para plantar cara ante el otro poder, los Estados

Unidos. Estamos así en la cresta del renacimiento fundamentalista en Egipto, Yemen, Arabia Saudita y Afganistán.

Irán es un país del tamaño de los Estados Unidos, inmensamente rico en petróleo, con un mosaico de nacionalidades y con veinticinco siglos de monarcas absolutos y divinos. El Islam aquí se mezclaría con un distintivo sello persa, que mantendría tensas sus relaciones con los «árabes» a quienes tildarán de piosos primitivos. En 1953 hubo un intento por secularizar al Estado, incidente que concluyó con un golpe de Estado promovido por la *British Petroleum* contra el *premier* Mossadegh. Aparte del impulso modernizador, durante la tutela del Sha se protegió a las minorías (judía, cristiana, zoroastra y bajai), las mujeres obtuvieron el voto y se introdujo la planificación familiar.

El 1 de febrero de 1979, el ayatolá Ruholah Jomeini —la sombra de Alá— aterrizaba en Irán, expulsaba al Sha de su trono del Pavo Real, establecía una República y secuestraba a 63 norteamericanos. El derrumbe del Sha, al igual que el de la URSS, es uno de esos enigmas de la historia donde la pérdida de legitimidad resultó el catalítico. Pero, irónicamente, ningún desempeño tendrían en esta revolución los dos padres del fundamentalismo iraní: Ali Shariati quien realizó una extraña mezcla de marxismo con el Islam, y exhortó al martirologio religioso; y Abdelkarim Soroush, un reformista a lo Kemal Attaturk.

La asonada shiíta y el fiasco del rescate militar de Estados Unidos se juzgó como un triunfo sobre Occidente, confirmó a los ojos ortodoxos un Washington indeciso, y llenó de orgullo a las masas islámicas. No sólo se perturbó la ecuación estratégica de seguridad regional, que fue lo más visible, sino que en las filas del militantismo islámico precipitó una nueva y amplia diversidad de agrupamientos políticos.

El régimen del Ayatolá Jomeini marcó una ruptura con el hasta ese momento rechazo shiíta al poder temporal, al instituir un «estado de juristas», en el que una clerecía iluminada «persuadida por Alá» aceptó gobernar. Al transfigurarse el Islam en una ideología y en un instrumento de gobierno y, por consiguiente, fracasar en la organización de un estado moderno y próspero, el experimento tuvo efectos contraproducentes al minar su credibilidad frente a una joven generación distanciada de las «turbas divinas». Esta innegable distorsión de la fe encontró acusadores internos dentro del propio curato, y llevó al arresto del teólogo más prominente del shiísmo, ayatolá Shariatmadari, por sus diatribas contra el poder teocrático instaurado por Jomeini. Otro prelado del shiísmo, el ayatolá Hairy-Yazdi, en su libro *La Sabiduría del gobierno*, vapuleaba a la claque de Jomeini.

Las minorías étnicas, la mujer, los intelectuales y los teólogos shiítas fueron objeto primario de la represión ortodoxa. El decreto del ayatolá Jomeini de que las mujeres procrearan varones para el ejército, tuvo efectos demográficos desastrosos al duplicar la población en solo dos décadas. Jomeini acusó a la minoría bajai de apóstata, y puso precio a la cabeza de Salman Rushdie por sus *Versos satánicos*, un libro que él mismo confesó nunca había leído. Saidi-Sirjani, un escritor fecundo y para muchos superior a Rushdie, encarcelado por

exigir que se reformase la religión, murió a causa de las torturas. Las películas de Bahram Beizai fueron proscritas porque las mujeres encarnaban papeles destacados y se empleaban temas históricos persas.

No obstante, la sólida tradición persa, el calibre de su cultura desde tiempos bíblicos, el acceso a las profesiones y el mundo moderno, durante gran parte del siglo xx, son elementos que lejos de haber desaparecido bajo una corteza fanática, están resurgiendo y confrontando a los ayatolás. Irán no ha podido escapar a la dinámica de su propia cultura. Al lado de las «turbas divinas», la Coca-Cola es la bebida nacional; pululan los conciertos de jazz, y se consume alcohol en las fiestas; Teherán es un bosque de antenas y discos de satélites; y el país es un hervidero de jóvenes sin causa afiliados a Internet.

Los canónigos tuvieron que tolerar en las universidades a autores como Carlos Marx y Michel Foucault, y no todos los rivales serios al régimen teocrático fueron eliminados. Muchos directores cinematográficos, como Moceen Makhmalbaf, artistas y autores iraníes desafiaban a los censores. La literata y editora feminista Shala Sherkat afrontaría a los prelados shiítas desde Internet y su revista cultural *Kiyan* (Esencia), promoviendo los derechos civiles y de la mujer dentro del Islam, la libertad de expresión y de prensa. *Kiyan* ha tomado como bandera las ideas del reformador islámico Soroush, nombre peligroso a los oídos oficiales.

Concurren varias paradojas en el actual Irán, atrapado en el callejón sin salida de un fundamentalismo cada vez más impopular, pero obstinado en su designio de mantener el poder, y sin planes de contingencia para cuando se agote el petróleo para la exportación. Acaso estemos abocados a otra crisis petrolera en el Golfo Persa —y en fecha no muy lejana—, pues la solución que acaricia Teherán es la anexión de los emiratos del Golfo, territorios que de forma vehemente han reclamado como suyos.

El año 1988 cambió drásticamente el destino a favor del terrorismo islámico. El avión en que viajaba el presidente de Pakistán Zia-ul-Hag y parte de su equipo de gobierno se estrelló en circunstancias hasta hoy desconocidas, permitiendo el ascenso de Ben-Azir Bhutto como premier, y con ella la visión grupal más dogmática de Pakistán. Bhutto entró de inmediato en alianzas con Siria, Irán y Corea del Norte, en su intento de avivar el Islam militante en toda Asia, hacerse con Cachemira, instalar al talibán en Afganistán, y lanzar a Ben Laden y su Al-Qaida contra los países «moderados» del área. Todo esto lo hizo bajo las propias narices de Occidente.

Justamente cuando Estados Unidos fantaseaba con la estabilidad del nuevo orden mundial y los países más poderosos del planeta esperaban cosechar los dividendos del desmoronamiento del bloque comunista, estallaría el más temido de los conflictos: el del petróleo. Si bien el Cercano Oriente encerraba el potencial de hacer explotar la frágil concomitancia entre Mijail Gorbachov y la OTAN, la crisis del Golfo Persa resultó uno de esos virajes históricos que bosquejaron la forma en que los conflictos regionales se ventilarían en adelante.

La desaparición de la URSS desorientó a los estados islámicos, los que cotidianamente se refugiaban en la cerca bi-polar. Se ha argumentado que la

preocupación sobre el conflicto árabe-israelí, el colapso comunista y la distensión Este-Oeste, la solución de los problemas regionales y la unificación alemana distrajeron a las grandes potencias de la movida iraquí sobre el Kuwait. El primer sorprendido fue el propio Hussein quien no esperaba tal reacción de sus, hasta ese momento, aliados occidentales. La guerra del Golfo fue una experiencia traumática para el Cercano Oriente, al quebrarse la sagrada unidad cuando varios estados islámicos cerraron filas con el odiado Estados Unidos para derrotar a otro de sus pares. Los bandos estaban integrados, por un lado, con una coalición de países pro-occidentales capitaneados por Egipto, donde convergían Arabia Saudita, los emiratos petroleros del Golfo e incluso Siria; y, por otro lado, los feroces anti-occidentales con Libia y Yemen a la cabeza.

El mundo islámico nunca volvería a ser el mismo; el viejo sistema de comportamiento de la Liga Árabe se quebrantó. Mientras que para los asociados occidentales de la coalición la guerra del Golfo se consumó con vistas a defender el control de las reservas petroleras y liberar al Kuwait, para el Medio Oriente ésta tuvo lugar para decidir el futuro político de su religión, y de qué facción se inclinaría el poder: por el nacionalismo árabe (Irak, Siria, Libia, Argelia, Turquía) o por la legitimidad de las teocracias islámicas (Kuwait, Arabia Saudita, Bahrein, Qatar, Omán, etcétera). La incursión iraquí, la vasta apertura a Occidente de Arabia Saudita y los emiratos del Golfo, con sus nuevas alianzas con Egipto y Siria impactó a estas sociedades teocráticas, lesionando la autoridad de ambas familias regentes. La invasión de Hussein resultó el capítulo más reciente de una rivalidad por la preeminencia regional entre Egipto y Mesopotamia que se hunde en la noche de los tiempos. Al salir Irak maltrecho del conflicto, el egipcio Mubarak tomó prestigio en la zona, fortaleciendo su papel mediador entre israelitas y palestinos.

Como se ha evidenciado, la derrota bélica de Irak no apuntaló la estabilidad en la región, al quedar pendientes el desacuerdo árabe-israelí, el tema palestino, la ocupación siria del Líbano, el fundamentalismo islámico, el enredo afgano y la polarización de riquezas. Los radicales a lo Ben Laden exigieron a Arabia Saudita y a los emiratos del Golfo que eligiesen entre sancionar la permanencia militar de los norteamericanos —que calificaron de seguridad a corto plazo— o exigir el desmantelamiento inmediato de los infieles, que implicaba la legitimidad islámica a largo plazo.

Pero sería el líder espiritual del Sudán, Abdallah al-Turabi, integrante de la Hermandad Musulmana, graduado en universidades islámicas y europeas, quien se alzaría de los escombros humeantes de la guerra del Golfo como guía ideológico del fundamentalismo. Sudán es un país donde aun se venden efebos y bellas sudanesas escogidas especialmente para el placer de jefes petroleros y de magnates norteafricanos. Vive bajo el síndrome de Mohammed Ahmed, el Mahdi —Mesías— del Islam del siglo XIX, del cual Turabi pretendía asumir el mando. Tras el golpe de Estado en junio de 1989, propinado por un discípulo suyo, el general Omar Hassan al-Bashir, Turabi, fue catapultado a los primeros planos del país y de la arena internacional islámica, haciendo del Sudán una base y un refugio para terroristas.

Turabi buscó transformar Sudán en el centro del renacimiento islámico y la plataforma de lanzamiento de la *jihad* contra la civilización judeocristiana, y se afanaría por aunar a los sunnitas con el shiísmo iraní, y así conformar el anhelado califato islámico bajo su dirección. Turabi internó a miles de huérfanos en las escuelas coránicas —*madrazas*— para instruirles en la destrucción y muerte de los *kafir* (no creyentes). En 1991 auspició en Jartum, la capital sudanesa, un concilio de congregaciones terroristas de cada país objeto de la lucha de liberación islámica (Al-Qaida, HizbAlláh, el FIS de Argelia, el FLS del Sudán, movimientos del sudeste asiático, los egipcios de Abbud Al-Zumur), para construir una infraestructura financiera pantalla en Europa y Estados Unidos, y campos de entrenamiento.

Turabi convenció a los fundamentalistas del Medio Oriente que el Islam era la fuerza ideológica más poderosa en esta post-Guerra Fría, la única capaz de motivar a los jóvenes desarraigados y ofrecerles un futuro, sobre todo porque Occidente no estaba al tanto del actual renacimiento islámico. Para Turabi la civilización mundial y los estados nacionales árabes se hallan en plena decadencia, mientras África se hunde en el tribalismo, e incluso Irán, tierra del triunfante shiísmo, no presenta esperanzas de una nueva visión. Solo a Asia, con su «solidaridad cultural» y su disciplina termitera, le concedía un futuro brillante.

Será Turabi, y no Ben Laden, el cerebro tras los planes grandiosos para el terrorismo islámico; y Al-Qaida uno de los tantos aparatos alimentados por el sudanés. Turabi comisionó a Ben Laden para que formara una maquinaria financiera, aprovechando la largueza de los servicios secretos sauditas, iraníes, paquistaníes y los estados del Golfo. A partir de ese momento, los ex miembros de la Legión Islámica, que había operado en Afganistán, serían despachados hacia sus países de origen y a lugares donde existiesen comunidades islámicas, con la misión de plantarse y esperar la señal de ataque. Varios sudaneses de Turabi participaron en el complot para dinamitar el *World Trade Center*.

El entramado de desestabilización para todo el este africano en 1992, cuyo designio era la expulsión de Estados Unidos de Somalia, fue diseñado por Turabi y ejecutado por Ben Laden. Somalia marcó el cambio crucial del terrorismo, su primera victoria contra Estados Unidos, consolidando a Turabi como el mentor intelectual y religioso, y a Ben Laden como el brazo vengador de un futuro imperio islámico fundamentalista, que tendría su primer asiento territorial en todo el este africano.

La teocracia o cualquiera de las formas de gobierno «concebido por Ala» y propuesta por los extremistas islámicos no funcionan en el mundo moderno, pues su estructura, reglas y parámetros no pueden ser cuestionados ni razonados. ¿Cómo puede participar tal barbarie codificada en un mundo cada vez más global y más competitivo, si se excluye la mitad de la población —la femina— al adoptarse como su código legal a la Sharia? ¿Cómo puede florecer la economía si la mujer árabe se evalúa por ser «procreadora de hombres» y no por su capacidad intelectual?

La traba cardinal de este mundo islámico abrumado por la violencia no es Israel, sino el autoritarismo que ha estancado sus economías y la ausencia de creatividad y educación científica y filosófica. La modernidad produce sobresaltos y desorienta; las jerarquías sociales, los valores y las tradiciones enfrentan inmensos cambios ante los cuales la tradición sirve de resguardo psicológico. Pero ahí se perfila, precisamente, la tragedia del fracaso árabe para encontrar soluciones realistas, puesto que el mundo por el que supuestamente se desplaza el fundamentalismo islámico fue condenado por la marcha de la historia. La Unión Soviética se evaporó; Israel ha probado que por sí solo puede afrontar el reto militar de todos los estados árabes combinados; Irán ha desencadenado y legitimado lo que ridiculizaban los nacionalistas seculares: la religión hecha política.

Irak, la nación árabe más poderosa después de Egipto, fue humillada militarmente por Estados Unidos. Incluso la OLP busca la paz con Israel y los favores de Washington, al igual que Jordania, mientras Siria da muestras de contención; y el mundo ahora califica a Estados Unidos como el poder militar más formidable, heredero del derecho de crear un nuevo orden mundial a su imagen y semejanza.

Los islamistas argumentan que debido a la «universalidad y centralidad» del Islam para el creyente, un sistema legal secular e instituciones políticas estilo Occidente no pueden echar raíces en el Medio Oriente, salvo que el Corán sufra una renovación. Pero el militantismo islámico no es la solución. Los iraníes ya han concluido que no existe una «economía islámica», ni una «sociología islámica», ni forma «islámica» de construir automóviles, de estabilizar el sistema monetario, ni un camino milagroso islámico al desarrollo y alternativa a los ya recorridos por Occidente. Lo irónico es que si en algún lugar puede producirse un *glasnost* islámico es precisamente en Irán, cuna de disidentes religiosos, de intelectuales contestatarios y de jóvenes rebeldes sin causa. ¡Qué triste sería que después de tantos sufrimientos la «civilización árabe» abrazara otra utopía religiosa de algún enfebrecido profeta que les impidiese recuperar la prosperidad, el dinamismo, la tolerancia e imaginación que una vez le caracterizaron!

Presencia y ausencia de una revista de poesía

A José Rodríguez Feo, que supo de revistas

SI, SEGÚN SE DICE, LA POESÍA SE REALIZA SIEMPRE EN EL tiempo, hablar de la poesía sería también hacerlo del tiempo. El tiempo que consolida o desploma tanto la ausencia como la presencia. Y estas líneas muestran desde el inicio un interés de ascua arrimada a la sardina propia. Hoguera de un puñado de gente de poesía que no quiere, ni aún ahora, cejar en su empeño. Cuando Pablo Armando Fernández en su «Tango de 1930» afirma en un exergo cómplice *Todos nacimos por los años treinta* no solo hace un uso exclusivo y excluyente de ese sujeto —quien no nació por los años treinta no forma parte del todo, no es uno de ese nosotros implícito— sino que denota el sentido temporal que ha de avanzar o retroceder. Y así sucede, y ya en el mismo poema se declara, nítidamente referido al cada uno que integra el todo, que ante las sollicitaciones diversas que lo acechan algo sucede: *Pero no te seducen; no quieres ser el héroe ni el villano.*

Extraña afirmación para quienes a lo largo de este tiempo que hoy sabemos que nos convoca y nos consume quisieron muchas veces ser héroes y resultaron villanos. O al menos así fueron considerados.

Estos hombres, prácticamente no existían mujeres en el quehacer poético que los unía, se encuentran con un antecedente revisteril que en aquellos últimos años enriquecía la poética, la posibilidad, la decantación de la palabra, desde *Verbum*, *Espuela de plata*, *Nadie parecía*, *Clavileño y Poeta* y va a culminar en la legendaria *Orígenes*. *Ciclón* no era en realidad una revista de poesía, aunque no dejaban de aparecer textos poéticos en ella. Pero estas publicaciones periódicas no pertenecían a esos que habíamos nacido por los años treinta. Independientemente de la precocidad y la maña de algunos, era como asistir a fiesta, al menos por entonces, ajena. Mero añadido. En 1959, al triunfo de la revolución cubana, esta generación en ciernes no había

César López

tenido órgano de expresión propio... nunca lo tendría. Más tarde, 1966, los entonces más nuevos y más jóvenes poetas se agrupan en *El caimán barbudo*, con lo cual se establece un puente o un vacío y los creadores aludidos en la cita del tango de 1930 se quedan en medio, entre los viejos maestros y los intrépidos asaltantes del verso. Aunque, no se puede negar, fueran muy diligentes y casi regidores de la actividad más intensa del país. Polémica. Desconcierto. Pero sin revistas, casi sin antologías. Imprecisos hasta en la denominación que debíamos asumir para, además, señalarlos y diferenciarlos.

Hoy cuando los integrantes de ese supuesto grupo rondan los sesenta años de edad se puede considerar con cierta nostalgia la ausencia de una revista, al menos una. Sola, solita para la poesía, sus poetas, sus lectores. Tal vez nosotros mismos.

La muerte, el exilio, la aferrada permanencia en la isla, marcan, trabajan y también desgastan a estos poetas, quienes más que un paradigma generacional constituyen un antimodelo de desperdigamiento sintagmático.

Entonces se inventa, poéticamente, una revista. La presencia de la ausencia. Repaso, recuento, reconsideración. Leve homenaje a voces que persisten, insisten y resisten.

Como aquella película inglesa de los años cincuenta, *El hombre que nunca existió*, aquí se trata de la revista que nunca existió... y por lo tanto sería hartamente pedantesco y poética, y hasta físicamente peligroso otorgarle un nombre, bautizarla. Dejémosla así. En el tiempo impreciso de estas vidas, de estas letras, de este desasosiego.

Sin embargo, no es posible escapar a cierta tentación un tanto teorizante, aunque sea más bien como propuesta investigativa de la enteléquica revista. Ludwig Wittgenstein mediante, se construye un pórtico: «Was sich überhaupt sagen lässt, lässt sich klar sagen; und wovon man nicht reden kann, darüber muss man schweigen» (Todo aquello que puede ser dicho, puede decirse con claridad; y de lo que no se puede hablar, mejor es callarse).

Elegante postulado, capcioso, y que complica más la situación de estos poetas que por muchos han sido considerados, reconsiderados y recontraconsiderados, como conversacionalistas, coloquialistas: *fue más directo que un objeto* dijo el poeta Heberto Padilla. ¿Lo dijo de sí mismo? ¿Lo dijo de todos nosotros? Nunca se sabe. Hasta la misma claridad invocada por el lógico y filósofo alemán arroja sombra de dudas. Sin olvidar que en tiempos ya de fábula José Lezama Lima disertaba sobre lo claro y lo oscuro con deleitosa imprecisión. El buey que echaba vaho un día en la niñez de Rubén Darío no es más claro que el canario amarillo de Martí que tiene el ojo tan negro en el que pensaban concordes el poeta y el escolar sencillo.

La revista no discute, no es ésa su misión; poetiza, expone y, como se ha ido edificando, con la obra del tiempo, de los ciclones, del diálogo y de las desavenencias, puede ser contradictoria y nada programática.

«La hora de la verdad puede ser esta misma / (yo declaro solemnemente que esta hora en que escribo es también la hora de la verdad). Mis amigos se quedaron para siempre: fieles a nuestras piedras, / fieles a nuestras guásimas».

Es Fayad Jamís, que insiste en el mismo poema: «No es aquí el caso de reír, hermanos, dijo el pobre Francisco, aquel poeta un poco medieval que se perdió en el laberinto. Estoy recordando a los amigos, / uno a uno me dan el santo y seña, los vivos y los muertos...».

El santo y seña de la muerte y de la vida. Hoy Fayad Jamís está muerto, pero el poeta un poco medieval, Francisco de Oraá, el del laberinto, si se pierde y se encuentra y prevé, presupone, preconiza la muerte y la poesía. Y se atreve en la estirpe del soneto. «El muro abriste al enemigo oscuro / y se ha metido el hambre de la oscura: Todo / arderá en la noche que más dura, / fuego se hará con el rencor más duro. // Serán los ojos un quemado muro / y la memoria al fin hueca blancura. / Sólo el fuego será persona pura / solamente la muerte lugar puro. // Arderá la locura de la hoguera / cuanto quemó con noche la locura; / y el corazón que con más furia ardiera // acabará en un frío cenecero. / Será el amor la roja quemadura / y la noche el cerrado quemadero». El guiño quedesco, que tiene un pase tangencial a Nicolás Guillén en la quemadura amorosa, podría ser correspondido, explícitamente, en el «Convite de Don Francisco de Quevedo» de Díaz Martínez: «El señor don Francisco de Quevedo invita, / sacando el cráneo del sombrero, / esta noche para holgar difuntos». Y más adelante, tal vez para la misma página de esta revista impúdica, en el mismo poema, como adelantándose al tiempo programado, vaticina el poeta: «hemos estado largo tiempo solo / a punto de irnos a los dientes / y al fin hemos venido a dar la fiesta». Así que la conversación no era solo con Quevedo, así que Manuel Díaz Martínez se refería, o leemos nosotros, a todos... una fiesta final que avanza y retrocede en el tiempo del poema, de la poesía, de la ponencia que quiere ser revista. Este poema está dedicado a Luis Marré, presente hoy y aquí, el mismo que quiso abrir los ojos en el fresco y subraya: «Ya otro / ocupa mi lugar sin preguntar por mí». Sabiduría temprana de lo porvenir, de las batallas y escaramuzas. Pero nada de eso importa demasiado si como dice el poeta Baragaño «todo está condenado y perseguido. / Como tu valentía sostenida por la palabra». Se podría objetar, pero hubo un aviso previo para que no se asustaran los paseantes, lo contradictorio de los fragmentos seleccionados o movidos casi al anterior y lezamiano ritmo del azar concurrente que brinda la mezcla, la combinación, el contrapunto individualizado en lo que se disfraza de colectividad. Rolando Escardó, el iniciador de la muerte, iniciático, intuitivo y vallejiano sabía LO QUE ES EL CENTRO // «...pero me coge la razón; desprevenido me sacude el instante, / y yo no quiero ser lo que ahora soy, / pues lo pasado tiene su forma en el presente, / vive el temor constante; / lo primero pasado, sucede en el presente / y tengo miedo».

José Martí, tan ígneo y decidido, un siglo antes lo había revelado en un verso que muchos, amañadamente, no quieren recordar: «Yo soy honrado y tengo miedo».

Antón Arrufat, distante y comedido, transforma el miedo, como todos, en algo distinto, ha dicho que venera a otros dioses, pero no teme confesar, confesarnos, «Envidié al poeta entre sus libros, / solo en la casa cuidando las abejas, / que viajaba sin salir de su cama. / Pero no todos tenemos buena suerte».

No obstante lo dicho, o quizá como consecuencia o causa de lo dicho, sugerencias enlazadas, Raúl Luis delimita la propuesta: «Con los objetos eternamente prohibidos / inventas la leyenda». Y permanece tan tranquilo en su confianza vacilante porque «El que buscó en el sueño la figura / de otro sueño (el futuro) gravemente, / descubre que su sueño fue el presente / o el sueño del pasado que perdura».

Éste acontece, ha sucedido, continúa siendo «en el aire del año agonizante / asaltó la mirada, su cautivo / memorial de ventura deslumbrante». Como lo ha dejado dicho Pedro de Oraá. Son estos conversadores, susurrantes a veces, otras con el estrépito del desgarramiento mantenido, quienes condicionan «las cosas de la vida; / si en la retórica de lo cotidiano, / donde te sumerges al modo de un agua metafísica» en la voz afirmativa de Roberto Branly que conforma su contrapartida de espejos ante Rafael Alcides, quien rememora «Como dijo Darío con tristeza: ‘¿Fue juventud la mía?’ / Si por jóvenes entendemos ser haber sido felices, / yo entonces he sido joven ahora por primera vez. / Y de esa manera; / yo, el extraviado de otro tiempo / me siento como quien regresa adonde nunca había estado / pero donde sin duda faltaba...».

Después de semejante tirada lírica, metafísica, confesional, es solo fatal, obligatorio, escuchar, leer en las páginas revueltas de esta revista delirante las palabras de Roberto Fernández Retamar: «Y, desde luego, no queremos (y bien sabemos que no recibiremos) piedad ni perdón ni conmiseración, / quizá ni siquiera comprensión... la historia no es para eso, / sino para vivirla cada quien del todo, sin resquicios si es posible / (con amor sí, porque es probable que sea lo único verdadero)».

«Nada fue tan difícil / como trastear las entrañas / De nuestra época». ¡Ah, Luis Suardíaz, tal vez sea cierto y «Haber vivido debe de ser un gran recuerdo!». Pero el contraste, el complemento acaso, lo fija Armando Álvarez Bravo. «Lo más terrible es este azoro». Desconcierto ante los que «se afanan / en descubrir el mal, para ahuyentarlo / del inocente gremio de la gleba. Diseccionan el texto / para extirpar las sílabas malignas». Aclara Pablo Armando Fernández.

Pausa, a cada cual su parte; «Escucha: la dicha puede renacer. / El goce vacila, se alza; de pronto reaparece. / Las lámparas iluminan / una zona de guerra y otra zona de paz. / La flor espera en su tallo el tiempo que la rija. / Tus propios instantes / deciden tu temblorosa eternidad. / A mí no me fue dado el tiempo del amor...», ha pontificado Heberto Padilla.

El tiempo, el fluir del mismo río, «vive la tranquilidad en cada instante» de José Triana. Y no es demasiado sorprendente que luego venga el *Manifiesto* de Domingo Alfonso: «Para nosotros el poema / no es ni siquiera literatura; / un poema sangra, suda, dice malas palabras: / es un pedazo de mí mismo, / una vieja que apesta, una mala función de circo, una cosa con frecuencia desagradable / que choca a los señores del jurado...».

Severo Sarduy, que conoce tan bien de dónde son los cantantes, apuntó y subrayó las islas: «Éstos son los paisajes que nos han vigilado» entrevió «los dioses pequeños dibujando distintos universos en torno al centro de la nada, otros planeando las palabras». Y como tenía la convicción que lo abrasaba fue

a dar con los pájaros a la playa cuando previó su ángel: «Voy a crearte ahora para que cuando muera, / perdures implacable vigilando la nada».

Volvamos al inicio. Si la poesía se realiza en el tiempo, según se dice, hablar de la poesía sería también hacerlo del tiempo. Y el tiempo, pues, es la poesía; y el poema, su grabación, su marca, no importa si en la piedra o si en el aire. Los nombres podrían intercambiarse. En un principio, en el comienzo de este texto hilvanado desde la memoria y los viejos o recientes libros y papelería, la revista se iba a componer de catorce bardos, ridícula palabreja, pero hubiera sido injusto y hubiera hecho falta un prolongado estrambote para no traicionar la cifra del soneto. Y surgieron veinte elegibles, para duplicar no solo aquel ya clásico florilegio que con anterioridad compilara Cintio Vitier en *Diez poetas cubanos* en 1948, sino también para recordar, ya sea simbólicamente, diez y diez, la estrofa predilecta de los campesinos cubanos. Décima y décima.

Y para que se mantengan en la memoria los que estaban antes, desde la humildad fundadora del *Espejo de paciencia* hasta los dilectos y más recientes señores de la poesía inmediatamente anterior a nosotros, todos los que nacimos por los años treinta. De este siglo que acaba de terminar, claro está; pues del anterior nos acompañan Heredia, Zenea, Plácido, Martí, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Milanés, Luaces, Luis Pérez de Zambrana, Julia Pérez de Montes de Oca, Juana Borrero y Julián del Casal. Y esos padrecitos y madrecitas de la república, entrañables, alabados, alzados o denostados en su quehacer perpetuo y perpetrado: José Manuel Poveda, Regino Boti, Agustín Acosta, Ballagas, Mariano Brull, Eugenio Florit, Regino Pedroso, J. Z. Tallet, María Villar Buceta, Pita Rodríguez, Navarro Luna, Nicolás Guillén, Dulce María Loynaz... Sin ellos no se hubiera podido siquiera intentar esta revista imposible y a la vez posible, ya atemporal en su propio tiempo enemistado. Los mismos que allanaron el camino a los de *Orígenes*. Cómo entonces silenciar a José Lezama Lima, Gastón Baquero, Virgilio Piñera, Eliseo Diego, Fina García Marruz, Cintio Vitier, y sus compañeros de aventura, el padre Gaztelu, Octavio Smith, Justo Rodríguez Santos y Lorenzo García Vega. No importa que no tuviéramos revista propia si ahora las más jóvenes voces, vigorosas y también desenfadas nos sostienen, alientan y combaten. Como parece que también debe ser.

El tiempo, la palabra, el silencio, el vacío y la plenitud han potenciado este recuerdo. Esta presencia y esta ausencia revisteriles.

Hay que terminar, confieso y queda, tal vez, una pequeña brecha, un sitio reservado entre todos los que nacimos por los años treinta. Y como el autor circunstancial de esta ponencia no peca de modestia, falsa o verdadera, y además hay que cumplimentar el programa pitagórico de los veinte, las dos décimas, la isla se ensancha más allá del traicionero mar, la plataforma insular que osa nombrar la fiesta innombrable y lezamiana, César López se incluye y cierra, provisional y provisoriamente la revista:

«Como si fuera en verdad el que regresa, el que lucha / con el olvido y la memoria, y arrodillado, casi en silencio, / repite las palabras. —Pero es que soy en realidad el que regresa, el que lucha / con el olvido y la memoria, y arrodillado, casi en silencio repite las palabras».

Las cartas de un enajenado en el trópico

Alejandro Areus

HACE YA VARIOS AÑOS, 1992 PARA SER EXACTO, QUE EL Museo Cubano de Arte y Cultura de Miami presentó la exposición *Ponce y su época*. Siete años antes se publicó en Cuba una monografía sobre el artista escrita por Juan Sánchez (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1985). Ambos hechos, aunque modestos, han sido serios esfuerzos de presentación y análisis de la vida y obra de Fidelio Ponce (1895-1949). Todavía su producción pictórica y su excéntrica vida esperan una retrospectiva completa —uniendo las obras en la isla y en el exterior con una óptica crítica que refleje las metodologías recientes en la historia del arte—. Mientras tanto quiero dar a conocer por vía de este artículo al Ponce autor de cartas, y a través de sus cartas dar un poco de luz a su visión del mundo y de su arte.

Si la mayoría de los contemporáneos de Ponce (Peláez, Enríquez, el mismo Abela) reflejan en sus obras la luz, el color y la sensualidad del trópico a través de sus sensibilidades individuales, la pintura de Ponce es el otro lado de estas realidades. Para Ponce la luz de Cuba es cegadora, una devoradora de las formas, convertida en sus lienzos en una pasta blanca y opresiva, la cual con las grietas causadas por el pasar del tiempo se convierte en una especie de lepra pictórica. Su temática no es ni la realidad guajira y criolla de Abela, ni las naturalezas muertas y los interiores coloniales de Peláez, ni las fantasías eróticas de un machista delirante como Enríquez. Ponce pintó un mundo subterráneo y marginal, poblado por los perdedores de la isla: beatas fanáticas, prostitutas, tuberculosos, o «héroes» golpeados y malgastados por el mundo: Cristo, algunos santos, un par de autorretratos. Al fin y al cabo, Ponce era un expressionista casero que jamás salió de la isla; su conocimiento del arte europeo era por vía de las reproducciones —así descubrió a sus pintores favoritos: El Greco y Rembrandt—.

Ponce desaparecía de La Habana por largos periodos de tiempo. ¿Dónde estaba? De paciente en el sanatorio La Esperanza debido a su tuberculosis. Cuando reaparecía en La Habana inventaba viajes a una Europa que solo conoció por postales. Como Ponce nunca tuvo un taller permanente, la mayoría de las veces pintaba donde fuera, muchas veces hasta pagaba por sus alimentos con un cuadro detrás del cual escribía la leyenda: PLC —por la comida—. Generalmente los críticos y organizadores de exposiciones de su época ignoraron a Ponce —era un pintor maldito y su obra no reflejaba la realidad «tropical» tan en moda en su época—. Mientras el grupo de *Orígenes* y su crítico Guy Pérez Cisneros lideaban con Ponce y su obra con cierta distancia, casi con desdaga, Jorge Mafiach, el padre Ángel Gaztelu, Enrique Labrador Ruiz y José Gómez Sicre fueron defensores de su obra.

Cuando Alfred H. Barr, Jr., fundador y director del Museo de Arte Moderno de New York, visitó a Cuba en el 1943 fue Gómez Sicre quien le llevó a conocer al pintor, que vivía en Matanzas. Frente a su obra escribió Barr: «*In his best paintings, he is Cuba's greatest artist, clothing disquieting figures with veils of pale reflections, white and green. Ponce has never left Cuba. He recently met Cézanne and Van Gogh through reproductions of their paintings, but his intuitive expressionism is extremely personal*»¹.

Ponce fue un prolifero escritor de cartas, y desde 1943 hasta su muerte en 1949 le escribió varias a Gómez Sicre, el cual estuvo viviendo primero en New York y más tarde en Washington DC. La siguiente selección de cartas —todas escritas a lápiz y en su gigantesca letra— no solo confirman la excéntrica personalidad del artista, sino que también reflejan el medioambiente mediocre de la cultura cubana de su época.

«Querido Pepe: Me duele ver cómo te atacan. Guy, guirao o guiro sabe poco de la belleza, es por eso que escribe como la misma muerte sin dejar de ser un monaguillo imbécil. Te felicito y te doy las gracias porque lograste mostrar mis obras en el Delphic Studios. Déjame saber qué dicen los críticos. Mucho debo a tu fe en mi obra. Mañach, Labrador y tú: mi trinidad de defensores... te abraza, Ponce» (diciembre 1943)².

«Caro Gordo: tus cartas me alegran mucho en este lugar tan triste. Escríbeme pronto, escríbeme constantemente. Me dicen que mis pulmones de nada sirven y el hecho que jamás he seguido las ordenes de los médicos no ha ayudado la situación. Con la excepción de Carlos Enríquez, nadie se ocupa de mí ni me visitan. Te envío a ti y a tu querida madre mi respeto y amor, Ponce» (*La Esperanza*, 1946).

¹ Alfred H. Barr, Jr., «Cuban Painting of Today,» (New York: *Bulletin of The Museum of Modern Art*, April 1944, Vol. XI, No. 5, p. 3).

² Ésta y las otras cartas citadas en este artículo son parte de los archivos de José Gómez Sicre (1916-91). Colección Horacio Sicre, Miami, Florida.

«Querido Pepe, ya salí del sanatorio y encuentro que esta isla es la misma mierda de siempre, quizás hasta peor. Las mediocridades levantan sus cabezas como serpientes, los corruptos vomitan sobre nuestro pobre país y el chino siniestro es aplaudido por su protectora sáfica. Dime, ¿me conocen en New York? Estoy muy contento que el señor Hitchcock incluyó mis *Cinco Mujeres* en su película *La sogá*. Un abrazo, Ponce» (*sin fecha*).

«Pepe Querido, la muerte se acerca. Las sombras de los esnobistas de esta pintoresca despintada Habana me rodean. El miedo me hace pensar en Dios. Bueno, pronto me liberaré de esta miserable vida en esta miserable islita. Labrador me asegura que si el cielo existe iré al... cuida de mis cuadros y aun que no eres creyente ora por mi alma si puedes, Ponce» (*febrero 1949*).

En cuadros como *Tuberculosis*, *Las beatas*, *Los niños* y tantos otros, Ponce plasmó con pasta espesa y líneas nerviosas imágenes melancólicas y enajenantes. Su isla está plagada de realidades subterráneas, donde los humillados y ofendidos se encuentran abandonados en un paisaje desolado en el que el sol los golpea ferozmente. Éste es el bajo vientre del trópico, el cual sostenía la Cuba de los turistas, los casinos, los sanatorios y las casas de putas. Como planteó Enrique Labrador Ruiz, «en los cuadros de Ponce el blanco es un gran silencio lleno de posibilidades, como la nada antes de nacer, mas nunca llegando a realizarse»³.

Nicolás Guillén lo recordó así:

«Grande como un gran pimiento
Fidelio Ponce tiene una gran nariz
llena de punticos negros.
Fidelio Ponce tiene un sombrero
grande como un gran paraguas,
para engañar al sol.»⁴

Ése era Fidelio Ponce, un enajenado en el trópico, que escribía cartas a lápiz con su letra enorme.

³ Carta al autor, 10 de octubre 1986.

⁴ Nicolás Guillén, *Obra poética*, Tomo II, (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1970), pp. 309-310.



Arte y arquitectura: un divorcio a la cubana

¿Hay futuro para un patrimonio arquitectónico que a duras penas sobrevive al presente?

Baltasar Martín

EL MOVIMIENTO MODERNO LLEGÓ A CUBA CON CERCA DE diez años de retraso, pero ya desde el inicio de la década de los cincuenta la expresión se impuso e invadió toda la creación arquitectónica del país.

El edificio del Colegio de Arquitectos de Cuba fue uno de los primeros de este estilo que se construyó en La Habana, inaugurado en 1947. Sus autores, los arquitectos Fernando de Zárraga y Mario Esquiroz, habían obtenido el primer premio en un concurso convocado en 1945 por la mencionada institución.

En el hotel Havana Riviera, inaugurado el 10 de diciembre de 1950 —cuya expresión arquitectónica de vanguardia todavía supera a la del flamante Cohiba de los noventa—, se emplazaron varias esculturas de Florencio Gelabert en su fuente frontal, lo que evidencia que, a pesar de haber sido un proyecto de arquitectos norteamericanos, éstos quisieron incluir obras de artistas plásticos cubanos en su decoración y ambientación, como sucedería posteriormente en el Havana Hilton. El FOCSA (1956), del arquitecto Ernesto Gómez Sampera, fue el edificio con tímpanos de hormigón armado más alto de su época, así como el Someillán fue uno de los más esbeltos.

Antonio Quintana se luce con su Retiro Odontológico (1956), y con su Retiro Médico (1959), ambos Medalla de Oro en Arquitectura por esos años.

El voladizo en forma de ocho estilizado o de alas de libélula de la entrada del edificio de 23 y N, expresa a la perfección la deseada simbiosis lograda entre la ingeniería estructural, la arquitectura y el arte, así como el mural cerámico de Wifredo Lam de su vestíbulo y el de Mariano Rodríguez al fresco en el del Retiro Odontológico son una excelente muestra de la presencia del arte en la arquitectura de estos años.

Otro elevado exponente de la etapa es el edificio del antiguo Tribunal de Cuentas (1954), Medalla de Oro de Arquitectura de ese año, del arquitecto Aquiles Capablanca. Se emplazó un mural cerámico de Amelia Peláez en una de sus fachadas laterales, y la escultura denominada *Integridad*, del escultor Domingo Ravenet, en su jardín frontal.

En el edificio del Museo Nacional de Bellas Artes (1954), Alfonso Rodríguez Pichardo incorpora numerosas esculturas y murales, que junto a una expresión arquitectónica impecable muestran un fiel testimonio de la grandeza de esta época para la arquitectura nacional. A la entrada, el grupo escultórico de Rita Longa *Los Elementos* (aire, luz y agua); en el balcón superior, la obra de Mateo Rodríguez Bécquer, inspirada en instrumentos afrocubanos. Por la calle Monserrate, a la izquierda, la escultura *La perspectiva*, bronce directo de Manuel Lozano, y a la derecha, otro grupo escultórico de José Sicre, el mismo del Monumento a José Martí de la antigua Plaza Cívica.

En el vestíbulo nos recibe un mosaico, hecho a la manera bizantina, con esmaltes y oro, que representa las artes clásicas y las contemporáneas, del pintor Enrique Carabia.

La propia Plaza Cívica, conocida desde 1959 como Plaza de la Revolución, de la que además del mencionado monumento a Martí forman parte otros importantes y bellos edificios como el antiguo Tribunal de Cuentas, la Biblioteca Nacional y el Ministerio de Comunicaciones, fue objeto de una gran controversia por la construcción del monumento en sí, que dio de lado al proyecto original premiado en el concurso celebrado en 1942, para basarse en un proyecto mixto que tomó la torre con planta en forma de estrella del segundo lugar, combinándola con la estatua de Martí del proyecto ganador del primer lugar.

A luz de hoy, viendo los planos y maquetas de los proyectos mencionados, se agradece la decisión tomada por el gobierno de Batista, que aunque dictatorial y represivo, no destruyó el patrimonio arquitectónico ni construyó adfesos sin arte ni arquitectura como el «revolucionario». En el proyecto ganador, similar al monumento a Lincoln en Washington, la hilera de columnas frontales recordaba los barrotes de una prisión.

En el Hotel Havana Hilton, inaugurado en 1958, se situó un enorme mural de Amelia Peláez, titulado *Frutas Cubanas* —en su fachada baja por la calle L—, que tuvo que ser retirado al poco tiempo porque los paños de cerámica comenzaron a desprenderse. A finales de los noventa se volvió a colocar una réplica de él.

En el bar Las Cañitas, en la segunda planta del hotel, se colocaron varios murales de René Portocarrero, también de cerámica. Éstos corrieron mejor suerte, sin ningún deterioro hasta hoy.

En 1959, el régimen de Fidel Castro encuentra un patrimonio artístico-arquitectónico altamente calificado, motivo de asombro para los llamados «hermanos del campo socialista», especialmente para los soviéticos, que no podían concebir que la isleta «azotada por el imperialismo yanqui» tuviera semejantes edificios, avenidas y túneles, con una variedad y riqueza en su expresión de la que carecían las zonas moscovitas de los cuarenta y los cincuenta.

La Habana del Este, en proyecto desde antes del 1 de enero de 1959, se erige como ejemplo, no superado en el país, de nuevo conjunto habitacional. Sus arquitectos, Roberto Carrazana, Rolando Estévez, Mario González y otros, incorporaron paños de cerámica con sencillos diseños geométricos en los antepechos de las ventanas de todos los edificios bajos, que se han conservado muy bien hasta el presente.

Los repartos del Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda (INAV), conocidos popularmente como repartos Pastorita, construidos en esos primeros años en casi todas las ciudades del país, también se caracterizaron por sus casas unifamiliares bien diseñadas y con muy buena terminación.

Junto con la introducción del yogurt y de la pizza a escala masiva en el país, se refuerzan y renuevan los conceptos del diseño gráfico, plástico y arquitectónico —que ya gozaban de muy buena salud antes de Fidel Castro—, y surge una red nacional de Cremerías, Pizzerías, FrutiCubas y MarInits que, a pesar de su efímera permanencia, fueron un hito en la vida social y cultural de la nación, junto a los afiches del ICAIC y las instalaciones creadas para las llamadas «playas populares» y otros centros turísticos, como el de Soroa, el Mégano, el Salado, Bacuranao, Arroyo Bermejo y el Parque de las 8.000 taquillas en Varadero, donde proliferaron las bóvedas y los paraboloides hiperbólicos en sus cubiertas.

Se construye la Facultad de Medicina de la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba, del arquitecto Rodrigo Tascón, con cubiertas similares, solución que se repite en numerosas instalaciones deportivas de nueva creación conocidas como CVD, poniendo un acento plástico audaz en su estructura.

Las Escuelas Nacionales de Arte de Cubanacán (1961), «arte de exquisitez espacial» según el arquitecto, crítico y pintor Hugo Consuegra —hoy en el exilio—, generaron una fuerte polémica en el país «al devenir en símbolos fuertemente atacados o endiosados más allá de toda medida. De cómo esta polémica se defina, dependerá en gran medida el rumbo y el futuro de la arquitectura cubana, tal es su importancia histórica para nosotros» (Consuegra: 1965).

Las Escuelas de Plástica y Danza son del arquitecto Ricardo Porro, hoy residente en París; las de Música y Ballet de Vittorio Garatti, y las de Artes Dramáticas de Roberto Gottardi, ambos italianos.

Tal como lo auguró Consuegra, las Escuelas Nacionales de Arte han devenido en símbolo de lo que en un momento histórico grandilocuente y espectacular pudo lograrse en Cuba, y de cómo aquellos otros arquitectos que las criticaron, formados en los postulados de una arquitectura más directa y menos expresiva, fueron presa fácil de la tipificación y del acomodamiento que empobreció la arquitectura nacional al iniciarse la década de los setenta, siguiendo los postulados foráneos y grises del Realismo Socialista.

En 1963, en el marco de la celebración del Congreso Mundial de Arquitectos en La Habana, se produce un hito en el terreno del diseño plástico.

Entre las obras que se realizaron con vistas a dicho evento, se rehicieron las aceras de la zona capitalina conocida como La Rampa, insertando en los paños de terrazo gris mosaicos de este mismo material con diseños de Wifredo Lam, Amelia Peláez, Mariano Rodríguez, René Portocarrero y de otras figuras relevantes de la plástica nacional.

En 1966 se inaugura la heladería Coppelía, del arquitecto Mario Girona, probablemente el edificio más bello e importante construido en el período, con una estructura sin precedentes en el país y la presencia de vitrales de colores de diseño contemporáneo en sus canchas interiores y en el remate de su cúpula.

En 1967 Cuba participa en la Exposición Mundial de Montreal, Canadá, con un sencillo pero audaz pabellón, diseñado por los arquitectos Sergio Baroni, Hugo de Acosta y Vittorio Garatti.

En 1968 tuvo lugar la «Ofensiva Revolucionaria», la cual eliminó totalmente la propiedad privada en los servicios, punto fundamental en el proceso de soviétización de la economía, que luego repercutiría también en la arquitectura.

En 1970 la nación se involucra por entero en la «Zafra de los Diez Millones», paralizándose casi por completo las actividades constructivas, y en 1971, con el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, se sientan las bases para el desarrollo del Plan de las Escuelas en el Campo, que trajo como consecuencia la creación de un sistema prefabricado cerrado, conocido como Sistema Girón —de la arquitecta Josefina Rebellón, entre otros—, y la consagración en el país de los proyectos típicos.

Con la creación del Movimiento de Microbrigadas a finales de 1970, para la construcción de edificios multifamiliares con mano de obra no calificada procedente de los distintos centros de trabajo, se adopta un esquema constructivo que luego devendría en boomerang, al ser criticado incluso por el mismo Castro en 1987, cuando se refirió a la fealdad que se legaría a las futuras generaciones con esos edificios que parecían más bien cajones.

El DESA, que fungía como Ministerio de la Construcción en los años setenta, emplaza a la Facultad de Arquitectura de la Ciudad Universitaria José Antonio Echeverría para que «pusieran los pies sobre la tierra y asumieran mejor su destino final como técnicos a pie de obra, como constructores, y no como diseñadores de espacios».

Como anécdota ilustrativa de esta etapa, el arquitecto argentino Roberto Segre, el más importante crítico del sector en Cuba, fue enviado a pie de obra, siendo profesor de dicha facultad, para supervisar técnicamente la construcción del edificio de 17 plantas proyectado por Antonio Quintana y Alberto Rodríguez para Malecón y F en 1967. Esta obra utilizó por primera vez los moldes deslizantes en el país, logrando una gran dignidad arquitectónica.

Si bien es cierto que la masividad obligó en cierto modo a la tipificación, la centralización absoluta de la actividad de proyecto en las empresas nacionales de la capital y la desaparición de la arquitectura de autor para dar paso a la

arquitectura «de equipo» («Un camello es un caballo diseñado por un equipo», según el destacado arquitecto cubano Fernando Salinas, fallecido en 1992) condujeron a la arquitectura nacional hacia el callejón sin salida de la tecnocracia, apartándola del camino del arte.

Los arquitectos se convirtieron entonces en armadores de rompecabezas prefabricados y en esclavos de normas de diseño venidas de los entonces países socialistas, comenzando así casi dos décadas de completa soviétización y mediocridad.

En 1972, un equipo de buenos arquitectos presidido por el mencionado Antonio Quintana —convertido ya en el arquitecto oficial del régimen—, se consagra y se salva para la posteridad con el proyecto del Parque Lenin, donde, según palabras del propio Quintana, «la arquitectura no predomina sobre el paisaje, tiene que someterse e integrarse a él», y «el elemento principal de la composición es el paisaje, el árbol» (Quintana: 1978).

Es en el restaurante Las Ruinas, del arquitecto Joaquín Galván, donde arte, historia y diseño se entrelazan, dando como fruto el más elevado ejemplo de que hasta con el prefabricado pueden lograrse hermosos resultados. Galván emplea un sistema prefabricado exclusivo y las piedras de las cercas construídas por los esclavos en la época colonial, explotando, además, el contraste entre las ruinas de una casa de más de 150 años de antigüedad y un prefabricado industrial de formas muy racionales. Vitrales de René Portocarrero, lámparas de cristal emplomado al estilo *art nouveau*, y rejas y muebles de caoba complementan y realzan esta obra excepcional, muy bien acompañada por el resto de las edificaciones del Parque, donde se logra una unidad en la que «se repite siempre la misma sinfonía» (Quintana: 1978).

El Acuario, con planta en forma de caracol, es de la arquitecta Telma Azcario; el restaurante La Faralla, de Juan Tosca y Zelma Soto; El Galápagos de Oro, de Mario Girona; el Anfiteatro, de Hugo de Acosta-Calheiros, Mercedes Álvarez y Fernando Pérez; y el Estadio de Rodeo, de los arquitectos Rita María Grau, Sara Blumenkranz y Andrés Garrudo.

En 1976, Fernando Salinas logra, en su proyecto para la Embajada de Cuba en México, una adecuada simbiosis entre arte y arquitectura, empleando también elementos prefabricados. El mural en acrílico transparente del pintor Mariano Rodríguez y la composición *Aguas Territoriales*, del pintor Luis Martínez Pedro, representan la culminación de un lenguaje plástico en la arquitectura que debió haber sido siempre regla y no excepción en esta década.

Cerrando el capítulo de las excepciones, se yergue el Palacio de las Convenciones (1976), de Quintana, con el que el autor ratifica su clase de arquitecto integral.

Si bien esta última década se caracterizó por la monotonía, la repetición y el esquematismo, en principio estudios de color innovadores y audaces salvaron en alguna medida la honra de ciertos arquitectos que, como Heriberto Duvergel, contribuyeron a llenar las escuelas de color y de diseño.

¿Por qué después de la década de los sesenta la arquitectura cubana se divorcia del arte?

La arquitectura de autor cede el paso a la arquitectura de equipo, con la consiguiente pérdida de individualidad del creador, cuyo trabajo deja de reconocerse al inaugurarse una obra. La responsabilidad se diluye.

Se abre paso una absoluta centralización del trabajo de proyecto arquitectónico en el país, en empresas nacionales rectoras radicadas en la capital.

Se imponen normas de proyecto rígidas, y, además, foráneas.

Predomina la tipificación.

Se instituye un uso no racional de la técnica del prefabricado.

Los presupuestos para las edificaciones no contemplan un acápite para la inclusión de obras de artes plásticas en el proyecto, ni tampoco el pago de las ambientaciones (decoraciones), por lo que no existe un marco financiero garantizado para ello.

Se carece de un marco jurídico apropiado para la creación de equipos interdisciplinarios en las empresas de proyectos, dejándose esto a la iniciativa personal o a las exigencias del Estado en el caso de una obra muy cuidada.

Se echa en falta una crítica arquitectónica seria, sistemática y especializada.

Paradójicamente, las artes plásticas alcanzan un auge extraordinario, pero no logran hacerse públicas, pues las galerías continúan siendo para las elites por vocación y las ambientaciones del Fondo Cubano de Bienes Culturales, a pesar de la preocupación y sensibilidad de Nisia Agüero —su titular durante muchos años hasta 1990—, no llegan a los barrios populares, que debieron haber sido el verdadero caballete y marco de ese arte.

En sentido general, Cuba ha carecido, durante todos estos años, de una crítica experta, sobre todo en arquitectura, ya que en Segre el panfleto ha lastrado la eficacia de sus libros y escritos, donde se cantan loas a una arquitectura que hoy él mismo critica, y a la que no supo emplazar cuando comenzaba a deformarse y apartarse del arte.

A raíz de las críticas del propio Fidel Castro en 1987 —un contrasentido total por su protagonismo nefasto en esa misma anti-arquitectura socialista—, y con la revitalización del Movimiento de Microbrigadas, comienza una fiebre de proyectos atípicos en el país, que alcanza su expresión más alta en la Villa Panamericana (1991), conjunto que no llega a igualar, sin embargo, al de La Habana del Este de 1959.

Los factores históricos que han entorpecido y lastrado la buena ejecución y la calidad de estos proyectos arquitectónicos típicos y atípicos han sido los siguientes:

- Maratones constructivos para inaugurar las obras en fechas prefijadas por la cúpula del poder, sin consultar los cronogramas de ejecución.
- Mecanismo inversionista poco exigente, al predominar las motivaciones políticas por encima de las económicas y las funcionales.
- Baja calificación de los constructores, por proceder de centros de trabajo que no tienen relación con la actividad constructiva.

Pobre presencia de las artes plásticas ya desde el proyecto, motivada por la falta de un mecanismo jurídico-financiero que la sustente, y por la deficiente educación estética teórica de la mayoría de los arquitectos graduados por el régimen.

El arquitecto formado en estos ya más de cuarenta años de proceso productivo socialista ha carecido de una adecuada educación estética-teórica desde la primaria hasta la universidad; sufre la influencia enajenada del medio objetivo material que lo rodea, signada por una negación política del pasado y por una negación estética del presente, sin dialéctica posible que la mejore; trabaja en un colectivo laboral donde la creatividad ha sido frustrada por decisiones desde arriba, y no posee suficientes conocimientos sobre el estado del arte en general. Tampoco se relaciona con los artistas plásticos ni con otros creadores afines.

Solo un buen arquitecto, con una adecuada educación estética, puede hacer una verdadera arquitectura, y en el medio cubano los mejores que pueden mencionarse se formaron antes del 59, o de forma autodidacta los más jóvenes, como es el caso del destacado arquitecto santiaguero José Antonio Choy, graduado en 1974 en el Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría, de Marianao.

Choy logra con su hotel Santiago, inaugurado en 1991 en esa ciudad oriental, el más exquisito ejemplo de arquitectura de interiores, con una fuerte presencia de las artes plásticas nacionales que le dan carácter antológico, si bien esto sigue siendo excepción y no regla, al igual que en los hoteles construidos en Varadero y otros polos turísticos.

Entretanto, el ciudadano común, ese que no tiene acceso al dólar, ve degradarse el patrimonio arquitectónico en que vive y trabaja sin poder entender cómo se siguen construyendo hoteles en cayos remotos, cuando en los existentes los índices de ocupación siguen siendo bajos y las ciudades y pueblos de toda la Isla se deterioran impunemente.



Una isla en palabras

EL PASADO AÑO 2000 CIRCULÓ EN CUBA ESTA ANTOLOGÍA¹, en cierto sentido continuación de la impecable *Cincuenta años de poesía cubana*, realizada por Cintio Vitier y que en 1952 publicara la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación para festejar el cincuentenario de la república. Pero decir que una antología es semejante a otra cualquiera es ignorar la condición múltiple de las lecturas, que garantiza que cada percepción sea una y ella sola. La antología de Arcos se parece a la de Vitier en el sentido en que, como en ésta, el nuevo antólogo optó por el panorama más que por la elección de un grupo de poetas capitales del siglo cuya lectura se nos hiciera más agradable y, sobre todo, nos trasladara la impresión de estar degustando textos imprescindibles en la conformación de la tradición poética cubana. Arcos ha preferido, entonces, la concurrencia amplia de las voces que sucesivamente han ido produciendo nuestra rica voz poética. Y esta afirmación no brota de un orgullo nacionalista que no padezco, pero quien conozca la poesía cubana del siglo XIX, tendrá que convenir que se trata de una de las más sólidas de Hispanoamérica, e impresionantemente importante si se tiene en cuenta las dimensiones y la población de Cuba.

La poesía del siglo XX no puede dissociarse de esa tradición. *Las palabras son islas* es un libro importante por varias razones aunque, como antología al fin, sea susceptible de ser objeto de diversos reparos, porque cada crítico, cada poeta, incluso cada lector de poesía, es un antólogo potencial, que obviamente va a buscar en la escogida de Arcos —en su lectura— la que él mismo hubiera querido hacer del tupido monte que aquí se desbroza. El libro es importante no solo porque Arcos tenga al alcance cincuenta nuevos años de poesía que sumar a los que tuvo Vitier en ese ya lejano 1952, sino porque Arcos ha sabido valerse no solo

Guillermo Rodríguez Rivera

¹ *Las palabras son islas*, panorama de la poesía cubana siglo XX (1900-1998), selección, introducción, notas y bibliografía de Jorge Luis Arcos. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999, 645 pp.

del trabajo de los nuevos poetas, sino del enriquecimiento que esas cinco décadas trajeron a la obra de los poetas mayores del siglo. Junto a textos ya consagrados, Arcos incorpora poemas destinados a perdurar en la historia de nuestra poesía, como «Los poetas solos en Maniatán», de Eugenio Florit, «Los muertos de la patria», de Virgilio Piñera, o «Últimos días de una casa», de Dulce María Loynaz. Tengo que decir, no obstante, que resiento la ausencia de alguno de los poemas de *La zafra*, de Agustín Acosta, libro esencial para entender la aparición de la poesía social cubana derivada de la vanguardia, como la «Salutación fraterna al taller mecánico», de Regino Pedroso, o la propia «Elegía a Jesús Menéndez», de Nicolás Guillén. Yo no hubiera dejado de incluir alguno de los grandes poemas escritos por Lezama Lima en la década de los sesenta, como es la «Oda a Julián del Casal»; o una extraordinaria elegía social como resulta «El apellido», de Nicolás Guillén. No tengo reparos en decir que, en estos casos, *Las palabras son islas* se ha perdido de incluir algunos de los grandes poemas cubanos del siglo xx. La antología tampoco acude a consignar las tendencias del género que en 1952 Vitier establecía con tanta precisión. La buena «Introducción» que Arcos coloca al frente de su libro, explora primeramente el universo de las antologías de poesía cubana que preceden a ésta, y traza una muy breve pero inteligente visión de las tendencias en que van esparciéndose los poemas a lo largo del siglo, lo que acaso supla de algún modo la ausencia de esas especificaciones a la hora de agrupar los poemas. Arcos, testigo y en buena medida también protagonista de la historia que nos presenta, une a su excelente preparación profesional, un conocimiento de primera mano de los asuntos que aborda. Quien lea detenidamente esta «Introducción» y luego se decida a andar por las pistas que ella señala, encontrará algunos secretos de la poesía cubana de los últimos tiempos, que han quedado en un pudoroso trasfondo, esperando acaso por alguien que se decida a develarlos. Es importante y bien discriminado el acercamiento de JLA a la encrespada poesía de la generación de los años cincuenta, la que tiene su culminación en los años sesenta. Casi no hay momento de la poesía posterior a 1959 que no sea eficientemente explorado por Arcos, como ocurre con el breve momento de «El Puente». El crítico sabe poner a un lado —en el lugar que les corresponde— a poetas como Miguel Barnet y Nancy Morejón, solo ocasionales figurantes en las ediciones del grupo, y presentarnos el casi olvidado trabajo de Isel Rivero, sin duda la voz más orgánica e importante de ese fugaz momento de la poesía cubana. Si uno mira de conjunto el panorama que nos presenta Arcos, podría surgir una duda que a mí, particularmente, me asalta. Una duda a la que va unida una pregunta: ¿no es demasiado estricto el compilador al presentarnos la obra de los poetas de las primeras décadas del siglo, a la par que demasiado generoso al antologar a los autores de las últimas? Yo diría que hay nombres entre los últimos poetas que, por la escasa importancia de la poesía que han escrito o por no frecuentar el género desde hace buen tiempo, bien podrían ceder su espacio a algún viejo poema extraordinariamente bien escrito, como es «El recuerdo inefable», de Andrés Núñez Olano, un periodista que frecuentó muy poco la poesía, pero que fue

capaz de escribir ese excelente soneto. Del mismo modo que falta en el libro algún texto de Oscar Hurtado, una figura que quedó «a caballo» entre los poetas de Orígenes y los de la generación de los cincuenta, pero que escribió algún texto significativo como el «Paseo del Malecón», que cabría perfectamente en el amplio panorama que nos ofrece Arcos. Los que tenemos algunos años más de los que hacen falta, sabemos de los terribles enconos que despertó entre varios de los entonces jóvenes poetas de los años cincuenta, el hecho de que Cintio Vitier escogiera para aparecer en su antología solo a Fayad Jamís y a Roberto Fernández Retamar, aunque por ese entonces casi ninguno de los «protestantes» tuviera libro publicado. No sé si sería ese temor a ser pasto para la furia de los jóvenes —y algunos no tan jóvenes— el que inclinó a Arcos a ser inclusivo más que exclusivo. O tal vez no, y el crítico optó por satisfacer las apetencias de sus circunstancias y presentar una amplia concurrencia de los poetas jóvenes para que sea el tiempo, con la apariencia de críticos y lectores futuros, el que ejecute al fin la selección. Hay una virtud en esta antología que no puedo y no quiero dejar de señalar. En ella figuran textos de Agustín Acosta, Eugenio Florit, José Ángel Buesa, Ángel Gaztelu, Justo Rodríguez Santos, Gastón Baquero, Lorenzo García Vega, Heberto Padilla, Manuel Díaz Martínez, Severo Sarduy, Armando Álvarez Bravo, José Kozler, Isel Rivero, Belkis Cuza Malé, Reinaldo García Ramos, Raúl Rivero, Magali Alabau, Emilio de Armas, Maya Islas, Amando Fernández, Lourdes Gil, Jesús J. Barquet, Iraidá Iturralde, Roberto Valero, Ruth Behar, Ramón Fernández Larrea, Damaris Calderón y María Elena Hernández. Son 28 poetas, exiliados, emigrantes y/o disidentes, cuyos poemas pertenecen sin duda a la literatura de Cuba. Jorge Luis Arcos da cuerpo a la idea que muchos tenemos de que la literatura cubana es una, escríbase donde se escriba, pero es importante que la Editorial Letras Cubanas, encargada por el Ministerio de Cultura para editar y preservar la literatura del país, acepte y asuma la propuesta que el antólogo formula. En ese sentido, este panorama marca un hito que ojalá indique que el futuro no deberá retrotraernos al tiempo de las exclusiones que solo empobrecen a quien las hace y que, dicho sea de paso, se practican también, y mucho, entre las editoriales del exilio. Por todo ello, no puedo sino saludar la aparición de *Las palabras son islas* y confiar en que este amplio panorama de la poesía cubana del siglo xx cumpla la mejor misión que cabría encargarle: que los lectores acudan a las obras que aquí se dejan entrever y se relacionen con esta rica tradición poética de la hispanidad contemporánea.

Presentación del olvido
y otros poemas

Emilio García Montiel

El mar en la península

*Todo lo que caminamos parecía caminado en el amanecer. Y nada de lo que
[fuimos a lo largo de esa playa de diciembre se detuvo en la sombra
[de nuestros pensamientos.*

*Por una vez el sentido estuvo con nosotros, cada espacio lo era, cada acto de
[un mundo que apenas tuvo nombre, o un nombre pronunciado
[sin ninguna intención.*

*Las palabras se dejaban oír como si siempre hubieran sido o funcionaran
[con la austeridad de un órgano: alcatraces, sargazos, niebla, espuma:
[lejos de lo aprendido y del silencio, y tal vez como un órgano más.*

*Nada fue visto, sino participado; y no hubo cuerpo o elemento al que
[pudiéramos llamar paisaje.*

*Abrigados, en una costa semejante a las costas de otoño de algún país del
[norte, entramos de través en un tiempo privado y natural que
[ya estaba en nosotros.*

*Había una mansión iluminada sobre los arrecifes y un ralo resplandor
[aún cargado de lluvia; hacia allí caminamos sin encontrar a nadie,
evitando los celentéreos que la tormenta de la noche dispersara en la arena,
[casi como se evitan ciertas palabras en una conversación cordial.*

Los cementerios

*No ha cesado la lluvia; desde la oscura veranda del santuario los jardines
[parecen disolverse; y hacia la tarde, poco queda ya por descubrir
[de su cuidada indiferencia.*

*La discreta torcedura de las ramas, las sogas invisibles que comban los
[arbustos, los pasos desgranados en guijarros, se distinguen con
[la misma claridad de su ficción.*

*Lejos de los portones, las luces tempranas de las casas del fondo demoran la
[silueta de las tumbas, de las tablillas escritas que dan a sus ventanas.*

*No es demasiado el peso de la lluvia; sobre las tejas pavonadas o ceniza
[corren hilos de agua que tardan en caer sobre otras tejas rotas,
[amontonadas en el suelo.*

*Un tiempo acaso, que diríase inmóvil, aísla cada hoja, cada poro de tierra,
[cada gota deslizada en las rendijas y los hace brillar por un instante,
[como si nada más hubiera.*

*Un mismo tiempo en el que todo parece recortado de algún paisaje enorme,
[de alguna cordillera filtrada por la niebla, sin envés y sin sombra
un paisaje distante donde apenas se vislumbra construcción o aliento, o un
[solo trazo desvaído y breve iluminado el techo de una casa en las faldas.*

*Detrás de la veranda alguien habrá de estar; o nadie; de las puertas
[cerradas, del opaco esmeril de los cristales, nada se advierte sino el
[reflejo de la lluvia.*

*En las urnas, al pie de los sepulcros, se compacta la arena ennegrecida por
[los restos de incienso, y algo de pétalos y barro da en flotar en la boca
[de los tiestos vacíos.*

*No hay estatuas, ni bustos, ni mármoles crispados, sólo volúmenes
[geométricos pulidos en piedra, casi mudos, casi repetidos, inútiles
[para la pasión o el sufrimiento.*

*Dispersas, se humedecen también imágenes de dioses, en roca y musgo o
[bronce bien gastado, y en los rincones, llaves de agua, baldes,
[mangueras, cazos para limpiar las tumbas.*

Presentación del olvido

- Sobre el bochorno de la tarde hay un cielo turbio, un cielo amarillento y sin
[lluvia sobre los edificios que ocultan la colina, sobre los callejones
[torcidos que llevan a los templos, sobre las flores dispuestas al borde
[de la acera.*
- Sólo lo que parece detenido parece existir; el lento deslizarse de los autos
[bruñidos, el desmontar de los ciclistas ante el fulgor de los comercios,
[el cúmulo de transeúntes al pie de los semáforos serían lo más
[cercano a una única sombra.*
- No es el cielo tersamente nublado del otoño, ni el ralo resplandor con que se
[anuncia la tormenta, ni la discreta bruma de esas ciudades tórridas
[que se abren al mar, o a la brisa, o a ese viento cortante como las
[rocas de las escolleras.*
- Pienso en la luz, pero bajo el cetrino cansancio de la tarde, sólo deseo un
[poco más de oscuridad: una casa de madera raída, con cristales
[opacos, y una mujer menuda, de caderas estrechas, sentada frente
[a mí, hablando y comiendo de platos compartidos.*
- Sólo esa casa en la ciudad profunda, y así otras, agrietadas y grises, ni muy
[cerca ni muy lejos de los trenes, entre pasajes angostos donde se
[disimulan tiendas embotadas de plantas, de anuncios desvaídos de
[después de la guerra.*
- Nada es ni ajeno ni demasiado propio, y sin embargo, todo viene a mí como
[si siempre lo hubiera tenido; no es mi rostro el que se asoma por sobre
[esos puentes que simulan puentes de cuando hubo canales, no es mi
[lengua la que los describe.*
- Lejos de la imaginación o la costumbre, ignoro todo aquello que no está a mi
[lado, y vislumbro paisajes destruídos, paisajes minuciosos que ahora
[llamo recuerdos, y no hay en mi memoria otra ciudad sino esta
[ciudad que nunca me diría suyo.*
- No es la noche; apenas, un poco más de oscuridad: quizás por el bochorno
[de la tarde, o por su cielo ambiguo, o quizás porque siempre la quise,
[como si alguna vez me hubieran obligado a amar la luz o a vivir la
[eternidad de algún verano.*
- Entre el parpadeo de las señales y de las multitudes, nada puedo ver sino esa
[casa en la ciudad profunda y esas calles estrechas y sin nombre
[movidas por los árboles; las oíría desnudo, tendido en una estera,
[tal vez dormido, tal vez ligeramente ebrio.*

Europa en España para México*

Soledad Loaeza

DESDE HACE SIGLOS EUROPA HA SIDO UN REFERENTE constante para los mexicanos. De ella hemos recibido gente, y aunque no siempre lo reconozcamos, también hemos tomado creencias, costumbres y gustos. Hemos adoptado lo que nos ha gustado de su ética y de su estética. De los europeos hemos importado ideas, también instituciones y conocimientos. Sus experiencias, desde la revolución francesa hasta la transición española, han estado presentes, a veces sin exactitud ni precisión, en las mentes de muchos que encontraban en ellas palabras para nombrar la propia realidad. Por encima del nacionalismo, que también nos llegó de Europa, su patrimonio nos ha ayudado a hacer inteligible nuestro mundo.

También volvemos los ojos hacia allá para escapar a la fatalidad de acá, de la geografía y a la asfixia del hemisferio. De forma voluntaria o intuitiva buscamos un contrapeso a Estados Unidos, y un modelo distinto para formar identidades políticas y culturales alternativas. No obstante todo esto, Europa es una tierra ignota para muchos mexicanos. Las referencias de las que hablo no siempre son explícitas y tampoco se reconocen como inequívocamente europeas. De manera inevitable, el estudio sistemático de su cultura y de su historia en las escuelas de educación media, en las universidades y en los centros de investigación ha estado sujeto a los ritmos del presente inmediato y a las prioridades de cambio que también se han modificado en el tiempo. En México, probablemente al igual que en

* Palabras pronunciadas en el Instituto Universitario Ortega y Gasset con motivo de la entrega del Premio Príncipe de Asturias a El Colegio de México.

muchos otros países pobres, después de 1945 el conocimiento de Europa o de lo «europeo» quedó subordinado a la hegemonía norteamericana y a la búsqueda utilitaria de soluciones a los problemas del desarrollo. Entonces parecía que era muy poco lo que aquélla podía ofrecer aparte de referencias negativas. Este movimiento no completamente antieuropeo buscaba soslayar lo que entonces era visto como un fracaso, y estuvo también inspirado por el renacimiento de la leyenda del «Nuevo Mundo», que veía en América, como ocurrió muchas veces antes, una tierra de oportunidades, si no de aventuras, pero siempre propicia para «empezar de nuevo», en la que podían ensayarse soluciones en apariencia originales.

El afianzamiento de la influencia de Estados Unidos en México condujo a dos tipos de reacciones: por una parte, el estudio y la experiencia de ese país se impuso como una necesidad o como una condición ineludible; por la otra, y por efecto del eclipse de Europa en América Latina durante la postguerra, fuimos a buscar las semejanzas inmediatas, el intento nos llevó al ensimismamiento o cuando mucho a lo que en su momento se llamó el mundo subdesarrollado, al Tercer Mundo y la curiosidad por el mundo socialista. Hasta los años setenta para introducir a los estudiantes universitarios a Europa occidental, a excepción de los historiadores, era preciso justificarse y explicar por qué era importante para los mexicanos saber qué había ocurrido en Francia, en Italia, en Alemania. Ahora ya no ocurre así. A diferencia del pasado, hoy muchos son los jóvenes que exigen cursos de «Estudios europeos» y no son pocos los profesionistas que reconocen este desconocimiento como una deficiencia y buscan remediarla.

Innegables esfuerzos se han hecho al respecto. Entre ellos cabe hacer notar la introducción de estudios regionales, o de área, en los programas de licenciatura de relaciones internacionales en los que El Colegio de México fue pionero, no es de extrañar que así fuera. Finalmente el Colegio es una institución de origen europeo y esta marca de nacimiento de ha mantenido fresca en sus empeños por seguir de cerca la evolución de las Ciencias Sociales en Europa, para ofrecer una alternativa académica e intelectual a la omnipresente influencia de la academia norteamericana. Por su propia naturaleza la investigación histórica mantuvo con mayor continuidad la conexión europea, en particular, la ineludible referencia española, y no hay más que revisar el catálogo de publicaciones del Centro de Estudios Históricos. Pero más allá de El Colegio de México, en los últimos veinte años ha venido creciendo el número de diplomados relativos a temas europeos del siglo xx de diferente índole en diversas instituciones privadas. Sin embargo, destacan aquellos que se relacionan con el éxito del proceso de integración, con énfasis en lo comercial. Este interés ha encontrado eco en Europa. Desde 1992 se han fundado, con el apoyo de la Unión Europea entre otros, diferentes programas de estudios europeos en El Colegio de México y en otras instituciones privadas; asimismo, habría que mencionar el sostenido apoyo de la Fundación Ortega y Gasset, del Instituto y de José Varela y Pedro Pérez Herrero, a nutrir la presencia europea y española en México, esfuerzos cuyos antecedentes

están en los Encuentros Hispano-Mexicanos de científicos sociales que se iniciaron inmediatamente después de restablecerse las relaciones entre México y España, en 1977.

No obstante, la ignorancia persiste en relación con lo específicamente europeo. En más de un sentido la Europa de hoy es para muchos de nosotros una tierra ignota, de la que adivinamos más de lo que sabemos. Algunos queremos escapar a esta ignorancia y rescatar lo específicamente europeo del bulto indiferenciado como se percibe a «los países industriales». Sobre la riqueza y diversidad de este conjunto pesan los prejuicios —positivos y negativos— en torno a la tan llevada y traída globalización; que ha conducido a muchos a creer que la experiencia anglosajona es la experiencia internacional. La sobresimplificación y la distorsión que se deriva de la equivalencia entre las políticas y los acontecimientos en Estados Unidos y Gran Bretaña y el resto de los países occidentales, empobrece el catálogo de modelos y soluciones accesibles. También imprime carácter de urgente a la necesidad de conocer mejor a los europeos.

HAY MOMENTOS Y HAY VAIVENES

La fuerza de atracción de Europa para América Latina ha variado al ritmo del éxito de su experiencia. El interés por lo específicamente europeo en América Latina y en México ha aumentado de manera notable desde mediados de los años setenta del siglo xx. Lo que ahora conocemos como «Estudios europeos» haya cobrado fuerza e importancia sobre todo en el último tercio del siglo xx, cuando la prosperidad europea asociada con el proceso integracionista despertó de nuevo la imaginación, ampliando el abanico de respuestas a problemas irresueltos o nuevos, pero casi igualmente intratables.

El interés por el estudio de la experiencia específicamente europea ha estado sometido al alcance cambiante de su influencia y al propósito y capacidad de los mismos europeos para hacerse presentes en América Latina. De manera inevitable, después de 1945 y al igual que en el mundo de las relaciones internacionales y de la diplomacia, la curiosidad por los asuntos europeos estuvo triangulada por las relaciones con otras regiones del mundo, con Estados Unidos, con el mundo socialista, con otros países latinoamericanos o con lo que en los años sesenta se llamaba «el mundo en desarrollo» y en los setenta el «tercer mundo». Así, en el pasado el estudio de Europa dominaba el conocimiento de lo que se llamaba *Historia Universal*; ahora, en cambio, se han multiplicado los programas de *Estudios Europeos* cuyo objetivo es más preciso, pues se localiza en el proceso integracionista, en las instituciones de la Unión Europea, en las posibilidades comerciales que ofrece para México.

En la actualidad parece obvio que este resurgimiento es una comprensible reacción al éxito del proceso integracionista que ha conducido a la Unión Europea, que es un modelo de recuperación y de prosperidad, con base en la agregación inteligente y organizada de recursos económicos y políticos, dentro de un esquema liberal. Sin embargo, el referente europeo de finales de siglo cobró forma en primer lugar a raíz del logro político que significó la

transición democrática en la Europa mediterránea. Los procesos incruentos y pactados en Portugal, Grecia y España pusieron fin a la tradición revolucionaria que se inauguró en Francia en 1789, demostraron que se podía pasar de la dictadura a la democracia sin hecatombes, manteniendo abiertamente ciertas continuidades, reduciendo de forma dramática el costo social de cambios que pese a todo tuvieron un carácter revolucionario. La noción de que la única vía segura de cambios profundos era la ruptura violenta se mantuvo vigente en América Latina por lo menos hasta la revolución sandinista, en más de un caso a un precio elevadísimo, sobre todo para la izquierda latinoamericana.

En este respecto la experiencia española de transición pacífica del autoritarismo a la democracia fue central. La transición española se ha convertido en un modelo, ha proporcionado el material para la construcción de un tipo ideal de corte weberiano, que fue una referencia poderosa para los países del antiguo bloque soviético y lo es hoy en día, y con más naturalidad, en América Latina. A este respecto cabe destacar el significado de que en México la experiencia española de la transición se haya convertido en una suerte de *mot de passe* entre los democratizadores locales.

Esta reacción no es excepcional. El proceso mediante el cual los españoles pasaron de la dictadura a la democracia es un referente también en otros países de América Latina, así como en Europa central. No obstante, dada la complejidad de la relación hispano-mexicana, en la que abundaban los sentimientos encontrados, las pretendidas contradicciones y las simpatías clandestinas, es revelador de los cambios profundos de la sociedad mexicana el hecho de que en su mundo político, en los años noventa, los años del reformismo, las referencias políticas españolas se hayan convertido en moneda de cambio corriente. Durante el franquismo hubiera sido impensable que México aceptara lecciones políticas de ningún país extranjero, menos todavía de España, de su presente o de su pasado. La arrogancia política mexicana se fincaba en una pretendida autosuficiencia ideológica, se nutría del orgullo en una guerra de independencia con características populares muy particulares y se alimentaba con una historia de la experiencia revolucionaria del siglo xx, que nos hizo de nuevo creer en la autarquía política y en la necesidad —y posibilidad— de hacer a un lado el pasado para mirar al futuro. Peor todavía, la historia misma de España en el siglo xx le restó pertinencia a ojos de muchos en México, a pesar de que por lo menos hasta los años setenta entre ambos países hubieran más semejanzas y cercanías de lo que los mexicanos estaban dispuestos a reconocer.

Sin embargo, la ausencia de relaciones diplomáticas que separó a México y España entre 1939 y 1977 fue completamente irrelevante para que sus afinidades profundas siguieran un curso natural. No habría intercambios formales entre el gobierno de Franco y los gobiernos mexicanos; pero el flujo de mexicanos que viajaban a España no se detuvo; tampoco el de españoles que llegaba a México en busca de trabajo, o como parte de las relaciones estrechas e intensas que mantenían poderosas órdenes religiosas, instituciones educativas, organizaciones comerciales, editoriales, empresas cinematográficas y discográficas.

Pocos países en América Latina se parecían más a la España franquista que el México del apogeo del PRI. Hasta los años sesenta la pobreza en ambas sociedades era también un rasgo que compartían; pero esta similitud se desvaneció con el despegue español, con la creciente europeización, que corrió paralelo a la fatal americanización de la vida en México y al inicio de los repetidos tropiezos que pusieron fin al «milagro mexicano». Hoy muchos aquí se preguntan por qué si en 1964 los indicadores económicos y sociales en México y en España eran comparables, ahora la distancia parece insalvable.

La transición española fue crucial en la recuperación abierta de las afinidades hispano-mexicanas. Entre la Ley de Asociaciones Políticas española de 1975 y la gran reforma electoral de 1977 que abrió la puerta al pluralismo político mexicano y al gradual desmantelamiento de la hegemonía del PRI, hay mucho en común. El ejercicio de comparación entre ambos ordenamientos está por hacerse. Por el momento tenemos el recuento de las experiencias de intercambio en los años setenta entre los jóvenes opositores al franquismo, por ejemplo, Felipe González y Raúl Morodo, y los reformistas del PRI entonces encabezados por Jesús Reyes Heróles. En los ochenta en México proliferaron las reuniones, los seminarios, las conferencias, los debates en torno a la transición española. Artículos periodísticos, ensayos, libros proliferaron; el referente, no siempre explícito, estaba de forma invariable presente. España desplazó, con éxito, a Francia, que en el pasado había desempeñado un papel importante como líder de ideas políticas y de sugerencias para el cambio.

Ahora en México, la influencia de la transición es la punta de una madeja que tendremos que empezar a desenrollar para mirar de frente a nuestro pasado. La referencia española sirve hoy también para hacer un repertorio de tareas pendientes y de soluciones posibles. Si el ingreso de España a la Unión Europea no trajo el corte de sus amarres con México, la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte no puede traducirse en la rendición a la fatalidad de la geografía.

Las políticas posmodernas y sus partidos

EN TODA AMÉRICA LATINA LOS SISTEMAS POLÍTICOS SE han desprendido de las ideologías tradicionales y de las identidades colectivas que los sostenían. A medida que los partidos históricos más importantes, sobre todo los de la izquierda, se han visto obligados a adaptarse al proceso de globalización y al mercado libre, y que las ideologías de los electores se han ido moderando, los sistemas partidistas han dejado de orientarse a lo largo de un espectro político de izquierdas y derechas. A diferencia de lo que ocurría con el discurso ideológico del pasado, en la actualidad las políticas y demandas de los ciudadanos se van definiendo cada vez más en función de temas específicos tales como la eficiencia gubernamental, la lucha contra la corrupción o la identidad cultural. Este proceso de «desideologización» de la política ha generado un nuevo terreno político en el cual líderes y movimientos, tanto democráticos como antidemocráticos, intentan delimitar su nuevo espacio político haciéndose eco de las demandas de sus electores a favor de gobiernos más efectivos, responsabilidades civiles y derechos de las minorías. En la era de la política postmoderna, la futura estabilidad de la democracia dependerá de que se pueda materializar un sistema de partidos políticos en torno a estos pocos temas alejados de las ideologías, o de que las demandas y las frustraciones de los ciudadanos hallen su voz más enérgica en líderes y movimientos anti-sistema.

La caída del sistema comunista y el fracaso de sus políticas económicas tradicionales centradas en el estado han conllevado la moderación de la izquierda latinoamericana. Muchos de los pequeños partidos izquierdistas que no lograron adaptarse sencillamente colapsaron y fueron a parar al basurero de la historia, y aquellos que continuaron siendo viables desde el punto de vista electoral, lo

Christopher Sabatini

consiguieron a fuerza de ajustar su retórica y sus programas a las nuevas realidades económicas y globales que iban surgiendo. En la actualidad, organizaciones políticas tales como el Partido dos Trabalhadores (PT) de Brasil, el Partido Socialista de Chile, el Partido Revolucionario Democrático (PRD) de México, los partidos Radical y Peronista de Argentina, y hasta los sandinistas de Nicaragua se esfuerzan por garantizar a los votantes que una elección a su favor no supondrá una reorganización profunda de la estructura económica liberal y de mercado. Y para conseguirlo, han prescindido de las plataformas económicas radicales del pasado que contemplaban la nacionalización de los medios de producción y la oposición a la economía mundial. Así, antiguos líderes izquierdistas como Luiz Inácio Lula de Silva del PT y Daniel Ortega de los sandinistas han intentado dejar muy claro públicamente su aceptación de las reformas básicas liberales y de mercado puestas en práctica a lo largo de las últimas dos décadas. Tanto para ellos como para sus partidos, el objetivo general de justicia económica e igualdad social deberá perseguirse dentro del marco económico liberal existente, que pocas décadas atrás describieran como una conspiración imperialista.

A medida que las políticas neoliberales lograban contener la inflación y restauraban el crecimiento económico (si bien no llegaron a abordar las flagrantes desigualdades económicas), la derecha liberal latinoamericana fue atrayendo a más electores, y los partidos conservadores resurgieron con fuerza y apoyo considerables, lo que era inconcebible años atrás. Todos, desde el Partido Autonomista Nacional (PAN) de México, el Partido del Frente Liberal (PFL), hasta el nuevo Partido Peronista, han ganado la presidencia y se han convertido en puntos de referencia en el terreno político. La victoria electoral y el apoyo popular logrados por la derecha liberal han inclinado a los sistemas partidistas de la región hacia posiciones de centro. Todo este proceso ha tenido un efecto estabilizador en la democracia al reducir la polarización de los sistemas políticos latinoamericanos. Las alternativas electorales a cada lado del espectro político ya no funcionan como partidos u opciones esencial y diametralmente opuestas.

Semejante transformación ideológica ha coincidido con el deterioro de las bases estructurales y de clase de la izquierda. Las crisis económicas y las políticas de reforma aplicadas en toda la región han contribuido al debilitamiento de las organizaciones obreras latinoamericanas y deteriorado las bases sindicales de muchos de los partidos de izquierda. Durante los ochenta y los noventa, el hundimiento de los sectores industriales y manufactureros redujo los niveles de empleo en áreas dominadas tradicionalmente por una clase trabajadora organizada que a menudo mantenía vínculos con estos partidos. Según estudios realizados recientemente, el número de trabajadores latinoamericanos sindicalizados ha caído estrepitosamente. Veamos algunas cifras: en Venezuela, por ejemplo, entre 1985 y 1999 el total de afiliados a sindicatos se redujo en el 42,6% (*ILO Yearbook, 2000*), mientras que en Perú y México solo el 5 y 25% respectivamente de la fuerza de trabajo formal se encuentra sindicalizada. Ello supone un dramático descenso con respecto a los porcentajes existentes

veinte años atrás. La caída de estos sectores ha provocado el aumento de las tasas de empleo tanto en el sector informal como en los servicios. Un informe de la Organización Internacional del Trabajo señala que el 54% de la fuerza de trabajo no agrícola ha pasado a engrosar el sector informal. El crecimiento de la clase trabajadora informal no afiliada a sindicatos ha creado una crisis de representación en América Latina que ha afectado no solo a la izquierda sino a toda la estabilidad política. La heterogeneidad del sector informal, que abarca trabajadores ocupados en una amplia variedad de actividades económicas, a menudo a pequeña escala, presenta graves obstáculos para la definición y la organización de sus intereses políticos y económicos. Como señalan Roberts y Wibbels, los cambios de política económica «han desgastado los lazos organizativos que unían a los partidos [en este caso, los que aglutinaban a los trabajadores] con la sociedad civil y han mezclado identidades ideológicas y políticas tradicionales» (Roberts y Wibbels, pp. 585-586). Dichos cambios no se han limitado a minar la base de los partidos de izquierda sino que han dejado un vacío en la representación de un amplio segmento de la población económicamente activa de América Latina.

Ello ha significado la desaparición, casi en su totalidad, de la abarcadora visión del mundo que había conformado las plataformas y la ideología de la izquierda. En el pasado las plataformas y las bases electoras de la izquierda se basaban en un amplio sentido de identidad colectiva que vinculaba la solidaridad a favor de la clase trabajadora y los pobres con una agenda económica y política identificable y coherente. Organizada a partir de las metas generales del nacionalismo y la justicia económica, esta agenda servía de brújula ideológica a sus militantes y electores, orientándolos hacia un conjunto de principios programáticos. Más que una simple plataforma política, estas orientaciones dieron lugar a una identidad colectiva y una visión del mundo más amplias para estos sectores, visión del mundo que determinó la forma en que los partidos de izquierda movilizaban a sus votantes y delimitaban su posición política dentro del sistema. Tanto la heterogeneidad como la falta de organización de la clase trabajadora, unidas a la aceptación parcial y obligada de los fundamentos de la economía liberal por parte de estos partidos, han minado la cohesión de sus identidades y la coherencia de la visión del mundo izquierdista.

Gran parte de lo anterior también refleja la aceptación y el apoyo que han ganado el mercado y el proceso de globalización entre los votantes latinoamericanos. Las encuestas del *Latinobarómetro 2000*, que recogen opiniones en 16 países de la región, revelaron que el 52% de la población votante del continente está de acuerdo con que «los precios de los productos se vean determinados por la libre competencia». Un porcentaje mayor apoya ahora la integración de sus países a la economía global. Y según un estudio similar, más del 60% de los encuestados favorece el incremento de la inversión extranjera en sus países, mientras aproximadamente otro tanto apoya la formación de un Tratado de Libre Comercio de las Américas que abra sus economías al comercio con los Estados Unidos (*Latinobarómetro 2000*). La mayor parte de los votantes latinoamericanos ha dejado de ver en la economía mundial la fuerza

maligna que una vez representó y, por el contrario, para bien o para mal, muchos de ellos la perciben ahora como una vía para mejorar sus propias vidas y las economías de sus países. Las prescripciones económicas tradicionales de la extrema izquierda han perdido todo atractivo político.

Pero ello también significa que una parte importante de la población —casi la mayoría— ya no cuenta con una respuesta o visión unificada y coherente que le pueda servir de alternativa. Después de una década de estabilidad, los últimos tres años han marcado el aumento de la pobreza y la desigualdad económica latinoamericanas. Las reformas liberales, ya sea por su propia ineficacia o porque no fueron puestas en práctica en su totalidad, no han conseguido generar un crecimiento económico generalizado. En toda la región, los ciudadanos manifiestan frustración ante sus perspectivas económicas y un sentimiento de marginación política y económica respecto a las posibilidades de generar un cambio. El bloqueo de las carreteras en Argentina, las huelgas en Ecuador y las protestas en contra de la globalización en todos los eventos internacionales revelan una creciente oposición a la imagen que se tiene del orden económico. Pero lejos de suponer un enfoque alternativo, tales manifestaciones constituyen en lo fundamental actos aislados carentes de ideología. Se trata únicamente de protestas vagas en contra de la economía mundial o de la política económica de determinado país, y no ofrecen una respuesta ideológica clara a las demandas de los manifestantes. Y como los partidos se han ido inclinando hacia el centro con el objetivo de ganar mayoría de votos, estos grupos de protesta se han quedado con escasos canales para expresar sus demandas de manera constructiva en el ámbito político.

La consecuencia práctica de estos cambios ha sido la disminución de la influencia ideológica de los partidos políticos sobre su militancia y la apertura de nuevas oportunidades para otros aspirantes y temas políticos. Los partidos políticos más importantes han adoptado puntos de vista similares en cuanto a las inversiones extranjeras, la liberalización de la economía y el papel del Estado en la economía, de manera que se ha reducido el terreno de las alternativas y la competencia políticas. Ahora el debate sobre la organización económica de la nación tiene lugar fundamentalmente en los márgenes: cómo aumentar los niveles de empleo o cómo ampliar y mejorar los servicios sociales y los programas de protección a los pobres, todo dentro de los marcos de la economía liberal. El debilitamiento de las diferentes identidades colectivas y alternativas políticas que antes definieron a la derecha y la izquierda latinoamericanas ha abierto un espacio a la articulación de nuevas demandas y temas políticos, y a los partidos que los representan. Como señaló un observador: «Ya no existe izquierda ni derecha en América Latina. Todos luchan contra la corrupción». Cuestiones tales como la corrupción, el gobierno efectivo, el imperio de la ley, la seguridad, los derechos de los indígenas y la participación de las mujeres y los grupos minoritarios han asumido mayor prioridad como parte de las demandas de los votantes. Despojadas de su orientación ideológica, las políticas latinoamericanas se definen en la actualidad a partir de demandas relacionadas con temas más concretos. La tendencia señala un

énfasis cada vez mayor sobre temas específicos de gobernabilidad y normativa, y un aumento en la relevancia de las políticas de identidad que marcan un cambio significativo con respecto al pasado.

**EL AUTORITARISMO Y LA REVOLUCIÓN
EN LA ERA DE LA POST-IDEOLOGÍA**

Cuando los partidos o sistemas políticos dejan de proporcionar una voz alternativa a las demandas ciudadanas, surgen y ganan fuerza los movimientos anti-sistema. En el pasado, dichas respuestas provenían casi siempre de la izquierda bajo la bandera de la lucha de clases y la justicia económica. En la actualidad todos estos movimientos, desde el encabezado por el presidente venezolano Hugo Chávez, hasta el movimiento indigenista de Ecuador, la rebelión zapatista en México, los movimientos populistas y revolucionarios, están redefiniendo las fronteras políticas del pasado. Muchos de estos grupos antidemocráticos a menudo son definidos como izquierdistas, pero el hecho cierto es que también constituyen un producto del desplome de las ideologías en América Latina. Estos caudillos y movimientos postmodernos han ganado gran parte de su apoyo popular por tratar temas decididamente no ideológicos como la honradez, la moral política, la eficiencia, la seguridad ciudadana y las identidades culturales o de género.

El presidente Hugo Chávez bien puede invocar el patrimonio y la retórica de la izquierda, pero lo cierto es que en realidad el ex paracaidista venezolano y el Chavismo constituyen un pastiche ideológico posmoderno. ¿De qué otra manera podría explicarse la disonancia ideológica que supone abrazar a Fidel Castro, declarado marxista, y al mismo tiempo procurarse el asesoramiento filosófico del notorio fascista argentino Norberto Ceresole? Lejos de representar un discurso consistente de la izquierda, Chávez y algunos dirigentes de movimientos populistas de Ecuador y otros países van seleccionando temas de las ideologías tanto de derecha como de izquierda. Probablemente algunos observadores prefieran encontrar en el discurso de Chávez su propio ideario izquierdista romántico ya frustrado,¹ pero lo cierto es que las razones fundamentales de la popularidad del presidente venezolano y su «Revolución bolivariana» no son ideológicas sino algo mucho más prosaico. Para el pueblo, esta nueva figura política poco conocida representa al candidato que lucha contra la corrupción, al serio y eficiente oficial del ejército que puede limpiar el sistema y hacerlo funcionar como es debido. Su popularidad proviene del deseo que tiene el pueblo de que el Estado funcione honesta y eficientemente. Lejos de definir un eje o una alternativa política, Chávez se ha limitado a redefinir el sistema político en términos post-ideológicos maniqueos: él contra la corrupción.

Aunque diferentes, los zapatistas mexicanos representan la revolución en la era posmoderna. A pesar de que comenzaron como una rebelión al estilo

¹ El ejemplo clásico lo constituye *In the Shadow of the Liberator: Hugo Chavez and the Transformation of Venezuela*, de Richard Gott, Verso, 2000, Londres.

socialista, los zapatistas se han transformado en un movimiento revolucionario de identidad. La adopción del indigenismo por parte de Marcos y la cúpula zapatista constituyó un ajuste táctico, en el momento en que la doctrina tradicional marxista entró en bancarrota. El propio Marcos, poco después de iniciar la rebelión en nombre de los indígenas mexicanos oprimidos, advirtió que «algo nuevo había nacido», «algo diferente» (Krauze, 2001, p. 31). Este nuevo tema del indigenismo cautivó la imaginación del público. Y mientras los arrogantes zapatistas simplificaban excesivamente el problema con la cosificación de los pueblos indígenas mexicanos, su causa daba voz pública a un tema legítimo y a menudo olvidado en el país. Este tema de la identidad o la revolución indigenista tuvo también repercusiones a nivel internacional. Como señala Krauze, los zapatistas «han conseguido... vincular el indigenismo directamente con dos corrientes políticas muy poderosas: el multi-culturalismo y la cruzada internacional contra la globalización» (Krauze, p. 31).

La esperanza de Marcos y sus admiradores de que esta nueva agenda revolucionaria basada en la identidad les ayude a redefinir la izquierda no tiene en cuenta una paradoja esencial. Mientras el Marxismo fundamentaba el llamamiento a las armas en una teoría (o teorías) sobre la lucha de clases y la reorganización revolucionaria de los medios de producción, las demandas y propuestas de los defensores del indigenismo —como los zapatistas— y de las políticas de identidad resultan más limitadas. Se centran en temas relacionados con una mayor participación política y en la protección de los derechos sociales, políticos y culturales. En su esencia, sin embargo, se trata de demandas democráticas vinculadas estrechamente al pluralismo y al proceso democrático. Las tácticas zapatistas de obstruir el proceso electoral en Chiapas e ignorar el grave conflicto existente entre las tradiciones indígenas y los derechos de la mujer y de otras minorías demuestran únicamente las contradicciones prácticas e ideológicas que caracterizan a este movimiento y al programa revolucionario de un gran número de grupos indigenistas.

La aceptación de la agenda neo-liberal por parte de los partidos tradicionales de la región ha influido asimismo en lo que anteriormente solía llamarse la «derecha» latinoamericana. En muchos países lo que se definía como derecha pro-empresarial ha pasado a integrar el sistema político competitivo (Middlebrook, 2000). El consenso cada vez mayor que se está produciendo entre los partidos democráticos más importantes de la región respecto a los fundamentos de la política económica liberal ha despojado a la «derecha» tradicional de una demanda exclusiva dentro de lo que fuera su plataforma económica histórica. Algunos observadores, sin embargo, continúan identificando un conjunto de agrupaciones anti-democráticas como ala derecha. En el contexto actual, semejante clasificación carece de significado. Como ocurre cuando se etiqueta de «izquierdistas» a los líderes populistas o revolucionarios de la era moderna, cuando en realidad sus movimientos apenas guardan relación con la base popular o filosofía tradicional de la izquierda, también es un error que estos observadores clasifiquen una serie de grupos anti-democráticos como la «derecha».

Los paramilitares colombianos constituyen el ejemplo más claro. La etiqueta de derecha a menudo va asociada a los bárbaros ejércitos privados que combaten a la guerrilla y, en raras ocasiones, al estado colombiano. En realidad, sin embargo, lo que los cualifica para ser identificados como derecha, en el sentido tradicional, no es más que su enfrentamiento a un grupo insurgente supuestamente comunista. (Grupo insurgente que, dicho sea de paso, en lugar de inspirarse en la doctrina marxista, se ve estimulada por las ganancias vinculadas al tráfico de drogas.) La base popular de los paramilitares, si bien se originó en la clase terrateniente, se apoya más en los campesinos y los delincuentes comunes que en los defensores tradicionales de la derecha (comerciantes, y clases media y alta). Hay pocas razones para vincular a los paramilitares con las nociones tradicionales de la derecha desde el punto de vista ideológico. Carecen de un discurso ideológico que puedan esgrimir. Su programa —si pudiera definirse como tal— se basa en la seguridad ciudadana y la «justicia», pero no es más que la ley de la selva impuesta por delincuentes con machetes y ametralladoras. Incluso las figuras públicas de los paramilitares, entre las que se encuentran candidatos presidenciales supuestamente vinculados a los grupos armados, se limitan a prometer la seguridad y la estabilidad ciudadanas en sus discursos. El fenómeno paramilitar no es más que una respuesta sangrienta a una preocupación humana de primer orden: la seguridad. Pero esgrimir la protección de la población y disputarle a una guerrilla de raíces izquierdistas los recursos y las tierras no los cualifica como grupo de derecha.

LOS PARTIDOS DEMOCRÁTICOS POSMODERNOS

Dentro de los sistemas partidistas latinoamericanos, la era post-ideológica está dando lugar a nuevos partidos. Estos partidos democráticos posmodernos con frecuencia se ven libres del dogma ideológico del pasado. Muchos de ellos han surgido gracias a temas específicos relacionados con la consolidación y la transparencia democráticas, tales como la participación política, la lucha contra la corrupción y a favor de los derechos humanos, temas que defienden. Además, han nacido dentro de la sociedad civil y han traído consigo el discurso, las tácticas y la organización de sus raíces políticas y cívicas.

Durante los ochenta y los noventa, la sociedad civil emergió como una fuerza política importante en América Latina y al hacerlo introdujo nuevos temas en el debate político. Numerosos grupos, como las organizaciones de derechos humanos, las asociaciones campesinas, las agrupaciones de consumidores, los grupos que apoyan la reforma jurídica y las asociaciones basadas en el tema de la identidad (grupos de defensa de la mujer y organizaciones indigenistas) surgieron durante este período y generaron medios privados para organizar las demandas de los ciudadanos y la participación ciudadana. Muchos han desempeñado un papel importante en la integración de grupos anteriormente marginales, en la defensa de las reformas legales e institucionales, y en la demanda de responsabilidades políticas y financieras al Gobierno. En el curso de dos décadas dichos grupos han logrado definir nuevas identidades políticas, y demandar y ejercer su derecho a controlar la actividad

gubernamental y a abogar por intereses sectoriales y minoritarios. Al hacerlo, han comenzado a servir como canal alternativo a los partidos políticos para lograr la participación y la representación de la ciudadanía.

Las organizaciones de la sociedad civil en América Latina se representan frecuentemente como diferenciadas de los partidos políticos tanto organizativa, como estratégica y moralmente. Por lo general, resaltan su novedad dentro del sistema político por cuanto constituyen la respuesta popular a décadas de partidos corruptos, una respuesta que estremecería el sistema y proporcionaría nuevos canales de representación para las demandas ciudadanas. En este sentido, han tendido a retratarse, frente a los partidos políticos, como la alternativa honesta, no jerárquica y de mayor representatividad. La sociedad civil ha servido de caldo de cultivo a esta nueva dirigencia política, gran parte de la cual ha subrayado su diferencia con respecto a la antigua clase política y las viejas estructuras. Todo este discurso trajo consigo un conjunto de temas y demandas mucho más complejo, y una rivalidad política cada vez mayor que modificó el sistema en que se desenvuelven los partidos.

Pero la capacidad de la sociedad civil para influir en política es, por definición, limitada. Las asociaciones civiles pueden, en última instancia, organizar nuevos electorados y defender cambios políticos, pero no pueden hacer política directamente ni controlar presupuestos. Este es el reino de los representantes electos por cada partido. Así, algunas organizaciones de la sociedad civil se han ido politizando —con la organización de electorados y la toma de posiciones políticas similares a las de los partidos—, pero a su vez han comprendido que su capacidad para ejecutar una política determinada y para cambiar la naturaleza de la política y la de los partidos está muy restringida. Un número creciente de agrupaciones civiles se están incorporando a la lucha política y electoral en Perú, México y Venezuela. Al hacerlo, buscan presentarse como la alternativa o el antídoto indispensable frente a los partidos tradicionales que van perdiendo cada vez más la confianza de la ciudadanía. Los estudios del *Latinobarómetro 2000* revelaron que más del 80% de los encuestados sentían poca o ninguna confianza hacia los partidos políticos; y no nos resulta difícil especular sobre las causas. Los ciudadanos sienten que los partidos tradicionales no representan sus intereses; que, una vez en el poder, no gobiernan con efectividad; y que lo único que persiguen los políticos es su propio enriquecimiento.

Como resultado, podemos observar cómo en toda América Latina van surgiendo partidos basados en nuevos temas. El Frente Independiente Moralizador de Perú y la Alternativa República de Iguales (ARI) de Argentina, por ejemplo, van ganando cada vez más apoyo popular y electoral a partir de sus llamados a restaurar (o establecer por vez primera) la integridad en la política y el Estado. Ambos movimientos emergieron de partidos tradicionales, el FIM de Acción Popular (AP) y el ARI del Partido Radical, pero representan una alternativa importante y cada vez más fuerte frente a estos partidos y sus dirigencias. Asimismo, el partido venezolano Primero Justicia, y el mexicano Por la Equidad y la Ecología, ambos de reciente formación, se van haciendo de

una reputación política al reflejar demandas populares relacionadas con la participación, la justicia y la necesidad de velar por la moral en la política. Ambas agrupaciones tuvieron su origen en organizaciones de la sociedad civil. Y aunque varios líderes de Primero Justicia habían militado activamente en el partido socialdemócrata Acción Democrática (AD), prácticamente desaparecido en la actualidad, la mayoría provenía de una organización (con idéntico nombre) que durante años había prestado asistencia jurídica a los pobres. El mexicano, por su parte, emergió de una coalición de líderes civiles que actuaban como observadores en las elecciones y defendían activamente los derechos de la mujer. Si tenemos en cuenta los temas que representan, ninguno de estos partidos se ajusta fácilmente a las nociones tradicionales de izquierda o derecha; pues en lugar de insistir en programas generales que contemplen la reorganización del Estado y la economía, y visiones dogmáticas e ideológicas del mundo, se centran en temas específicos. Desde este punto de vista, representan un partido posmoderno: son partidos surgidos a raíz de la destrucción del eje tradicional derecha-izquierda para representar temas novedosos y moderados, así como demandas populares de los líderes políticos.

Varios de estos partidos pretenden, además, redefinir su funcionamiento y su base organizativa. En lugar de emplear un ordenamiento vertical y jerárquico, algunos intentan establecer una vía participativa y horizontal a la hora de tomar decisiones y atraer a los electores. Dicho proceso se ve asistido por la relevancia que han adquirido tanto la tecnología como los medios de comunicación dentro de la política. Los medios electrónicos y las otras formas de comunicación característicos de la era moderna han reducido las barreras organizativas y materiales que entorpecían el acceso, permitiendo a los nuevos emprendedores políticos convocar directamente a los electores a partir de temas específicos. Han convertido a los partidos de masas, con sus núcleos comunitarios, su dependencia de los militantes y de la socialización de los miembros, en un hecho del pasado, obsoleto, y esto ha debilitado las ventajas organizativas e ideológicas de los partidos establecidos.

¿Podrán estos partidos posmodernos servir de base a la formación y consolidación de nuevos sistemas de partidos en América Latina? En este punto debemos mostrarnos algo escépticos. De hecho, resulta difícil imaginar que un sistema de partidos estable y coherente pueda cristalizar en torno a temas generales basados en valores morales relacionados con los derechos humanos, la igualdad o la lucha contra la corrupción. La abundante literatura existente sobre los sistemas políticos europeos ha demostrado que los más estables tienden a organizarse alrededor de identidades colectivas, de prescripciones programáticas antagónicas en cuanto a la organización de la economía, y de bases sociales y de clases. Y a pesar de que en Europa y el resto del mundo se han reducido los fundamentos culturales y económicos de estas diferencias, los sistemas partidistas continúan organizándose a partir de puntos de vista antagónicos en lo que se refiere a la organización de la política y la economía. Temas como la igualdad, los derechos humanos y la lucha contra la corrupción no tienden a reproducir estas divisiones políticas. A fin de cuentas,

¿quién está hoy abiertamente a favor de la corrupción o en contra de los derechos humanos? Éstos constituyen temas generales basados en valores morales que no añaden ningún elemento significativo al eje general alrededor del cual se forma un sistema de partidos. Como señala Seymour Martin Lipset, las divisiones duraderas entre los partidos no nacen de los valores morales (Lipset, pp. 48-56).

Sin embargo, estos partidos señalan una tendencia importante en el planteamiento de nuevos temas y demandas. En este sentido favorecen la rectificación de los vicios de partidos y sistemas tradicionales, tales como la polarización ideológica, el dogmatismo y la carencia de responsabilidad y de rendición de cuentas. Han surgido allí donde los partidos tradicionales y los sistemas que conforman no han logrado ofrecer un canal efectivo a las demandas y frustraciones de los electores. A medida que se van fortaleciendo como alternativa electoral, traen consigo la promesa de renovar el sistema partidista con el planteamiento de nuevos temas y la introducción de una nueva forma de organización y representación políticas. Pese a que los problemas que se derivan de la organización y representación del sector informal y de los económica y políticamente marginados continúan vigentes y deben resolverse, estos nuevos partidos constituyen una tendencia importante en cuanto a la respuesta a las demandas de los votantes.

Tanto la política como sus diversas tendencias han cambiado para siempre en América Latina. Las etiquetas y prescripciones ideológicas tradicionales ya no determinan el discurso partidista, y las alianzas socioeconómicas y políticas se han transformado. Queda por ver cómo se definirán los nuevos ejes políticos de la región en esta era postmoderna. Las demandas insatisfechas y la frustración popular han dado lugar a la aparición de caudillos y movimientos posmodernos con intenciones democráticas frecuentemente cuestionables. Al mismo tiempo, como estos cambios han abierto la posibilidad a otras alternativas y a una mayor representatividad, han surgido nuevos partidos democráticos que les dan voz. ¿Cuáles de ellos conseguirán captar y representar mejor estas tendencias? De ello dependerá el futuro de la lucha democrática y, en última instancia, la estabilidad de los sistemas. Por ahora, el crecimiento de partidos posmodernos dedicados a defender un tema en particular encarna una esperanza respecto a la transformación democrática y a un avance en cuanto a representatividad.



DOSSIER

Examen de la crisis

Los suicidios de la burguesía cubana y el dilema del futuro

Jesús Díaz

La burguesía cubana se ha suicidado cuatro veces. En 1825, en 1866, en 1895 y en 1959. Lo sorprendente es que haya podido renacer otras tantas, aunque sin ser capaz nunca, sin embargo, de articular y hegemonizar la nación. A los efectos de este artículo, motivado por la aparición de un libro admirable —*Cuba/España, El dilema autonomista, 1878-1898*, publicado por Marta Bizcarrondo y Antonio Elorza en la editorial Colibrí, de Madrid—, englobo bajo el término burguesía a las clases dominantes blancas, desde la sacarocracia de principios del siglo XIX hasta los industriales y banqueros de la primera mitad del XX.

Los tres suicidios del XIX tienen una causa principal: el miedo al negro y a la destrucción de riquezas que supondría una guerra de independencia. Aterrada ante la experiencia hatiana, la burguesía cubana optó siempre por solicitar reformas que el régimen colonial español jamás concedió. Antes al contrario, la Real Orden de 28 de mayo de 1825 instituyó el poder absoluto del Gobernador General de la Isla. Bizcarrondo y Elorza sostienen en el libro citado que: «El nombramiento del general Miguel Tacón, señor absoluto de la isla a partir del 1 de junio de 1834, y las sucesivas decisiones adoptadas en Madrid, que impiden primero la promulgación de la Constitución en Cuba y privan luego a la isla, en abril de 1837, de representación parlamentaria en las cortes marcan el comienzo de una nueva época destinada a durar en lo esencial hasta 1898».

En ese interregno estallaron tres guerras por la independencia, pero la burguesía cubana, obsesionada por mandar sobre una Cuba blanca y conservar la riqueza del país, no se sumó como clase a ninguna de ellas, aun cuando hubo entre sus filas honrosas excepciones individuales e incluso sectoriales. Las promesas de reformas con las que España consiguió terminar la guerra de los Diez Años (1868-1878), crearon expectativas de cambio pacífico y evolutivo en la Isla. Se inició entonces el período más brillante y trágico de la historia de la burguesía cubana, a cuyo estudio Bizcarrondo y Elorza dedican su libro, donde nos descubren el fascinante panorama de la Cuba que no pudimos heredar. Un país organizado para luchar por sus derechos y su progreso

pacíficamente, mediante la palabra, la razón y la ley, alrededor de partidos políticos. El período que va de 1878 a 1887 fue sin duda el más intenso de la burguesía cubana; en él hizo una crítica demoledora del sistema colonial de la Restauración, y logró articular y hegemonizar a buena parte de la población del país a través del Partido Liberal Autonomista, sus organizaciones, sus mítines electorales y sus varios y brillantes órganos de prensa.

Sin embargo, todo fue inútil. «A pesar de la riqueza acumulada en las clases dominantes a la largo del siglo XIX» —concluyen Bizcarrondo y Elorza—, «la incidencia de variables externas da lugar a un escenario de conflictos prácticamente irresolubles mientras los resortes del poder siguieran en manos españolas. Nos referimos fundamentalmente a la hegemonía abusiva de intereses privados peninsulares sobre los generales de la colonia, respaldada por el dominio que grupos españoles ejercen sobre sectores claves de la economía de la isla, y a continuación sobre el poder político. A la burguesía criolla le tocaba únicamente multiplicar los esfuerzos para quebrar ese círculo vicioso».

No pudo. El corrupto régimen colonial español de la Restauración no le dio la alternativa de conseguirlo por medios pacíficos, como lo hacía Inglaterra con Canadá. Y en 1895, cuando estalló la nueva guerra que el expolio colonial había hecho inevitable, la burguesía cubana no fue capaz de romper con sus ataduras y se suicidó políticamente por tercera vez al ponerse de parte de la metrópoli, y seguirla apoyando aun después de que la vesania de Valeriano Weyler estableciera en Cuba, como han recordado Joël Koteck y Pierre Rigoulot en *Le siècle des camps*, los primeros campos de concentración de los tiempos modernos.

A lo largo de la primera mitad del siglo XX, y pese a la preponderante presencia norteamericana, la burguesía cubana consiguió un asombroso renacimiento económico, llegando a tener una presencia mayoritaria en la industria azucarera y la banca, y absoluta en la industria tabacalera, la de bebidas alcohólicas, la prensa, la radio y la televisión, por ejemplo. Pero jamás consiguió articular, hegemonizar ni representar políticamente a la nación. Fue una clase social herida, acomplejada, incapaz de rescatar a fondo su propio intento de crear una tradición democrática, que ella misma se había encargado de desprestigiar. Confiada en la protección del paraguas norteamericano cedió las claves del poder —el aparato del estado y la organización de los partidos políticos— a la voracidad de caudillos populistas, el último de los cuales, Fidel Castro, retrotrajo a Cuba a la organización política absolutista típica de la colonia.

Después de Castro, Cuba cambiará, es inevitable. Sin embargo, la verdadera pregunta, implícita en El *dilema autonomista* es, ¿hacia dónde? La burguesía cubana ha protagonizado una verdadera hazaña al renacer por cuarta vez —económicamente, como siempre lo había hecho—, ahora en Miami. Pero el Miami cubano es blanco, y Cuba es cada vez más mestiza. No dudo del nacionalismo de nuestra burguesía, exacerbado incluso por la falta de un país, ni tampoco de que su capital, su *know how*, su probada capacidad de trabajo y su brillante desempeño empresarial son imprescindibles para la organización

de una nación cubana moderna. No dudo tampoco de sus intenciones. Dudo, eso sí, de su capacidad para reconocer y entender el país real con el que van a encontrarse, y de contribuir, a partir de los componentes históricos, raciales y culturales de éste, al desarrollo de una segunda república cubana verdaderamente democrática, resolviendo así, por primera vez, su dilema histórico. En todo caso, confío en que los cubanos seamos capaces de superar para siempre, y ojalá juntos, el terrible legado totalitario de nuestra historia colonial y contemporánea.



Cuba en el Índice de Desarrollo Humano en los 90: caída, rebote milagroso y exclusión

Carmelo Mesa-Lago

Desde hace más de un decenio, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) publica anualmente su importante *Informe del Desarrollo Humano*, de gran utilidad y usado internacionalmente. Su aspecto más consultado es el *Índice de Desarrollo Humano* (IDH) que ordena a 174 países del mundo, incluyendo a Cuba, con base a indicadores socioeconómicos. Debido a la grave crisis de los noventa, la posición de Cuba en el mundo cayó del 61 al 89 lugar, mientras que en la América Latina descendió del noveno al duodécimo puesto. En dos de mis publicaciones observé que era imposible calcular el indicador económico crucial del IDH, debido a la falta de las estadísticas esenciales. El 7 de febrero de 1996, en un seminario sobre erradicación de la pobreza organizado por el PNUD en Nueva York, me indicaron quién era la persona encargada de la estimación de dicho indicador, me identifiqué y le pregunté con reprimida ansiedad cómo hacía dicho cálculo, la funcionaria tartamudeó, se excusó y desapareció. Aún con mayor sorpresa observé, en la edición de 1999, que la Isla saltó del 86 al 58 lugar en el mundo y del undécimo al noveno en la región; más aun, en la edición de 2000, ascendió al 56 y sexto puestos respectivamente. Este avance milagroso no podía ser justificado por el insuficiente proceso de recuperación económica. Sin embargo, en la última edición (2001), Cuba fue excluida del IDH debido a la falta de cifras confiables. Este artículo sigue la pista a la evolución de Cuba en el IDH, comparándola con los otros países del mundo y la región, detecta problemas en los indicadores sociales, así como en el problemático indicador económico, y explica cómo ocurrió el salto milagroso debido a serias incorrecciones estadísticas y un cambio metodológico.

EL ORDENAMIENTO DEL DESARROLLO POR EL BANCO MUNDIAL Y CUBA

El indicador más utilizado internacionalmente para medir el grado de desarrollo de un país es su producto interno bruto (PIB), el cual estima anualmente el valor de todos los bienes y servicios generados en la economía. Para corregir la inflación, se ajusta el PIB con un índice de precios basado en variaciones en el precio de una «canasta» de las mercancías y los servicios esenciales. Con el fin de poder comparar adecuadamente el PIB entre países con poblaciones diversas,

se le divide por el número de habitantes, resultando así en el PIB per cápita. Para resolver el problema de las diversas monedas en que está medido el PIB y permitir la comparación internacional, se le convierte en dólares de los Estados Unidos, ya sea con base a la tasa de cambio oficial o de acuerdo con la «paridad de poder adquisitivo» (PPA). Esta última mide el diverso poder adquisitivo de las monedas basado en los precios nacionales de un gran número de bienes y servicios, comparándolos con los precios de cada uno de ellos en los Estados Unidos para hacer la conversión al dólar (también llamado «dólar internacional»).

El Banco Mundial, en su *Informe Mundial del Desarrollo*, ordena anualmente a los países de todo el mundo usando el PIB per cápita, ajustado a la inflación y convertido a US dólares según la tasa de cambio oficial y al PPA (en adelante PIB p/c PPA\$). Los países son clasificados en tres grupos: alto, mediano y bajo (la edición más reciente es Banco Mundial 2000/2001). En los decenios de los sesenta y setenta, el Banco incluyó a Cuba en su *Informe Mundial*. Pero entonces el régimen cubano usaba el llamado «sistema del producto material» (SPM), típico de la URSS y los países del socialismo real, mientras que el resto del mundo utilizaba el «sistema de las cuentas nacionales» (SCN). Ambos no son comparables ya que el SPM contaba varias veces el valor de un producto en sus diversas etapas de procesamiento en vez de sumar sólo el «valor agregado» en cada etapa como hace el SCN. Por ejemplo, el algodón se transforma sucesivamente en hilo, tela y prenda de vestir, el SPM contaba el valor del algodón cuatro veces, mientras que el SCN sólo sumaba el valor añadido en cada etapa de la producción del vestido. Por otra parte, como legado de Karl Marx, el SPM excluía el valor de todos los servicios «no productivos» (no relacionados directamente con la producción material), tales como la educación, la salud, la seguridad social, la defensa, etc., de manera que subestimaba el valor del PIB (en realidad se le llamaba «producto social global»: PSG). La segunda distorsión perjudicaba a Cuba, debido a la gran importancia de sus servicios sociales y la defensa en el PIB. Así que, por una parte, el SPM sobreestimaba el PIB y, por la otra, lo subestimaba.

Además los cubanos cambiaron cuatro veces la fórmula de cálculo del SPM, de manera que había cuatro series que no podían empatarse. Peor aún, los estadígrafos cubanos nunca han explicado cómo determinan la «canasta» para ajustar el PIB a la inflación. Y para rematar, la conversión del peso cubano al dólar se hacía a «la par», o sea, al cambio oficial de un peso por un dólar, aunque en el mercado negro se ofrecían un manojito de pesos por un dólar. Por último, Cuba no publicaba ni publica la información necesaria sobre precios de bienes y servicios, así como muchos otros elementos necesarios para hacer la conversión a PPA. De manera que comparar el PSG cubano con el PIB en el resto de América Latina y los otros países capitalistas en el mundo era como equiparar elefantes con cacahuetes¹.

¹ No obstante, la CEPAL publicó por varios años el PSG de Cuba comparándolo con el PIB del resto de la región, solo una pequeña nota de pie advertía que la cifra cubana era el PSG, sin más explicación.

A principios de los ochenta, el Banco Mundial organizó un equipo de expertos para evaluar el SPM en los países socialistas, en un intento de convertirlo al SCN y así poder comparar adecuadamente el PIB de todos los países que incluía en su *Informe Mundial*, tanto capitalistas como socialistas. El caso de Cuba lo analizamos Jorge Pérez-López y yo, demostrando en un extenso estudio que era imposible calcular el PIB de Cuba debido a las deficiencias arriba explicadas (Mesa-Lago y Pérez-López 1985). Como resultado, el Banco Mundial excluyó a Cuba de su ordenamiento. Esto, entre otras cosas, provocó la notoria campaña de Cuba contra la «Cubanología» en los Estados Unidos, la cual nos acarreó la fuerte crítica de funcionarios y algunos académicos cubanos, así como de simpatizantes extranjeros.

**DE POR QUÉ EL IDH ES MÁS COMPLETO
QUE EL MERO PIB Y FAVORECE A CUBA**

Ordenar a los países basándose solo en el PIB es asumir que el desarrollo se mide sólo con dicho indicador. Pero supongamos un país con pésima distribución del ingreso, donde el 10% más rico reciba el 40% del PIB y el 40% más pobre sólo un 10%; el PIB per cápita en dicho país sería un promedio engañoso, pues una minoría exigua de la población tendría ingresos considerablemente mayores que dicho promedio y una parte grande tendría ingresos considerablemente menores. Además, hay países, como Costa Rica, Cuba y Uruguay, que han avanzado más en sus indicadores sociales (salud, educación, seguridad social) que en el PIB, mientras que lo opuesto ocurre en otros países que han descuidado seriamente sus servicios sociales.

Para resolver el problema planteado, el PNUD construyó el IDH, combinando un indicador económico y dos sociales. El primero es el PIB p/c PPA\$, según estimados del Programa Internacional Comparativo de las Naciones Unidas y el Banco Mundial. Los dos indicadores sociales añadidos en el IDH son: la esperanza de vida al nacer (para medir el nivel de salud) y una combinación de las tasas de alfabetización y matrícula en los tres niveles de enseñanza (para medir la educación). Los puntajes de los tres indicadores no pueden combinarse, pues están en unidades distintas: años de esperanza de vida, porcentajes en la educación y dólares PPA. Para resolver este problema e interrelacionar los indicadores de todos los países, se estima un índice en cada uno de los tres indicadores, con un máximo y un mínimo, derivados de todos los países incluidos, que teóricamente fluctúa entre 1 para el mejor y 0 para el peor. Cada uno de los tres índices aporta un tercio al valor del IDH; así que los tres índices se suman, se dividen entre tres y así se calcula el puntaje del IDH. Basado en éste, los países se clasifican en tres grandes grupos (alto, mediano y bajo) y se ordenan numéricamente de mejor (1, el primero) a peor (174, el último).

El IDH favorece a Cuba ya que los dos indicadores sociales (salud y educación) tienen un peso doble, comparados con el indicador económico, en el cual la Revolución no ha tenido un desempeño favorable. Por supuesto, esto también se aplica a otros países de la región, como Costa Rica y Uruguay, que

como ya se ha indicado, han invertido considerables recursos en desarrollar sus servicios sociales. La crisis, sin embargo, no solo provocó una caída en picado del PIB cubano, sino también afectó a varios indicadores sociales (Mesa-Lago 1998, 2001b, 2002).

LA CAÍDA Y SALTO PRODIGIOSO DE CUBA EN EL IDH

El Cuadro 1 muestra el ordenamiento de Cuba, por el IDH, entre todos los países del mundo y América Latina. La primera columna del cuadro indica el año de la publicación y la segunda columna el año de información del IDH.² En 1989, antes de la crisis, Cuba se colocaba en el 61 lugar entre 160 países del mundo y en el noveno lugar entre los 20 países latinoamericanos. En 1991, cuando la crisis económica recién comenzaba, Cuba cayó al 89 lugar entre 174 países y al duodécimo en la región. La crisis empeoró en 1992 y 1993, sin embargo, de acuerdo con el IDH, Cuba ascendió esos años a los lugares 72 y 79 en el mundo y undécimo en la región. En 1994 se detuvo la caída del PIB y en 1995 comenzó una leve recuperación económica impulsada por las modestas reformas hacia el mercado que comenzaron en 1993. Por el contrario, el IDH indica que en esos dos años Cuba cayó dentro del mundo a los lugares 85/86 y se mantuvo estancada en el puesto undécimo en la región. La tasa más alta de crecimiento en el decenio de los noventa fue alcanzada por Cuba en 1996, pero no existe el IDH para ese año³. En 1997-1998 se desaceleró fuertemente el crecimiento en la Isla, pero en el primer año, el IDH de Cuba saltó al 58 puesto mundial y noveno regional, y en el segundo año, al 56 y sexto puestos respectivamente. De manera que el ordenamiento de Cuba por el IDH en 1998 era muy superior al de 1989. Sin embargo, en 1998, el PIB cubano todavía estaba un 33% por debajo del nivel de 1989 y algo similar ocurría con la producción y servicios, con poquísimas excepciones (Mesa-Lago 2001b). ¿Cómo ocurrió ese salto milagroso? Para explicar este fenómeno, es necesario analizar los tres indicadores que componen el IDH.

LA EXPLICACIÓN DEL SALTO MILAGROSO: DUDAS SOBRE LOS INDICADORES SOCIALES

El primer indicador (que aporta un tercio al valor del IDH) es la salud y se mide por la esperanza de vida al nacer. En el contexto regional, Cuba siempre se ha ordenado en los dos o tres primeros puestos en este indicador, antes y

² La primera edición del *Informe*, publicada en 1990 con cifras de 1985-1988, ordenaba a los países de menor a mayor grado de desarrollo humano, mientras que la segunda edición, publicada en 1991 con cifras de 1980-1990, invirtió el ordenamiento para ser de mayor a menor grado de desarrollo humano y también introdujo otros cambios. La tercera edición utilizó cifras más uniformes (1989-1990), y las ediciones siguientes uniformaron todas las cifras en un mismo año. Como me interesa analizar los cambios ocurridos en Cuba en víspera y durante la crisis del 90, decidí comenzar con la tercera edición para los cuadros.

³ Hasta 1998, había una demora de tres años entre la publicación del IDH y la información usada; a partir de la edición de 1999 se redujo esa diferencia a dos años, por lo cual se eliminó el año 1996.

CUADRO 1
Ordenamiento de Cuba por el IDH en el mundo y América Latina: 1989-1999^a

Índice de Desarrollo Humano (fechas)		Nº de países en el mundo	Ordenamiento	
Publicación	Información		Mundo	América Latina
1992	1989	160	61	9
1993	1990	173	75	10
1994	1991	173	89	12
1995	1992	174	72	11
1996	1993	174	79	11
1997	1994	175	86	11
1998	1995	174	85	11
1999	1997	174	58	9
2000	1998	174	56	6
2001	1999	162	50-51 ^b	5 ^b

^a. Los años se refieren a la información del IDH; a menor el número de orden, mejor está el país.

^b. Ordenamiento no oficial en el IDH.

Fuentes: PNUD 1991-2001.

bajo la Revolución. Así en los noventa, Cuba se colocaba en el segundo lugar de América Latina (después de Costa Rica). La esperanza de vida normalmente avanza, aunque con mucha lentitud de año en año, y así ha ocurrido en Cuba, de manera que este indicador no puede explicar el salto prodigioso en 1997-1998. Más aun, la serie del IDH sobre la esperanza de vida exhibe contradicciones serias: (1) para 1990 reportó 75,4 años en tres ediciones consecutivas; (2) para 1992 dio dos cifras distintas: 75,6 y 75,3, si nos basamos en la primera hubo un aumento respecto a 1990, pero si nos basamos en la segunda hubo una caída; (3) para 1993 dio 75,4, lo cual sugiere que la esperanza de vida estaba estancada al nivel de 1990; (4) para 1994 dio 75,6 que puede interpretarse tanto como un estancamiento desde 1992 o un incremento, según se utilice una o otra cifra de dicho año; y (5) para 1995-1999 mostró un ligero incremento de 75,7 a 75,9. Para 1995 y 1997 la cifra fue igual (75,7)⁴ y el índice de este indicador para Cuba, relacionándolo con todos los países, se mantuvo sin cambio en 0.84 (PNUD 1991-2001). Esto último ratifica que este indicador no puede explicar el salto milagroso de 1997.

El segundo indicador (que aporta un tercio del valor del IDH) es la educación y combina dos variables. La primera es la tasa de alfabetización adulta

⁴ Un estudio del IDH hecho en Cuba da una esperanza de vida de 74,7 en 1998 (CIEM 2001, p. 146) comparada con 75,8 por el IDH (PNUD 2000).

(mayores de 15 años) y contribuye dos tercios del tercio del indicador de educación. En los noventa, Cuba se colocó en el tercer lugar de la región (después de Uruguay y Argentina), por lo que su posición es muy alta. Pero como solo alrededor de un 4% de la población es analfabeta, es muy difícil reducir este nivel especialmente en períodos anuales, así que tampoco nos puede explicar el gran salto adelante cubano. Este indicador mostró una tasa casi igual en 1985 (96%) y 1998 (96,4%), lo que indica estancamiento; sin embargo, si se arranca de 1990 (94%), el indicador muestra un incremento constante, aunque el ascenso de 1995 a 1997 fue solo de dos puntos decimales: de 95,7% a 95,9% (PNUD 1990-1999). Tampoco este indicador parece explicar el salto sorprendente de Cuba en 1997.

La segunda variable del segundo indicador es el porcentaje de la población en edad escolar matriculada en los tres niveles de enseñanza (ver Cuadro 2). La educación elemental en Cuba ya estaba extendida a toda la población desde fines de los sesenta y, según cifras oficiales, la tasa bruta de matrícula era del 100% en 1989⁵; pero a partir de 1990-1991 dicha tasa comenzó a descender y era del 99,3% en 1992 y del 99,1% en 1999 (ONE 1998 y 2000). En el nivel secundario, según cifras de la UNESCO (2001), Cuba alcanzó el porcentaje más alto de cobertura en 1989 con un 90,2%, descendió a 74,5% en 1994 y ascendió a 80% en 1996-1997, pero aún 10 puntos por debajo del nivel de 1989.⁶ En la educación superior, la matrícula cayó 56% en 1989-1999 (CEE 1991, ONE 2000); su tasa bruta era del 20,5% en 1989 (21,8% en 1987 según UNESCO 2001) y descendió al 12,4% en 1996-1997 (este descenso sostenido es reconocido por CIEM 2000). Por cuanto las tasas brutas de matrícula primaria y superior cayeron casi ininterrumpidamente en 1989-1997, mientras que la tasa de la secundaria en 1997 estaba muy por debajo del nivel de 1989, la tasa combinada de los tres niveles debió de caer en dicho período.

Desgraciadamente, el IDH no tiene una serie consistente para 1989-1999, porque en los tres primeros años usó un indicador diferente, el promedio de años de escolaridad, mientras que a partir de 1992, cambió para la tasa de matrícula escolar, de manera que ambos no pueden conectarse.⁷ La primera columna del Cuadro 2 muestra el declive de la tasa bruta combinada de matrícula en los tres niveles en 1992-1994, estimada por el IDH, el cual concuerda con las cifras de Cuba y la UNESCO. Pero el IDH exhibe un salto enorme de la

⁵ De hecho, el porcentaje en 1970-1985 sobrepasó el 100% debido a que no había un apareamiento perfecto entre la matrícula y la población en edad escolar de la primaria (UNESCO 2001).

⁶ El estudio del IDH hecho en Cuba admite que «el nivel medio es el más problemático del sistema educacional cubano» y que ocurrió «una ligera caída en los cursos de 1993-94 y 1994-95, pero recuperándose en los dos cursos siguientes» (CIEM 2000, p. 82). Sin embargo, en 1997 no había recobrado el nivel de 1989.

⁷ El *Informe* del IDH no publica separadas las tasas brutas de matrícula por nivel educativo, sino la tasa combinada de los tres niveles, por lo cual es imposible comparar las cifras del IDH con las de Cuba y las de UNESCO. El estudio del IDH hecho en Cuba tampoco ofrece una serie de dichas tasas separadas, sino solo las de dos niveles en un año (CIEM 2000).

CUADRO 2
Matrícula en tres niveles de enseñanza según
el IDH y Cuba/UNESCO: 1989-1999

Años de Información	IDH: 3 niveles combinados	Cuba	UNESCO	UNESCO
		Primaria	Secundaria	Superior
1989	a	100,0	90,2	20,5
1990	a	99,7	88,9	20,9
1991	a	99,8	85,7	19,8
1992	65	99,3	81,8	18,1
1993	65	99,5	76,7	16,7
1994	63	99,2	74,5	13,9
1995	66	99,7	79,8	12,7
1996	n.d.	99,4	80,8	12,4
1997	72	99,3	80,0	12,4
1998	73	99,3	n.d.	n.d.
1999	76	99,1	n.d.	n.d.

a) En estos años de usó un indicador distinto (promedio de años de escolaridad) que no puede conectarse con el indicador posterior.

Fuentes: IDH de PNUD 1992-2001; Cuba: primaria de ONE 1998-1999, secundaria y superior años 1989-1999 de UNESCO 1999 y 2001, el año 1997 es un estimado del autor (basado en ONE 1998) para permitir una comparación con el mismo año en el IDH.

tasa combinada entre 1995 y 1999 (de 66% a 76%), el cual se contradice con las cifras oficiales de Cuba para la primaria, las cuales muestran una caída de 99,7% a 91,1% (debido a su peso, la primaria determina la tendencia de esta variable del indicador educativo). También se contradice el ascenso en la tasa combinada de matrícula, con la caída de la tasa de matrícula superior, un descenso de 12,7% a 12,4% en 1995-1997 según cifras de UNESCO. En cuanto a la secundaria, es cierto que en 1995-1997 ocurrió un incremento según las cifras de UNESCO, pero el nivel de 1997 estaba 10 puntos por debajo del de 1989.

Resumiendo, el indicador de salud (la esperanza de vida) muestra notables contradicciones que plantean dudas sobre su confiabilidad. Dentro del indicador educativo, la variable de alfabetización es bastante consistente aunque no puede explicar el salto milagroso cubano en el ordenamiento del IDH en 1997. Por último, la variable de matrícula combinada en los tres niveles se contradice con las cifras oficiales de Cuba y de la UNESCO. Pasemos ahora a analizar el indicador económico.

LOS CÁLCULOS ASOMBROSOS DEL INDICADOR ECONÓMICO

El tercer indicador (el económico) es el PIB p/c PPA\$, el más peliagudo de los tres. En 1995 Cuba hizo un cambio del SPM al SCN y comenzó a publicar el PIB ajustado a la inflación (basado en el año 1981), retro trayéndolo a 1985, por lo

que existe una serie del PIB para 1989-2000. Esto resolvió algunos de los problemas de que adolecía el SPM (sobrestimación y subestimación e imposibilidad de conectar series diversas), pero no solucionó ni el ajuste a la inflación, ni la conversión a dólares PPA.

Las dos principales series estadísticas cubanas no ofrecen información sobre la forma de ajustar el PIB a la inflación, incluyendo la metodología de cómo se elabora el índice de precios que se usa para «deflactar» el PIB, incluyendo las mercancías y servicios en la «canasta», así como los pesos asignados a éstos. Además, se sigue usando, después de 20 años, el año 1981 como base para la serie ajustada del PIB, a pesar de las críticas hechas sobre la anormalidad de ese año y la práctica universal de poner al día el año base con cierta regularidad. Más aun, en 1992-1994, se disparó la inflación en la Isla (llegó al record oficial del 26% en 1993) y este fenómeno puede haber afectado notablemente la serie. Por último, el ajuste no toma en cuenta los altísimos precios de los artículos y servicios en las tiendas de dólar, en los mercados oficiales paralelos, en el mercado libre agropecuario y en el mercado negro (el índice de precios al consumidor aumentó un 1.552% en dichos mercados en 1989-1993; CIEM 2000), por lo que la inflación debe ser muy superior a la cifra publicada.

En cuanto a la conversión del peso al dólar, oficialmente Cuba sigue cambiando a la par (un peso igual a un dólar) pero en el mercado negro se llegaron a dar 78 pesos por un dólar en 1994, mientras que las casas de cambio estatales pagaban 95 pesos por un dólar en 1995. Esta última tasa de cambio mejoró a 21 pesos por un dólar en 1998 (ver Cuadro 3, última columna). El mayor problema es cómo estimar la paridad del poder adquisitivo del peso (PPA), pues Cuba no publica las estadísticas necesarias para hacer dicho cálculo. Por ejemplo, la *Investigación sobre Desarrollo Humano y Equidad en Cuba 1999*, un voluminoso e impresionante estudio realizado en Cuba con el patrocinio del PNUD, se limita a reproducir las cifras del IDH y no explica cómo se estima el PIB p/c PPA\$ cubano (CIEM 2000). En resumen, con la experiencia acumulada en 40 años de estudio y publicaciones sobre las estadísticas cubanas (véase Mesa-Lago 2001a), considero que es imposible calcular el PIB p/c PPA\$ cubano. Entonces ¿cómo lo ha estimado el IDH?

La primera columna del Cuadro 3 muestra los estimados del IDH y los compara, en la segunda columna, con las cifras cubanas del PIB p/c, ajustado a la inflación, en pesos convertidos oficialmente usando la tasa de cambio del peso igual al dólar. Debe advertirse que las cifras de 1990-1996 de Cuba no fueron publicadas hasta 1998, pues el *Anuario Estadístico de Cuba* suspendió su publicación en 1991 (con la edición referente a 1989) y no la reanudó hasta 1998 (ver CCE 1991 y ONE 1998). Por lo tanto, las ediciones del *Informe* de 1992-1997, que ofrecen cifras de los años 1990-1994, no tenían disponible siquiera una cifra cubana de base.

El IDH exhibe un descenso del PIB p/c PPA\$ en 1989-1991 del 20%, concordante con la crisis económica, pero un aumento del 71% en 1992 cuando la crisis empeoraba y una caída del 12% en 1993 cuando la crisis llegó a su punto peor. En 1989-1993, el IDH exhibe un aumento del 20%, mientras que

CUADRO 3
Estimaciones del PIB por habitante en dólares,
en el IDH y en Cuba: 1989-1999

Años de Información	IDH ^a	Cuba	
		Oficial ^b	Tasa cambio ^c
1989	2.500	1.976	6
1990	2.200	1.787	7
1991	2.000	1.580	20
1992	3.412	1.386	35
1993	3.000	1.172	78
1994	3.000	1.175	95
1995	3.100	1.201	32
1997	3.100	1.317	23
1998	3.967	1.327	21
1999	4.224	1.405	20

^a. Convertido en dólares basado en la paridad del poder adquisitivo (PPA).

^b. Ajustado a la inflación y convertido en dólares a la par (un peso igual a un dólar).

^c. Promedio anual; en 1990-1993 en el mercado negro y en 1994-1999 en las casas de cambio estatales.

Fuentes: IDH de PNUD 1992-2001; Cuba oficial de CCE 1991, ONE 1998 y 2000, BNC 2001; tasa de cambio de CEPAL 2001b.

las cifras cubanas (al cambio oficial) muestran que ocurrió una caída del 41%. En 1993 la cifra cubana (al cambio oficial) era un 61% menor que la cifra del IDH. En 1989-1999, de acuerdo con el IDH, el PIB p/c PPA\$ aumentó un 69% pero, de acuerdo con las cifras cubanas, el PIB cayó un 29% al cambio oficial. En 1999, el PIB cubano (al cambio oficial) era un 67% menor que la cifra del IDH. Aunque no es técnicamente adecuado calcular el PIB de Cuba con base a la tasa de cambio no oficial, es obvio que si se hiciera dicha conversión, el PIB sería inferior que basado en la tasa de cambio oficial de un peso igual a un dólar. La última columna del Cuadro 3 muestra la tasa de cambio no oficial, la cual es substancialmente mayor que la oficial.

¿Es posible que al usar la paridad del poder adquisitivo (PPA) del peso, pudiera explicarse la diferencia entre las cifras del IDH y las de Cuba? Dejando a un lado el hecho de que el cálculo del PPA es imposible, en mi opinión la respuesta a dicha pregunta es negativa, debido a la enorme magnitud de la brecha entre ambas cifras, al desplome del peso y su pérdida de poder adquisitivo por el disparo de la inflación. No obstante, el Banco Nacional de Cuba argumentó en 1996 que el valor de los servicios gratuitos ofrecidos a la población (salud, educación, seguridad social), así como los subsidios a los precios de los artículos racionados, equivalían al 50% del valor monetario del PIB. Si aceptásemos este argumento a los efectos de la comparación, el PIB en 1999 sería 2.108 al cambio oficial, o sea, la mitad de la cifra del IDH.

La pregunta que yo le planteé en 1996 a la funcionaria del IDH encargada de la estimación del PIB p/c PPA\$ fue: ¿en vista a la enorme diferencia entre las dos series de cifras, cómo hace usted el cálculo sin tener las necesarias estadísticas cubanas? Como ella desapareció sin responderme, hay que hacer un ejercicio bastante tedioso para el lector (aunque confieso que fue fascinante para mí): ir a las notas que aparecen en varias ediciones del *Informe* explicando cómo se hizo dicha estimación. En la edición de 1995 la nota dice: «Cifra preliminar puesta al día del *Penn World Tables* usando una serie expandida de comparaciones internacionales según describen Summers y Huston 1991»⁸. Pero cuando se va a esta fuente se encuentra una grave omisión y dos obstáculos insalvables: (1) Cuba no aparece entre los 138 países (incluyendo los otros 19 de América Latina) para los cuales los autores hicieron el cálculo del PIB p/c PPA\$; (2) la metodología del PPA requiere entre 400 y 700 precios de artículos, servicios e insumos laborales, así como gastos en 150 categorías detalladas del PIB, los cuales no aparecen en las publicaciones estadísticas cubanas (tampoco se han hecho encuestas por expertos extranjeros), y (3) las estimaciones que hace la publicación de Summers y Huston se refieren al período 1970-1988, cuando Cuba usaba el SPM en vez del SCN, haciendo aun más difícil el cálculo (estos problemas los planteé en Mesa-Lago 1998).

En la edición de 1996, la nota de pie del *Informe* ofreció como fuente del estimado del IDH en 1993 al Banco Mundial, *World Bank Atlas 1995* (Washington D.C., 1994, p. 18-19), pero éste tampoco mostró la cifra de Cuba en el cuadro correspondiente, sino una nota de pie que dio un rango amplio entre US\$696 y US\$2.785. El IDH fijó US\$3.000, o sea, por encima de la cifra superior del rango (¿redondeó esa cifra?), sin explicar cómo se hizo esto⁹. En la edición de 1997 se volvió a la misma explicación usada en 1995. En las ediciones de 1998 y 1999, se dio como fuente general una «correspondencia sobre cifras inéditas del Banco Mundial», pero se excluyó a Cuba con la siguiente nota de pie: «Estimados de la Oficina del Informe de Desarrollo Humano» (PNUD 1998, p. 214). En esos dos años, quizás por la crítica hecha, quizás por que algún funcionario del PNUD notó las serias inconsistencias y problemas explicados, se decidió no dar una fuente externa y asumir la responsabilidad del cálculo, pero sin explicar cómo se hizo. Esto se reveló en las ediciones de 2000 y 2001, donde una nota específica dice: «Como no está disponible el PIB p/c PPA\$ para Cuba, se usó el promedio ponderado de los países del Caribe» (PNUD 2000, p. 160, 2001 apéndice).

No solo el promedio usado es absurdo por las diferencias entre Cuba y el resto del Caribe, sino que no especifica cuáles son los países incluidos en el

⁸ La cita completa es Robert Summers and Alan Huston, «Penn World Tables (Mark 5): An Expanded Set of International Comparisons, 1950-1988», *Quarterly Journal of Economics*, No. 106, 1991, pp. 327-368.

⁹ El Banco Mundial, *World Atlas 1996* (Washington D.C., 1996, p. 19) dio un rango de 726 a 2.895 para Cuba en 1994 y el IDH estimó 3.000; el *World Atlas 1997* (Washington D.C., 1997, pp. 36-37) dio un rango de 766 a 3.035 para Cuba en 1995 y el IDH estimó 3.100; en ambos, el estimado del IDH fue mayor que la cifra superior del rango del Banco Mundial.

cálculo. En 1998, cinco países caribeños de habla inglesa (Bahamas, Barbados, San Kitts y Nevis, Antigua y Barbuda, Trinidad y Tobago) tenían un PIB p/c PPA\$ que fluctuaba entre 12.000 y 7.500, lo cual los colocaba en el grupo alto o mediano superior y, por tanto, mucho mayor que el de Cuba 3.967. Más aun, otros seis países de ese grupo (Surinam, Dominica, Granada, Belice, San Vicente y las Granadinas y Santa Lucía) tenían un PIB p/c PPA\$ superior al de Cuba (entre 5.161 y 4.566), y solo dos tenían uno algo inferior: Guyana (3.403) y Jamaica (3.389). La República Dominicana tenía un PIB p/c PPA\$, también superior al de Cuba (4.589), y solo Haití, el país más pobre de la región y el único en el grupo bajo, tenía un PIB p/c PPA\$ inferior al de Cuba (1.389). El promedio aritmético del PIB de estos 15 países es 6.586, o sea, un 66% superior al estimado para Cuba, pero el IDH usó un promedio ponderado, probablemente basado en el tamaño de la población de los países, y así obtuvo la cifra de 3.967 para Cuba. Este promedio fue el resultado de que casi todos esos países tienen poblaciones pequeñísimas (entre 38.000 y 307.000 habitantes), excepto tres: Jamaica (2,6 millones), Haití (8,4 millones) y la República Dominicana (8,5 millones), de manera que el peso enorme de esos tres países determinó en gran medida el promedio «caribeño» para Cuba.

En resumen, las dudas explicadas en los dos indicadores sociales palidecen en vista a los problemas encontrados en el indicador económico y ambos demuestran que el IDH de Cuba ha sido estimado de manera defectuosa.

LA EXCLUSIÓN PARCIAL DE CUBA DEL IDH

Quizás como resultado de las fallas analizadas en las dos secciones siguientes, la edición del año 2001 del *Informe* excluyó a Cuba (con otros 11 países) del cuadro maestro del IDH, así como de otros cuadros clave, debido «a la falta de cifras confiables». Sin embargo, en un cuadro en el apéndice, el *Informe* proporciona estadísticas de Cuba y los otros once países excluidos del IDH, aunque se advierte que estas cifras «pueden variar en calidad y no ser directamente comparables con las de los países incluidos en el *Informe*» (PNUD 2001, p. 136 y apéndice). El cuadro del apéndice da los dos indicadores sociales para Cuba, pero no el PIB p/c PPA\$; en una nota de pie se repite que esa cifra no está disponible y que se usó el promedio del Caribe para estimarla en \$4.224. Basado en los tres indicadores, el *Informe* calculó el IDH de Cuba y ordenó al país entre el lugar 50 y 51 (si bien no incluyó el ordenamiento en el cuadro maestro del IDH). Esto implica otro avance en cuanto a 1998 y coloca no oficialmente a Cuba en el quinto lugar de América Latina.

Después de más de un decenio, se reconoce que el PIB p/c PPA\$ de Cuba no existe y que el estimado de la Oficina del *Informe* no es comparable con las cifras de los países incluidos en el IDH. Pero esto se hace para los años 1998-1999, cuando Cuba ya estaba publicando abundantes estadísticas (aunque insuficientes para hacer ese estimado), de manera que, lógicamente, se invalidan todas las estimaciones anteriores del IDH sobre el indicador económico cubano, cuando no había estadísticas o las que había eran aún menos confiables (de hecho, el *Informe* de 1999 publicó una serie del PIB p/c PPA\$ en todos

los países latinoamericanos en 1975-1997 excepto Cuba, que quedó en blanco). Por último, el cálculo de un promedio del Caribe no especifica qué países incluyó y aparece como un artificio. Si las cifras cubanas no son confiables ¿por qué se repitió por dos años ese cálculo burdo, imposible e irreal del PIB, así como el estimado del IDH y el ordenamiento mundial y regional de Cuba?

UN CAMBIO METODOLÓGICO EN EL ÍNDICE ECONÓMICO DETERMINÓ EL SALTO DE CUBA

Hemos visto que el ascenso inusitado de Cuba en su ordenamiento del IDH en 1997-1999 se debió en parte a deficiencias en las cifras estadísticas en sus tres indicadores. Pero hay otro problema que surge de un cambio importante de la metodología para calcular el índice económico y resultó en alteraciones notables en el puntaje del IDH y el ordenamiento de los países.

En el período 1989-1999 Cuba nunca estuvo en el grupo alto del IDH. Argentina, Chile, Costa Rica y Uruguay se ordenaron siempre en el grupo alto, mientras que México, Venezuela, Colombia, Panamá y Brasil a veces entraron en dicho grupo¹⁰, y otras veces en el grupo mediano. Por lo contrario, Haití siempre estuvo en el grupo bajo, mientras que Bolivia, Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua cayeron ocasionalmente en dicho grupo¹¹ y el resto del tiempo en el grupo mediano. Cuba, Ecuador, Paraguay, Perú y la República Dominicana siempre se ordenaron en el grupo mediano. En 1989-1995, Cuba estaba por debajo de Venezuela, Panamá, México y Colombia, y en 1991-1994, también por debajo de Ecuador. Pero con el ascenso prodigioso de 1997-1999, Cuba primero dejó atrás a Ecuador y Brasil, después a Panamá, Venezuela y Colombia y, por último, empató o superó a México. De acuerdo con el ordenamiento tentativo de 1999, Cuba estaba en el borde superior del grupo medio, solo superada por los cuatro países del grupo alto. A continuación analizamos el cambio metodológico y su impacto en el IDH y orden de Cuba.

El cálculo del índice del PIB p/c PPA\$ ha sido modificado a través de los años. En las ediciones de 1994 a 1998 (con información de 1995) dicho índice se estimó con una fórmula que distinguía si los países estaban por debajo o por encima de un umbral de ingreso que era el promedio mundial. A partir de la edición de 1999 (con información de 1997) se cambió la fórmula para calcular dicho índice y esto afectó el puntaje del IDH y el ordenamiento de los países¹². El *Informe* de 1999 dice al respecto: «Debido a estos cambios, el IDH

¹⁰ En 1989-1995, cuando el grupo alto fue expandido en el IDH, pero no en 1997-1999 cuando dicho grupo se redujo considerablemente.

¹¹ En 1989-1990 cuando dicho grupo era más amplio.

¹² Este es un aspecto muy técnico y complejo que no puede ser analizado en este artículo. Con la fórmula de 1994-1998, si el PIB p/c PPA\$ de un país estaba por debajo del umbral promedio, no era ajustado, pero si lo sobrepasaba, era ajustado con un descuento; a medida que el ingreso aumentaba, el ajuste y el descuento eran mayores. A partir de la edición de 1999 se sacó el umbral, se usó un logaritmo del ingreso y el descuento fue menor. Para las diferencias entre las dos formulas, véase PNUD 1998, p. 107, y PNUD 1999, pp. 127-130.

de este año [1997] no es comparable con el del año anterior [1995]. La mejora en la metodología y data afecta el ordenamiento del IDH en casi todos los países (...) Un descenso o ascenso en el ordenamiento puede ser atribuido al cambio en la metodología o a las cifras» (PNUD 1999, p. 129).

Este artículo no juzga las bondades o defectos de la nueva metodología, solo investiga cuál ha sido su impacto en Cuba. Como resultado del cambio metodológico en el índice económico, asumiendo que no hubo cambio en los dos indicadores sociales, los países con el mayor PIB p/c PPA\$ (los del grupo alto) bajaron en el índice correspondiente, lo cual influyó en un descenso en su puntaje del IDH. Los países del grupo mediano-superior también bajaron en el índice y el puntaje, mientras que los del grupo mediano-intermedio e inferior y los de grupo bajo subieron en ambos. El estudio del IDH hecho en Cuba, después de analizar en detalle el cambio metodológico, concluye: «el nuevo enfoque del tratamiento del ingreso beneficia relativamente, en el cálculo del IDH, a los países más pobres y penaliza a los más ricos» (CIEM 2000, p. 128). Cuba se benefició de este cambio, pues en 1995 estaba en el grupo mediano-intermedio y la nueva fórmula le hizo ascender en el índice de PIB p/c PPA\$, el puntaje del IDH y el ordenamiento mundial y regional.

La información de 1997, comparada con la de 1995 (no hay cifras para 1996), indica que todos los países latinoamericanos aumentaron su PIB p/c PPA\$ en valor absoluto salvo Cuba, en que se estancó, pero diez países bajaron en el índice correspondiente (o sea, la posición relativa de los países entre sí), mientras que Cuba ascendió. Los cuatro países latinoamericanos del grupo alto (Chile, Argentina, Uruguay y Costa Rica) aumentaron considerablemente su PIB p/c PPA\$, pero bajaron en el índice de éste, el puntaje del IDH y el ordenamiento en el mundo. Esto a pesar de que la mayoría de esos países también mejoró o mantuvo igual sus índices de los indicadores sociales¹³. Lo mismo ocurrió con los cuatro países latinoamericanos del grupo mediano-superior (Venezuela, Panamá, México y Colombia). Por el contrario, Cuba descendió ligeramente en el índice de esperanza de vida, aumentó ligeramente el índice educativo (ya hemos visto que incorrectamente) y no cambió su PIB p/c PPA\$ absoluto, pero dio un salto inusitado en el índice de este último y mejoró considerablemente su puntaje en el IDH, de tal forma que ascendió del 85 al 56 puesto mundial en un año. Debido a esto, Cuba dejó atrás a Brasil y Ecuador, los cuales habían aumentado su PIB p/c PPA\$ absoluto pero descendido fuertemente en el índice respectivo¹⁴.

¹³ Sorprendentemente, la esperanza de vida al nacer descendió ligeramente, en 1995-1997, en Chile y algo más en Costa Rica, al parecer debido a una revisión de los estimados anteriores, pero toda la información disponible de ambos países ratifica que su esperanza de vida exhibió un aumento creciente en 1980-2000 (ver CEPAL 2001a, pp. 12-13).

¹⁴ Seis de los otros ocho países del grupo mediano (Perú, Paraguay, El Salvador, Bolivia, Honduras y Nicaragua) y el único país en el grupo bajo (Haití) también ascendieron en el índice del PIB, el puntaje del IDH y el ordenamiento mundial, pero no de la manera espectacular de Cuba.

El impacto opuesto del cambio de la metodología en Brasil y Cuba se demuestra en el Cuadro 4. Éste compara, en 1995 y 1997, los índices de los tres indicadores: salud (esperanza de vida, primera columna), educación (tasas de alfabetización y matrícula en los tres niveles, segunda columna) y económico (PIB p/c PPA\$, tercera columna). En este punto deben recordarse tres aspectos importantes: (1) los índices relacionan a todos los países entre sí (el mejor estaría cercano a 1 y el peor cercano a 0); (2) cada uno de los tres índices aporta un tercio al valor del PIB, y (3) cuanto más alto es el índice, mejor y más alto en el ordenamiento está el país. Por ejemplo, el país mejor puede tener un índice de 0,99, mientras que el país peor puede tener 0,20. Aunque el *Informe* advierte que no se pueden comparar los años 1995 y 1997, debido al cambio metodológico en estimar el índice económico, es importante hacerlo precisamente para apreciar el efecto de dicho cambio en el ordenamiento de los países.

CUADRO 4
Impacto opuesto del cambio de método
del Índice Económico en Brasil y Cuba: 1995 y 1997

País	Año	Indicador			IDH	Ordenamiento		PIB/PPA\$
		Salud	Educación	PIB/PPA\$		Mundial	AL	
Brasil								
	1995	0.69	0.80	0.94	0.809	62	9	5.928
	1997	0.70	0.83	0.70	0.739	79	11	6.480
Cuba								
	1995	0.85	0.86	0.48	0.729	85	11	3.100
	1997	0.84	0.88	0.57	0.765	58	9	3.100

Fuente: PNUD 1998 y 1999.

Comparando 1995 y 1997, en el índice de salud Brasil mejoró (+0.01) y Cuba empeoró (-0.01), mientras que en el índice de educación ambos mejoraron, Brasil ligeramente más (+0.03) que Cuba (+0.02), de manera que en los índices sociales, Brasil se desarrolló mejor que Cuba. Sin embargo, en el índice económico Brasil empeoró notablemente (-0.24), mientras que Cuba mejoró (+0.09), y ambos cambios fueron los más importantes entre los tres índices en los dos países. Pero la caída de Brasil y el ascenso de Cuba en el índice económico se contradicen con lo ocurrido en su valor absoluto, el cual es mostrado en la última columna del cuadro: el PIB p/c PPA\$ de Brasil aumentó un 9% (de 5.928 a 6.480), mientras que el de Cuba fue igual (3.100 en ambos años). El cambio en la metodología de cálculo del índice económico, por tanto, determinó que el puntaje de Brasil en el IDH disminuyera (-0.07) y el de Cuba ascendiera (+0.04). Esto a su vez resultó en una caída de 17 puestos

en el ordenamiento mundial de Brasil (del 62 al 79 lugar) y en un salto de 27 puestos en el ordenamiento de Cuba (del 85 al 58), así como que la posición de ambos países se invirtiera en América Latina: Brasil cayó del noveno al undécimo, mientras que Cuba brincó del undécimo al noveno.

El estudio del IDH realizado en Cuba constituye el análisis más profundo que conozco sobre el impacto del cambio metodológico del índice económico sobre el ordenamiento de los países de América Latina y el Caribe, separándolo del efecto que hubieran podido ejercer cambios en los otros indicadores. Dicho estudio concluye: «La mayor diferencia positiva (26 posiciones) —exclusivamente explicada por el cambio en el procedimiento al considerar el ingreso— la presenta Cuba» (CIEM 2000, p. 128). En otras palabras, el salto de Cuba del 85 al 58 lugar fue el mayor entre 33 países y se debió solo al cambio metodológico. Por lo contrario, Brasil cayó 17 puntos en el ordenamiento del IDH y el estudio cubano estima que su descenso del 62 al 79 lugar ocurrió a pesar de una mejora en los otros indicadores, por lo que el cambio metodológico fue responsable de la caída en 19 puestos (CIEM 2000, p. 134)¹⁵.

En 1998, la crisis de Asia, Rusia y otros países emergentes afectó negativamente el crecimiento en América Latina, y la gran mayoría de los países de la región sufrió una caída en el PIB p/c PPA\$, el índice respectivo, el puntaje del IDH y el ordenamiento mundial. Esto ocurrió en Panamá, Venezuela y Colombia, países que desde hacía muchos años estaban por encima de Cuba en su IDH. Pero Cuba fue uno de los pocos países que, según la edición de 2000 del *Informe*, experimentó un crecimiento notable en su PIB p/c PPA\$: el 28%, un verdadero milagro, especialmente si se tiene en cuenta que, de acuerdo con las cifras oficiales cubanas, el PIB aumentó solo un 0.8%. Debido a esta anomalía, Cuba subió en el índice correspondiente, el puntaje del IDH y su ordenamiento mundial, dejando atrás a los tres países latinoamericanos citados. En la edición de 2001 del *Informe*, aunque no hay un ordenamiento preciso de Cuba, ésta ha avanzado aún más (se indica que está entre los puestos 50 y 51), empatando o dejando atrás a México.

CONCLUSIÓN

Este artículo demuestra que el cálculo del IDH de Cuba en 1989-1999, así como el ordenamiento de este país en el mundo y la región, han sido inadecuados, por las razones siguientes: (1) el indicador de salud se basa en una serie inconsistente y contradictoria de la esperanza de vida; (2) el indicador de educación muestra una tasa bruta de matrícula escolar en ascenso cuando en realidad descendió constantemente en los niveles primario y superior en relación con 1989; (3) el indicador económico se estimó sin tener las estadísticas esenciales, utilizando fuentes espurias y, recientemente, basándose en un

¹⁵ Debe advertirse que el estudio de CIEM ardientemente defiende los avances de Cuba, critica la metodología del IDH y propone sustituirlo por un Nuevo Índice de Desarrollo Humano y Equidad, en el cual Cuba se ordenaría en segundo lugar entre 23 países de América Latina y el Caribe.

«promedio caribeño» inadecuado (el IDH calculó un crecimiento del 69% del PIB p/c PPA\$ en 1989-1999, mientras que el PIB basado en cifras oficiales cubanas cayó un 29%); y (4) el cambio en la metodología para calcular el índice económico en 1997 fue exclusivamente responsable del incremento de 26 puestos en el ordenamiento mundial de Cuba, a pesar de que en ese año fue el único país de la región cuyo PIB p/c PPA\$ absoluto estuvo estancado (para 1998, el IDH estimó un aumento del 28% en el PIB p/c PPA\$ a pesar de que el PIB oficial creció solo un 0.8%).

Debido a estas deficiencias, Cuba ha dejado atrás en el IDH a Panamá, Venezuela, Colombia y Brasil, países que durante muchos años superaron a la Isla en el ordenamiento mundial y regional. En 2001 se excluyó a Cuba del IDH, reconociendo que no ofrece cifras confiables y no hay disponible el PIB p/c PPA\$. Sin embargo, el *Informe* calculó el PIB p/c PPA\$ cubano en 1999 (basado en el «promedio caribeño») y volvió a ascender a Cuba en su ordenamiento, empatándola o colocándola por encima de México y cercana al borde superior del grupo mediano, solo superada por los cuatro países del grupo alto.

El PNUD afirma que «tiene la intención de incluir [reincluir en el IDH] a todos los países miembros de la ONU» y que continuará su esfuerzo por mejorar las estadísticas» (2001, p. 136). El autor de este artículo espera que el mismo sirva de acicate al PNUD para corregir los problemas de los indicadores sociales de Cuba y les convenza de que es imposible, por el momento, calcular el indicador económico de dicho país.

El autor agradece los comentarios de Sergio Díaz-Briquets, Manuel Pastor, Jr. y Jorge Pérez-López a una versión preliminar de este trabajo, así como la ayuda de Kristin Kleinjans en la evaluación del cambio de metodología del IDH. La responsabilidad de lo que aquí se dice es solo del autor.

¿Mucho ruido y pocas nueces? El cambio de régimen político en Cuba

Eusebio Mujal-León
Joshua W. Busby

INTRODUCCIÓN

Resulta difícil situar entre las categorías tradicionales de régimen político al régimen cubano, una dictadura carismática y personalista con una idiosincrática mezcla de elementos nacional-militares, igualitarios, anti-americanos y anticapitalistas, así como de elementos comunistas residuales. Aunque el régimen ha atravesado diferentes fases durante los pasados cuarenta años, una dialéctica ha sido constante: la presencia dominante de su líder y fundador, Fidel Castro. Otros actores institucionales responden directamente ante él. Aun cuando el régimen cubano es descrito con frecuencia como «uno de los últimos regímenes comunistas», el Partido Comunista Cubano (PCC) está débilmente institucionalizado y ninguno de sus líderes tiene una base social o política independiente de Fidel Castro. El régimen cubano presenta además un fuerte componente militar. Aunque las FAR se encuentran ostensiblemente bajo el control del Partido Comunista, se podría dudar o especular acerca de cuán efectivos son esos mecanismos de control. Sus líderes han sido incorporados en los más altos órganos del Partido, o purgados (como la ejecución del General Arnaldo Ochoa en 1989), o se les ha acomodado dándoles acceso a los lucrativos beneficios de empresas mixtas, inversiones conjuntas con capital extranjero (*joint ventures*) y del turismo.

Nuestro objetivo en este artículo es discernir la naturaleza del régimen cubano contemporáneo. No es éste un ejercicio académico o meramente retrospectivo. El régimen (antes y ahora) es el punto de partida para cualquier futuro desarrollo y condicionará las posibilidades y la dirección de la evolución política del país¹. La parte I de este artículo explorará la que creemos

¹ Para una primera aproximación a este tema, ver Eusebio Mujal-León y Jorge Saavedra, «El post-totalitarismo carismático y el cambio de régimen: Cuba en perspectiva comparada», *Encuentro*, 6/7 (Otoño/Invierno 1997), p. 115. Para una opinión coincidente, ver también Linz y Stepan, *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe* (Baltimore: The John Hopkins University Press, 1996), p. 55.

fue la fallida transición cubana al post-totalitarismo a mediados de los años ochenta y la (parcial) confirmación del totalitarismo al entrar en los noventa. La parte II examina a continuación la naturaleza de los cambios experimentados por el régimen y la sociedad durante la década de los noventa, lo que nos lleva a caracterizar el régimen en su período más reciente como «carismático y post-totalitario temprano». La conclusión analiza las implicaciones de esta caracterización para el cambio de régimen y el futuro después de Castro.

PARTE I

El régimen castrista tiene ya más de cuarenta años. Ha sobrevivido a una mirada de dificultades, incluyendo el dramático colapso de sus patrocinadores de la Unión Soviética. Pero el régimen perdura. ¿Quién no recuerda las premonitorias predicciones acerca de su inminente colapso desde finales de los ochenta y comienzos de los noventa? Pero aun si el régimen ha sobrevivido en el nuevo siglo no es porque haya permanecido inalterado. De hecho, la continuidad que la presencia de su fundador ha proporcionado al régimen ha servido con frecuencia para enmascarar los cambios dinámicos que han ocurrido en el sistema político cubano durante las pasadas décadas. La sociedad cubana ha cambiado significativamente. A pesar del uso repetido del slogan «socialismo o muerte», cuando Fidel Castro haga una salida definitiva de la escena cubana o no sea capaz de dirigir el régimen por más tiempo se producirá un profundo reajuste (y crisis) del régimen.

Nuestro intento de explorar los caminos hacia y las condiciones de un futuro post-Castro nos llevan en primer lugar al pasado y, más concretamente, al período 1971-1985, cuando el régimen cubano llegó a estar estrechamente vinculado a la Unión Soviética. Durante este período, el régimen cubano había alcanzado ya una profunda acomodación con su contraparte soviética y, asumiendo su papel en la «división socialista del trabajo», comenzó a experimentar una transición hacia el post-totalitarismo. El nuevo «compañerismo» supuso una activa colaboración entre Cuba y la Unión Soviética en la esfera internacional, incluyendo el despliegue de tropas cubanas en distintas partes del Tercer Mundo. Ambas partes negociaron las directrices para la transferencia de subsidios a la economía cubana y la institucionalización de mecanismos de «planificación socialista» en Cuba. En una vertiente más política, el liderazgo cubano se orientó hacia la institucionalización de las funciones y la estructura del Partido Comunista (PCC) así como la ratificación de una nueva Constitución que se asemejaba en mucho a la soviética. Al compás de estas iniciativas se crearon los mercados de agricultores y se llevaron a cabo otras reformas que, junto a las favorables condiciones comerciales y otras formas de apoyo, sacaron a Cuba del estancamiento de sus fallidos experimentos de movilización².

² Carmelo Mesa-Lago, «¿Cambio de régimen o cambios en el régimen? Aspectos políticos y económicos». *Encuentro*, 6/7 (Otoño/Invierno, 1997), pp. 37-40.

En este artículo intentamos situar nuestra interpretación del régimen cubano contemporáneo dentro del contexto específico de la literatura sobre regímenes post-totalitarios. Nos gustaría revisar brevemente las principales caracterizaciones del tipo de régimen post-totalitario, utilizando las cuatro características —liderazgo, ideología, movilización, y pluralismo— propuestos por Juan Linz y Alfred Stepan. Bajo el post-totalitarismo, la política adquiere una forma más institucionalizada dentro de las organizaciones del Estado, en contraste al impredecible ejercicio de poder de un orden totalitario. Aunque el *liderazgo* es todavía ejercido por el partido gobernante, éste comienza a demostrar mayores tendencias burocráticas y está menos sujeto a la discreción arbitraria del líder. En términos *ideológicos*, hay un creciente desajuste entre los deseos y la capacidad del régimen. La ideología requiere un menor compromiso y se convierte en un elemento más en un ritual obligatorio. La *movilización* también se transforma. Más que demandar apoyo abierto al régimen, los líderes de un régimen post-totalitario comienzan a rebajar sus expectativas y la ausencia de abierta oposición se acepta como tácita aprobación. Se tolera el *pluralismo* de naturaleza social y económica, mientras el pluralismo político permanece aún prohibido. Manifestaciones culturales y artísticas alternativas, y mercados paralelos, comienzan a coexistir junto con los oficialmente autorizados, aunque incluso el grado de pluralismo posible o tolerado podría ser menor que bajo un régimen autoritario³.

Al aplicar esta perspectiva analítica al régimen cubano, presentamos el siguiente argumento. Durante el período 1971-85, el régimen experimentó el inicio de una transición hacia el post-totalitarismo. Este proceso reflejaba una coincidencia estratégica entre los liderazgos soviético y cubano que sacaba a Cuba de su relativa autarquía. La integración de Cuba en el bloque soviético estimuló y reforzó las transformaciones económicas e institucionales domésticas antes señaladas.

Sin embargo, a comienzos de los años ochenta, cuando la administración Reagan se posicionó de manera más firme en política exterior y se produjo en la Unión Soviética la sucesión Andropov-Chernenko-Gorbachev, Fidel Castro comenzó de manera creciente (y con buenas razones para ello) a dudar de la fiabilidad y las consecuencias del compromiso soviético. Una vez que Gorbachev alcanzó el poder en 1985, las señales se tornaron inequívocas⁴. Castro respondió anunciando el proceso de rectificación. Ésta fue una respuesta dura a la perestroika que supuso que las reformas de la era previa fueran claramente invertidas y que reformistas, como el ministro de Planificación Humberto Pérez, fueran privados de su posición. Los mercados de agricultores

³ Linz y Stepan, p. 48.

⁴ Carmelo Mesa-Lago, *Market, Socialist, and Mixed Economies* (Baltimore: The John Hopkins University Press, 2000), p. 312. Mesa-Lago documenta el cambio en términos de la ayuda de la Unión Soviética cuando la URSS hizo frente al declinar económico del período 1986-1990, cuyos términos, aunque todavía favorables, desfavorecieron crecientemente a Cuba.

cubanos fueron clausurados en mayo de 1986, anuncio que fue acompañado por una severa invectiva acerca de la nociva expansión del individualismo y de las fuerzas del mercado⁵. Esta retórica señaló el fin de la transición hacia el post-totalitarismo e inauguró (y condujo a) un incompleto retorno al radicalismo de movilización de finales de los sesenta, siendo reemplazadas las anteriores aperturas al mercado por apelativos a la conciencia nacional, la resistencia, y el espíritu revolucionario. Después de desplazar los modelos de planificación de inspiración soviética de la era anterior, Castro estableció ambiciosos objetivos nacionales de autosuficiencia alimentaria, construcción de viviendas y otras necesidades sociales mediante el uso de brigadas de trabajo voluntarias⁶.

¿Qué factores explican la truncada transición al post-totalitarismo en Cuba durante los ochenta?

1. El primero gira en torno a Fidel Castro. Cuando Gorbachev llegó al poder en 1985 y anunció su programa de perestroika y glasnost, él podría sin duda haber anticipado cómo esas reformas debilitarían y socavarían su propio sistema de gobierno. Aunque otros dentro de la órbita soviética hubieran podido pensar algo semejante, Cuba y Fidel Castro tenían una posición mucho menos dependiente. No solo porque la relación cubano-soviética no había sido simplemente una relación patrón-cliente (Castro, después de todo, había alcanzado el poder por sus propios medios), sino porque la propia presencia y permanencia de su fundador fortaleció la autonomía del régimen cubano. Él tenía una autoridad y un prestigio dentro del régimen que le daban margen de maniobra para definir y redefinir el régimen, algo de lo que cualquier sucesor carecería. En este sentido, aún cuando el régimen cubano inició una transición hacia el post-totalitarismo en los años 1971-1985, su situación en términos de liderazgo era muy diferente a la de la mayoría de los regímenes de la Europa del Este o incluso de la propia Unión Soviética.
2. Un segundo factor fue la continuada vitalidad de la ideología (la mezcla de nacionalismo, anti-americanismo y anti-capitalismo elaborada por Fidel Castro). A fines de los setenta e inicios de los ochenta el régimen no había perdido todavía sus prácticas ideológicas establecidas. Aunque el éxodo del Mariel en 1980 debilitó el régimen y demostró cuánta gente dejaría la isla si tuviese la oportunidad, permanecía la cohesión de la élite y entre importantes sectores de la sociedad acerca de que el modelo ideológico (y los programas sociales que éste generaba) era viable. La ideología pudo haber sido reforzada también por una política exterior activista y nacionalista, que convirtió a Cuba en uno de los principales protagonistas en el movimiento de

⁵ Marifeli Pérez-Stable, «Caught in a Contradiction: Cuban Socialism between Mobilization and Normalization», *Comparative Politics*, vol. 32, n°1 (October 1999), p. 70.

⁶ La producción de azúcar y casi de cualquier otro producto agrícola disminuyó de modo importante en este período. Mesa-Lago, *Market, Socialist, and Mixed Economies*, pp. 281-288.

países no-alineados y un (parcial) sustituto para la Unión Soviética en lugares tales como Angola y Nicaragua. Además, el régimen no había perdido ni su capacidad represiva ni de movilización a finales de los setenta y principios de los ochenta. En el otro lado de la ecuación, el bajo nivel del pluralismo social y económico en Cuba facilitó el que se viese truncada la transición al post-totalitarismo. La introducción de reformas de mercado había sido muy limitada y, a excepción de los mercados de agricultores, apenas había otros actores sociales o económicos independientes.

3. Finalmente, la debilidad institucional del Partido Comunista y la correspondiente fortaleza de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) explican también la truncada transición al post-totalitarismo durante este período. La lógica «normal» de la consolidación totalitaria y post-totalitaria atribuye un papel central al partido. Bajo el totalitarismo, el Partido establece su hegemonía sobre las fuerzas armadas y los servicios de seguridad; bajo el post-totalitarismo, retiene un papel central pero adquiere crecientemente una función gerente o de vigilante dentro del aparato del Estado.

Ninguno de estos desarrollos se produjo en el caso de Cuba. El régimen nació de un conflicto militar y, como antes se señaló, la organización militar y su relación con el régimen impidieron el establecimiento del Partido Comunista. Ambas organizaciones estaban bajo el control y la autoridad de Fidel Castro. Incluso con la institucionalización de finales de los setenta y comienzos de los ochenta, no cabía duda de que los cuadros del PCC respondían al deseo del máximo líder. Éste no estaba constreñido por sus prácticas o burocracia, y no respondía ante nadie en el liderazgo del partido⁷.

El papel de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) aumentaba aún más las dificultades de un débilmente institucionalizado Partido Comunista. Atendiendo a las relaciones civil-militares se ha avanzado la noción de un «soldado cívico» cubano, una persona que, absorbida por el idealismo revolucionario, realizaría cualquier tarea que el régimen demandase, implicase ésta la defensa de la patria o tareas administrativas relativas a la administración de empresas gestionadas por el Estado o por burocracias gubernamentales⁸. Esta interpretación ve la relación en términos de equilibrio. Otra línea de interpretación más incisiva ha sido avanzada por Domingo Amuchástegui, quien ha argumentado que la distinción entre civiles y militares tiene poca validez en el caso cubano: el Partido Comunista está en una posición subordinada en relación a los militares⁹.

⁷ Julia Preston, «The Trial that Shook Cuba». *The New York Review of Books* (diciembre 7, 1989), pp. 24-31.

⁸ La clásica formulación se encuentra en Jorge I. Domínguez, «The Civic Soldier in Cuba», *Armies and Politics in Latin America*, eds. Abraham Lowenthal and J. Samuel Fitch (New York: Holmes and Meier, 1986), p. 263.

⁹ Domingo Amuchástegui, «Cuba's Armed Forces: Power and Reforms», artículo presentado como parte de la conferencia Cuba en Transición: Actas de la Reunión Anual de la ASSCE, vol. 9, Coral Gables, Florida, 12-14 agosto, 1999, p. 110.

Los analistas han enfatizado tradicionalmente el carácter proto-militar de los Partidos Comunistas. El colapso del bloque soviético y la transformación managerial de los pocos partidos comunistas que permanecen en el poder ha convertido tal análisis en anacrónico. Sin embargo, esa noción necesita ser resucitada con respecto a Cuba, aunque no en el tradicional sentido Leninista en el que el partido ocupa una posición dominante y otras organizaciones sirven como su correa de transmisión. En el caso cubano, es el Partido Comunista el que ha sido imbuido por el espíritu «jerárquico» y «militar» de la Revolución, y Fidel Castro es su y el comandante en jefe de las FAR.

No compartimos sin embargo la insistencia de Amuchastegui en una unidad «unicelular» civil-militar. En torno al tiempo en que el partenariado cubano-soviético comenzó a congelarse a principios y mediados de los setenta, hubo un reparto de labores entre las FAR y el PCC. Mientras el PCC monopolizaba la arena política doméstica y, en particular, las agencias económicas y de planificación, las fuerzas armadas se concentraron en misiones internacionalistas con una maestría tal que reforzó el prestigio y legitimidad nacionales además de los propios. Ese reparto se mantuvo hasta la interrupción de la transición al post-totalitarismo a mediados y finales de los años ochenta. En ese momento los «expertos» dentro del PCC fueron purgados y, en su lugar, el Partido asumió crecientemente un papel de vigilante y tribuno ideológico. Simultáneamente las FAR también experimentaron un cambio en sus órdenes. Cuando la nueva administración soviética se había embarcado en negociaciones globales con los Estados Unidos y la Guerra Fría perdía vitalidad, el papel cubano en Angola y otros enclaves conflictivos del Tercer Mundo tocaba a su fin. Unas FAR reorganizadas regresaban a casa con nuevos deberes y un papel transformado.

Durante los setenta y hasta mediados de los ochenta, las FAR habían sido una institución privilegiada pero externamente orientada, cuyo servicio como guardia pretoriana del movimiento revolucionario internacional le proporcionó recompensas, reconocimiento, e influencia¹⁰. En opinión de algunos autores, su preeminencia podría haber intensificado también la inquietud acerca de su lealtad. Un perceptivo estudioso de la política cubana y de los militares (que ha entrevistado a muchos militares desertores) ha argumentado que Castro desarrolló el concepto de Guerra de todo el Pueblo no tanto para movilizar a la población en un esfuerzo de auto-defensa contra una potencial invasión de los Estados Unidos, como para diluir la influencia de las FAR creando un contra-equilibrio de «varios cuerpos redundantes de la gente de uniforme»¹¹. Los temores de deslealtad podrían haber sido alentados

¹⁰ Greene Walker estima que 300.000 cubanos sirvieron en el extranjero durante un período de 16 años. Phyllis Greene Walker, «Challenges Facing the Cuban Military», *Cuba Briefing Paper Series*, n°12, (Georgetown University, octubre 1996). <<http://www.georgetown.edu/sfs/programs/clas/caribe/bp12.htm>>

¹¹ Enrique A. Baloyra, «Twelve Monkeys: Cuban National Defense and the Military». Cuban Studies Association, Occasional Paper Series, vol. 1, n°4, (noviembre 15, 1996), p. 13.

por informes sobre la desertión de unos 56.000 soldados durante el período 1983-87¹².

La ejecución del General Arnaldo Ochoa en junio de 1989¹³ y las subsiguientes purgas del Ministerio del Interior (MININT)¹⁴ así como del Ejército Occidental¹⁵ subrayan la existencia de tensiones asociadas con el retorno de combatientes exhaustos y veteranos entrenados por los soviéticos. Se desconoce, y probablemente nunca llegará a saberse, si Ochoa tenía contactos con Mihail Gorbachev u otros reformistas soviéticos, o si había decidido retar a Fidel Castro. Lo que es más que improbable es que los cargos de droga y corrupción en su contra fueran la única o principal razón para su enjuiciamiento y ejecución. Independientemente de la precisa combinación de razones que explique su eliminación, no cabe duda que, a través de su ejecución (y de la de Antonio de la Guardia), Castro envió una señal inequívoca a aquellos que pudieran albergar y expresar pensamientos de deslealtad. Este golpe de mano no solo permitió a Castro reafirmar su autoridad última, sino que también permitió a la facción de oficiales cercanos a Raúl Castro (el llamado grupo raulista) consolidar y extender su control sobre las fuerzas armadas y los servicios de seguridad.

El final de los ochenta presenció el fin de la primera transición cubana al post-totalitarismo. La reafirmación de la autoridad personalista y fundacional de Fidel Castro derroto la incipiente institucionalización de las estructuras del régimen. La continuada vitalidad de la ideología del régimen, su capacidad sostenida para la movilización, la debilidad institucional del PCC, y la ausencia de un significativo pluralismo social o económico contribuyeron al retorno a los esquemas totalitarios y a la política de movilización del pasado. A estos elementos domésticos de la explicación se puede añadir los efectos de la profunda crisis generada por los cambios en las relaciones cubano-soviéticas en un primer momento, y el colapso de la Unión Soviética con posterioridad.

PARTE II

El régimen cubano se enfrentó a una crisis política y económica de proporciones sin precedentes a comienzos de los años noventa. Esto originó un amplio paquete de medidas de reforma económica que incluían la legalización de la

¹² Frank O. Mora, «From Fidelismo to Raulismo: Civilian Control of the Military in Cuba», *Problems of Post-Communism*, vol. 46, n°4 (noviembre 15, 1996), p. 13.

¹³ Para uno de los mejores tratamientos del asunto Ochoa, ver Preston, pp. 24-31.

¹⁴ Aparentemente, muchos MININT oficiales fueron purgados o bien porque no habían investigado en profundidad las actividades del General Ochoa o, más probablemente, porque Fidel no estaba seguro de la lealtad de MININT al régimen. Greene Walker señala que «en la reorganización de (...) que siguió, casi todos los oficiales del ministerio antes independiente fueron destituidos y reemplazados por personal con carrera militar».

¹⁵ Richard Millet indica que hasta el 70% de los oficiales del Ejército Occidental fueron siguiendo al juicio de Ochoa. Richard Millett, «Cuba's Armed Forces: From Triumph to Survival», *Georgetown University*, Cuba Briefing Paper Series, n°4 (septiembre 1993). <<http://www.georgetown.edu/sfs/programs/clas/Caribe/bp4.htm>>

posesión y el uso de dólares (incluyendo las remesas enviadas desde el extranjero), la autorización de ciertos tipos de autoempleo, la conversión de las explotaciones agrícolas estatales en cooperativas, y el establecimiento de mercados agrícolas (ahora llamados «artesanos»). El Gobierno implementó también medidas de reforma fiscal y monetaria que recortaron notablemente el déficit presupuestario y limitaron los subsidios a aquellas empresas estatales con pérdidas. El elemento final en el programa de emergencia económica fue la promulgación de leyes que permitían mayor inversión extranjera, alentando *joint ventures*, y estableciendo zonas de libre comercio¹⁶.

Existe un vivo debate en círculos académicos acerca de lo que estos cambios han significado para la naturaleza del régimen cubano. Una línea de interpretación afirma que el régimen actual es un ejemplar de «autoritarismo de movilización» cuya débil institucionalización presagia lo peor para una transición pacífica¹⁷. Otra línea de argumentación insiste en que los cambios producidos durante los noventa han creado un incipiente régimen autoritario en Cuba¹⁸. Una tercera aproximación insiste en que el actual régimen cubano es una mezcla de «sultanismo» y «post-totalitarismo congelado». Para esta interpretación, aunque el régimen ha permitido reformas de mercado limitadas, no ofrece espacio para alternativas políticas y margina rápidamente a los reformistas que aparecen. Atendiendo a la libertad que Fidel Castro tiene para manipular el cuerpo político, Juan López adscribe también características «sultanísticas» al líder cubano. Las implicaciones del análisis de López son claras. No hay posibilidad de reforma, y la única transición posible en Cuba es mediante una rebelión desde abajo similar a la que ocurrió en Rumanía con Ceausescu. Para apoyar este argumento, López pone como ejemplo que el número de disidentes en Cuba es tan numeroso o aun mayor que en Rumania, Alemania del Este, y Checoslovaquia¹⁹. No nos desagradan muchos de los elementos del argumento que López presenta, y estamos de acuerdo con su caracterización post-totalitaria del régimen cubano. Creemos también que podría haber elementos «sultanísticos» en el régimen cubano o, al menos, que el alcance de la autoridad de Fidel Castro es amplia y discrecional en un grado poco común. Podrían existir así similitudes entre cómo Fidel Castro ejerce su autoridad en Cuba y las pautas evidenciadas por Nicolae Ceausescu

¹⁶ Mesa-Lago, *Market, Socialist, and Mixed Economies*, 293. Marta Beatriz Roque Cabello y Manuel Sánchez Herrero, «Background: Cuba's Economic Reforms: An Overview», *Perspectives on Cuban Economic Reforms*, eds., Pérez-López y Travieso-Díaz (Tempe: Arizona State University Center for Latin American Studies Press, 1998), pp. 9-11.

¹⁷ Marifeli Pérez-Stable, p. 67.

¹⁸ Jorge I. Domínguez, «Comienza una transición hacia el autoritarismo en Cuba», *Encuentro*, 6/7 (otoño/invierno 1997), p. 9.

¹⁹ Juan J. López, «Implication of the U.S. Economic embargo for a Political Transition in Cuba», artículo presentado como parte de la conferencia «Cuba en Transición», vol.7, documentos y actas de la Séptima Reunión Anual de la Asociación para el Estudio de la Economía Cubana (ASCE), Miami, Florida, 7-9 agosto 1997, p. 250.

en Rumanía y Kim Il-Sung en Corea del Norte. En última instancia, sin embargo, no denominaríamos el régimen cubano como «sultanístico,» dada su dependencia de la ideología y la movilización.

Estos cambios dieron paso a la fase más reciente del régimen cubano, aquella que definimos como carismática y post-totalitaria temprana. Característica de esta fase ha sido una profunda tensión. Por un lado, hay todavía una visible capacidad del fundador revolucionario para limitar el cambio, para movilizar a la población, y para afirmar la validez de su ideología igualitaria ante las élites y la sociedad. El Estado combate a los grupos pro-derechos humanos y a la Iglesia Católica en cada cambio y por cada espacio en la sociedad. La oposición es débil, desorganizada e intimidada. Por otro lado, hay creciente evidencia de que la ideología del régimen ha sido socavada, y hay signos de incipiente pluralismo social y económico en una sociedad crecientemente estratificada.

Pero no se trata tan solo de que la erosionada capacidad de transformación de la sociedad complique el pleno retorno a los modelos del pasado, sino que son otros factores sobre los que el régimen y Fidel Castro tienen menor control. Factores externos, tales como las variadas presiones de la globalización y la obvia dificultad para encontrar un aliado internacional dispuesto a subsidiar el experimento económico cubano Cuba, hacen que la autarquía y el retorno a un pleno totalitarismo sean problemáticos. Está también la distorsionada crisis de sucesión. Guste o no, la transición a la era post-Castro ya ha comenzado y avanzará inexorablemente. Como ocurriera en España durante el declinar de la era franquista, la cuestión emergente en Cuba es «¿después de Castro, qué?» Aunque la respuesta no es ni mucho menos clara, hay un plazo inexorable que ha puesto a otras fuerzas (dentro y fuera del régimen) en movimiento. Este proceso es irreversible, aunque paradójicamente refuerza el papel desempeñado por Fidel Castro en el corto plazo.

A continuación examinaremos la naturaleza del régimen cubano carismático y post-totalitario temprano en los noventa desde la perspectiva de los componentes del régimen: liderazgo, ideología, movilización y pluralismo.

Liderazgo

La versión cubana del post-totalitarismo no se adecua exactamente al tipo ideal. La primera y más importante diferencia es la continuada presencia de Fidel Castro quien, como fundador carismático del régimen revolucionario, retiene amplio poder e influencia. Nadie dentro de la élite cuestiona su papel ni sus decisiones. Incluso los reformistas del régimen se adhieren a la invocación de «con Fidel todo; contra Fidel nada». La autoridad de Castro deriva de varias fuentes. No solo es el fundador del régimen, sino que también ha establecido y conformado su ideología. Él ha guiado el régimen a través de diferentes crisis durante las pasadas cuatro décadas, incluyendo el muy peligroso período de turbulencia que siguió a la pérdida de soberanía de la Unión Soviética. Su carisma es prototípico, y su importancia para el régimen, exacerbada por el alcance de la crisis en los noventa. Castro continúa ejerciendo

también una forma de autoridad de tipo militar sobre las instituciones del régimen, especialmente el PCC y las FAR. Ha utilizado ambas instituciones para movilizar a la población cubana y para transmitir directivas ideológicas. En sistemas más tradicionales de partido de Estado, es el partido comunista el que genera y transmite tal ideología pero, en el contexto cubano, el partido (y los militares) son correas de transmisión para el ejercicio del liderazgo por el líder revolucionario y carismático.

Sin embargo, si bien el régimen cubano se ha caracterizado por su estabilidad en la cumbre, cuando se desciende en la escala jerárquica la fluidez ha sido más característica, especialmente desde finales de los ochenta. Algunos líderes han sido purgados, y muchos líderes mayores se han retirado o han sido retirados. Como Marifeli Pérez-Stable ha señalado²⁰, algunos de los cuadros más jóvenes que alcanzaron posiciones de liderazgo en los ministerios económicos son «presumiblemente más proclives a la reforma» que sus predecesores. Pero incluso si esto fuera así, podemos suponer que, mientras Fidel Castro sea una presencia activa en la política cubana, serán muy cuidadosos a la hora de expresar sus opiniones y preferencias.

De nuevo las FAR (y los servicios de seguridad bajo su supervisión) se presentan como una excepción a esa tendencia a la fluidez que ha caracterizado el liderazgo en las instituciones del régimen. La ejecución del General Ochoa y la consiguiente purga del Ministerio del Interior consolidó la influencia de la facción raulista dentro de las FAR. Durante la pasada década los militares se han caracterizado no solo por su cohesión, sino por el modo en que el régimen ha dependido de ellos para proporcionar liderazgo en los ámbitos económico y administrativo. En su papel dual como guardianes de la seguridad y tempranos protagonistas en el proceso de perfeccionamiento empresarial, los diversos elementos de las FAR tienen virtualmente asegurado el ir a desempeñar un importante papel, no solo como fuente de conocimiento especializado en la gestión y reforma de la economía, sino en conformar la transición hacia un futuro después de Castro.

Ideología

¿Por qué las reformas —sociales, políticas y económicas— han sido tan limitadas en la Cuba contemporánea? ¿Por qué no ha seguido Cuba el ejemplo de China o Vietnam al emprender reformas de mercado más comprehensivas que pudieran galvanizar la economía?²¹ La duradera vitalidad de la ideología ofrece en buena medida una respuesta a estas cuestiones. Fidel Castro es, después de todo, el ideólogo del régimen cubano. Como un agudo observador de los portentos ideológicos que son los debates en la *intelligentsia*

²⁰ Pérez-Stable, p. 73.

²¹ En general se puede decir que las reformas económicas cubanas han sido moderadas comparadas con aquellas puestas en práctica en China o Vietnam. Ver Edward González, *Cuba: Clearing Perilous Waters* (Santa Monica: Rand, 1996), p. 9.

internacional, y de su potencial significación para Cuba, ha desarrollado consistentemente estrategias retóricas para el consumo doméstico e internacional atendiendo a la defensa de los ideales y logros del proyecto nacional.

La caída de la Unión Soviética y sus aliados privó al régimen cubano de un importante componente de sus fundamentos ideológicos. La Revolución dejó de ser parte de un proyecto utópico más amplio. Desde inicios de los noventa en adelante, el régimen y Fidel Castro han buscado principalmente revigorar la ideología del régimen apelando a los otros elementos nucleares de sus constructos ideológicos, entre ellos el nacionalismo, la justicia social, y la solidaridad regional. Así, por ejemplo, en julio de 1992, la Asamblea Nacional Cubana aprobó unánimemente la reforma constitucional que desmanteló de la Constitución sus referentes de la era Soviética a «la comunidad de países socialistas», al «internacionalismo proletario», «el liderazgo de la clase trabajadora» y el «materialismo científico». Reemplazando estos y otros enunciados se introdujeron referencias a América Latina y el Caribe, José Martí, la nación cubana, y la educación patriótica²². Aunque no todas las referencias fueron eliminadas, la significación estaba clara. La Constitución enmendada había sido cubanizada para reflejar la nueva situación. De manera paralela, el régimen ha mostrado mayor cuidado en defender sus logros en las áreas de la salud y la educación, porque es en estas áreas en las que el proyecto nacional retiene una mayor legitimidad doméstica e internacional. Los ataques que el Partido Comunista lanzó el año pasado contra las actividades sociales (cocinas económicas, centros de atención infantil, distribución de medicinas) que la Iglesia Católica ha organizado resultan sintomáticos de esta defensa de su proyecto social. Como hizo en los setenta con el Movimiento No-Alineado, Fidel Castro ha intentado también posicionarse él mismo y a Cuba en la vanguardia del conflicto en contra de la globalización, y emplear esto como un vehículo para la re-legitimación del régimen.

La presencia de Fidel Castro y sus constantes exhortaciones al conflicto revolucionario y la ideología sitúan estrictos, aunque formalmente mal definidos, límites sobre cuánto pueden los funcionarios del partido y del Gobierno desviarse del canon oficial de anticapitalismo, nacionalismo, y anti-americanismo²³. Como Edward González ha argumentado, la búsqueda de una reforma más

²² Josep Colomer, «After Fidel, What? Forecasting Institutional Changes in Cuba», artículo presentado como parte de la conferencia Derecho Constitucional en una Cuba Post-Castro, New York University School of Law, 21 abril 1997, p. 9.

²³ En la última sesión del 8º Congreso de la Federación de Periodistas Latinoamericanos (FELAP) celebrado en la Universidad de La Habana el 12 de noviembre de 1999, Castro atacó el sistema político norteamericano calificándolo de imitación. «Nosotros preferimos», dijo, «nuestro socialismo con todas sus imperfecciones; preferimos el totalitarismo de la verdad, la justicia, la sinceridad, la autenticidad; el totalitarismo de los sentimientos verdaderamente humanitarios; el totalitarismo del tipo de sistema multipartidista que nosotros practicamos». Fidel Castro, discurso ante la Federación de Periodistas Latinoamericanos (FELAP) 8º Congreso en la Universidad de La Habana, 12 de noviembre 1999. <<http://www2.ceniai.inf.cu/gobierno/discursos/1999/ing/fl21199i.html>>

profunda tendría «elevados costes políticos e ideológicos para el régimen, que socavarían su control sobre la sociedad... (y) tenderían a desmoralizar a los cuadros del régimen»²⁴.

Aunque Castro intenta mantener la transformación ideológica dentro de estrechos márgenes, son visibles signos de erosión dentro de la sociedad cubana. Los reajustes diarios que los cubanos de a pie han tenido que hacer durante la pasada década para resolver los problemas económicos cotidianos han tenido sin duda un alto precio. Sobrevivir en la Cuba contemporánea requiere violar constantemente la ley y sus fundamentos normativos (o ideológicos). Los cubanos podrían haber estado dispuestos a aceptar restricciones sobre las libertades civiles en tanto que los resultados fueran percibidos como justos y deseables. Si, por el contrario, el régimen resulta incapaz de garantizar las necesidades básicas así como las «ganancias sociales de la Revolución» durante un período sostenido, se acentúa la crisis de legitimidad. Regímenes que asumen completa responsabilidad por el bienestar económico y social de sus ciudadanos son especialmente vulnerables a este cálculo²⁵.

Movilización

Bajo el post-totalitarismo la disponibilidad y capacidad de un régimen para movilizar a la población declina. El período 1991-2001 se adecua, al menos en parte, a esta caracterización. La movilización es un instrumento que puede ser empleado para afirmar la legitimidad y generar entusiasmo en torno a un proyecto nacional. Es también un instrumento para intimidar y controlar a la población que, como tal, funciona en tándem con la represión. Movilización y represión reflejan la visión absolutista y «estatalista» del síndrome totalitario cubano y sus variantes, aunque es analítica y políticamente importante entender —como Marifeli Pérez-Stable ha señalado— que el régimen «no puede ser entendido exclusivamente en términos de su componente represivo»²⁶. A pesar de que es muy difícil y arriesgado discernir exactamente cuáles son las actitudes y la opinión pública reales bajo condiciones dictatoriales, no se puede descartar que un régimen autocrático pueda ser visto por importantes sectores de la población como legítimo o con «derecho a gobernar». Obviamente, tal sentimiento puede variar en su alcance así como a lo largo del tiempo.

Entre los años 1993 y 1996 se produjo una evidente disminución de los esfuerzos del régimen para movilizar y reprimir a la población²⁷. Este declinar

²⁴ González, 9, 25. Juan J. Linz, «Totalitarian and Authoritarian Regimes,» en *Handbook of Political Science* (vol.3) eds. Fred I. Greenstein y Nelson Polsby, (Reading, Massachusetts: Addison-Wesley, 1975), 197-98.

²⁵ Gianfranco Poggi, *The State: Its Nature, Development and Prospects* (Stanford: Stanford University Press, 1990), p. 168. Para una discusión similar de la legitimidad del proceso *versus* la legitimidad de los resultados, ver Alan C. Lamborn, «Theory and Politics in World Politics,» *International Studies Quarterly* 41 (1997), pp. 193-194.

²⁶ Pérez-Stable, p. 64.

²⁷ Pérez-Stable, p. 68.

reflejó, indudablemente, un ajuste táctico ante la crisis económica y la decisión de centrarse en la estabilización de la economía. El cambio hacia una respuesta más enérgica (especialmente en términos de establecer claros límites sobre la liberalización política) se produjo a comienzos de 1996. El abatimiento del avión de Hermanos al Rescate, el arresto de los miembros del Concilio Cubano que se habían organizado para reunirse en La Habana ese mismo fin de semana, y el discurso de Raúl Castro en abril de 1996 ante el pleno del Comité Central del PCC (donde fustigó a los intelectuales reformistas y sus conexiones externas) envió claras e inequívocas señales en este sentido. Esta inflexión política tuvo también su correspondencia en la esfera económica, donde el régimen reforzó los controles sobre los actores económicos informales que habían aparecido después de la dolarización de 1993, e introdujo modernas técnicas de gestión (perfeccionamiento) en las empresas, en un intento de mejorar su eficiencia y de reforzar su carácter «socialista».

Los esfuerzos para intensificar la movilización se han acentuado aún más durante los pasados dos años. El caso Elián González proporcionó una gran oportunidad en este sentido. En lo que fue casi un rechazo a la generación «perdida» que había alcanzado la madurez política en los ochenta e inicios de los noventa, Fidel Castro concentró toda su atención sobre la nueva y más joven generación. Aunque los ejercicios de movilización fueron menos intensos que los de las pasadas décadas, la capacidad para reunir miles de personas, sea para demandar el retorno de Elián o para protestar contra el embargo, sugiere una duradera y, en nuestra opinión, muy personal capacidad de Fidel Castro.

Pluralismo

El pluralismo en sus distintas dimensiones es incipiente y todavía muy vulnerable en el caso cubano —un hecho que corresponde con la caracterización del régimen como post-totalitario temprano—. Ciertamente el pluralismo económico ha aumentado desde comienzos de los noventa. El autoempleo se ha incrementado significativamente. Entre 1989 y 1999 el porcentaje de trabajos no estatales (principalmente en cooperativas agrícolas y en negocios familiares) aumentó de un 5% a casi un 25% de la fuerza de trabajo. El sector agrícola experimentó cambios dramáticos, especialmente en la extensión de tierra cultivable bajo control del Estado²⁸. Las reformas económicas de los noventa abrieron importantes espacios para el «capitalismo de enclave» en sectores como la agricultura, la biotecnología y el turismo. La dolarización de la economía ha ayudado también a aquellos sectores de la sociedad que reciben remesas de parientes fuera del país o que regentan pequeños negocios para satisfacer las necesidades de los turistas extranjeros. La importancia presente y futura de estos cambios económicos no debería subestimarse. Estas medidas abrieron

²⁸ Economist Intelligence Unit (EIU), *EIU Cuba Country Profile 1999-2000* (1999), 10. Ann Wroe. «Survey of Cuba: Heroic Illusions: Oranges and Lemons,» *The Economist* (abril 6, 1996). Mientras en 1992 las explotaciones agrícolas estatales controlaban aproximadamente el 75% de la tierra cultivada, tres años más tarde solo era el 27%.

espacio para nuevos actores en la arena económica y corresponden a lo que sería esperable durante una transición al post-totalitarismo, en la que el pluralismo económico precede al pluralismo político. Ha habido, no obstante, limitaciones importantes a estas reformas. El Estado retuvo el control sobre las mayores empresas y situó estrictos controles sobre las actividades de microempresas privadas²⁹.

Ninguna discusión del pluralismo económico en la Cuba contemporánea estaría completa sin abordar el papel sustancial de las FAR en la economía. Para los militares, el colapso de los regímenes comunistas de la Europa del Este y la Unión Soviética aceleró un declinar presupuestario ya en progreso³⁰. Cuando los presupuestos y los soldados en activo disminuyeron, el régimen abrió nuevas oportunidades económicas para miembros leales de las FAR, extendiendo el papel del «soldado cívico» desde el sector tradicional de la producción agrícola a la gestión de *joint ventures* con inversores extranjeros. Un significativo ejemplo de esta estrategia fue la creación del grupo Gaviota, una entidad que desde entonces ha diversificado sus actividades en numerosos sectores, incluyendo restaurantes, instalaciones de recreo, e incluso tecnología de la información y grandes almacenes³¹. La entrada de los militares en la arena económica tiene obvios beneficios: ofrece a los militares un nivel de vida privilegiado a través de su participación en la economía dolarizada y asegura presumiblemente su lealtad al régimen³². Por el contrario, este papel económico podría tener también consecuencias más negativas, al generar mayores oportunidades para la corrupción así como estimular un creciente resentimiento, debido a la diferencia económica entre algunos oficiales y el resto de las fuerzas armadas y de la sociedad³³.

²⁹ En relación a las distintas restricciones del autoempleo, ver Phillip Peters, «Cuba's Small Business Experiment: Two Steps Forward, One Step Back», *Georgetown University*, Cuba Briefing Paper Series, n°17, (Marzo 1998) <<http://sfswww.georgetown.edu/sfs/programs/clas/Caribe/paper17.pdf>>. Ver también Tom Gjelten, «Entrepreneurs in Cuba», Radio report on National Public Radio, julio 24, 2000.

³⁰ EIU, p. 8.

³¹ El alcance de este cambio de orientación es evidente en el juicio expresado por el general norteamericano Charles Wilhelm: «tenemos evidencia convincente de que el 70% de la fuerza existente está siendo empleada actividades agrícolas y otras actividades de auto-subsistencia». En Anthony Broadle, «Cuban military no threat, turns to farming-U.S.», Reuters (marzo 31 1998). Mora y Greene walker discuten las actividades de Gaviota con más detalle. Ver también la página web de Gaviota, <http://www.gaviota.cubaweb.cu/index.asp>

³² «Casi se podría asegurar que los altos administradores y gestores seleccionados en las empresas tienen acceso a cuentas en dólares, ganan altos salarios y reciben otros beneficios como parte de su trabajo.» Juan M. del Aguila, Louis Horowitz y Jaime Suchlicki (New Brunswick: Transaction Publishers, 1998), pp. 668-670.

³³ Las diferencias entre aquellos que podrían ganar dólares y aquellos con salarios dependientes del Estado fueron humorísticamente retratadas en la película Guantánamera. Estimaciones más formales han sido presentadas por Philip Peters, «Where Capitalists and Socialists May Agree: Future Issues in Cuban Economic Policy», conferencia del Proyecto Caribe de la Universidad de Georgetown, Washington D.C., marzo 20, 2000. <www.lexingtoninstitute.org/cuba/cubaeconpol.htm>

Sin embargo, lo que puede tener una relevancia política más inmediata, es la emergencia de un cuadro de tecnócratas y expertos de gestión dentro de la cúpula militar. En contextos post-totalitarios tales «expertos» emergen típicamente dentro del aparato del partido³⁴. Puede ser una de las particularidades del caso cubano que tal característica no solo no se mantenga, sino que se vea invertida. La fuente principal de influencia «roja» podría eventualmente originarse dentro del PCC (que ha sido el principal tribuno y defensor de la ideología del régimen desde los años ochenta), mientras los «expertos» podrían emerger dentro de las fuerzas armadas. Como discutiremos en la conclusión, la aparición de tales tensiones puede ser una de las claves para entender la dinámica de la era post-Castro.

El pluralismo económico es frágil en la Cuba contemporánea pero bastante más vigoroso que en la esfera social. El totalitarismo ha tenido un impacto profundamente adverso sobre la sociedad cubana. Organizaciones estatales monopolizan y dirigen a la ciudadanía, mientras la sociedad civil es todavía relativamente débil y está desorganizada. La Iglesia Católica es sin duda la organización más importante de la sociedad civil en Cuba. Su red de apoyo internacional, ideología bien definida y estructura de creencias, así como su permanente organización de cuadros, la diferencian de cualquier otro de los actores sociales cubanos. Aún así, la Iglesia cubana es una pálida sombra de lo que la polaca, la húngara (e incluso la chilena) fueron en los setenta y ochenta³⁵. Aquellos que confiaban en que, siguiendo la estela de la visita del Papa Juan Pablo II en enero de 1998, la Iglesia experimentaría una dramática expansión en su presencia social se han visto frustrados. Sin embargo, hay evidencia de que la Iglesia se ha revitalizado y ha comenzado a desarrollar una presencia más importante en la sociedad cubana. Existen informes relativos al aumento de asistencia a misa (especialmente entre los jóvenes)e, incluso, y aunque haya habido alguna disminución desde el período inmediatamente posterior a la visita papal, hay un compromiso más intensamente visible por parte de los nuevos miembros que han continuado participando en las actividades de la Iglesia. La visita papal también infundió a la jerarquía y al clero con nuevo sentido de energía y autoconfianza. Más aún, revistas como *Vitral y Palabra Nueva* presionan para ampliar los márgenes de tolerancia y, como mencionamos con anterioridad en este artículo, Cáritas y otras organizaciones vinculadas a la Iglesia han intentado ser más activas en la provisión de comida, medicinas, y otros servicios sociales a los ciudadanos cubanos³⁶. El Estado cubano ha reaccionado enérgica y negativamente, poniendo obstáculos burocráticos y

³⁴ Linz, p. 204.

³⁵ Existe poca evidencia para apoyar la idea de Jorge Domínguez de que la Iglesia Católica cubana juega un papel comparable al ejercido «bajo regímenes autoritarios en otras latitudes». Domínguez, «Comienza una transición hacia el autoritarismo en Cuba», p. 16.

³⁶ Para un tratamiento inusualmente bueno de la Iglesia en Cuba, ver el volumen editado por Dagoberto Valdés Hernández, ed. *Reconstruir la Sociedad Civil: Un Proyecto de Educación Cívica, Pluralismo y Participación para Cuba* (Caracas, Fundación Konrad Adenauer, 1997).

barreras a estos esfuerzos³⁷. Más recientemente, un documento interno del PCC acusó a la Iglesia por sus esfuerzos por proporcionar tales servicios sociales, y urgió a los cuadros del partido a combatir cualquier erosión de la presencia del Estado en este ámbito.

Desde los años ochenta ha habido una perceptible expansión en el espacio que la Iglesia Católica y otras organizaciones de la sociedad civil ocupan, aunque operan bajo condiciones muy difíciles. Todavía más si se trata de grupos de derechos humanos, un compromiso que requiere la disponibilidad a ser privado del trabajo y a aceptar hostigamiento y/o la cárcel. Estos grupos alternativos incluyen círculos culturales y literarios, redes de grupos gay y travestis, así como organizaciones culturales y religiosas afro-cubanas. La vasta mayoría de estos grupos no están explícitamente interesados en la política, pero su propia presencia y esfuerzos por afirmar una identidad sugieren la creciente fragmentación de la monolítica versión de «cuba-nidad» que el Estado había impuesto con éxito durante los pasados cuarenta años³⁸. Sin la menor duda, el régimen toma muy en serio esta amenaza a su hegemonía en la esfera social. El régimen ha patrocinado su propio grupo de organizaciones de la sociedad civil (los llamados gongos —organizaciones no gubernamentales gubernamentales), y sus líderes e intelectuales se esfuerzan en insistir en que no hay contradicción entre el predominio del Estado y la existencia de (el tipo apropiado de) organizaciones de la sociedad civil³⁹.

Si hay algún ámbito de pluralismo social en la Cuba contemporánea, el pluralismo político sigue siendo anatema. Aunque han hecho su aparición en la escena cubana sindicatos, organizaciones agrarias, asociaciones de prensa, e incluso partidos políticos, es importante recordar las rígidas limitaciones bajo las que operan⁴⁰. En el mejor de los casos se trata de organizaciones inmaduras, mantenidas bajo la constante vigilancia y acoso de la policía y los ubicuos Comités de Defensa de la Revolución (CDRS)⁴¹.

³⁷ «Agencia Fides Denuncia Persecución Religiosa en Cuba». *Radio Vaticano E-mail* n° 133- III^o (noviembre 24-30, 2000). <<http://www.vaticanradio.org/ispano/isparchi/noti133.htm>>

³⁸ Velia Cecilia Bobes León, *Los laberintos de la imaginación: repertorio simbólico, identidades y actores del cambio social en Cuba* (México: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 2000), p. 222.

³⁹ Rafael Rojas, «Políticas Invisibles» *Encuentro* 6/7 (otoño/invierno 1997), p. 33. Para una opinión similar desde una perspectiva simpatética al régimen, ver Hernández, Rafael, «¿Hacia una nueva sociedad socialista? Cambios, crisis y configuraciones sociales en Cuba», *Nueva Sociedad* 157 (septiembre-octubre 1998), pp. 2717-2818.

⁴⁰ Freedom House Ranking muestra un 7 en la clasificación de «falta de libertades» en relación con los derechos políticos y 7 para las libertades civiles desde 1972 a 1976; a continuación, un declinar a 6.6 entre 1978 y 1988, y una proyección ascendente hasta 7.7 para la última década. [Http://www.freedomhouse.org/survey99/country/cuba.html](http://www.freedomhouse.org/survey99/country/cuba.html). Varias organizaciones de defensa de los derechos humanos (Amnistía Internacional y Human Rights Watch, entre otras) han informado sobre el continuado acoso y persecución de disidentes, junto a un constante rechazo a amnistiar a cientos de presos políticos. La última ola de represión es cubierta por Pedro Betancur en «Cuba: Repression by Harassment», *The Economist* (18 marzo 2000).

⁴¹ Josep Colomer, «Watching Neighbors: The Cuban Model of Social Control», *Cuban Studies* n°31 (forthcoming).

La sociedad cubana contemporánea exhibe signos de un pluralismo inimaginable en fases más tempranas de la Revolución. Un influyente artículo ha categorizado cada una de las distintas etapas en el desarrollo de la sociedad civil como *defensiva*, *emergente*, *de movilización e institucional*⁴². Cuba se sitúa claramente en la primera o en la segunda etapa, y manifiesta una sociedad civil defensiva o emergente⁴³. Los actores no estatales (organizaciones no gubernamentales, grupos de la Iglesia, redes de artistas, agricultores, autoempleados, etcétera) están todavía intentando defender su autonomía frente a un Estado cuyas pretensiones son todavía las de controlar cada aspecto de su comportamiento. Lo que ha cambiado en los pasados quince años es la capacidad del Estado para controlar estos actores no estatales. El Estado reconoció en cierta medida esta incapacidad a comienzos de los noventa, y puso en práctica reformas que permitieron a tales grupos ampliar su ámbito de actividades. Más recientemente, la (relativa) estabilización económica ha permitido al régimen recuperar mucha de su anterior capacidad. Acciones disciplinarias sobre los disidentes y mayores restricciones sobre los autoempleados atestiguan la disponibilidad y capacidad del régimen para circunscribir las actividades de la sociedad civil.

CONCLUSIÓN

La transición hacia la era post-Castro ha comenzado. El cambio es inevitable en Cuba, y la única cuestión es qué dirección ha de tomar. Este artículo ha caracterizado el régimen actual como carismático y post-totalitario temprano. Al hacerlo hemos enfatizado varios aspectos. El primero ha sido el papel crucial de la autoridad carismática de Fidel Castro. Aunque el régimen cubano ha sido siempre de una manera muy especial *su* régimen, nosotros sostenemos que la crisis generada por el colapso de la Unión Soviética y la distorsionada realidad de la era post-Castro le han hecho una figura aún más indispensable. Hemos destacado también otros aspectos de la realidad cubana contemporánea. En la esfera económica observamos una disminuida capacidad del Estado, muy limitadas y débilmente institucionalizadas reformas económicas, un mayor número de actores económicos, y una creciente estratificación social y económica. También enfatizamos el papel económico de los miembros de las FAR y planteamos, en este sentido, dos posibilidades. A nivel social, creemos que estos oficiales podrían llegar a ser el embrión de una clase proto-capitalista. A nivel de la élite, especulamos que los militares podrían generar una clase tecnocrática de «expertos» que, en contraposición a los «rojos» del Partido Comunista, podrían presionar en favor de una agenda de reforma económica más profunda en la era post-Castro. La Iglesia

⁴² Weigle, Marcia A., y Jim Butterfield, «Civil Society in Reforming Communist Regimes», *Comparative Politics* vol. 25, n°1 (octubre 1992) pp. 1-23.

⁴³ Juan Carlos Espinosa, «Civil Society in Cuba: The Logic of Emergence in Comparative Perspective», presentado como parte de la conferencia Cuba en Transición: Actas de la Reunión Anual de la ASCE, vol. 9, Coral Gables, Florida, 12-14 agosto 1999, pp. 346-367.

Católica ha ganado espacio y auto-confianza en los pasados años, y ha habido un marcado incremento en el número de organizaciones sociales, religiosas y culturales, formales e informales. Aunque el número de grupos de derechos humanos y de activistas aumentó durante los años noventa, el régimen continúa acosándolos e intimidándolos. Esa presión se ha intensificado durante los dos pasados años⁴⁴.

¿Qué implicación tiene nuestra caracterización para analizar la dirección del cambio en Cuba? Visionamos cuatro posibles desarrollos del régimen cubano tras la muerte o incapacidad de Fidel Castro. Un primer desarrollo pondría a Cuba en la dirección de un retorno al pasado totalitario. Esto conllevaría una reafirmación de la ideología, un retorno a la movilización, el fin de las reformas e incentivos de mercado, restricciones sobre el pluralismo social y económico, y enérgicas medidas disciplinarias sobre la actividad disidente. Un segundo desarrollo es el de un escenario de colapso, implicando una transición desde abajo y una revuelta popular que se extendería a sectores de las fuerzas armadas. El tercer desarrollo conduciría a Cuba hacia la estabilización del régimen post-totalitario. El post-totalitarismo sería la zona de tránsito para el cuarto desarrollo, bajo el cual el régimen evolucionaría hacia la adopción de reformas institucionales y económicas más profundas y significativas que, a su vez, podrían conducir a una transición a la democracia.

De estos desarrollos, consideramos los escenarios de retorno al totalitarismo y colapso como los menos probables. El camino hacia la reafirmación totalitaria es problemático por varias razones. Sin Fidel Castro, los ejercicios de movilización y vigor ideológico no serían fácilmente sostenibles, tanto dentro de la élite como entre los miembros de la sociedad. Es más, es muy difícil imaginar cualquier actor en el sistema internacional contemporáneo que estuviera dispuesto a financiar un proyecto totalitario autárquico.

El escenario de colapso requeriría probablemente una enérgica ruptura dentro de la élite del régimen y una quiebra de su capacidad represiva. No creemos que, a corto plazo, vayan a producirse brechas importantes dentro de la élite gobernante. Ni es probable que haya una quiebra de la capacidad represiva. Es más, como la experiencia cubana de inicios de los años noventa demuestra, una crisis social y económica no es condición suficiente para que surjan protestas de masas y se produzca una transformación del régimen⁴⁵. Dicho esto, sin embargo, un shock exógeno —una crisis económica, un desastre natural, una crisis de inmigración, etc.—, que condujese a un rápido deterioro de las condiciones de vida o a inestabilidad social, todavía podría desencadenar protestas de masas, colocando a los militares y a los aparatos de seguridad en la

⁴⁴ Betancur. Ver también Pax Christi Netherlands, *Report on Humanitarian and Social Work of Catholic Church Institutions in Cuba* (febrero 13, 2001).

⁴⁵ Una explicación metodológica del trabajo de Theda Skocpol discute cómo la «privación relativa» no es una causa suficiente para la revolución. James Mahoney, «Nominal, Ordinal, and Narrative appraisal in Macrocausal Analysis», *American Journal of Sociology* vol. 104, n^o4 (enero 1999) p. 1160.

necesidad de optar entre la represión o la desobediencia a las órdenes⁴⁶. Aunque esta situación de tipo rumano podría ocurrir, el régimen ha sido muy cuidadoso en atajar la protesta para evitar tales tests de lealtad. En la era post-Fidel Castro, sin embargo, después de que fisuras en la élite hayan emergido, tales protestas espontáneas podrían adquirir una nueva significación.

En su lugar, la inmediata era post-Castro presentará alguna variación sobre los escenarios tres y cuatro, en los cuales la política de cohesión y conflicto de la élite predominará. Al decir esto, no queremos minimizar la importancia a largo plazo o la significación de cambios económicos estructurales. Creemos que la naturaleza del régimen cubano (y las «lesiones antropológicas»⁴⁷ que ha inflingido sobre la sociedad) refuerza nuestras razones para concentrarnos sobre la élite. La sociedad civil cubana es débil y está desorganizada y, por una variedad de razones, todavía no ha sido capaz de articular un proyecto nacional alternativo y creíble en torno al cual tanto el público de masas como las élites pudieran movilizarse. La sociedad civil no será fácilmente resucitada, y, al menos a corto plazo, no podría jugar un papel tan importante como algunos analistas de transiciones sugieren⁴⁸. Nosotros identificamos varios grupos dentro del régimen y otros fuera de él que podrían desempeñar roles cruciales en nuestros dos escenarios más probables. Por el lado del régimen, los militares, el Partido Comunista, y «tecnócratas» dentro de la burocracia. Por el otro lado, la Iglesia Católica, grupos de derechos humanos, y la comunidad en el exilio.

Los grupos de dentro del régimen estarán en el epicentro de la dinámica política del temprano período post-Castro. Entre estos, y como los más ajustados a la trayectoria del régimen, los militares emergerán como el eje de la política del régimen. Parte de su influencia (su núcleo irreductible quizás) derivará de su monopolio sobre los instrumentos de violencia. Además, desde su posición en el control de las empresas con capital extranjero, los oficiales han sido, tanto antes como ahora, los principales interlocutores con los inversores internacionales, lo que fortalecerá sus recursos y su influencia. Es más, aunque todavía no hay un veredicto final respecto al perfeccionamiento empresarial, la década pasada ha visto cómo los militares se han convertido en el último recurso de gestión para el proyecto de Estado socialista en Cuba. El control militar del aparato represivo y su presencia en las esferas económicas podría dejar al Partido Comunista como el ejecutor trasero de la ideología y el guía ostensible de los Comités de Defensa de la Revolución. Cuando el proyecto ideológico del régimen se mueva hacia una redefinición, el PCC

⁴⁶ Para una escéptica perspectiva sobre el colapso del régimen ver Juan M. del Aguila, «Reflections on a Non-Transition in Cuba: Comments on Elites», presentado como parte de la conferencia Cuba en Transición: vol.7, actas y documentos de la Séptima Conferencia Anual de la Asociación para el Estudio de la Economía Cubana (ASCE), Miami, Florida, 7-9 agosto 1997, p. 192.

⁴⁷ Arzobispo Pedro Meurice, «Present and Future of the Church in Cuba», discurso de aceptación del Doctorado Honoris Causa por la Universidad de Georgetown, Washington, D.C., 29 de mayo, 1999.

⁴⁸ López, p. 250.

incluso podría encontrar su legitimidad más debilitada aún. Esto es menos probable que ocurra con respecto a los militares, que pueden apelar más fácilmente a su papel de defensores de la patria. En contraste con los militares y el PCC, la élite civil tecnocrática posee escasos recursos. Sospechamos que, sin la autoridad y la disponibilidad de recursos de Castro, las fisuras entre los líderes militares y el partido podrían aparecer entre las más desestabilizadoras fuerzas del orden post-Castro.

Una vez que estas brechas se desarrollen, actores de la élite fuera del régimen pueden desempeñar un papel más importante y conquistar un mayor espacio en la política cubana. La Iglesia probablemente no tomará un abierto papel político, pero sus llamadas a la justicia y la reconciliación nacional ayudarán indudablemente a conformar la agenda política y proporcionarán un puente entre los reformistas del régimen y una emergente oposición. Desde sectores cercanos a la Iglesia probablemente emergerán también grupos demócrata-cristianos, cuyo programa social podría resultar atractivo para aquellos elementos moderados de dentro del régimen que están buscando su lugar. Los grupos de derechos humanos se verán estimulados, crecerán en número, y aumentará su ámbito de actividad. Algunos podrían transformarse en organizaciones políticas. Por su parte, la diáspora se convertirá en una fuerza de importancia creciente, no solo en términos económicos sino también como protagonistas en la construcción de una nueva identidad y sistema político cubanos. Quizás porque la muerte de Castro abrirá nuevas oportunidades para el cambio político en Cuba, permitirá así a los exiliados centrarse menos en ganar una «guerra civil de cuarenta años» que en explotar las oportunidades políticas dentro de la isla.

El fin de la era de Castro señalará la conclusión de un proyecto para Cuba y el inicio de uno nuevo. Cuando el centenario de su independencia se aproxima, Cuba enfrenta retos políticos, económicos, sociales y culturales coincidentes que, dejando a un lado la retórica, distan de estar resueltos. Los dilemas de construcción del Estado y de la nación están tan presentes como siempre en la agenda, y supondrán un enorme reto para cualquier régimen que emerja en Cuba durante la próxima década. Mientras tanto, concluimos con la esperanza de que este artículo haya podido capturar las características esenciales del régimen cubano, pasado y presente, y esbozado algunas de las direcciones posibles de cambio.

La Cuba de Castro: más continuidad que cambio

Jaime Suchlicki

INTRODUCCIÓN

Al iniciarse el nuevo milenio, Castro se enfrenta a algunos viejos problemas que han acuciado a la Revolución Cubana en el pasado, así como a otros nuevos y cruciales desafíos. Internamente, cada vez hay más pruebas de la existencia de una desilusión respecto al Partido y también respecto a las exhortaciones de Castro. El descontento popular, los esfuerzos migratorios de cada vez más cubanos y las deserciones de funcionarios gubernamentales culturales y deportivos van en aumento. La apatía de los jóvenes y el absentismo también van en aumento. El pesimismo y el cinismo han sustituido al fervor revolucionario. Castro parece haber perdido la batalla de crear una nueva generación de cubanos adeptos al Partido y a la Revolución. A pesar de cuarenta años de educación y adoctrinamiento, el «hombre nuevo» no aparece por ninguna parte. La pérdida de esta generación quizá represente el principal desafío para la futura estabilidad del régimen.

Desde el punto de vista económico, la Revolución ha llegado a una coyuntura crucial. La caída de la Unión Soviética y de los gobiernos comunistas de Europa del Este, la persistencia de problemas estructurales dentro de la economía, los bajos precios de los productos de exportación cubanos y la incapacidad del país para obtener un mayor grado de ayuda exterior, están obligando al gobierno a revisar sus objetivos económicos fundamentales. El agravamiento de la crisis económica ha generado un renovado frenesí planificador y una mayor militarización, con los que se tiene la esperanza de estimular la producción y salir bien de este difícil periodo.

El gobierno cubano no ha demostrado que esté realmente decidido a embarcarse en un proceso de auténticas reformas de mercado. En vez de eso, ha retomado viejas estrategias que no han logrado generar un auténtico crecimiento económico y ha aplicado otras nuevas que están creando profundas contradicciones sociales. Castro ha pedido a los cubanos que trabajen con más ahínco, que se sacrifiquen más y que esperen menos en los años venideros. Al mismo tiempo, para ayudarse a sobrevivir en estos tiempos difíciles, ha desarrollado nuevas estrategias basadas en el turismo, las remesas enviadas desde el exterior y la inversión extranjera. Las remesas y el turismo, aunque han sido en parte provechosos, han acentuado las diferencias sociales entre los que tienen y no tienen dólares, y han extremado las tensiones raciales, ya

que la mayoría de los dólares los recibe la población cubana blanca. En el futuro inmediato, la crisis económica continuará y los cubanos pueden esperar más austeridad, un mayor racionamiento de alimentos y bienes de consumo y, en consecuencia, tiempos aún más difíciles.

Existe cierta contradicción entre los objetivos proclamados por los funcionarios cubanos. Hay ciertos indicios de que Cuba está intentando llevar a cabo una lenta transición desde la economía centralizada a lo que algunos líderes cubanos llaman «economía mixta», compuesta por empresas estatales, privadas y cooperativas (compañías público-privadas). Sin embargo, tanto Castro como los partidarios de una línea dura se resisten a la adopción de auténticas reformas de mercado, o a lo que burlescamente denominan capitalismo.

Tal resistencia plantea un gran dilema. La oposición a las reformas de mercado limitará la magnitud del nuevo sector privado emergente, así como la eficiencia de su funcionamiento, con lo que ralentizará, cuando no evitará, el logro de un grado de recuperación económica reseñable. Aunque Castro y los partidarios de una línea dura reconocen la necesidad de recuperación económica, también se dan cuenta de que, probablemente, una reestructuración de la economía que siga pautas de libre mercado producirá una erosión del poder y del control político. La adopción de reformas de mercado bien podría suponer una solución para la crisis económica, pero un proceso de reforma completo lleva aparejado el riesgo de que se pierda el control tanto de la sociedad como de la economía y amenaza con producir el distanciamiento de algunos apoyos clave del régimen.

La creencia de que la crisis económica cubana conducirá a grandes cambios políticos sigue calando en el pensamiento norteamericano relativo a Cuba. Parece que, al intentar comprender desde aquí acontecimientos de otras sociedades y las motivaciones de sus líderes, nos aferramos a un desfaseado determinismo económico. A pesar de las crecientes dificultades económicas y de unas presiones internacionales cada vez mayores, Castro no cede y los cubanos tampoco se han rebelado para expulsar a sus actuales dirigentes. En el pasado, con Castro no han funcionado ni el castigo ni la cesión, y tampoco es probable que lo hagan en el futuro.

Ante el temor a la represión del régimen y la horrible posibilidad de sufrir largas penas de cárcel, los cubanos parecen resignados a esperar el fin de la era castrista y la llegada de tiempos mejores. La desilusión y el distanciamiento caracterizan a la sociedad de la Cuba actual. La resistencia y el desafío abierto tienen un alto precio, que la mayoría de los cubanos no están dispuestos a pagar.

Por lo tanto, en Cuba, las posibilidades de que el régimen continúe parecen mayores de lo que lo fueron en otros estados comunistas. Es posible que, incluso después de la desaparición de Fidel, esa transición sea lenta y penosa. La fuerza y el papel creciente que tienen los militares en la economía, un partido comunista bastante monolítico y un aparato de seguridad extenso y eficiente son elementos que parecen garantizar que los actuales dirigentes y estructuras políticas seguirán funcionando y evolucionando, aunque con lentitud, una vez que Castro haya desaparecido.

AÑOS DE CRISIS

Pocos preveían el rápido y drástico derrumbamiento de la Unión Soviética y de su imperio en la Europa del Este a principios de los años noventa. Todavía menor era el número de los que preveían el fin del comunismo en la URSS. Los países occidentales se mostraron encantados al ver una Europa Oriental independiente y libre, el desmembramiento de la Unión Soviética y el desarrollo de una sociedad rusa orientada al libre mercado y más abierta.

Para Cuba esto supuso un golpe devastador. El país no solo perdió el paraguas político protector que ofrecían los soviéticos, sino que también se vio privado de un apoyo económico que había sido la tabla de salvación del régimen castrista. La ayuda y las subvenciones soviéticas se esfumaron de repente. Ya no se podía acceder a productos rusos y de Europa del Este con precios especiales. Las nuevas repúblicas requerían pagos en metálico para sus productos. La debilidad y dependencia de la economía cubana quedaron dolorosamente en evidencia.

En los años posteriores se agravó la crisis económica en la isla. La economía se vio paralizada por la acusada escasez de petróleo, fertilizantes, repuestos, materias primas y alimentos procedentes de Rusia y de Europa del Este. La cosecha de azúcar alcanzó su nivel más bajo desde la revolución. Casi tres cuartos de las fábricas de la isla dejaron de funcionar o redujeron su producción por falta de repuestos o de materias primas. El transporte y las comunicaciones sufrieron cortes drásticos. Las importaciones y exportaciones cayeron entre un 70 y un 75%. El desempleo y el subempleo aumentaron enormemente. El bajo nivel de vida del pueblo cubano se hundió hasta alcanzar nuevos niveles de miseria y sufrimiento. El pesimismo y la desesperación sustituyeron a la esperanza en el futuro. Una terrible sensación de distanciamiento respecto al Estado se apoderó de la sociedad cubana.

Al principio, el Gobierno respondió a la crisis con políticas económicas que racionaban aún más el limitado suministro de bienes de consumo; que permitían a los ciudadanos cubanos tener dólares y comprar bienes en las tiendas especiales anteriormente reservadas a los turistas, y también con un aumento de los esfuerzos para atraer la inversión extranjera, sobre todo en industrias exportadoras no tradicionales, principalmente en el turismo y la minería. Algunas de las reformas más profundas que el Gobierno contempló como posibilidad, tales como introducir la contabilidad de costes en las empresas y los fondos de inversión avalados por las compañías estatales, fomentar el equilibrio presupuestario y la liberalización de precios, así como permitir la propiedad privada entre los cubanos, nunca se pusieron en práctica.

El Gobierno intentó sobrevivir desde el punto de vista económico ahorrando sus escasos recursos. Las raciones se redujeron, se organizaron brigadas de trabajo, el control policial y la represión aumentaron, y se utilizó la retórica para subir la moral y mantener la unidad social. De manera simultánea, se concedía a las Fuerzas Armadas un papel mayor en el control de la economía. A los oficiales se les encomendó la gestión de las empresas agrícolas e industriales, así como la producción de bienes para ellos mismos y para la población.

Los hermanos Castro esperaban que la militarización de la economía trajera consigo orden y disciplina, y que cambiara el rumbo de una situación económica en deterioro. Al mismo tiempo, la participación en la economía proporcionó una nueva misión a un ejército desmoralizado, tanto por la detención y ejecución de varios de sus mandos como por la falta de un cometido desde su implicación en Angola.

A mediados de 1994, el Gobierno permitió el establecimiento de mercados campesinos en los que los productos agrícolas los vendían los propios agricultores directamente al público. A mediados de la década de 1980, durante unos cuatro años, habían proliferado mercados agrícolas similares, hasta que Castro los cerró, señalando que los cubanos se estaban convirtiendo en «pequeños capitalistas» y que se estaban socavando los objetivos de la revolución. La recuperación de estos «mercados libres agropecuarios» ha ayudado a aliviar una grave escasez de alimentos, ya que creó incentivos para que cada agricultor produjera más y para que las granjas estatales vendieran sus excedentes en un mercado abierto.

Las reformas económicas no relacionadas con la inversión extranjera directa han sido muy limitadas en Cuba y su intención era mitigar el problema más inmediato: la falta de divisas en el país. Cuba ha aumentado la lista de bienes de consumo que los exiliados pueden enviar a sus familiares en la isla y en 1995 anunció un incremento del número de visados que se tramitarían para viajar a ella desde los Estados Unidos. Los cubano-americanos que viajan a Cuba suelen traer a sus familiares dinero y bienes no perecederos. El objetivo de estas políticas es hacer que el Estado capte algunos de los dólares que ahora circulan en el mercado negro y animar a más exiliados a visitar la isla o a hacer envíos de dinero a su familia.

Estas reformas han creado agudas desigualdades económicas entre la población cubana y han beneficiado sobre todo a los que trabajan en sectores que obtienen beneficios en dólares, principalmente al sector turístico y a sus servicios subsidiarios, y/o a quienes tienen familiares generosos en el extranjero. También ha creado fuertes tensiones raciales, ya que los que reciben dólares son blancos con familiares blancos en el exterior. En general, la población negra se ha beneficiado mucho menos de las visitas de los exiliados y de los envíos de dólares, lo cual ha creado una hostilidad y un resentimiento latentes. Sin embargo, la necesidad de divisa extranjera es acuciante y, por el momento, los funcionarios cubanos están dispuestos a aceptar sus consecuencias negativas. Por otra parte, no es probable que estas reformas produzcan ninguna mejora de la actual situación económica de Cuba y el régimen puede pararlas y revertirlas en cualquier momento que lo desee.

La respuesta más significativa a la crisis se ha situado en las reformas de las leyes que regulan las inversiones extranjeras en Cuba y en el papel activo que ha asumido el país a la hora de intentar establecer proyectos conjuntos con compañías extranjeras. Se podría pensar que Cuba quisiera tener tanto éxito como China en la atracción de la inversión extranjera, pero, para ello, todavía tiene que emular las reformas económicas estructurales que China

ha adoptado. Los tecnócratas cubanos, así como los que son críticos con el régimen de Castro, han señalado diferencias notables entre los dos países, que juegan en contra de Cuba.

Es muy probable que el deseo que tiene Cuba de emular a China no se cumpla, ya que la primera tiene pocas posibilidades de lograr el éxito de la segunda en cuanto a inversión extranjera directa. China comenzó sus esfuerzos en este sentido a finales de los años setenta y aprobó una serie de reformas económicas complementarias que apuntalaban su estrategia de desarrollo. A principios de los ochenta, las autoridades crearon zonas económicas especiales que combinaban incentivos materiales, fiscales y laborales en áreas geográficas estratégicas. Se concedía a los individuos, y no solo a las empresas, una mayor libertad en la toma de decisiones económicas. Los chinos centraron sus esfuerzos en atraer inversión extranjera directa en el sector de manufacturas, con un especial énfasis en las actividades que introdujeran nuevas tecnologías en el país. China permitió a las empresas extranjeras que pagaran salarios más altos que los que se daban en el resto del país, recompensando y estimulando el aumento de productividad de los trabajadores. Estos se trasladaban a esas áreas especiales y con frecuencia remitían parte de sus ganancias a familiares en su lugar de origen o les enviaban bienes de consumo adquiridos dentro de ellas. Las zonas especiales representaban pequeñas islas semicapitalistas dentro del gran Estado socialista. China también logró atraer una considerable cantidad de inversiones de Hong Kong y de Taiwan, que han influido notablemente en el desarrollo de la provincia china de Guandong.

Por el contrario, la principal prioridad de Cuba ha sido fomentar las inversiones turísticas, y solo recientemente ha comenzado a alentarlas en otros sectores. Por el momento, Cuba no ha intentado vincular las inversiones extranjeras con la transferencia de tecnología. Tampoco ha permitido el desarrollo de una mayor libertad individual en los asuntos económicos. Aunque el gobierno cubano está permitiendo a algunos trabajadores funcionar de manera independiente, estas actividades se encuentran muy reguladas. A diferencia de China, Cuba no ha permitido la existencia de empresas privadas agrícolas o manufactureras de grandes dimensiones. Tampoco se permite comercio exterior alguno que sea ajeno al Estado.

La constitución cubana todavía prohíbe que los extranjeros sean dueños de la mayoría de las propiedades y también que los cubanos participen en empresas conjuntas con ellos. Además, sigue siendo ilegal que las compañías extranjeras contraten directamente a trabajadores cubanos. Los empresarios extranjeros deben pagar los salarios de sus empleados directamente al gobierno cubano en divisas fuertes. Después, éste paga a los trabajadores en pesos cubanos que equivalen a una pequeña parte de la divisa. Además, aunque las nuevas leyes que regulan la inversión extranjera protegen contra la expropiación por parte del Estado, todo arbitraje debe tener lugar en las corruptas y caprichosas oficinas gubernamentales, en las que el inversor recibe una escasa protección.

EL FACTOR EXTRANJERO

En las relaciones exteriores, Castro luchó por crear nuevos vínculos, por obtener ayuda extranjera y por presionar a Estados Unidos para que levantaran su embargo o para que, al menos, ofrecieran a Cuba concesiones unilaterales. Varios países latinoamericanos han normalizado sus relaciones diplomáticas y comerciales con Cuba. Con frecuencia se oyen voces que reclaman la readmisión del país en la Organización de Estados Americanos y países democráticos como Colombia, Brasil y Chile están dispuestos a comerciar con Cuba y a invertir en ella. Los países caribeños de habla inglesa han dado la bienvenida a los representantes cubanos en sus reuniones y se está intentando integrar a Cuba en la Comunidad Caribeña (CARICOM). Cuba también fue recibida en la recién formada Asociación de Estados Caribeños (ACS), a pesar de las protestas estadounidenses. México ha reafirmado su tradicional relación con el régimen castroista aunque las relaciones no son tan estrechas como en el pasado, desde la presidencia de Ernesto Zedillo y ahora de Vicente Fox. El nuevo presidente mexicano se ha ofrecido como mediador entre EE.UU. y Cuba al mismo tiempo que ha criticado severamente las violaciones de derechos humanos en la isla.

Sin embargo, resulta improbable que la mejora de las relaciones entre Cuba y otras naciones latinoamericanas, con la excepción de Venezuela, que esta proveyendo a Cuba petróleo con créditos a largo plazo, tenga un efecto inmediato que se traduzca en un cambio apreciable dentro de la isla. Aproximadamente, un tercio de los escasos intercambios exteriores de Cuba tiene lugar dentro de América Latina y su fundamento es estrictamente comercial (es decir, hay que pagar en divisa fuerte). Además, Cuba sufre un déficit comercial con esos países, sobre todo con México. Sin embargo, las consecuencias políticas pueden ser más importantes que las económicas.

La tendencia general de los nuevos gobiernos democráticos de América Latina, al igual que ocurre con los de Europa, es la de presionar a Estados Unidos, aunque de forma suave, para que cambien su política hacia Cuba. Algunos hombres de Estado siguen creyendo que mediante negociaciones, incentivos económicos y compromisos Castro puede cambiar sus políticas y hacer que se produzca una transición pacífica en la isla. Las valoraciones optimistas de un posible «acuerdo» con Castro también se han visto alentadas en gran medida por el espectáculo que ofrece el agravamiento de la crisis económica. Según esta visión, cuanto más empeore la crisis, más obligado se verá Castro a liberalizar tanto la economía como el sistema político. Sin embargo, hasta ahora, ha habido pocas muestras de que el compromiso o las presiones económicas funcionen con Castro. Incluso podría señalarse que las dificultades económicas que se registraron después de la caída de la Unión Soviética produjeron ciertos leves cambios en la isla encaminados a evitar una explosión social. Por otra parte, el compromiso ha generado pocos cambios. Quizá la reciente ofensiva contra disidentes y periodistas sea una indicación del rechazo de Castro hacia el compromiso y hacia la petición que hizo el Papa a los dirigentes cubanos para que se abrieran al mundo.

Una de las respuestas que dio el Gobierno al empeoramiento de la crisis fue permitir tácitamente a los cubanos que abandonaran la isla. En 1994,

miles intentaron huir en balsas endebles y pequeñas embarcaciones. Muchos perecieron en los estrechos de Florida y otros llegaron a las costas estadounidenses. La mayoría fueron capturados en el mar por los guardacostas de los Estados Unidos y fueron enviados a su base naval de Guantánamo, en el Este de Cuba. Después de largas negociaciones, se permitió la entrada en Estados Unidos a la mayoría de los aspirantes a refugiados de Guantánamo. Washington aceptó conceder 20.000 visados anuales para los cubanos que pretendieran emigrar a Estados Unidos, y La Habana prometió evitar la emigración ilegal. EE.UU., bajo la administración de Clinton, modificaron su tradicional política de permitir la entrada en el país de los refugiados procedentes de Cuba. Ahora, los balseiros son interceptados en el mar y, a menos que puedan demostrar claramente que son perseguidos por razones políticas en Cuba, se les devuelve a la isla. Aunque el éxodo masivo se ha detenido casi por completo, aún sigue llegando un número creciente de refugiados a Estados Unidos y todavía se cierne en el horizonte la amenaza de una nueva crisis migratoria que afecte directamente al Sur de Florida o a Guantánamo.

EL FACTOR INTERNO

El régimen castrista no ha dado señal alguna de querer hacer concesiones significativas en cuestiones políticas o relativas a los derechos humanos ni en los últimos tiempos ni en las cuatro décadas anteriores. No ha habido indicios de que Castro pretenda llevar a cabo una auténtica apertura del sistema político o fomentar una solución pacífica para la profunda crisis cubana. La historia pone de manifiesto varios ejemplos en los que dirigentes fuertes e incluso autocráticos se han ablandado con la edad y han suavizado sus posturas, pero no hay pruebas de que sea así con Castro. Por el contrario, a medida que el líder cubano ha ido envejeciendo se ha hecho más intransigente y difícil. En el Congreso del Partido de 1997, reafirmó su oposición a Estados Unidos y también su falta de disposición a renunciar al poder, incluso después de 40 años en el timón de esta atribulada isla. En febrero de 1999 aprobó las leyes más duras que Cuba haya soportado nunca, condenando a penas de entre 20 y 30 años de cárcel a los disidentes, periodistas u otros que se desvíen de la línea marcada por el Partido.

Esta ofensiva contra una sociedad civil en ciernes tiene claras consecuencias. A Castro y a la élite cubana les preocupa la proliferación de organizaciones independientes en la isla y su posible futuro. Pero, lo que es más importante, las medidas son un intento de imponer una mayor ortodoxia a la población y de garantizar que haya una transición tranquila después de que Castro desaparezca. En los últimos años y en repetidas ocasiones, Castro ha aludido a su mortalidad y a la necesidad de que la revolución continúe y sobreviva una vez que él deje este mundo.

EL QUINTO CONGRESO DEL PARTIDO

Quienes esperaban grandes cambios o incluso iniciativas menores del Congreso del Partido en 1997 sufrieron una triste decepción. Sin embargo, este quinto

Congreso fue significativo no por lo que hizo, sino por lo que dejó de hacer. Una vez más, como ha venido ocurriendo en las cuatro décadas anteriores, Castro demostró que en Cuba la política dicta las decisiones económicas. A pesar de los graves problemas económicos, el Partido no introdujo ninguna reforma importante que pudiera llevar a Cuba hacia el mercado. Ante el temor de que cualquier apertura económica pudiera producir un cambio político, Castro rechazó ambas posibilidades. «Haremos lo que sea necesario —dijo—, sin renunciar a nuestros principios. No nos gusta el capitalismo y no abandonaremos nuestro sistema socialista».

Castro también reiteró su tradicional postura antinorteamericana, acusando a Estados Unidos de lanzar una guerra económica contra su régimen y llamando a «la preparación militar contra la hostilidad imperialista».

El documento final del Partido y el prolongado discurso de Castro ante el Congreso mostraban la determinación a seguir su trayectoria. Castro, consciente de su avanzada edad, intentó asegurarse de que su legado revolucionario antinorteamericano y marxista-leninista sobreviviría tras su muerte. Parecía decidido y mostró su confianza en que, a pesar de la caída del comunismo en Europa del Este y de las dificultades de Cuba en ese momento, su línea dura se mantendría. Inmediatamente después del Congreso del Partido, Castro convocó en La Habana una reunión de grupos y dirigentes comunistas de todo el mundo para reafirmar la supremacía de su ideología y planificar un «retorno cuando caiga el capitalismo». «El neoliberalismo y la globalización crean sociedades de consumidores como la estadounidense en todo el mundo» —recalcó—, «y éste no es modelo para nadie.»

El Congreso del Partido también fue importante por otras razones. Consolidó la posición de Raúl Castro como heredero indiscutible de la dinastía de Fidel. Tanto en las reuniones a puerta cerrada del Partido como en público, Fidel alabó a su hermano e hizo un llamamiento a sus fieles para que le apoyaran con el fin de garantizar la continuidad de la revolución.

Aunque la posición de Raúl como vicepresidente, jefe del ejército y segundo secretario del Partido le convierte en el sustituto evidente de Fidel, parecía que el hermano mayor quería dejar claro ante los cuadros de ese Partido y ante el conjunto de la población que su hermano menor, como heredero ungido, debía ser apoyado y obedecido, y que su liderazgo sería lo mejor para el futuro de Cuba.

Para reforzar su poder, Raúl ascendió a un comunista de la vieja guardia, Raúl Valdés Vivó, y le convirtió en el nuevo ideólogo del partido en cuestiones educativas. Valdés Vivó fue dirigente del viejo Partido Socialista Popular, agrupación de tendencia prosoviética y precedente del Partido Comunista de Cuba antes de la revolución castrista, además de «padrino» político de Raúl Castro. Fue Valdés Vivó quien afilió a Raúl a la Juventud Socialista, la rama juvenil del PSP, a finales de los años cuarenta y quien le introdujo en la ideología comunista.

En el discurso de clausura del Congreso del Partido, Raúl Castro también anunció que dicho congreso había reducido los miembros del Comité Central

de 225 a 150, y los del Buró Político de 26 a 24. Algunos de los nuevos miembros pertenecían al ejército, lo cual mostraba a las claras la creciente tendencia hacia la militarización de la sociedad.

ACTORES INSTITUCIONALES

Entre los tres pilares institucionales de la mayoría de los regímenes comunistas, que son el partido, el ejército y el aparato de seguridad, en Cuba, el Partido parece el menos importante. En primer lugar, está lo poco amante que es Castro de las instituciones. Su estilo de liderazgo es personal, es un *caudillo* estalinista para quien las instituciones son instrumentos con los que llevar a cabo «sus» políticas, más que órganos de elaboración de éstas. Nunca ha sido un acendrado defensor del Partido.

En segundo lugar, el antiguo partido comunista (el viejo PSP) tuvo un escaso papel en la victoria revolucionaria y fue discriminado por Castro en los primeros años de la revolución. Castro, a diferencia de otros dirigentes comunistas europeos, no llegó al poder utilizando los cargos del partido ni debe su éxito a la maquinaria del mismo. Incluso el nuevo Partido Comunista de Cuba, que se organizó en 1965, fue una creación de Castro, un intento de legitimar un régimen comunista ya existente.

En tercer lugar, desde 1965 la importancia del Partido ha sido limitada. Aunque en su Buró Político se discuten y toman importantes decisiones, es Castro —y en menor medida su hermano— el que domina este pequeño organismo. Los congresos del Partido siempre se han celebrado a intervalos regulares, pero solo para discutir y ratificar política aprobadas de antemano.

Finalmente, en la actualidad, el ejército, cuya organización y desarrollo eran previos al Partido, no solo es independiente de éste sino que su importancia es mayor. El Partido no se ocupa ni de la política de personal del ejército, ni de su doctrina, ni de su control interno. Hay cada vez más personalidades del ejército no solo en puestos clave del Buró Político sino de otras áreas del Partido. La militarización del Partido concuerda con la tendencia hacia la militarización del conjunto de la sociedad.

LAS FUERZAS ARMADAS

Las Fuerzas Armadas son la institución más importante de la Cuba actual. Han alcanzado considerables niveles de profesionalización, legitimidad y respeto. En primer lugar, las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) son herederas del Ejército Rebelde que lanzó una campaña guerrillera contra la dictadura de Batista. Estas fuerzas surgieron en 1959 como fuerza nacionalista y solo más tarde se convirtieron en un ejército internacionalista que apoyaba las políticas soviéticas en todo el mundo. Sin embargo, incluso en este último aspecto, Castro intentó guardar una apariencia de independencia respecto a Moscú, como se desprende de las condiciones fijadas para la retirada del ejército cubano de Angola y del hecho de que los oficiales cubanos compartieran con Moscú y con Estados Unidos la mesa negociadora que condujo al acuerdo de paz en África.

En segundo lugar, entre la población cubana parece haberse desarrollado cierto respeto por los militares. Se les considera defensores de la nación y de la soberanía nacional de Cuba. No se han visto implicados en la represión ni en los abusos, escapando de este modo al estigma que tenía el viejo ejército de Batista.

Finalmente, los sacrificios castrenses en suelo extranjero, especialmente en África, despiertan la admiración de grandes sectores de la población. Sin embargo, esta admiración ha comenzado a declinar con el paso del tiempo y al cuestionarse los beneficios directos que esas intervenciones reportaron a Cuba.

Los militares actuales son profesionales, están muy tecnificados y constituyen una fuerza disciplinada y leal. Aparte del tipo «histórico» de jefe militar, hay una nueva clase de generales bien entrenados y preparados que han ido ascendiendo desde 1959. La mayoría de estos oficiales pertenecen al círculo próximo a Raúl Castro. Él los ha «criado» y ascendido, y a él parecen rendir una fanática lealtad. Alrededor de Raúl se ha desarrollado una camaradería compuesta de varios círculos de amigos, unos íntimos y otros separados de él por una capa de distancia. A estos oficiales se les antoja evidente que la cercanía a Raúl no solo proporciona una vía de movilidad ascendente en sus rangos, sino que también les protege de las intrigas de otros oficiales. El grupo más numeroso está compuesto por generales y coroneles que, al ser demasiado jóvenes en los años cincuenta, no formaron parte del Ejército Rebelde. Proceden de las clases medias bajas urbanas o de la clase obrera¹. Su media de edad está en torno a la mitad de la cincuentena. El grueso de estos oficiales no procede de la provincia de La Habana y la mayoría son de las de Oriente. Sin embargo, la mayoría de los oficiales de la época posterior a 1959 no tuvo conexiones previas con los partidos o movimientos políticos del momento y sus filiaciones y lealtades están relacionadas con la evolución desde 1959. Hay un incremento significativo del número de negros y mulatos entre los generales y coroneles ascendidos recientemente².

El general medio ha combatido un mínimo de tres o cuatro años en suelo extranjero, ha hecho numerosos cursos de licenciatura y postgrado en las mejores academias soviéticas (Voroshilov, Frunze y otras) y cubanas (Curso Básico, Superior de Guerra, Máximo Gómez) y tiene experiencia de campo en Vietnam, Angola y Oriente Medio.

Dentro de las filas del Estado Mayor se ha producido un aumento del número de tecnócratas altamente profesionalizados, relacionados con el desarrollo tecnológico, así como con la administración de empresas financieras e

¹ Entre ellos están Álvaro López Miera, José Legro, Orlando Almagruel, Silvano Colás, Rolando Alfonso Borges (coronel), Leonardo Ramón Andollo, Eladio J. Fernández Cívico (coronel), Arnaldo Tamayo, Orlando Carlos, Roberto Milián y Alejandro Ronda

² Entre los ejemplos se incluyen Harry Villegas, Silvano Colás, José Legro, Humberto Omar Francis y Arnaldo Tamayo.

industriales, con la ingeniería y la logística, que pasan después a desempeñar puestos civiles clave³.

Las áreas que están actualmente bajo jurisdicción militar, como *Gaviota*, la *Unión de Industrias Militares*, el *Instituto Nacional de Reservas Estatales*, la *Banca Metropolitana*, *Tecnotec* y otras, además de puestos civiles clave en las pesquerías, el azúcar, la marina mercante y los puertos, el transporte, las telecomunicaciones y la aeronáutica civil, están en manos de tecnócratas muy cualificados que surgen de las FAR. La mayoría de esos tecnócratas proceden de los servicios de retaguardia o de logística del ejército, de las fuerzas aéreas y la marina, y sobre todo de los dos últimos cuerpos, por su dominio de áreas tecnológicas complejas, sistemas informáticos, niveles de calidad internacionales y otros requisitos especializados.

Este grupo de dirigentes militares parece leal a Fidel y a su hermano. En apariencia, comparten y, evidentemente, siguen las ideas y órdenes del líder. Bien sea por su propia seguridad, por preocupación sobre un futuro sin Castro o por compartir ideología y poder, en general se han mantenido fieles.

La posibilidad de que el ejército se divida en facciones también se ve reducida por la constante rotación de oficiales, que evita la creación de lealtades personales dentro de los servicios, y por la estricta supervisión y control, tanto mediante la vigilancia electrónica como a través de las unidades del Partido y de la contrainteligencia dentro del ejército. El miedo y la desconfianza caracterizan a los altos escalafones del ejército. Al no confiar en nadie, es difícil que un oficial descontento comparta su infelicidad con otros o que planee acciones contra Fidel. Aunque lograra recabar la ayuda de algunos colegas, es imposible que unos oficiales descontentos garanticen el apoyo de un gran contingente militar, cuyas lealtades y creencias son desconocidas. En consecuencia, resulta improbable que dentro de las fuerzas armadas triunfe una rebelión.

Al ejército sólo se le pedirá que reprima a la población si se llega a un momento de disturbios generalizados y gran agitación popular en el que que el aparato de seguridad sea incapaz de mantener el orden. En ese escenario, es posible que dentro del ejército surjan facciones, desertiones y disturbios, acelerándose así la caída del régimen castrista. Hasta ahora, los hermanos Castro han evitado el recurso al ejército para enfrentarse al descontento popular, quizá porque son conscientes de los posibles riesgos que esto comportaría.

El aparato de seguridad cubano, a diferencia de los de Europa del Este, es monolítico y está muy centralizado. Castro aprendió bien la lección de Rumanía, donde las fuerzas del Ministerio del Interior se enfrentaron al ejército. Eliminó a los posibles rivales dentro de sus fuerzas armadas y puso al Ministerio del Interior bajo el control de un ejército a cuya cabeza está un oficial de confianza de él y de Raúl.

³ Como Leonardo Andollo, José Legro, Orlando Almagruel, Silvano Colás y Eladio Fernández Cívico.

El pueblo cubano cree firmemente en la eficacia de los servicios de seguridad y siente un temor abrumador hacia su capacidad represiva. Castro ha lidiado duramente con cualquier enemigo real o potencial; se ha infiltrado en los grupos de oposición y los ha destruido, y ha evitado el desarrollo de cualquier agrupación civil que pusiera en peligro su autoridad. Recientemente, a los oponentes al régimen se les dio a elegir entre un largo encarcelamiento o el exilio.

LA SOCIEDAD CIVIL Y LA OPOSICIÓN

No resulta fácil desarrollar una sociedad civil en un país celosamente dominado por una élite política y por un líder que se ha opuesto al cambio durante cuatro décadas. En Cuba hay un aparato de seguridad alerta y un líder para el que el desarrollo de una sociedad civil supone un gran desafío a su control absoluto del poder en la isla. Es difícil precisar si los limitados logros alcanzados por una sociedad civil independiente de los hermanos Castro en los últimos años proceden del derrumbamiento de la economía cubana, de la influencia de fuerzas exteriores o de una deliberada relajación del control del sistema. Quizás sea una combinación de los tres factores. Sin embargo, la sociedad civil cubana sigue siendo débil, ineficiente y está bajo la atenta y constante vigilancia del régimen de Castro.

En la pasada década, la Iglesia Católica ha vuelto a cobrar una cierta influencia. La visita del Papa en 1998 y su mensaje «no tengas miedo» envalentonó a algunos y a otros les hizo albergar esperanzas de que el régimen castro tolerara una mayor apertura para la Iglesia y también para otros grupos. La luna de miel fue corta. Aunque Castro declaró la Navidad fiesta oficial, no permitió un aumento significativo del número de sacerdotes en la isla, negó el acceso de la Iglesia a unos medios de comunicación controlados por el Estado y continuó prohibiendo la educación religiosa.

En estas circunstancias, la Iglesia sigue siendo un adversario débil para el régimen. La necesidad de conservar sus limitados logros en un medio adverso y la de concentrarse en asuntos religiosos en vez de políticos, atenúa su papel como fuerza de cambio principal, tanto ahora como durante una transición.

A otros grupos religiosos no les ha ido mejor. Los protestantes han proliferado por toda la isla, pero aún siguen muy divididos y se dedican principalmente a las predicaciones evangélicas. Probablemente, los cultos afrocubanos, que constituyen la mayor comunidad religiosa, susciten una considerable devoción popular. Sin embargo, su mensaje y su estructura, organizada en pequeños grupos independientes, no plantea ninguna posible amenaza para el régimen.

Las organizaciones no religiosas y no gubernamentales (ONG) han proliferado en los últimos años. La mayoría están controladas por el Gobierno o infiltradas por el aparato de seguridad. Fueron creadas o fomentadas por el Partido Comunista de Cuba. Estas ONG o GONGOS, como se las llama en Cuba, se crearon por dos razones principales. En primer lugar, para lograr la asistencia de legítimas ONG de Europa Occidental, Canadá e incluso Estados Unidos y, en segundo lugar, para dar la imagen de que el régimen estaba permitiendo una apertura hacia el mundo y que la sociedad cubana se hacía más tolerante con

la disidencia y la oposición. En ambos casos, Castro logró su objetivo. Tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo hubo muchos que se equivocaron al considerar que esto indicaba que el régimen de la isla era más suave y menos represivo, de modo que aumentó el apoyo para esos grupos.

Sobre los activistas y organizaciones de defensa de los derechos humanos ha caído recientemente la represión gubernamental con toda su crudeza. Desde la creación en 1995 del *Concilio Cubano*, una organización que daba cobijo a unos cien grupos pequeños, los activistas han sido acosados, encarcelados o se han exiliado. Tan ambicioso intento de consolidar a todos esos grupos y presentar un frente unido ante el régimen, suponía un gran desafío para Castro, que reaccionó violentamente, aplastó al Concilio y detuvo a sus principales líderes. Hasta el momento, no ha surgido ninguna otra organización similar.

Esto no quiere decir que en Cuba no haya oposición. Ésta se manifiesta produciendo poco en el lugar de trabajo, desobedeciendo las leyes, apartándose del partido y de las constantes demandas de los líderes; en el soborno y la corrupción, y en el creciente deseo de abandonar la isla. Grupos independientes de periodistas y profesionales, así como de organizaciones religiosas, han surgido en circunstancias muy difíciles. Muchos de sus dirigentes muestran un enorme valor al desafiar al régimen. Sin embargo, una y otra vez el aparato de seguridad se ha infiltrado en tales grupos y, al final, los ha desacreditado o destruido.

Ante el temor a la represión del sistema y a la horrible posibilidad de sufrir largas penas de cárcel, los cubanos parecen resignados a esperar el fin de la era castrista y la llegada de tiempos mejores. La desilusión y la alienación han caracterizado a la sociedad cubana de finales de los años noventa. La resistencia y el desafío abierto también tienen un alto precio, que la mayoría de los cubanos no están dispuestos a pagar.

DESPUÉS DE CASTRO: CONTINUIDAD O CAMBIO

La posibilidad de que el régimen continúe parece mayor en Cuba de lo que lo era en otros estados comunistas. Aunque su fin llegó de repente y con rapidez, hicieron falta décadas de decadencia para debilitar a los regímenes de Europa del Este, y para acelerar el proceso fue necesario que los soviéticos se desentendieran y aceptaran la situación. En Polonia, donde el movimiento sindical Solidaridad había nacido en 1980 como el primer sindicato no gubernamental de la historia comunista, un gobierno dirigido por los militares se hizo con el control y se mantuvo en el poder durante una década. En China, el régimen comunista cobró nuevas fuerzas después de la muerte de Mao en 1976, al principio mediante las reformas de Deng y, finalmente, a través de un aumento de la represión, sobre todo de las protestas estudiantiles.

En América Latina, muchos regímenes autoritarios no comunistas se mantuvieron durante décadas a pesar de las presiones exteriores y de su debilidad interior; entre ellos, el régimen de Trujillo en la República Dominicana, la dinastía de Somoza en Nicaragua, la dictadura de Pinochet en Chile y el Partido Revolucionario Institucional (PRI) de México. Este último caso es especialmente

instructivo. A pesar de la profunda crisis financiera e institucional y de la erosión del apoyo popular hacia el partido oficial, los regímenes fundamentados en el PRI se mantuvieron lo suficientemente fuertes como para conservar el poder, a la vez que alteraban radicalmente la trayectoria económica de México.

El régimen castrista sin duda extraerá lecciones de las experiencias negativas de Europa del Este y de la derrota electoral de los sandinistas en Nicaragua, e incorporará también las enseñanzas que ofrece la experiencia china. Aunque estas lecciones sean interesantes y aleccionadoras, resulta dudoso que Castro precise de ejemplos extranjeros que influyan en sus preferencias sobre cómo gobernar o que refuercen su desprecio por la democracia y los procesos electorales. Desde 1959, se le ha dado bastante bien mantener su control totalitario.

Para el régimen el problema sucesorio es crucial. Ningún régimen totalitario ha logrado concebir una forma de transición suave y la desaparición de Castro podría desencadenar una lucha de poder interna. Sin embargo, lo más probable es que dicha lucha de poder tuviera lugar dentro de las filas revolucionarias más que fuera de ellas. A pesar de la abrumadora presencia de Castro, parece dudoso que la revolución pueda caer si él muere o queda incapacitado. La estabilidad del régimen se basa principalmente en el vigor de las Fuerzas Armadas, que sin duda son la más vital de las tres «patas» sobre las que se levanta la revolución. Las otras dos, el Partido y el aparato de seguridad, funcionan bajo una creciente supervisión militar, con el fin de controlar, movilizar, socializar y adoctrinar a la población. La organización y la fuerza de la burocracia que se ha desarrollado alrededor de estas instituciones parece garantizar la continuidad de la revolución. De este modo, aunque Castro es el incuestionable motor que mantiene el impulso revolucionario, con un sustituto la maquinaria podría ralentizarse pero sin dejar de funcionar.

Parece improbable que haya una revuelta contra el régimen de Castro sin una intervención exterior a gran escala, sobre todo mientras las fuerzas armadas cubanas sigan siendo leales a él y a su comandante en jefe, Raúl, hermano de Castro. Sí parece probable que continúe esta lealtad del ejército. No solo porque éste es una creación de Castro, sino porque ha desarrollado un considerable grado de profesionalización, está profundamente integrado en el sistema político, disfruta de un papel importante y se confía en él para la gestión económica general y el control de la sociedad. Aunque las duras críticas y el castigo de Fidel a algunos de sus oficiales destinados en Granada, la prolongada presencia cubana en África, y la ejecución del General Ochoa causaran cierta tensión dentro del ejército, todo ello no ha producido un aumento de la inestabilidad dentro del régimen cubano.

LA SUCESIÓN

Durante el proceso de institucionalización que culminó en 1976 (después del primer Congreso del Partido y de la adopción de una nueva constitución), Raúl fue oficialmente nombrado segundo dirigente, después de su hermano, en todos los puestos del Partido y del Estado: segundo secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba (PCC), primer vicepresidente del

Consejo de Estado (el organismo de gobierno permanente de la Asamblea Nacional del Poder Popular, la ANPP) y viceprimer ministro y vicepresidente de la Comisión Nacional de Defensa. Durante el quinto Congreso del Partido, celebrado en octubre de 1997, Fidel Castro reiteró públicamente que Raúl sería su sucesor. Algunas semanas más tarde lo desmintió, señalando que él no era quién para señalar libremente a su sucesor y subrayando que en Cuba había arraigadas instituciones, con completas facultades para llevar a cabo esa elección. Aunque Castro cumpla la legalidad vigente, quiere que el poder pase a su hermano y no es probable que nadie en Cuba cuestione esa decisión.

A la muerte de Fidel, el Buró Político propondría al Consejo de Estado (avalado por el voto del Comité Central del Partido) a un nuevo sucesor como primer secretario del Partido y presidente de Cuba. El Consejo debatiría la recomendación, votaría y pasaría el resultado a la ANPP, convocando una sesión extraordinaria a tal efecto. En ese momento, la Asamblea deliberaría sobre el candidato propuesto y votaría, ratificándole como presidente. Este proceso se podría prolongar durante varios días en los que, por supuesto, «el segundo de a bordo» estaría al mando. Es probable que, una vez que el candidato presidencial y secretario del Partido, posiblemente Raúl, sea propuesto por el Buró Político, todas las demás personas e instituciones apoyen la decisión.

Otro posible escenario se presentaría si a la muerte o incapacitación de Castro fuera posible llevar a cabo una redistribución del poder, como parte de una propuesta que surgiera del Buró Político. Se podría nombrar a un nuevo primer secretario del Partido, posiblemente a Raúl Castro. Esta es una decisión del Partido y no requiere confirmación o ratificación por parte del Consejo de Estado o de la ANPP. El Buró Político también podría hacer una propuesta para la sucesión presidencial. Raúl podría ser nombrado para este puesto o, con mayor probabilidad, la presidencia recaería en Ricardo Alarcón quien, en 1998, declaró que, si se le pidiera, estaría dispuesto a asumir dicho cargo, una afirmación que no habría hecho sin el beneplácito de los hermanos Castro.

En este escenario el poder real seguiría en manos de Raúl, que no solo sería el primer secretario del Partido, sino que continuaría siendo el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Alarcón llevaría a cabo los cometidos más protocolarios de la presidencia, labor que parece desagradar a Raúl. Este acuerdo de reparto del poder podría sobrevivir a cualquier crisis de la transición. Aunque algunos analistas señalan que tal gobierno se derrumbaría, parece probable que este nuevo modelo, no basado en el carisma sino en un control eficiente, si cuenta con el apoyo del ejército y del Partido e impulsa leves transformaciones económicas, podría mantenerse durante un periodo indefinido.

Sin embargo, no hay garantías de que el hermano menor sobreviva al mayor. Si desaparecen tanto Fidel como Raúl, cabe esperar que diferentes facciones dentro del Partido y del ejército intenten llenar el vacío. Una dirección colegiada formada por ambos grupos, con el ejército en el papel dominante, parece el resultado más probable.

TENDECIAS RECIENTES

El corto desmayo que Fidel Castro sufrió en agosto y el que fue visto por los cubanos en televisión ha acentuado la proximidad de la sucesión en la isla. Sus aliados en Cuba vieron estupefactos y preocupados como el «invencible» líder sucumbía a los años y a las enfermedades. Sus enemigos dentro y afuera de Cuba se regocijaban ante la posibilidad del final de Castro y la era castrista. Oficiales del gobierno norteamericano se preocupaban de qué tipo de sucesión, violenta o pacífica, ocurrirá en la isla y cuáles serían las implicaciones y posibilidades de una Cuba sin Castro.

Castro, consciente de su precaria salud y avanzada edad, se preocupa cada vez más por la cuestión sucesoria. En numerosos discursos recientes ha aludido a su mortalidad y, especialmente, durante su larga alocución ante el quinto Congreso del Partido, subrayó su preocupación porque haya una suave transmisión del poder a su hermano Raúl e hizo hincapié en su deseo de que los cimientos revolucionarios que él ha sentado sobrevivan tras su desaparición e incluso a la de Raúl.

El antiamericanismo, el nacionalismo, el internacionalismo y el control totalitario siguen siendo las bases en las que se asientan tales cimientos. Durante más de medio siglo, desde los días en que distribuía propaganda antinorteamericana en la Bogotá de 1947, Castro se ha venido oponiendo a Estados Unidos. Durante cuarenta y dos años ha controlado a Cuba por completo y apoyado a diversos revolucionarios, terroristas, guerrilleros y mercenarios de todo el mundo, la mayoría enemigos confesos de Estados Unidos.

El internacionalismo sigue siendo una de las políticas que definen a Castro. Ha viajado constantemente por África, América Latina e incluso Europa en busca de apoyo para su revolución y criticando las políticas de Estados Unidos en todo el mundo. Sin embargo, su ferviente apoyo a los grupos antinorteamericanos ha disminuido desde el cierre del paraguas protector soviético. Esto no quiere decir que los viejos contactos y compromisos hayan desaparecido del todo. Castro sigue estando cerca de los grupos guerrilleros colombianos y de viejos amigos como la OLP, en Oriente Medio, el MPLA, en Angola, el ejército republicano irlandés, la ETA y otros, siempre dispuesto a apoyarlos en la medida de sus limitados recursos y capacidades.

La reciente victoria de Hugo Chávez, el viejo amigo de Castro, en Venezuela, proporciona a Cuba un importante aliado. Chávez presiona a Estados Unidos para que cambien sus políticas hacia la isla; apoya la reintegración de ésta en el concierto de naciones latinoamericano y, dentro de este ámbito, se opone a cualquier condena de las violaciones de derechos humanos por parte de Castro. Sin embargo el impacto más significativo del régimen de Chávez es que le está proporcionando créditos a Cuba a largo plazo para adquirir petróleo venezolano. Esto está sacando de apuros a la economía cubana en un aspecto fundamental, que es el petróleo. Castro está disminuyendo su dependencia del petróleo Ruso lo cual le permitirá vender más azúcar cubana en el mercado mundial en vez de intercambiarla por ese petróleo. Además parte

del petróleo que recibe de Venezuela lo está revendiendo en el mercado mundial, logrando así recibir una cantidad sustancial de divisas.

Sin embargo, para Castro, la prioridad máxima es preservar su legado. Contempla con horror la posibilidad de que una vez que él desaparezca, Cuba vuelva a la órbita norteamericana o que la revolución cubana se venga abajo en medio de la guerra civil y el caos.

Por consiguiente, es en este contexto en el que tenemos que entender las últimas acciones de Castro y su ofensiva contra los disidentes de la isla. La revolución castrista está entrando en un periodo crítico. Castro, de forma similar a Mao antes de su muerte, está desatando una revolución cultural en Cuba —evidentemente no tan violenta como la china— para garantizar, fortalecer y preservar su legado y permitir una sucesión hacia su hermano sin grandes conflictos.

Además de la victoria de Chávez en Venezuela, hay varios acontecimientos que han alentado a Castro a optar por tal actitud en este momento. En primer lugar, el espectáculo de las dificultades y el posible caos en Rusia han hecho aumentar las esperanzas entre los dirigentes cubanos de que ese país retorne a un autoritarismo favorable a mantener una más estrecha relación con Cuba. En segundo lugar, los chinos, a pesar de sus reformas económicas, han mantenido una inquebrantable trayectoria política totalitaria y una disposición a cerrar filas con Cuba y otros países con el fin de dar apoyo a los regímenes comunistas (el Ministro de Defensa chino y una delegación militar de alto rango visitaron Cuba entre el 5 y el 10 de marzo de 1999). En tercer lugar, en Colombia, la creciente fortaleza de las FARC podría proporcionar a Cuba una posición estratégica clave y un aliado económico si se llegara a un acuerdo para compartir el poder con el presidente Pastrana.

Internamente, Castro detecta pocos desafíos para su régimen. A pesar de las enormes dificultades económicas, los cubanos no se han rebelado. Las desorganizadas y esporádicas manifestaciones que han tenido lugar en la isla han sido fácilmente reprimidas por el aparato de seguridad castrista. El movimiento disidente, aunque crece, no representa una gran amenaza para el sistema. A pesar de que la economía no ha mejorado sensiblemente, parece que a mediados de los años noventa se tocó fondo y los cubanos se han adaptado a las nuevas realidades económicas.

Mediante sus últimas acciones, Castro ha demostrado una vez más que en Cuba las consideraciones políticas son de extrema importancia. Ha puesto en peligro el leve deshielo de la política norteamericana hacia Cuba y los acuerdos comerciales con los países de Europa del Este, y se ha arriesgado a recibir la condena de la comunidad mundial con el fin de lograr sus objetivos: mantener un completo control político y garantizar tanto la existencia de una transmisión de poder suave como la supervivencia a largo plazo de «su» revolución.

La transición a la democracia en Cuba. Algunas consideraciones económicas

Martha Beatriz Roque

INTRODUCCIÓN

En Cuba se lleva a cabo una transición social que en los últimos tres o cuatro años ha acelerado su ritmo de manera notable, después de tener un comienzo muy lento a inicios de la década de los noventa. Pero aun así no es suficiente para que permita, en un breve plazo, abrir el camino a la democracia.

Este fenómeno, acompañado por algunas medidas económicas a las que se ha visto forzado el Gobierno, ha introducido cambios en el escenario económico, social y político del país en un breve espacio de tiempo.

El punto de partida que debe tenerse en cuenta para cualquier análisis o recomendación futura es precisamente el escenario donde se va a llevar a cabo.

No sería lo mismo instaurar una democracia, si la transición se obtiene por vías no pacíficas, pues al saldo de destrucción material y espiritual que tiene la sociedad en estos momentos, habría que añadirle el que dejara la confrontación.

Este trabajo está basado en el supuesto que la transición se logra por la vía pacífica y que, desde el punto de vista social, lo que hay que reconstruir es la vida del cubano, incluyendo sus valores éticos, el amor a la familia, a su país, a sus semejantes; dar la posibilidad de que todo el que quiera también ame a Dios y recupere la fe en el futuro.

Todo está diseñado para reconsiderar más de cuarenta años de corrupción, tolerancia y desidia, con respecto a la economía, que han llevado a la nación cubana al caos. Pero siempre reflexionando sobre el momento del cambio, para que no suceda algo abrupto, como si estuviéramos vestidos de harapos y al otro día amaneciéramos de frac.

No quiere esto decir que las modificaciones se hagan lentamente; por el contrario, habría que trabajar todo lo rápido que permitan las condiciones sociales y económicas que hay en el país, la política que se lleve a cabo debe ser audaz.

No será fácil eliminar de la mente del cubano el espectro de la propaganda comunista, que no se ha cansado de plantear que si existe una transición irá acompañada del despojo de los llamados «logros» de la Revolución y de las edificaciones que fueron nacionalizadas.

Esto implica que en algunos aspectos de la vida social se debe ser cuidadoso. De esa forma se tratan temas como: la libreta de racionamiento, la seguridad social, la salud, la educación y los deportes, entre otros.

El pueblo cubano tiene que aprender a vivir en democracia y recuperar la fe en el futuro para que pueda comprender que es necesario invertir en cosas cuyos resultados no se van a ver en algunas décadas, a pesar de que entrará a la transición hartado de esperar algo positivo.

Durante todo este período hay que desarrollar soluciones propias a nuestros problemas, tomando experiencias, pero sin imitar. No puede haber una adaptación mecánica a lo que se ha hecho en otros países. Hay que darle una interpretación propia a los hechos sociales y económicos del país.

Esto implica que la burocracia estatal que se encargue de los cambios deberá, además de ser eficiente, no estar divorciada de la realidad social circundante, y mostrar prácticas de manejo de la economía y formas de introducción del comportamiento de los agentes económicos que estén en contraste con los que se puedan asociar a los de una economía socialista.

La transferencia al mercado de funciones de coordinación económica deberá realizarse de manera paulatina para aminorar las repercusiones negativas en la distribución y estratificación sociales teniendo en cuenta el estado de depauperación en que vive el cubano promedio. Esto no está en contradicción con la rapidez con que deben hacerse los cambios.

Las opiniones que se ofrecen, concentradas en diez aspectos globales, no están expuestas en un orden de prioridad, tampoco implican las únicas soluciones a los disímiles problemas, pero sí se encuentran entre las más apremiantes.

Todas están presentadas en forma de enunciado; no se puede considerar este trabajo como un estudio o un programa, sino como simplemente reflexiones sobre el tema de la transición. La necesidad de las reformas políticas no ha sido objeto de análisis en este documento.

1. LA DESREGULACIÓN

Durante el proceso de transición habría que trabajar de forma urgente para corregir las ineficiencias inherentes al actual sistema y las imperfecciones de sus actividades reguladoras, tales como eliminar las restricciones que se aplican al mercado y a determinadas actividades económicas, reduciendo la interferencia gubernamental.

Sería recomendable proponer la creación de una comisión o grupo provisional para la reforma administrativa, que se encargue de asesorar el proceso de desregulación.

Lo más importante a tener en consideración es que todas las medidas que se tomen estén amparadas por un marco legal estable.

Esto podría hacerse posible de una forma rápida poniendo en vigor legislaciones que fueron derogadas, como el antiguo Código de Comercio; y sobre la marcha ir haciéndole las modificaciones necesarias.

Basado en el hecho de que para muchas personas con salarios, retiros o ingresos bajos, los alimentos que les venden por la cartilla de racionamiento,

aunque pocos, se adquieren a precios subsidiados, habría que buscar una solución transitoria para estas capas sociales más desprovistas.

Una posible solución sería garantizar a los jubilados y pensionados vincular la remuneración que obtienen al alza del costo de la vida, independientemente del creciente desequilibrio financiero que tiene el sistema de seguridad social. Habría que pensar también en aquellas personas que perdieron su puesto de trabajo como parte del hostigamiento del sistema por su actividad de alguna forma contestataria y que ya pasaron a la edad de jubilación. Como medida urgente se les entregarían retiros proporcionales, por no haber podido alcanzarlos producto de la represión estatal.

No se trata, sencillamente, de dejar sin efecto la mal llamada «libreta de abastecimientos», sino de evitar que desde los primeros momentos estos sectores que ya padecen altas necesidades, las acrecienten. No sucedería lo mismo con otros productos que están regulados, como por ejemplo: las medicinas y los medicamentos. Sencillamente la liberalización de su racionamiento podría llevarse a cabo sin ningún problema, solo el hecho de abastecer las farmacias permitiría solucionar las escaseces de hoy.

Desde el comienzo hay que contrarrestar la propaganda actual del sistema, por eso la desregulación tiene que estar acompañada de la utilización de los medios, para poder transmitir, en particular a las dos últimas generaciones, la forma engañosa en que el Gobierno ha basado esta propaganda. Por ejemplo, el país hace gala de un alto nivel de empleo (94,4%), sin decir que esto implica un bajísimo nivel de vida o, lo que es lo mismo, la repartición de la miseria.

En fin, que hay que evitar que neocomunistas disfrazados de demócratas boicoteen las gestiones liberalizadoras de la economía, haciendo atractivas a la población las medidas que se tomen. En la práctica la nación ya «está pasando por una terapia de choque».

En este marco debe analizarse la situación de las empresas que fueron expropiadas o nacionalizadas, y cuyos respectivos países no llegaron a acuerdos con Cuba para obtener el pago de éstas. También las grandes y pequeñas empresas de las que fueron despojados los propietarios cubanos en diferentes etapas y en especial durante la llamada «ofensiva revolucionaria» de 1968, dada su masividad.

Esto indiscutiblemente deja de ser un problema económico para convertirse en un serio asunto político que traspasa las barreras nacionales, por lo que requiere de un tratamiento especial durante todo el proceso de transición, dado lo sensible del tema.

No puede dejarse de analizar que algunas de las instalaciones que puedan reclamarse han sido destinadas a actividades sociales, como, por ejemplo, escuelas. Aunque otras están en poder de empresas mixtas (cubano-extranjeras), embajadas, etc. Sería más sencillo en casos como el antiguo Habana Yacht and Country Club, que inicialmente se convirtió en Círculo Social para los obreros y que en estos momentos es el Habana Club, exclusivo para extranjeros. Por lo que soluciones de tipo financieras harían más fácil la posibilidad de analizar cada caso.

No obstante, desde un ángulo extraeconómico, hay que considerar la mentalidad que se ha creado como consecuencia de un sistema no competitivo, que ha acostumbrado a las personas a recibir órdenes y no correr riesgos, convirtiéndolos en muchos casos en vagos habituales, con un nivel mínimo de vida garantizado —aunque miserable—. Esto ha introducido desastrosos hábitos laborales, perdiéndose la distinción entre la legalidad y la ilegalidad, la honradez y la mala conducta.

La población es consciente de la ruina física del país y la descomposición moral, pero es menos evidente la destrucción económica e inclusive la ecológica.

La desregulación que resulte de la política que vaya a aplicarse con respecto a la economía tiene que tener en cuenta que la sociedad tiene que reubicar a cientos de miles de militares, miembros de las fuerzas represivas, funcionarios gubernamentales y del Partido Comunista, de una forma que no genere nuevos rencores, lo que dificultaría el proceso de transformación.

Durante la desregulación tendría que procederse a la recalificación de los profesionales, en particular de aquellos tipos de universitarios que en la actualidad solo pueden ejercer su carrera si son fieles al sistema.

En fin, los esfuerzos por el reordenamiento económico llevan implícitas las reformas institucionales de primera magnitud, ante normas, regulaciones e incluso formas de organización y conducción económicas que podrían obstaculizar la satisfacción de los objetivos que se tracen en el proceso de transición para la implantación de los nuevos mecanismos de manejo macro y microeconómicos.

2. EL RÉGIMEN JURÍDICO DE LA PROPIEDAD

La necesidad de disponer de fuentes estables de financiamiento externo debe promover la liberalización del régimen de inversión extranjera, en las actuales circunstancias en que las empresas públicas son dominantes y las actividades privadas están caracterizadas por su pequeñez y fragilidad.

La palabra privatización genera reacciones disímiles en la población de los distintos países, debido en parte a que la separación entre los dominios público y privado no se comporta igual en cada lugar, como tampoco lo hacen los diferentes contextos históricos, institucionales y sociales.

Para una nación como Cuba, que colocó grandes expectativas en el papel del Estado como guía del proceso de desarrollo económico, la privatización estará vinculada para algunos con una dolorosa revisión del incumplimiento de estas expectativas y tendrá consecuencias políticas importantes.

Podría pensarse que esto no es igual para todos, ya que la última generación —la de los actuales jóvenes— en un alto porcentaje siente «casi» idolatría por los símbolos de la sociedad norteamericana. En particular ello se proyecta en el uso de ropa con la bandera de Estados Unidos y en el deseo de participar en el llamado «american way of life». Puede verse como una forma de cuestionar la política económica y social imperante.

Junto con las posibilidades de privatización que se abran, se debe considerar para una primera etapa que la empresa estatal deberá continuar funcionando,

por lo que habrá que concederle autonomía y permitir la descentralización mientras tenga que desempeñar un papel en la economía. Es de suponer que la propia disciplina de los mercados y de la competencia generará la destrucción de las empresas y entidades obsoletas. Hay que prestar atención a que este fenómeno, en las condiciones de la transición, conduzca a la desaparición de capacidades de producción que después no puedan recuperarse.

En la misma medida en que el Estado se vaya separando de la administración directa de la economía, a través de la posibilidad de llevar a cabo la privatización, se le irán transfiriendo funciones a la sociedad civil —entiéndase sociedad no estatal— y adquirirá la capacidad de darse normas a sí mismo.

Por su parte, el mercado asumirá papeles destacados en la manera de coordinar la economía e irá desplazando las formas anteriormente dominantes; particularmente, con la competencia surgirá un incremento en la calidad de los servicios y una mayor variedad y diversificación de la ofertas.

En ese sentido habrá que estimular la creación de pequeñas empresas privadas y también la incorporación a la economía de trabajadores por cuenta propia, después que queden claros los derechos de propiedad.

Un aspecto que deja de ser económico y se torna netamente político es el de las asociaciones de firmas extranjeras con empresas estatales que están en estos momentos sirviendo de soporte económico al sistema. Esta situación debe ser cuidadosamente analizada para buscar una solución acorde con el escenario en que se efectúe la transición, ya que el sentimiento de algunos sectores de la actual oposición es el de liquidar estas empresas mixtas como respuesta a la labor que realizan y a las innumerables veces que se les ha solicitado a estos empresarios acogerse a los «Principios Arcos», en particular por la forma que en ellas se explota salarialmente a los trabajadores.

Un tratamiento diferenciado debe dársele a la privatización de la tierra, para que, a la par que permita una rápida elevación de la producción de alimentos, de los rendimientos y la productividad, consolide la clase campesina, que en estos momentos está tendiendo a desaparecer. Pocos quieren vivir y trabajar en el campo, entre otras cosas, por las condiciones y los métodos de producción.

La población cubana en estos momentos está mayoritariamente desprovista de capital, con excepción de «personajes» fieles al sistema que han logrado consolidar empresas y servir de vía para la contratación externa de servicios, entre otras cosas, los cuales se encontrarían en una posición privilegiada en el momento del cambio. Por lo antes expuesto habría que buscar formas que permitan un grado adecuado de participación a los llamados «cubanos de a pie» en el proceso de privatización, ya sea a través de la participación en las utilidades o por la venta de acciones a créditos que puedan irse amortizando, precisamente, con esos ingresos.

A su vez debe legislarse sobre las personas que tengan fortuna, en el país donde todos somos desafortunados, para evitar que los nuevos ricos sean los viejos opresores que disfrutaron en el totalitarismo y lo van a hacer más en la democracia.

Una forma también a utilizar podría ser la creación de verdaderas cooperativas, con absoluta independencia en ramas como la pesca, el transporte y otros servicios de primera necesidad.

En todo caso debe mantenerse la vigilancia para que no se anule el efecto social que las medidas de privatización puedan tener a medio y largo plazo.

Se tendrán en cuenta las posibilidades de facilitar la adquisición de inversiones que quedaron trunca hasta 1989, que no se comenzaron a explotar o que han sido ejecutadas con capacidades muy por encima de las posibilidades de producción en los últimos 10 años.

Es necesario mantener un alto nivel en la prestación de servicios de salud y educación muy superior a los actuales, que califican de «logros del sistema». La posibilidad de prestar servicios privados en estas esferas garantizará una rápida recuperación de éstas, en particular de la medicina. Por otra parte debe permitírsele a los padres escoger el tipo de educación que quieran dar a sus hijos. Sería recomendable mantener en ambos aspectos niveles estatales más eficientes que los de ahora.

3. RELACIONES EXTERIORES

Es difícil poder aislar la reconstrucción de la economía cubana (por sus dimensiones y especialización internacionales) de las fuerzas de los mercados foráneos. No se puede pensar en programas futuros sin aumentar la capacidad exportadora y buscar formas de sustitución de las importaciones, basadas en la eficiencia y la excelencia tecnológica.

Pero hay que tener en cuenta indudablemente la posición comercial de Cuba con respecto a los Estados Unidos de América y la complementariedad con la economía norteamericana como principal mercado. Si miramos hacia el sur, también Latinoamérica puede significar nuestro mercado del futuro.

Los más de cuarenta años de cuantiosos desequilibrios comerciales, de una elevada deuda externa (aproximadamente doce mil millones de us dólares con el Club de París), y de la enorme reducción de la capacidad exportadora ante la ruina de la que fue la principal industria del país, el azúcar, han situado a Cuba en una posición desventajosa con respecto a las relaciones económicas y financieras internacionales. No hay que olvidar que también en ello ha influido el embargo económico de Estados Unidos.

Se tendrá en cuenta la necesidad de facilitar la inversión extranjera directa a amplia escala, principalmente en la industria y en particular en la infraestructura productiva. En los casos en que se favorezca la promoción de las exportaciones, y por consiguiente los ingresos en divisas, se brindarán facilidades especiales.

Deberá procederse a renegociar la deuda externa (incluyendo la de los ex países socialistas), de forma que se puedan recibir nuevos créditos en condiciones ventajosas para la etapa de transición.

Hay que cambiar de forma prioritaria, la actual imagen de riesgo que tiene el país, producto de factores políticos externos —en adición a los económicos—

que hacen altísimas las tasas de interés de los créditos a corto plazo y que, en el caso de las importaciones, encarecen los precios y los servicios de seguros y transporte.

Es necesario gestionar la inserción del país en los mecanismos financieros internacionales para que se posibiliten mejores condiciones en la obtención de créditos, sin temor de ningún tipo a solicitar ayuda al Banco Mundial, al Fondo Monetario Internacional, al Banco Interamericano de Desarrollo, entidades que en estos momentos no son aceptadas por el Gobierno Cubano. De igual forma se tratará de que forme parte de acuerdos internacionales que permitan mejoras en la actividad comercial, incluyendo tratados bilaterales con diferentes países y bloques regionales.

Como aspecto fundamental para lograr el acceso a los mercados financieros internacionales habrá que adaptar la política económica a las condiciones prevaletentes en éstos.

En un futuro se pueden explotar diferentes posibilidades de ingresos en divisas e incluso aumentar otras que ya han sido readoptas por el régimen actual, como las zonas francas. Algunas de estas soluciones permitirán al país introducirse con más rapidez en el contexto de la globalización.

Se deberá hacer un inventario de las propiedades estatales en el extranjero y de los fondos ubicados en bancos internacionales, en cuentas personales o paraestatales, con el fin de mantener su control y para poder utilizar estos medios en beneficio del proceso de transición.

4. LA INDUSTRIA AZUCARERA Y LA AGRICULTURA

La industria azucarera cubana tradicional, exportadora fundamentalmente de azúcar crudo y principal fuente de ingresos del país, ha dejado de existir con ese carácter.

En los últimos diez años, tres factores han contribuido a la pérdida de sus posiciones. El primero fue la pérdida de los precios preferenciales o subsidios que se obtenían de la antigua Unión Soviética y el campo socialista. El segundo se refiere a la reducción notable de la producción a partir de 1989, cuando se dejaron de recibir suministros y combustibles para la industria y la agricultura, lo que repercutió muy especialmente en la agroindustria azucarera, reduciendo en más de la mitad sus niveles de producción. Esos dos aspectos combinados hicieron que los ingresos externos que genera la industria en la actualidad alcancen menos de la décima parte de lo que aportaba en la década de los ochenta.

Esa reducción en la producción y la baja eficiencia agrícola e industrial han provocado un tercer factor, el incremento de los costos de producción, elevando la falta de rentabilidad de la industria.

A estos tres factores ha venido a sumarse la competitividad de los sucedáneos, en costo y calidad, que frena el incremento mundial de la demanda de azúcar.

Como resultado de todo lo anterior, más de un tercio de las centrales del país se han cerrado, afectando de forma directa a unos cien mil trabajadores e indirectamente a otros doscientos mil aproximadamente, reduciéndose la

actividad económica en muchos municipios que tienen su razón de ser en el asentamiento de una central en su territorio, por lo que, dado el afecto multiplicador de esa actividad, muchos de ellos se han convertido en municipios fantasmas.

Ante una situación de esa envergadura y con tantos factores en contra, una política prudente aconsejaría liquidar esa industria y buscar nuevas fuentes de empleo; pero a ello se oponen razones diversas, tales como:

- Se crearía un desempleo de más de un millón de personas, que se sumarían al millón de potenciales desempleados en los restantes centros de trabajo por constituir un personal innecesario, lo que desencadenaría un problema social muy agudo.
- Buscar empleo alternativo a esas personas podría significar movimientos territoriales masivos, agudizando problemas ya existentes de viviendas y servicios.
- La alternativa de nuevos empleos llevaría implícita en muchos casos la recalificación de un número elevado de personal que ya está calificado.
- Se perdería la experiencia productiva acumulada durante siglos.
- Se abandonarían instalaciones e infraestructuras productivas valoradas en muchos millones de pesos.
- Se produciría un abandono de las condiciones naturales del país para el cultivo de la caña.

La alternativa más aconsejable sería mantener funcionando la industria sobre nuevas bases, dándole prioridad a la más amplia y diversificada producción de derivados, lo cual es hoy técnicamente factible. Por otro, lado los propios inversionistas podrían escoger caminos a seguir con respecto a la industria.

Se requeriría, de forma inmediata, la cooperación internacional en busca de la obtención de capital, tecnología y mercados.

Para ello, durante la transición se deberá negociar con firmas especializadas la privatización de esta industria, basándose en compromisos que permitan lograr esos objetivos en el menor plazo posible, y garantizando el nivel de empleo actual.

Se podrá interceder entre los productores agrícolas de caña y los industriales para, de una parte, garantizar a los primeros unos niveles de precios atractivos para que no desvíen sus esfuerzos hacia otras producciones y que los segundos puedan así disponer de los suministros de caña que les resulten necesarios.

Una parte no despreciable del éxito en el período de transición dependerá de que se logre materializar una política adecuada en esta industria.

Otro de los aspectos al que hay que prestar mayor atención en esa etapa es el referido a la alimentación, en lo cual la agricultura desempeña un papel relevante.

Las tareas que tendrá el país para esa época serán cuantiosas, y los recursos financieros externos, limitados; por lo cual deberá evitarse la importación de alimentos que puedan producirse en el país de forma competitiva, propiciando además la elevación de exportaciones agrícolas directas o su transformación industrial en las instalaciones ya existentes: en combinados cárnicos y de conservas.

La reforma de la agricultura a través de una nueva organización tendrá que consolidarse para solucionar en primer lugar los problemas de la producción destinada al mercado interno, ya que no alcanza a absorber la demanda poblacional.

Los cambios en los sistemas productivos no se pueden alcanzar de manera instantánea y, como se sabe, afectan a la sociedad de una forma u otra.

En esas condiciones se podría pensar en soluciones transitorias para los productores agrícolas, que como excepción única pueden ser liberados del pago de impuestos por un período prudencial: concederles créditos en condiciones ventajosas y llegar incluso, de ser necesario, en algunas producciones, a brindarles subsidios que les resulten provechosos para impulsarlas.

Todo ello deberá hacerse cuidando que no repercuta en su eficiencia, ya que no deberá limitarse la importación de ningún renglón agrícola, permitiendo la más amplia libertad de comercio.

Mientras se resuelvan los problemas de tenencia de la tierra, deberá por todos los medios garantizarse la continuidad y expansión de la producción agrícola, permitiendo que los trabajadores de las granjas estatales y cooperativas disfruten de forma real de una parte importante de las ganancias que se obtengan con la producción.

Una política adecuada, destrabando con agilidad todos los aspectos burocráticos que se opongan a la expansión de la producción agrícola y por ende de la alimentación popular, contribuirá al éxito temprano de la transición.

5. EL SISTEMA TRIBUTARIO Y PRESUPUESTARIO

Si se toma en consideración la propuesta de institución de actividades privadas, así como en el transcurso de esta etapa la autonomía de las empresas públicas, se torna necesario crear un régimen fiscal que responda a las exigencias de la organización productiva naciente. Esto permitiría gravar a los nuevos actores económicos y responder a la descentralización que debe concederse en el proceso inicial a las empresas estatales.

La Ley No. 73 del Sistema Tributario fue promulgada en 1994, pero aunque significa al menos un paso progresivo, no estaría acorde a la posibilidad de la multiplicación de los agentes económicos ni a la necesidad que se tendría en una etapa de transición de usar los gravámenes con fines redistributivos.

Hay que recordar que en el caso de los salarios se plantea que no existe impuesto en estos momentos, pero habría que acudir a la historia para poner en claro lo que pasó cuando se decidió quitar de la nómina el 11,9% que se descontaba del salario bruto y solo reflejar el neto. Ello implica de hecho que los trabajadores con salario histórico han estado pagando siempre ese impuesto, así como también el resto por ser su salario más bajo que el anterior a esa medida.

Durante la etapa de transición se hará todo lo posible por evitar los déficit fiscales, librándose una política de cobros agresiva desde el mismo comienzo de las reformas.

Consolidar esta meta requiere eliminar la diversidad de exenciones fiscales existentes, incluyendo la de los impuestos a los ingresos personales. Solo en casos en que sea necesario para el mejor desarrollo de actividades productivas y de modo excepcional, debe permitirse no tributar.

Una vez que se comience el período de privatización y tome auge la economía, hay que dar un impulso a los gravámenes sobre activos, en particular a los de la propiedad de terrenos y casas.

Para solucionar el problema de la liquidez acumulada habrá que acudir a diferentes usos fiscales, como, por ejemplo, el impuesto inflacionario, o también a fórmulas como la de abrir un mercado de bonos.

Debe estudiarse si sería conveniente mantener la actual estructura político administrativa de provincias y municipios, ya que las finanzas locales no logran compensar el déficit y, por consiguiente, no se podrá alcanzar autonomía a estas instancias.

La recaudación de impuestos debe servir para restaurar las principales ciudades de inmediato y detener su ruina, así como para lograr la ampliación de los servicios comunales y la infraestructura social en general.

El déficit presupuestario en pesos cubanos se ha estado financiando con emisiones monetarias del Banco Central, que ha hecho que en estos momentos haya todo un abanico de diferentes monedas de las mismas denominaciones.

El presupuesto tiene que aligerar gastos como los del ejército, eliminando la gran cantidad de hombres de armas que hay en estos momentos. Desde el punto de vista social, este número de trabajadores debe ser reubicado. Para la población las fuerzas armadas no resultan tan repulsivas como las del orden interior. Aún así la policía debe mantenerse para garantizar la estabilidad social y evitar las posibles situaciones de uso del territorio nacional para el narcotráfico, la corrupción, al crimen organizado, etc.

En el caso del gasto público está el subsidio al consumo de la familia, que si bien en una primera etapa se recomienda sostener, debe procederse en el menor plazo posible a su eliminación.

Las erogaciones de la seguridad social, como gastos corrientes, incluyen en estos momentos los pagos a los «disponibles», concepto que se creó como forma de evitar despidos masivos de mano de obra. Estos subsidios deben ser eliminados desde el principio.

6. LAS FINANZAS INTERNAS

El sistema financiero en Cuba experimentó algunos cambios a partir de 1997 con el inicio del proceso de reforma bancaria para separar las tareas de la banca central de las que corresponden al financiamiento comercial; también se han creado algunas instituciones financieras especializadas, entre las que se destacan las compañías aseguradoras.

Aunque no es ésta la estructura bancaria que necesita un país que tenga una economía de mercado, al menos se han diversificado las funciones, que estaban todas centralizadas en el Banco Nacional de Cuba.

Para poder hacer frente a la transición con una creciente autonomía empresarial y la multiplicación de los agentes económicos, hace falta una banca capaz de otorgar créditos y recuperarlos, formar clientes y desarrollar operaciones.

El mercado de capitales también deberá comenzar a desempeñar su función: es importante captar el ahorro de las familias y las empresas en una banca en la que la sociedad confíe. Como un estímulo al ahorro de la población se podrían elevar las diferentes tasas de interés en el caso de las cuentas de particulares.

Ésta es una de las tareas más complejas por las que deben pasar los especialistas de la rama financiera, porque hay que aprender procedimientos bancarios que en estos momentos no se usan. Las empresas estatales que deben mantenerse durante la transición tienen que ser inducidas a la disciplina bancaria, que en la actualidad desconocen.

No existen tampoco en el presente entidades intermediarias de crédito extrabancario, como las bolsas de valores; después de consolidado el sistema bancario como tal, en la fase de transición debe pensarse en esa posibilidad.

Cuando sean liberados los mercados interno y de comercio exterior se dependerá más de los incentivos monetarios, y entonces, con una nueva política de precios, habrá que eliminar la dualidad monetaria actual.

Además se debe garantizar una moneda fuerte, tomando como base la paridad con el dólar, que sirva para ejecutar cualquier tipo de transacción económica y pagar los salarios de los trabajadores. Se debe tratar de evitar acudir a las emisiones monetarias para resolver el déficit presupuestario, lo que puede poner en peligro la paridad con el dólar y que impida el exceso de circulante.

7. LA RECONSTRUCCIÓN

Algo que espera el pueblo de Cuba como un milagro es la reconstrucción física del país. En particular, la capital se encuentra en un penoso estado de destrucción. Hay zonas en algunos municipios que parecen haber sido bombardeadas.

Existen serios problemas con la infraestructura social: el gas, el agua, la electricidad, el alumbrado público, los viales internos y el transporte son un permanente dolor de cabeza para la población en general.

Esto implica que hay que pensar desde los primeros momentos en la forma de reconstruir el país. Habría que estimular todos estos sectores prioritariamente, con lo que incluso pasarían a ser verdaderas fuentes de trabajo.

Otra situación social muy difícil es la de la vivienda. Una gran parte del fondo habitacional de la capital (80%) está en mal estado, pero en muchos de los casos —aún con grandes riesgos para sus vidas— viven allí familias enteras. La falta de opción ha hecho que las personas pongan en peligro lo más preciado que tienen: la vida. Se debería pensar en crear mecanismos para llevar a cabo la construcción de viviendas a todo lo largo del país, pues éste es un factor que hace que se produzcan constantemente movimientos migratorios, en particular hacia la capital. Claro que en ello influyen también otros factores, como la falta de empleo y el mayor desarrollo social en la Ciudad de La Habana.

Las asociaciones con firmas extranjeras en el sector inmobiliario, para la construcción y remodelación de edificios, han sido prácticamente canceladas

en la actualidad. Para este tipo de inversión podría pensarse en algunas acciones de estímulo en el proceso de transición.

8. EL EMBARGO

Debido a la situación geográfica de Cuba, que la hace —como se muestra en nuestro escudo nacional— la llave del golfo, los Estados Unidos de América son su lugar natural para el comercio y las relaciones bilaterales de todo tipo.

El embargo que está avalado por dos importantes leyes conocidas por el nombre de los que las han introducido en el Poder Legislativo norteamericano, Torricelli (1992) y Helms-Burton (1996), tiene sus propias reglamentaciones para que finalice.

Sería recomendable que desde el principio se creara un Grupo o Comisión que se encargara de negociar con este país el levantamiento de dicho embargo.

Es importante contar en el futuro con el potencial de turistas norteamericanos que conllevaría poner fin al embargo, así como tener mercados cercanos para importar y exportar productos y servicios. Es necesario también que se proceda a eliminar las restricciones que están establecidas para terceros países.

9. SUSTITUCIÓN DE IMPORTACIONES

La dependencia del abastecimiento de la ex Unión Soviética y otros países socialistas y las facilidades que de ellos se obtenían hizo que no fuera prioritario el sustituir importaciones. Los suministros de petróleo, de insumos con destino a la agricultura, alimentos y bienes de capital estaban garantizados por los países del CAME.

La ineficiencia productiva y los demás problemas del sistema han hecho que las importaciones alcancen numerosos renglones. Increíblemente se ha llegado a importar lechuga y flores para el turismo.

El «modelo» de desarrollo socialista, que en estos momentos no se conoce en qué consiste, no explotó el patrón de la industrialización.

Para transformar las bases medulares de la economía hay que instrumentar medidas activas de fomento industrial, que permitan primero que todo el abasto al mercado interno con los productos nacionales que sea posible.

En el país existen inversiones que se quedaron en proceso, otras fábricas que ni siquiera comenzaron a montarse y algunas, como la textilera Celia Sánchez Manduley de la provincia de Santiago de Cuba, que nunca han sido explotadas a su entera capacidad. Claro que algunas de estas inversiones significaron para el país transferencias de tecnologías atrasadas, un ejemplo de ello es la termonuclear de Cienfuegos, que presenta además otros problemas.

En la transición tiene que diseñarse todo un programa que sirva para la terminación de inversiones y que permita dar uso correcto a las que ya existen.

10. LOS LLAMADOS «LOGROS»

La propaganda del sistema ha estado dirigida a destacar la justicia social, la equidad distributiva y el bienestar de la población, supuestamente alcanzados. Todo ello ha llevado a que se resalten como «logros» los servicios de salud,

educación, deporte, seguridad social, y a que en estos momentos se trate de llevar a cabo una «Revolución Cultural».

Estas acciones sociales, en las que se ha empeñado a fondo el Gobierno, tienen como objetivo fomentar expresiones nacionales favorables a esas materias y están estrechamente relacionadas con la evolución y formación de las ideas.

Se comparan indicadores sociales con respecto a América Latina, y Cuba se sitúa en una posición privilegiada. Claro que no hay aquí quien tenga acceso a las estadísticas, y el Gobierno cubano toma como línea la frase de Poncio Pilatos: «Lo escrito, escrito está».

Las bases de cálculo de algunos de estos indicadores no incluyen problemas apremiantes que tiene el pueblo cubano, solo dejan ver lo que conviene al sistema; pero es importante para un período de transición no descuidar estas cifras.

El cubano no conoce lo que le cuesta una medalla de oro en las Olimpíadas, pero de forma general le estimula que se gane.

Producto del bregar de un día tras otro, ni piensa en que sus hijos solo reciben la educación que el Gobierno quiere, y no valora lo que significa esto para la familia, que se despoja cada vez más de los lazos que la unen.

Aunque la atención a la salud es desastrosa, acepta como bueno el hecho de que es gratis, producto de las limitaciones monetarias que tiene.

En la transición debe pensarse en desarrollar cada una de estas actividades de forma paralela para que no haya rechazo a las medidas que se tomen.

La introducción en cada una de ellas de tecnología punta garantizará sustituir el actual deterioro y envejecimiento de la mayoría de los equipos y otros medios materiales. Eso mismo sucede con las edificaciones: las escuelas y hospitales se encuentran en un estado deplorable y necesitan que en el futuro se evidencie que el Estado se ocupa de ellas.

Es muy importante modelar los cambios inevitables en estos valores de la comunidad sin causar rupturas insalvables en el tejido social. La reconstrucción de valores sería una tarea insoslayable de la transición, y no valdrían la pena los cambios democráticos y la liberalización de los mercados si no se trabaja en esa dirección.

CONCLUSIONES

De un gran abanico de problemas a solucionar, se han tomado los que se han considerado más importantes, pero no quiere decir que estén todos. Se trató de concretizar, por lo que resultó imposible en cada aspecto explicar exhaustivamente aquellas situaciones que los caracterizan.

Independientemente de los problemas macro y microeconómicos, hubo que enfocar algunos de índole social, que tanto están ahogando a la nación cubana.

Son muchas las situaciones negativas existentes, hasta es necesario pensar en la elaboración de una política ecológica y medio ambiental que no solo frene el deterioro actual, sino que impida nuevos daños al entorno.

Es importante también estimular al exilio para que apoye la iniciativa privada y el proceso de transición en general. La diáspora tanto de Estados Unidos como de otros países donde han ido a radicarse los cubanos debe estar presente en la agenda de los cambios.

Como conclusión general de todo lo expuesto, se puede afirmar que la transición hacia la democracia necesita de todo un análisis del inventario de problemas que existan en el momento en que se vaya a llevar a cabo. Buscar soluciones macro y microeconómicas que tengan un común denominador, pero sin olvidar los problemas sociales que en un momento determinado pudieran atentar contra lo que se esté haciendo¹.

¹ Quisiera dejar constancia de mi agradecimiento a los profesionales del Instituto Cubano de Economistas Independientes Manuel Sánchez Herrero por su apoyo para la realización de este trabajo, en particular al Lic. Arnaldo Ramos Lauzurique, subdirector. Todo lo que podemos opinar está hecho con grandes restricciones, en primer lugar de bibliografía, después pueden contarse toda una serie de limitaciones como la falta de medios de computación, del acceso a Internet y la carencia de información oficial sobre algunos temas, entre otras. No obstante existe la voluntad de manifestarnos y basados en ella trabajamos. También agradecemos a Orlando Gutiérrez del Directorio en el exilio, que tuvo la gentileza de convocarnos a preparar este trabajo.



Para salir de la crisis

Oscar Espinosa Chepe

El objetivo fundamental es la creación de una sociedad de economía mixta, basada en los principios del mercado, pero bajo un control democrático que impida que aquél sea dominado por el poder de los grandes intereses y manipulado por elementos egoístas ajenos a los fines sociales. Simultáneamente deberán crearse los mecanismos indispensables para garantizar la equidad y proteger a los sectores poblacionales más débiles.

Se entiende como control democrático de la sociedad la más completa participación de todos los ciudadanos sin discriminación política, religiosa, racial u otra que lesione los derechos humanos, en el contexto de un Estado de Derecho propiciador de un amplio flujo de ideas.

La democracia representa un factor esencial para el desarrollo económico. En un mundo cada día más complejo, la confrontación respetuosa de las ideas, el diálogo constructivo y las consultas populares, según la experiencia histórica, han demostrado ser herramientas indispensables para el desarrollo. Por el contrario, el voluntarismo y el estatismo conducen al más absoluto fracaso.

En las condiciones que vive Cuba, bajo el peso de la crisis más profunda y prolongada de su historia, la transición hacia una economía mixta debe ser gradual y por etapas, sólidamente basada en un proceso de reconciliación nacional, de forma pacífica y sin presiones ni injerencias extranjeras, que únicamente han servido de justificación al inmovilismo.

La intransigencia en una sociedad tan crispada y llena de odios, pudiera conducir a una terrible explosión social; una horrible lucha fratricida, en la cual todos seríamos perdedores. Las propuestas de alineamientos hacia una economía de mercado, en un marco democrático y con equidad social son las siguientes:

A. AGRICULTURA

1. Realización de una nueva reestructuración agraria que cree condiciones para la explotación racional y productiva de fértil suelo cubano a través de la entrega de la tierra, hoy administrada por el Estado, a cooperativas independientes y particulares mediante arriendo con opción de compra, venta o entrega en usufructo, según las condiciones de los terrenos o la conveniencia social.

El objetivo fundamental sería regresar a las ideas recogidas en la Ley de Reforma Agraria, suscrita el 17 de mayo de 1959, y su propósito de «la adecuada redistribución de la tierra entre gran número de pequeños propietarios y agricultores».

Al removerse las actuales estructuras agrarias y darse la tierra a los campesinos, liberándolos del excesivo tutelaje estatal, toda la sociedad ganaría; existirían más fuentes de trabajo; habría menos dependencia de las enormes importaciones actuales de alimentos; habría considerables excedentes para exportar; y, como consecuencia, la nación sería menos vulnerable políticamente.

2. Solo serán entregadas tierras a personas o colectivos comprometidos a cultivarlas. Tendrán prioridad los trabajadores que las han venido laborando y personas con conocimientos agrícolas, priorizándose la distribución de aquellas áreas que estén baldías y subexplotadas.

3. En los cultivos como la caña, el arroz y otros donde las grandes extensiones de tierra son necesarias para la aplicación eficiente de la mecanización y otras técnicas avanzadas, se estimulará la creación de cooperativas independientes, así como modernas granjas con o sin la participación del Estado. En modo alguno se favorecerá el minifundio.

4. Las Cooperativas de Producción Agropecuaria (CPA) existentes tendrán la opción de permanecer como instituciones independientes o distribuir las tierras y recursos disponibles entre sus asociados.

En lo referente a las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC), se convertirán en verdaderas asociaciones de campesinos libres del tutelaje estatal y responsables de su destino como productores independientes.

5. Se limitará la extensión de las unidades agrícolas para evitar una posesión de la tierra en pocas manos. El tamaño máximo permitido será fijado de acuerdo con la racionalidad económica y los principios tecnológicos.

No será permitida la entrega de la tierra por los propietarios a terceros para su explotación. Quedará prohibido el latifundio y la propiedad absentista en la agricultura.

6. El Estado estimulará la diversificación de la producción agrícola por medio de políticas fiscales, créditos especiales, asistencia técnica a los campesinos, obras de infraestructura, etc., con el objetivo de procurar el máximo autosostenimiento alimentario nacional y abandonar la estructura monoprodutora.

Los campesinos serán libres de realizar las actividades que prefieran, poner precios a sus productos, venderlos en el lugar y momento de su elección, y comprar los insumos, equipos, etc., donde les sea más conveniente.

7. Se permitirá la creación de empresas intermediarias con o sin la participación estatal, para servir de vínculo, caso de aceptarse por los agricultores, entre el campo y la ciudad.

B. EMPRESAS INDUSTRIALES, COMERCIALES Y DE SERVICIOS

1. Será necesario el análisis de la situación económica de cada una de las empresas y sus perspectivas para definir la política concreta a seguir.

Ni la propiedad social ni la propiedad privada representan un fin, y por sí mismas no garantizan la eficiencia económica, la justicia social y la prosperidad de los pueblos.

Dado lo anterior, se respaldará la existencia de grandes empresas de propiedad social, mixta o privada, según convenga a los intereses de la colectividad, dándose primacía a los nacionales para el establecimiento de negocios. Una variante aceptable en algunos casos sería la creación de corporaciones mediante la emisión de acciones, priorizándose la venta de éstas, con facilidades, a los trabajadores de la empresa en cuestión, y en segundo lugar a la población en general. Adicionalmente se valorará de forma casuística la conveniencia de ofertarlas a extranjeros.

2. Cuando se trate de entidades y sistemas fundamentales para el país, como las industrias azucarera, eléctrica, niquelífera, las telecomunicaciones, los ferrocarriles y otras, las decisiones finales sobre su futuro serán consultadas con la población mediante un referéndum, precedido de un amplio debate democrático. Todos los procesos deberán efectuarse siempre con pleno conocimiento y participación de los trabajadores de las empresas.

3. Serán cooperativizadas o entregadas a particulares a través de la venta o arriendo (con opción de compra) todas las microempresas comerciales, industriales y de servicios que actualmente administra el Estado. Con ello, a la vez que son utilizadas eficientemente estas potencialidades, se libera al presupuesto nacional de la carga que representan estos miles de pequeños establecimientos probadamente incontrolables centralizadamente, eliminándose el estímulo de las actividades ilícitas por esta anormal situación.

Para efectuar la cooperativización o privatización de una microempresa, se dará prioridad a los trabajadores de laboren en la misma. Cuando esto no fuera posible, se harán licitaciones públicas caracterizadas por la más completa transparencia.

4. Se seguirá una política dirigida a promover el desarrollo de pequeñas y medianas empresas (PYMES), por cuanto representan una importante fuente de empleo y riqueza, así como coadyuvan a la creación de una estructura productiva nacional más dinámica y adaptable a los requerimientos del mercado. A estos fines se darán créditos en condiciones especiales y asesoría, y se aplicarán políticas fiscales propulsoras de la actividad, privilegiándose en primer término a los nacionales.

5. A los trabajadores por cuenta propia les serán abiertos los accesos a la totalidad de las actividades productivas y de servicios; todo ciudadano tendrá derecho a ejercer esta modalidad laboral.

Quedarán levantadas las prohibiciones y restricciones para llevar al mercado sus productos o servicios, directamente o por medio de intermediarios.

Asimismo, podrán contratar la fuerza de trabajo necesaria para llevar a cabo sus actividades, y se promoverá la creación de un mercado mayorista, donde con plena libertad adquieran los bienes e insumos necesarios para su labor.

6. La industria azucarera, por su peso económico actual y el que tendrá por muchos años, se priorizará con el objetivo de elevar su eficiencia agrícola e industrial. El azúcar, como se conoce, tiene limitadas perspectivas comerciales dada la cantidad de sucedáneos disponibles en el mercado internacional, lo

cual debe inducir al desarrollo de otros productos derivados de esa industria, como podría ser la generación eléctrica para el sistema nacional a través de la utilización de bagazo y otros subproductos como combustible.

7. El turismo, teniendo en cuenta las excepcionales condiciones que posee la Isla para su explotación, deberá apoyarse no solo por los ingresos directos y empleos que genera, sino también como factor potenciador de otras ramas de la economía nacional. Cuando el mercado norteamericano quede abierto a la oferta cubana, las posibilidades de esta actividad serán realmente incalculables.

C. POLÍTICA LABORAL

1. Se propiciará un ambiente de libertad laboral, creatividad y motivación para el trabajo, con una plena democracia sindical y mecanismos protectores de los legítimos intereses tanto de los empleados como de los empleadores.

2. Debido a que en el mercado laboral las leyes de la oferta y la demanda no son totalmente equitativas, al mismo tiempo que exista autonomía en la celebración de los contratos, también deberá existir una política estatal protectora de los trabajadores. A diferencia de los empresarios, ellos no pueden «esperar», tienen que ofrecer su fuerza de trabajo con lo cual su posición negociadora resulta más débil.

3. Quedará terminada la discriminación laboral por razones políticas y de otro tipo. Únicamente serán reconocidos como requerimientos para lograr un empleo la capacidad y honestidad de las personas.

4. Serán abolidos los reglamentos que obligan a los trabajadores a firmar contratos con entidades empleadoras intermediarias.

5. Se propiciará la suscripción de contratos colectivos de trabajo donde se fijen las condiciones laborales, salarios a devengar, etc., en las cuales los empleados puedan defender sus intereses frente a la patronal.

6. Será implantado el derecho de los trabajadores a la huelga.

7. Quedará instituido el salario mínimo, así como un pensión por desempleo, pagadera en función de los salarios devengados y por el tiempo laborado.

El salario mínimo y las pensiones por desempleo serán revisadas periódicamente para evitar la pérdida de sus valores reales a causa de la inflación.

Para los desempleados se pondrán en vigor mecanismos de recalificación que les permitan ocupar puestos de trabajo en otras actividades.

8. En la nueva legislación laboral, también deberán tenerse presentes las realidades del mundo en que vivimos, con su acelerada tendencia hacia el reforzamiento de la competencia.

El tales condiciones, serán tomados en consideración los criterios de flexibilidad y diferenciación laboral para evitar que el país pierda su atractivo para la localización de inversiones y sus mercancías y servicios carezcan de mercados.

De existir estas situaciones, toda la población sufriría las consecuencias, en particular los trabajadores.

9. Serán indemnizados y repuestos en los centros de trabajo los ciudadanos que por defender pacífica y respetuosamente sus criterios e ideales hayan sido expulsados.

**D. SISTEMA MONETARIO
Y FINANCIERO**

1. Serán aplicadas políticas conducentes al saneamiento financiero, evitando caer en mecanismos extremos que dañen a los sectores más vulnerables de la población.

2. Se tomarán medidas para el fortalecimiento del peso cubano como única moneda de circulación legal, eliminándose la dolarización imperante, que tan nefastas consecuencias ha tenido para la economía y los valores espirituales nacionales.

3. Se trabajará por la creación de un amplio consenso en relación con la necesidad de la estabilidad monetaria y la conveniencia del equilibrio entre los ingresos y gastos del presupuesto.

4. Se implementará un sistema moderno de política fiscal bajo el principio de que aquellos que ganen más, aporten más.

Serán mantenidos impuestos especiales para la creación de fondos para el financiamiento de la salud pública y la educación, los cuales serán abonados por los empleadores y empleados cuando los ingresos de éstos garanticen un mínimo vital. Estos fondos podrían complementarse con partidas adicionales del presupuesto.

5. Con la disminución de las funciones estatales debido a las medidas descentralizadoras, podrá reducirse el número de ministerios y dependencias, lo que agilizará la gestión administrativa con un significativo ahorro de recursos humanos y materiales.

6. Cuba es una isla sin contenciosos fronterizos, y resuelto el diferendo político con Estados Unidos, no tendrá sentido mantener órganos armados de proporciones insostenibles. Por ello es necesario proceder a una lenta, pero segura, disminución de las Fuerzas Armadas, hasta llevarlas a dimensiones que garanticen la soberanía y el orden interior, al mismo tiempo que no representen una insoportable carga para la economía.

Esta medida liberaría cuantiosos recursos utilizables en otros campos como la educación, la salud pública, etc. No menos importante es la posibilidad de emplear en el campo civil significativos valores materiales y humanos, especialmente estos últimos, por tratarse de un personal altamente disciplinado y preparado técnicamente que, al recalificarse, daría un apreciable aporte al desarrollo del país.

7. Se creará una Ley de Bancarrota para las entidades públicas o privadas imposibles de sostener en funcionamiento por sus pérdidas económicas.

8. Se llevará a cabo una política de paulatina liberación de precios y salarios. Solo los precios de algunos productos básicos de la canasta familiar serán controlados.

Se limitarán las subvenciones para mantener artificialmente bajos los precios de determinados artículos. A cambio se financiará directamente a las familias y personas con dificultades económicas.

9. El sistema bancario tendrá como su pilar fundamental un Banco Central con la mayor independencia posible.

Los nombramientos para los cargos principales del Banco se efectuarán de forma que resulte imposible al gobierno de turno influir en la institución con fines de favorecer su política.

10. Entre las funciones del Banco Central estarán las siguientes:

- Política cambiaria.
- Emisión monetaria.
- Control de la reserva de divisas.
- Recepción de créditos provenientes de fuentes oficiales.
- Adopción de estrategias orientadas a ofrecer financiación en condiciones preferenciales, dirigida a objetivos y áreas de interés social. A estos fines podrán crearse bancos paraestatales.
- Supervisión de las operaciones de los Bancos Comercial y de Desarrollo.
- Emisión de bonos.
- Realización de préstamos a los Bancos Comercial y de Desarrollo.

11. Los Bancos Comercial y de Desarrollo quedarán subordinados al Banco Central y efectuarán sus operaciones con las entidades económicas del país y el extranjero de acuerdo a sus disposiciones.

12. Se estimulará por todos los medios el ahorro interno, a fin de depender lo menos posible del financiamiento foráneo.

13. Se establecerá una tasa de cambio para el peso cubano sobre bases realistas y de acuerdo con el mercado, con el objetivo de que sea un instrumento útil para medir el nivel de eficiencia de la economía además de sus otras funciones.

14. El país se integrará lo más rápidamente posible a las organizaciones financiero-crediticias internacionales, tales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Interamericano de Desarrollo (BIRD), el Banco Mundial y otras instituciones para diversificar las fuentes y mejorar la capacidad negociadora.

15. Con el objetivo de movilizar recursos financieros internos y eventualmente externos, será creada una Bolsa de Valores donde se negociarán las acciones de las empresas cubanas, bajo reglamentos que garanticen la más estricta ética y transparencia en su funcionamiento.

16. Tomando en consideración la extrema importancia que reviste en la actualidad la lucha contra la corrupción y la necesidad de construir una economía libre de fraude que brinde confianza y credibilidad a nacionales y extranjeros, quedará constituido un Tribunal de Cuentas encargado de establecer los mecanismos para la supervisión del sistema financiero nacional a todos sus niveles.

E. RELACIONES ECONÓMICAS INTERNACIONALES

1. La política en este campo deberá basarse en la mayor diversificación posible de los mercados, tanto los de exportación como los de importación.

Se tratará por todos los medios de ampliar el surtido de los rubros de exportación para no depender, como hasta ahora, del azúcar.

2. Resulta indispensable la incorporación de la economía cubana a los procesos de integración que tienen lugar en el mundo, muy en especial los que se desarrollan en nuestra área geográfica. Sería fatal para el país permanecer al margen de esta tendencia.

Asimismo es evidente que las relaciones con Estados Unidos son un asunto de suma relevancia, por cuanto existe complementariedad entre ambas economías, además de tradiciones y cercanía geográfica que las hacen convenientes y ventajosas.

Estados Unidos tiene una de las más grandes poblaciones hispanoparlantes del mundo, en rápido crecimiento, y es de su interés el avance de una América Latina democrática, fuerte y estable económica y socialmente, capaz de integrarse y así poder hacer frente a los retos de otras zonas del mundo que se está constituyendo en bloques.

También debe tenerse en consideración la vigorosa comunidad cubana residente en Estados Unidos, que ya hoy, con sus remesas, tiene un peso decisivo en la economía nacional. Es de esperar que sirva de puente para un mayor entendimiento, favoreciendo así una cooperación honorable sobre los fundamentos del respeto y el beneficio mutuos.

3. Se facilitará la entrada de capital extranjero no lesiva al interés nacional. Se darán condiciones favorables para el flujo de capitales propiciadores de beneficios especiales para la Isla, como novedosas tecnologías, nuevos mercados, sustitución de importaciones, etc.

Quedará eliminado todo rastro de discriminación a los cubanos en el proceso inversionista.

La contratación de personal cubano en empresas extranjeras se hará sin intermediarios.

4. Se procederá a la negociación de la deuda externa con el objetivo de buscar soluciones que prestigien la credibilidad nacional, siempre y cuando los acuerdos que se logren no asfixien el desarrollo ni representen una carga insostenible para el nivel de vida de la población.

A la deuda con los países del antiguo bloque soviético se le brindará un tratamiento diferenciado con respecto a los otros compromisos, por la incidencia política que tuvo cuando fue concertada y el aporte en sacrificios de toda clase realizado por el pueblo cubano en el contexto de las alianzas de aquella época.

F. SEGURIDAD SOCIAL

1. Como principio básico de la sociedad debe estar la garantía a todo ciudadano de una plena seguridad social, que cree condiciones para disfrutar de una vejez tranquila y digna, atención a la niñez y a las madres, y asistencia para los trabajadores desempleados, accidentados o enfermos y las personas desvalidas. No puede permitirse que ningún ciudadano sea abandonado a su suerte. La solidaridad debe ser una de las bases de la sociedad futura.

Sin garantías para el futuro y justicia para la ciudadanía, no está asegurada la estabilidad y la tranquilidad social, factores indispensables para el desarrollo económico del país.

Al mismo tiempo, deberán tomarse medidas para reforzar la responsabilidad individual y evitar el abuso por personas sin escrúpulos de las ventajas de la seguridad social.

G. SALUD PÚBLICA

1. Los servicios de salud pública permanecerán asequibles a todos los ciudadanos con el objetivo de mantener y mejorar los niveles alcanzados.
2. Se estimulará la producción de medicamentos, con el fin de abastecer el mercado interno, sustituir importaciones y promover fondos exportables. Especial atención deberá brindarse a la biotecnología, aprovechándose la experiencia acumulada.
3. La práctica privada de la medicina quedará permitida sobre la base de una adecuada legislación que garantice la calidad del servicio prestado.

H. EDUCACIÓN

1. La sociedad deberá garantizar a todo ciudadano la enseñanza gratuita y laica desde el nivel preescolar hasta la universidad, fundamentada en las ricas tradiciones docentes legadas por nuestros grandes pensadores como José Martí, Félix Varela y José de la Luz y Caballero.

La educación, además de ser un derecho básico del ser humano, sin la cual no es realmente libre, constituye un elemento decisivo para el progreso socio-económico de los pueblos en un mundo altamente competitivo, dependiente cada día más de complejas tecnologías imposibles de dominar sin un alto nivel educacional a escala social.

Por ello serán garantizados los recursos necesarios para mantener la docencia a un nivel de calidad mundial, así como se promoverá una política de continua recalificación de maestros y profesores que permita mantenerlos debidamente actualizados en las materias que imparten.

2. La contratación del personal docente se efectuará mediante concurso de oposición, seleccionándose a los mejores especialistas según la calificación y vocación para el cargo, sin interferir en absoluto discriminaciones políticas, religiosas o de otro tipo.

De acuerdo con las posibilidades de la sociedad, se creará un status especial para el personal docente referente a salarios y otras ventajas materiales y morales. De la calidad de la enseñanza dependerá en alto grado el futuro de la nación, por lo que la inversión realizada en ese sentido será extraordinariamente gratificante.

3. Se permitirá la práctica de la enseñanza privada siempre que cumpla con los programas de estudio y exigencias oficiales. Los alumnos egresados se someterán a exámenes públicos de comprobación de conocimientos.

4. Se proseguirá una política de desarrollo del deporte a escala masiva, no solamente dirigido al elitismo y la consecución de triunfos internacionales, sino como un factor importante para el mantenimiento de una población disciplinada, sana y vigorosa, en plena capacidad para el estudio y el trabajo.

5. Se permitirá el deporte como profesión bajo control social. Esta actividad, de sus ganancias, contribuirá con fondos para financiamiento del deporte no profesional. Asimismo se darán facilidades para la creación de sociedades deportivas autogestionarias.

I. CIENCIA Y TÉCNICA

1. Se priorizará el desarrollo de la ciencia y la técnica como elementos fundamentales para el desenvolvimiento de la economía nacional.

Será optimizada la utilización de los centros de investigación y creadas nuevas instituciones, cuando las circunstancias lo exijan.

2. La difusión de la información científico-técnica con el exterior como instrumento idóneo para estar actualizados respecto a los avances mundiales.

3. En caso de temas de investigación de singular importancia para el país, ya sean realizados por instituciones públicas o privadas, podrán aplicárseles tratamientos preferenciales de carácter crediticio fiscal y hasta otorgarse aportes financieros no reembolsables.

4. Será favorecida la colaboración científico-técnica con el exterior como instrumento idóneo para estar actualizados respecto a los avances mundiales.

J. MEDIO AMBIENTE

1. Se pondrá en vigor una estricta legislación de protección del medio ambiente que impida que el avance económico conduzca a la destrucción del sistema ecológico.

La prosperidad del turismo, la agricultura y otras actividades decisivas para la nación depende de un entorno ambiental no contaminado y con las bellezas naturales intactas.

K. COMUNIDAD CUBANA EN EL EXTERIOR

1. Será promovida una política de tratamiento especial a los compatriotas residentes en el extranjero, dirigida a fortalecer los vínculos culturales, familiares, económicos y sociales.

A esos fines se creará una institución oficial responsabilizada con la política a seguir. En especial se facilitará la reinserción en la sociedad cubana con plenos derechos y deberes a todos aquellos que lo deseen.

L. INDEMNIZACIÓN DE PROPIEDADES CONFISCADAS

1. Como se conoce, excepto con Estados Unidos, el Gobierno cubano ha llegado a acuerdos con los ciudadanos a los que se les confiscaron propiedades en los primeros años de la revolución. Incluso, en reiteradas ocasiones, las autoridades han declarado su disposición de efectuar negociaciones con la parte norteamericana sobre el tema.

En esas condiciones, sería discriminatorio para los nacionales, cuyas propiedades fueron confiscadas y todavía no indemnizadas, no ser tomados en cuenta, siempre que demuestren de forma fehaciente la legitimidad de la reclamación y que los bienes no hubieran sido adquiridos a través de la malversación u otros medios fraudulentos.

2. La forma y los plazos que establezca la correspondiente legislación serán fijados en función de las posibilidades económicas del país.

3. La legislación creada al efecto se someterá a debate popular y por último a referéndum.

Olvidar Sandino

UN DOMINGO DE AGOSTO DE MIL NOVECIENTOS SETENTA y tres, mientras mis dos hermanos y yo hacíamos demasiado ruido retozando en casa, mi madre nos amenazó con mandarnos a estudiar a una escuela en el campo. No le hicimos ningún caso, seguimos alborotando y la amenaza se cumplió

En realidad no teníamos otra opción: había dos escuelas de nivel secundario en mi pueblo, San Juan y Martínez, una cerraba, la otra daría matrícula a casos especiales, o sea, a adolescentes que por razones de salud o algún impedimento físico tuvieran que mantenerse cerca de su familia. La escuela urbana se convertía así en un colegio para tullidos y minusválidos, los demás trabajaríamos en el campo a la vez que estudiábamos.

Lo mismo estaba ocurriendo en casi todo el país. Mis hermanos y yo y todos los jóvenes de nuestra edad, conformábamos la fresca semilla del *hombre nuevo*, pilares ideológicos de la revolución cubana en el futuro y nuevos soldados al servicio de un mundo donde no tendría cabida la explotación del hombre por el hombre.

A Sandino —dijo mi madre—, ahora sí van a saber lo que es bueno.

Mis progenitores jamás discutieron sobre algún tema familiar importante frente a nosotros, pero mi padre no pudo esconder su tristeza ante la inminente partida de casa de sus hijos. «¡A Sandino, Dios mío!

Nosotros no teníamos ni idea de a dónde nos llevaban, pero mi padre conocía demasiado bien el lugar: en Sandino había purgado la ofensa a la Revolución de presentar una solicitud de salida del país con toda su familia unos años antes, sabía para qué había sido utilizada aquella árida sabana y quiénes nos habían precedido en esta migración hacia tan desolados parajes y por qué, pero no nos lo dijo entonces. No fue hasta mucho después cuando yo pude atar hilos sueltos al tratar de entender el porqué de un lugar como Sandino.

Clemente Brañas, un amigo entrañable de aquellos tiempos y después, se mató de un tiro en el pecho a los

cuarenta años, en mil novecientos noventa y siete. En otro capítulo quiero reflexionar sobre esa tragedia y sus matices, pero la cito aquí porque fue precisamente el suicidio de mi amigo y sus connotaciones lo que me hizo integrar finalmente reflexiones profundas sobre esa época y su legado en nuestras vidas aún en el presente, cuando ese lugar ha vuelto a ser el casi desierto que antes era y las viejas escuelas en el campo se levantaban fantasmales en una llanura infértil como lo fue siempre, ya sin futuros hombres nuevos, ni de ningún tipo.

Una buena parte del territorio que hoy se llama Sandino —en honor a un héroe nicaragüense—, enclavado en la península de Guanahacabibes, en la zona más occidental de Cuba, era antes de 1959 una gran extensión de pastizales donde escasamente se criaba algún ganado; los suelos, con un alto grado de salinización, no parecían dar para más. Había allí también una base aérea norteamericana, (aún existe, pero ahora hay viejos Migs en sus hangares). El lugar, aunque no del todo inhóspito, estaba deshabitado como consecuencia de su natural infertilidad. Allí llevaron primero a los campesinos provenientes de la sierra del Escambray, en el centro de Bua, acusados de colaborar con las guerrillas contrarrevolucionarias durante la *lucha contra bandidos*. Mi padre, también castigado por no revolucionario, trabajó en la construcción del singular reclusorio llamado Ciudad Sandino, un concepto que tenía sus antecedentes en una táctica de guerra aplicada por el militar español Valeriano Weyler contra los cubanos durante las luchas de independencia: la histórica ‘reconcentración’.

Más tarde, los hijos de aquellos contrarrevolucionarios, y de otros, como mi padre, y los de contrarrevolucionarios en potencia como era cada cubano nacido en la primera mitad del siglo, fueron llevados también a Sandino. No al pueblito habitado ya por los *gusanos* del Escambray, sino a las extensas sabanas deshabitadas aledañas a éste; a unos horribles edificios construidos de la noche a la mañana y separados cuatro o cinco kilómetros entre sí. Pero sobre todo lejos, muy lejos de la familia y su nociva influencia.

En un mundo así, lo menos contaminado posible por los viejos vicios del capitalismo, se levantaron una treintena de estas escuelas para estudios secundarios y preuniversitarios. En el mismo pueblo de Sandino se construyó la Filial Pedagógica donde, concluidos los estudios de secundaria, nos formamos la mayoría de los profesores que transmitiríamos la nueva verdad, el evangelio socialista a nuestros primos menores, habitantes como nosotros de los poblados al oeste de Pinar del Río, la capital de la provincia. Todo estaba arreglado, previsto al detalle para formar al hombre nuevo, que en los años venideros estaríamos liderando la revolución mundial, en Angola, en Etiopía, o donde fuera necesario.

«Donde nace un comunista, mueren las dificultades», rezábamos en las mañanas, después de escuchar a Silvio Rodríguez y a Pablo Milanés recordarnos que: «Esta es la nueva casa, esta, la nueva escuela, casa y escuela nuevas, como cuna, de nueva raza. Estos son sus jardines, estos sus semilleros, hechos con adoquines, de vergüenza, piedra y luceros». (Me da pena recordar de Silvio y Pablo sus panfletos cantados y su fervor revolucionario, casi comunista, de entonces,

pero yo los sufrí). En ninguna de las escuelas en el campo donde estudié o trabajé, a propósito hubo nunca un jardín, al contrario, los jardines de toda Cuba, incluido los hermosos paseos arbolados de La Habana, se dejaron morir con la Revolución. El gusto por las flores era prescindible, también un viejo vicio feminoide y burgués heredado del capitalismo.

En Sandino transcurrió mi adolescencia y primera juventud, salí de allí a los veinte años. En ese período, como buen hombre nuevo, me formé en todos los viejos vicios de la humanidad y en algunos más recientes y peores, inventados o llevados hasta su más legítima expresión por el socialismo. Las imágenes de esos tiempos que aún hoy me persiguen son de rigores y carencias de todo tipo. Pero sobre todas las cosas, las ESBECS e IPUECS (Escuela Secundaria Básica en el Campo, Instituto Preuniversitario) fueron un intento consumado y sistemático de generar un nuevo tipo de ser humano, abyecto, sin individualidad ni ideales propios. Tuvieron que pasar muchos años y experiencia de vida, incluso fuera de Cuba, para que llegara a entender a plenitud las vejaciones a la dignidad humana enmascaradas con promesas de futuro a que fuimos sometidos durante aquellos años de encierro.

Una de las transformaciones que parecía necesario introducir en el hombre nuevo fue su dieta. A veces me parece increíble que el problema del hambre en Cuba, que afloró en los años noventa con el llamado período especial, haya podido ser negado, soslayado y manipulado durante tanto tiempo desde el poder. Si una huella imborrable tengo de Sandino es la del hambre, sobre todo, los años en que fui alumno de secundaria, puesto que ya después, los jóvenes profesores nos autorizábamos a robar los escasos alimentos de almacenes y neveras.

Un hambre atroz, a veces resuelta en lágrimas a mis impotentes y famélicos catorce años, un hambre a lo Oliver Twist, pero donde pedir una segunda ración, o colarte de nuevo en la fila para tratar de llenar tu estómago, no solo era una indisciplina grave, sino una actitud de *contrarrevolucionario*, la palabra más temida.

Un hambre absoluto: un vaso de leche aguada a las seis de la mañana, una magra ración de harina de maíz hervida, los tristemente célebres tronchos de macarela japonesa en conserva, sopa de agua de chícharos a las doce del día y probablemente algo de esto mismo a la hora de la comida, a las seis de la tarde. Había otras cosas a veces, arroz, por ejemplo, más leche y hasta yogurt, morcilla o cualquier alimento a base de vísceras, pan algunos días, con moho por lo viejo, jamás carne o queso, como tampoco vegetales frescos. Y siempre, aquella basura, en cantidades que darían risa si no fuera porque convocaban al llanto.

No quiero describir demasiado la alimentación de aquel hombre nuevo que se gestaba en Sandino, porque la realidad, ya sabemos, puede ser más increíble que la ficción; si vuelvo sobre el tema, que cientos de miles de adolescentes cubanos sintieron en mayor o menor medida en estómago propio en aquella época, es porque aún hoy sigo necesitando contestar al machacoso discurso del poder en Cuba durante tantos años, afincado en que «en nuestro país nadie se muere de hambre». No, nadie se murió de hambre nunca, eso es

una verdad incontestable: los cubanos en general aprendimos a irnos a la cama con hambre, a levantarnos con hambre, a pasar el día con hambre y a comer lo que nos dieran o lo que hubiera después de hacer colas interminables «para llegarle a la *jama*» o sea: a vivir sin comer casi todo el tiempo, pero sin morirnos. Estar «fuera de caldero» llegó a ser nuestra condición natural. Yo vi por primera vez un pedazo de chorizo o una rueda de queso cuando llegué a México con treinta y un años. A veces me da pena reconocerlo públicamente.

Un país embargado desde fuera por Estados Unidos, y desde dentro por la absoluta ineficacia de la economía socialista, terminó por empobrecer tanto la agricultura isleña que, para mantener alimentados como se pudiera a los pichones de la sociedad comunista del futuro, mientras accedíamos recluidos a su nuevo catecismo, la mamá Revolución tuvo que importar alimentos que nunca antes el cubano había bajado hasta su estómago, y otros que en tiempos mejores y en los países desarrollados habrían pasado a constituir parte de la dieta del ganado.

Entre las muchas escenas que guardo de la infame lucha por la supervivencia a que nos llevó esta situación, recuerdo una noche en que fui invitado por mi hermano mayor a un «pollicidio» en el preuniversitario Panchito Gómez Toro, a dos kilómetros de la escuela donde yo fungía ya como profesor entonces. Habían llevado una veintena de pollos, que generalmente se usaban para darle algún contenido proteínico a una sopa que se repartía entre seiscientas personas, pero por alguna usual carencia del día —probablemente faltaban los fideos para la sopa— los animales, que no habían sido sacrificados, sino llevados vivos, estaban allí hacía una semana, en el sótano del comedor. Hasta que un grupo de estudiantes decidió comérselos.

A las doce de la noche un «comando» bajó desde los albergues como se hacía comúnmente: rapeleando furtivos por la varilla de acero (cabilla) que hacía de tierra de la jaula pararrayos en la azotea, asfixiaron sin ruido los pollos, y los subieron amarrados a la cintura hasta el tercer piso, donde dormían. Otro grupo, encerrados en el baño colectivo, prepararon una fogata con cuadernos escolares, palos de escobas, tablillas de persianas arrancadas de los propios ventanales del albergue, y cuanta madera consumible se pudo reunir. A las dos de la mañana se había consumado el festín. Los huesos, plumas ensangrentadas y vísceras no comestibles quedaron en manos de otra parte del grupo para ser enterradas en una cañada cercana a la escuela.

Lo peor es que un acto de vandalismo de esta magnitud, una vez propagada la noticia entre los demás estudiantes, era festejado por todos, y generalmente cualquier búsqueda de los culpables se estrellaba contra un férreo silencio. Hacer justicia a nuestros estómagos era un acto de rebeldía contra un orden de cosas impuesto desde el poder. A una escala mayor, los cubanos siempre han sentido que robarle al Estado, amo y señor de nuestras vidas, solo es delito para el Estado mismo. Hasta el presente el robo, instituido por el poder para su propia supervivencia —como lo es, sin lugar a dudas, cobrarle cincuenta dólares de visa a un cubano por visitar su propio país— es contestado a diario y de todas las maneras posibles por la gente común con el mismo objetivo: sobrevivir.

Aquellos vándalos robapollos —dato curioso, uno de ellos más tarde llegó a ser jefe de la policía de la provincia, Pinar del Río— eran estudiantes de preuniversitario, entre los dieciséis y los diecinueve años, quienes como promedio llevaban ya cinco o seis viviendo bajo el régimen de las escuelas en el campo, o sea, ya eran entrenados hombres nuevos.

Quienes optamos por entrar al Destacamento Pedagógico Manuel Ascunce Domenech, los nuevos y jóvenes educadores de las aún más nuevas y jóvenes generaciones de cubanos, no vivíamos al margen de esta lucha casi marginal por la supervivencia. La mayoría éramos solo dos o tres años mayores que nuestros alumnos, pero nos distinguía el hecho de ser ya maestros y que se nos tratase como estudiantes universitarios. Aunque aún no hubiéramos terminado siquiera el bachillerato, éramos considerados en esos momentos como los «niños lindos de Fidel Castro», una suerte de avanzada del desarrollo ideológico. Pero en la realidad real a una buena parte de aquellos futuros hombres nuevos las circunstancias en que vivíamos nos llevaban a actuar como verdaderos maleantes; y los que no, eran cómplices silenciosos y resignados de un modo de vida oprobioso.

Dentro del régimen de encierro de las ESBECS los profesores vivían también en las escuelas. A diferencia de los estudiantes, y dada nuestra autoridad como docentes, no se nos restringía el acceso a casi ningún lugar de los edificios escolares, por el contrario, éramos los maestros quienes teníamos que velar, incluso con guardias nocturnas, por la disciplina y la organización de las escuelas. En Sandino, los asaltos a las neveras donde se guardaban los siempre escasos alimentos perecederos, llegaron a ser legendarios: cuantos más aditamentos pusieran los administradores para reforzar sus puertas, más osado y artificioso se hacía el robo. A veces las neveras solo tenían dos o tres piernas de jamón para adicionar a los inefables caldos que nos tragábamos, pero también leche, yogurt, morcilla o algo de carne. Apenas nada de eso llegaba a los estudiantes; a los hurtos de los propios administradores y directores de escuelas, que se llevaban a sus casas los mejores trofeos, se sumaban los de nosotros, los flamantes niños-lindos-profesores-estudiantes de papá Fidel, con lo cual se consumía una buena parte de la ya de por sí magra ración destinada al alumnado. Pero para nosotros y nuestra juvenil y rateril inconsecuencia, todo esto se justificaba simplemente porque teníamos hambre; alardeábamos en corrillos de aquellos hechos incluso, y los «asaltos» se transmitían de boca en boca, de escuela en escuela, como si se tratase de hechos verdaderamente heroicos.

En realidad todo quedaba en casa, rara vez, que yo recuerde, alguien fue castigado por actos de este tipo, eran parte de una forma de sobrevivir y había demasiados implicados y cómplices para estar aireándolos. Se corría el riesgo de que, en caso de conocerse, estas fechorías pasaran a manchar tu expediente político, que era lo que más temíamos, pero el hambre y las ideologías nunca se han llevado muy bien, aunque hayan convivido casi siempre. En muchos casos también, los profesores-estudiantes del Pedagógico, hermanados con sus alumnos en la adversidad, usaban los turnos de sus propias guardias nocturnas

para permitirles el acceso a las neveras, como un acto de vengativa complicidad a favor de los más jodidos.

De cualquier modo, estos pequeños robos nunca estarían tan mal vistos por el poder, como, por ejemplo, que alguien se cuestionara la razón de ser de las ESBECS mismas; preguntarse por qué el Gobierno sacaba del seno familiar prácticamente a la fuerza a decenas de miles de adolescentes y jóvenes y asumía un costo tan alto y un esfuerzo tan improductivo desde el punto de vista económico en su educación «integral».

La idea de que los suelos de toda la costa sur de Sandino tenían un alto grado de salinización y nunca producirían las cosechas de cítricos que allí plantamos era, se nos dijo, un invento de la CIA, y repetirlo públicamente solo podía servir en principio para generar un enemigo más de la Revolución. La realidad es que la aridez de aquellos suelos la conocían hasta los perros. Que nosotros no estábamos allí para contribuir a la economía nacional, sino a la causa ideológica de un mesiánico Fidel Castro, lo vine a entender ya adulto y pasados unos cuantos años, pero la primera evidencia de ello consistió simplemente en que nuestros campos de cítricos nunca se dieron; en algunos lugares crecieron más, pero en la mayoría de las áreas simplemente no pasaron de ser unos raquíuticos árboles sin frutos. El tiempo pasó, las ESBECS pasaron y aquellas inmensas cosechas de naranjas y limones exportables que se producirían con el esfuerzo del hombre nuevo cubano están tan presentes en la vida de hoy como el hombre nuevo mismo y la vieja hambre.

Una práctica generalizada en las ESBECS —y no solo en las de Sandino— fue la de «robarse» los exámenes. En realidad la mayoría de las veces no había tal cosa: los profesores y autoridades docentes participaban activamente en que los estudiantes conocieran de antemano las preguntas de los exámenes finales. Dentro de la masa homogénea del hombre nuevo podía haber brutos o retrasados, estudiantes con desajustes emocionales o con capacidades disminuidas, pero esto no importaba mucho siempre que se pudiera hacer de ellos buenos revolucionarios: la emulación escolar socialista exigía un aberrante cien por cien de promoción.

Los directores de escuelas que no cumplieran con ese *objetivo* se verían tarde o temprano en problemas. Como tal promoción de todos los estudiantes al nivel escolar siguiente era prácticamente imposible en circunstancias reales, los maestros hacían repases de contenidos cada vez más explícitos y sugerentes en los días anteriores a los exámenes finales. Pero como siempre podía haber un despistado o alumnos a quienes simplemente les importaba un pito pasar de año, esta práctica no era suficiente. Los «educadores» más desmoralizados comenzaron a dejar en un lugar visible las preguntas de exámenes ya definitivas e incluso a veces las respuestas a éstos, y los maestros encargados de cuidar que los alumnos no se copiaran entre sí, se paraban en la puerta de las aulas a mirar para afuera mientras adentro los examinados cotejaban sus respuestas. Otros docentes optaban aún por el disimulo ante un fraude o se hacían de la vista gorda; solo una muy mínima porción de maestros cubanos durante los años setenta y principios de los ochenta (no puedo

afirmar si antes o después) a nivel secundario o preuniversitario, aún con respeto por el magisterio como carrera y la dignidad suficiente como profesionales, se negó a aceptar estas prácticas. O se opusieron a ellas como pudieron, hasta donde pudieron; pero ningún tipo de oposición a los dictados del poder fue nunca en la Cuba *revolucionaria* una postura que ayudara a ascender o siquiera mantenerse dentro de la escala de valores del socialismo, ni dentro de su sistema educativo ni en ningún segmento de la sociedad cubana. Estar acorde con los mandatos del poder, con lo que «venía de arriba» por muy desquiciado y cuestionable que fuera, era lo único sano e inteligente con la supervivencia. Esa fue una de las cosas que debía aprender el hombre nuevo, cuanto antes, mejor. Para eso, entre otras cosas, se inventó Sandino.

Como las neveras, los exámenes finales también se «robaban». No siempre los estudiantes tenían a tiempo las preguntas y sus respuestas, no siempre el fraude estaba tan bien organizado. Ya acostumbrados a no tener que esforzarse mucho para pasar de año, el alumnado ponía un poco de su parte. En cuanto se sabía —y casi siempre se sabía— que en alguna escuela las preguntas del examen final de Física, por ejemplo, estaban en manos del alumnado, las demás enviaban a alguien por una copia del cuestionario. Como estaba prohibido que los alumnos de las ESBECS salieran de la escuela antes del fin de semana, entre todos hacían una colecta para pagar un furtivo taxi desde Sandino hasta otro enclave de escuelas en Pinar del Río (cerca de 80 kms), o iban a caballo de una escuela a otra, o como pudieran, cualquier aventura de este tipo era más divertida e implicaba menos esfuerzo que tener que estudiar para un examen, y a nadie le importaba mucho que todas las respuestas fueran exactamente iguales y perfectas. De cualquier modo, así sería en la sociedad comunista, todo perfecto.

«Dar beta», o lo que es lo mismo, ligarse a una alumna, llevarla a los privados de profesores y desnudarla mientras otros observaban escondidos, fue una práctica común entre maestros y alumnos mayores en Sandino, como muchas otras conductas voyeuristas, dado el fresco material humano de que disponíamos para ello.

Lo fueron también las broncas constantes, el uso de la violencia y la «guapería» carcelaria, sobre todo entre los maestros; la más absoluta promiscuidad entre profesores y estudiantes, así como emborracharse cada vez que hubiera la ocasión para ello, dentro de las mismas instalaciones docentes y a una edad muy temprana. Todos estos vicios tal vez fueran «heredados del capitalismo», pero lo cierto es que nunca hallaron un caldo de cultivo ideal para desarrollarse como las ESBECS. No obstante, y a pesar de todo esto, en ellas se iba formando poco a poco el hombre nuevo.

Ideológicamente sobre todo. Las posibles fallas en la instrucción y el conocimiento podían erradicarse en el camino —y efectivamente, la instrucción en las universidades, sin perder su condición doctrinaria, era mucho más rigurosa—, pues lo que había que arraigar de manera definitiva en el hombre nuevo era la *moral socialista*. Para eso y no para otra cosa habían concentrado

en Sandino a miles de adolescentes y jóvenes, para cortar de raíz cualquier resabio de la vieja mentalidad burguesa de sus padres y hacer de nosotros hombres del futuro.

Cuanto de lo que soy en el presente se remite a experiencias vividas en Sandino, en esa etapa crucial que es el paso de la niñez a la juventud, lo he ido vislumbrando con los años, pero desde muy temprano algo dentro de mí había censurado todo aquello. Desde que dejé atrás Sandino en 1980 y durante los diez años que trabajé en el Instituto Superior Pedagógico de Pinar del Río; tuve una pesadilla recurrente: por alguna razón de índole ideológica —y siempre las hubo— me castigaban, me retiraban mi cátedra como profesor universitario, y me mandaban de nuevo a trabajar a una ESBE en Sandino. Ese sueño obsesivo no me abandonó nunca hasta que dio paso a otro similar, cuando ya vivía en México: de vuelta a Cuba, las autoridades isleñas se negaban a dejarme salir. Esta última parece ser también una experiencia colectiva de quienes vivimos hoy fuera de la isla: muchos sueñan que visitan Cuba y una vez allí no pueden salir. Y se despiertan otra vez cercados por el miedo y el desasosiego.

Porque el miedo fue uno de los componentes más importantes de la educación del hombre nuevo cubano. En ese sentido no creo que hubiera una labor mejor estructurada dentro de la educación socialista en general, pero sobre todo para aquellos que nacimos con la Revolución, en quienes el veneno del miedo se empezó a instilar directo en vena desde una edad adecuada. Los procedimientos para enseñar a temer y a actuar en consecuencia son simples y, a diferencia de los métodos del terror, una terapia terminal aplicada por dictaduras más brutales y con menos planeación, el miedo ha tenido para los cubanos al parecer un efecto mucho más prolongado y eficiente para el mantenimiento de un orden... dictatorial.

Como en una inmensa cárcel, millones de jóvenes cubanos eran levantados cada día de sus camas a las seis de la mañana con consignas y canciones revolucionarias, o noticieros sobre las diferentes formas en que también a cada hora derrotábamos al imperialismo yanqui, o cifras de las inmensas cosechas agrícolas obtenidas por la economía socialista (que inexplicablemente nunca transitaban hasta nuestros rabiosos estómagos). Desayunábamos tragando ávidos lo que se nos diera, a veces nada, se nos reunía en rituales matutinos y se nos arengaba sobre el socialismo y el luminoso futuro comunista. De ahí a las aulas o al campo de manera alterna en turnos matutinos y vespertinos de acuerdo con el año escolar. Estábamos cuatro horas diarias doblados sobre surcos que plantitas que podían sacar todavía menos nutrientes de aquel suelo estéril de lo que recibíamos nosotros mismos, bajo el implacable sol isleño, o la lluvia, «llueve, truene o relampaguee», a lo que sumábamos cinco horas en las aulas, donde se nos hacía un relato pormenorizado de cómo el mundo era un caos, un verdadero infierno de explotación del hombre por el hombre hasta el día grandioso para toda la humanidad en que nació el comunismo soviético, el cual a su vez prohió el más iluminador de todos los hechos que han ocurrido en la Tierra en su historia: a Fidel Castro y la revolución cubana.

Todavía volvíamos a las aulas entre las seis de la tarde y las ocho de la noche para hacer nuestras tareas, y después de estas sesiones teníamos cerca de una hora y media disponible para nosotros. A las diez de la noche se apagaban las luces de los albergues hasta que, todavía antes de que amaneciera, nos despertaba a todo volumen la vocecilla de Silvio Rodríguez o un programa radial sobre las inmensas capturas logradas por una cooperativa pesquera.

Faltar al trabajo o a clases, cualquier travesura o incumplimiento de tareas podía ser penalizado con «quitarte el pase», o sea, no regresar con tu familia el fin de semana; pero cuestionarte de cualquier forma el régimen de vida que se nos había impuesto era la peor de las faltas, expresar una idea que no estuviera alineada cien por cien con los magnánimos ideales de la Revolución era un síntoma de DESVIACIÓN IDEOLÓGICA y tendría implicaciones para siempre en tu vida de adulto, en tu carrera. La bestia negra de la «mancha en el expediente» nos perseguiría a donde fuéramos.

Mi tendencia a cuestionarme todo, sumado al hecho de ser hijo de padres católicos, y la intención de salir del país de mi familia cuando aún yo no era más que un niño, hicieron de mí siempre un sujeto de dudosas convicciones revolucionarias. Arrastré ese sino aun cuando mis cualidades de «revolucionario», mi vocación por el conocimiento y quizá algún talento para las letras, me ayudaron a obtener una cátedra universitaria en el Instituto Superior Pedagógico de Pinar del Río. Desgraciadamente elegí la lengua inglesa como carrera y me hice profesor e investigador de literatura norteamericana, o sea, un estudioso y promotor de la obra del imperialismo, razón de más para seguir siendo sospechoso. Pero de cualquier modo nadie, ningún cubano, ni los más abyectos al régimen dejaron nunca de ser sospechosos; hasta aquellos que «lo dieron todo por la Revolución» estuvieron y están hoy bajo la mira. Ninguna expresión presente o pasada para describir la paranoia inducida en los cubanos ha sido nunca más certera que la multicitada: «Be careful, Big Brother is watching for you», de Orwell en 1984.

En Sandino aprendí como todos a vivir con hambre y con miedo a toda hora. A temer que finalmente fuera descubierto mi inconsciente «contrarrevolucionario», a que el Poder decidiera que aún no estaba lo suficientemente bien formado como hombre nuevo porque pensaba que las cosas no estaban bien como estaban. Y solo los cubanos sabemos realmente cómo estaban.

Dos años atrás le conté a un amigo mi proyecto de retomar los hilos de la Cuba en la que él y yo nacimos, hijos de la Revolución, empezando por las ESBECS. Me dijo: «Si vas a hablar de Sandino, sé justo. Allí nos formamos, allí nos hicimos lo que somos ahora». Raúl H. González Jonte-Cruz es profesor de la Universidad Autónoma de Madrid y de la Universidad de Coimbra, en esos momentos yo era director editorial de *National Geographic* para América Latina. Me vino a la mente una rápida lista de intelectuales cubanos, académicos, artistas de renombre, profesionales de primer nivel de todo tipo desperdigados por el mundo. La gran mayoría vivió experiencias de algún modo cercanas a las de Sandino, en sitios, planes económicos, o proyectos de igual naturaleza mesiánica, que a su vez generaron la misma miseria moral y económica, los mismos

traumas que conforman una parte intrínseca del cubano de hoy. Lo peor es que muchos de esos planes aún conforman una buena parte del presente en Cuba, y así seguirá siendo mientras nuestro Big Brother esté vivo y en posesión (más o menos) de sus facultades mentales. Sandino, por supuesto, nos dejó cosas muy buenas: nos enseñó a sobrevivir en las condiciones de la más absoluta adversidad, a luchar por nuestros objetivos en silencio e individualmente mientras asumíamos que formábamos parte activa de unas quiméricas aspiraciones colectivas. Aprendimos a esperar con paciencia, a soportar rigores con disciplina, a trabajar con las herramientas que nos pusieran en las manos, a ser solidarios como solo pueden serlo quienes tienen que enfrentar juntos las calamidades del diario vivir. Ese espíritu y esa fortaleza lo llevamos después a otras lides, a otros entornos, a otros países. Somos, finalmente, el hombre nuevo, si ya un poco desgastado.

En Miami, en Madrid, en México DF, en New York, en Hawai, en Berna, en Novosibirsk o en La Habana, en muchas, en demasiadas ciudades del mundo, tengo amigos o simples conocidos que pasaron aquellos años injuriosos en las estériles sabanas de Sandino. Quizá no son lo que hubiera querido el Comandante, pero sí, todos aprendieron a trabajar duro, a luchar a brazo partido por recuperar de algún modo la idea de la familia que casi pierden entonces y después, a acceder con dignidad a todo lo que les fue negado, a vivir en la certeza del presente y la posibilidad de buscar en él la felicidad individual y la de los suyos. A hablar, pensar y actuar de una manera y decir lo que pensamos sin temer a nuestros propios pensamientos por espurios, o porque simplemente difieren de los de alguien, sobre todo los del Poder.

Sin embargo, después de casi cuatro décadas los fantasmas de Sandino y sus alrededores nos persiguen a donde vayamos. Basta para convocarlos con abrir el periódico o ver por casualidad algo sobre Cuba en la televisión, iniciar un trámite en la embajada cubana donde vivamos, hablar por teléfono con un amigo o simplemente despertarnos un tranquilo domingo de agosto con los niños retozando en la casa, aunque lejos de Cuba, y descubrir —como en el célebre minicuento de Augusto Monterroso— que el dinosaurio aún sigue ahí.

La fiebre de la rumba*

«(...) este es el siglo de la rumba. Se baila en los más empingorotados salones; los espectáculos más selectos la han escogido como uno de sus números coreográficos de mayor estimación y mejor gusto (...) en New York, París, Londres y Viena es la señora y tirana de los más refinados cabarets; y en su patria nativa ha sabido, con el mas cruel y tenaz despotismo, cobrarse, en represalia, las repulsas y desdenes de que la hicieron víctima propiciatoria, cuando era una pobrecita inocente y desconocida...»

FEDERICO VILLOCH;

«La rumba de Lina Frutos»

Robin Moore

LOS ESTUDIOSOS DE LA CULTURA POPULAR SEÑALAN LA década de los treinta como el inicio de la relativamente breve, pero influyente fiebre de la rumba en Europa, Estados Unidos, Latinoamérica y otros países del mundo. Roberts (1979) describió la historia de la rumba comercial en Estados Unidos, junto a la de otros géneros musicales latinoamericanos. Su obra demuestra que a principios del siglo xx el mundo entero atravesó un período de expansión de las influencias culturales internacionales. Ya en 1900, algunos géneros cubanos, como la habanera y el danzón, se anticiparon a la fiebre de la rumba alcanzando una popularidad considerable en el extranjero. El interés por la rumba se desató quince años después de la difusión internacional del tango argentino, y más o menos al mismo tiempo otros géneros «exóticos» se pusieron de moda: de Estados Unidos (el jazz, el «hillbilly» y la música hawaiana), de Trinidad (el calypso), de Martinica (el beguine) y del Brasil (la samba y el maxixe). Con el fin del sistema colonial en el «tercer mundo» y la expansión de las

* Fragmento del capítulo del libro *Échale salsa. Mestizaje y revolución musical en La Habana (1920-1940)*, que la editorial Colibrí publicará próximamente.

clases trabajadoras urbanas en los países industrializados, las manifestaciones culturales que se habían desarrollado relativamente aisladas pasaron gradualmente a formar parte del «legado cultural mundial» (Foster 1991). Las nuevas tecnologías de grabación, el desarrollo de la radio y el incremento de nuevos medios de transporte, acercaron a nuevos públicos a sonidos que antes estaban limitados a determinadas regiones geográficas y los reprodujeron en contextos completamente diferentes. Estas tendencias también permitieron que se impusiera el «primitivismo» con artistas de la talla de Mondrian, Picasso, Matisse y Klee, quienes utilizaban artefactos expuestos en museos coloniales como fuentes de inspiración para una estética «revolucionaria» de vanguardia (Togorvnick 1990).

Es sorprendente lo poco que se ha escrito acerca de la rumba a pesar del privilegiado lugar que ocupa dentro de lo que se ha dado a conocer como la «globalización de la cultura marginal». El auge de la rumba comercial, aunque se menciona de modo breve en algunos libros y artículos, nunca ha sido objeto de un estudio serio. La música de cabaret y *nightclub* en Cuba aún no ha sido legitimada como objeto de investigaciones especializadas. Tal omisión es relevante, si se tiene en cuenta la importancia que se le atribuye a la «transculturación» en los estudios de las ciencias sociales cubanas. El término, acuñado por Fernando Ortíz alrededor de 1940 tras haber leído las obras de R. C. Thurnwald (*Blacks and Whites in East Africa*, 1935) y de Melville Herskovits (*Aculturation: The Study of Culture Contact*, 1938), se refiere al modo en que las formas culturales pasan de unos grupos sociales a otros a través del tiempo¹. Aunque se presenta como una teoría, la obra de Ortíz sobre el tema ofrece más bien una descripción de varios tipos de sincretismo y no una explicación de cómo y por qué se desarrollan las formas sincréticas. A partir de los años cuarenta varios autores se refieren constantemente a la transculturación (por ejemplo, Guancho 1983), pero fracasan en el intento de ampliar los estudios de Ortíz a través de la profundización del análisis de los procesos de cambio e intercambio cultural. La rumba comercial parece ser el objeto ideal de este tipo de estudio, pues las alteraciones que sufriera el género antes de 1930, a partir del teatro bufo y entre los compositores del afrocubanismo, se hicieron aún más evidentes después de que algunos músicos de otros países se apropiaron de ella. (...)

EL GÉNERO FOLKLÓRICO

En contraste con la escasez general de información disponible sobre la rumba comercial, sobre su contraparte folklórica existe una cantidad de escritos considerable. Para un estudio detallado de los distintos tipos de rumba no comercial y sus patrones rítmicos, instrumentos de percusión, estilos de baile y melodías asociadas a cada uno de ellos, véase Gómez Yera (1964), Martínez Rodríguez

¹ Para más detalles ver Ignaza (1989) y Moore (1994). La exposición más clara de las ideas de Ortíz sobre la transculturación aparecen en «Por la integración cubana de blancos y negros». «Estudios afrocubanos» (1945-46), pp. 217-238.

(1977), Crook (1980, 1982), León (1984), Jahn (1989), Acosta (1991) y Daniel (1989)². La rumba se originó en los solares urbanos de negros de La Habana y Matanzas a mediados del siglo XIX (Urfé 1982: 153). Se interpretaba exclusivamente con instrumentos de percusión y voces, por lo que desde el punto de vista auditivo tiene un sonido más africano que la mayoría de las músicas comerciales del mismo nombre.

Los ritmos cíclicos, repetitivos que interpretan la mayoría de los instrumentos crean una base de textura entrelazada y compleja sobre la cual improvisa el quintero o percusionista solista. Su ejecución —la percusión es una actividad masculina por excelencia— es altamente sensible a la acción de otros, se basa en la entrada de otros instrumentistas, en las interjecciones espontáneas del(os) vocalista(s) y en los movimientos del(os) bailarín(es). La rumba ha funcionado durante mucho tiempo como «crónica social de los desposeídos» (Acosta 1991: 54), es el medio de expresión pública de aquellos que carecían de representación en los medios. Sus textos tratan una gran variedad de temas; discuten temas políticos, critican la opresión o el maltrato de los negros y cubanos en general por Estados Unidos, por el gobierno cubano, etc. (*ibid.*). El guaguancó es el subgénero que más influyó en los espectáculos de cabaret a partir de la década de los treinta; en él interactúa una pareja de bailarines, en lo que en esencia es una representación ritualizada de conquista sexual. El hombre permanece cerca de su pareja y en el momento apropiado proyecta su pelvis (u otras partes del cuerpo) hacia ella. Este movimiento se conoce como «vacunao». Con ese gesto él intenta sorprenderla y hacer contacto con ella. La mujer, en respuesta, evita el contacto girando rápidamente en el momento oportuno, lo que se conoce como «botao». La clase media y la alta sociedad cubanas condenaron al guaguancó durante años por su fuerte influencia africana, por la naturaleza sexual de su coreografía y por estar estrechamente asociado a los afrocubanos más pobres y marginados de las zonas urbanas occidentales. Esta fue la razón principal, por la cual su forma no comercial apenas se grabó hasta finales de los sesenta³.

La definición de la rumba dada por Alejo Carpentier⁴ destaca la gama de asociaciones ligadas tanto al género no comercial como al término que se emplea en el habla cotidiana. De su descripción se desprende que la rumba

² Para ejemplos grabados de rumba no comercial, ver Carlos Embale (n.d.; 1998) y piezas como «Mi guaguancó», y «Chano Pozo» del disco de Mongo Santamaría *Raíces Afro Roots* (Santamaría n. d.).

³ A pesar del interés que ha despertado en los turistas, la rumba tradicional es aún un género polémico. Rogelio Martínez Furé, uno de los fundadores del Conjunto Folklórico Nacional, me contó que en los sesenta y los setenta, recibió considerable oposición de los vecinos del Vedado (distrito de La Habana mayormente poblado por blancos con cierta solvencia) cuando intentó establecer allí los «Sábados de la rumba» porque ellos no querían que espectáculos como ése se produjeran cerca de sus casas. Una vez establecidos, los residentes de la zona aceptaron las reuniones de mala gana. Todavía hoy algunos críticos plantean que el verdadero beneficio que ofrece a la comunidad no es cultural sino social, pues así «todos los negros delincuentes se alejan de las calles un rato», en un lugar específico donde se pueden controlar sus acciones (Martínez Furé 1994).

⁴ Periodista y literato cubano, también reconocido como crítico de música caribeña y latinoamericana.

se ha asociado con diversos estilos de música y baile, y que ha venido adoptando nuevos significados desde el siglo XIX.

Todo cabe en ellas; todos los ritmos constitutivos de la música cubana (...) Todo lo apto a ser admitido por un tiempo en 2 por 4, es aceptable por ese género que, más que un género es una atmósfera. Esto sin contar que en Cuba no hay una «rumba» sino varias «rumbas» (...) la palabra «rumba» ha pasado al lenguaje del cubano como sinónimo de holgorio, baile licencioso, juerga con mujeres del rumbo (Carpentier 1946: 242).

Esta afirmación, unida a la diversidad de músicas comerciales que se han editado como rumbas, sugiere que el género no puede ser descrito como una simple definición. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, muchas composiciones emplean el término para evocar imágenes de juergas y abandono sexual, al mismo tiempo que mostraban pocas características musicales de la rumba no comercial. Otras, escritas para espectáculos de cabaret, manifiestan una clara semejanza musical y coreográfica con los subgéneros guaguancó o columbia. La «rumba» se comprende mejor por un conjunto de asociaciones específicas con estilos musicales y de baile y de asociaciones generales, de origen histórico, con las clases bajas de negros cubanos, su estilo de vida, sus actitudes y su cultura. Referencias a la rumba en canciones donde se imita y ridiculiza a los negros revelan la actitud predominante de principios del siglo XX. Las mismas referencias podían funcionar entre los afrocubanos marginales como término de oposición para referirse a las formas de expresión excluidas del ámbito comercial.

Las campañas contra los «atavismos» en la Cuba colonial condujeron a una legislación que suprimía toda actividad musical afrocubana, incluyendo a la rumba. Ya en la década de los ochenta del pasado siglo, las autoridades municipales de La Habana comenzaron a regular su ejecución. Roche Monteagudo reproduce una de dichas ordenanzas que data del 30 de octubre de 1888.

Quedan prohibidos los bailes titulados *El papalote* y *El yambú*, como así mismo todo el que no sea conocido su título, y que por su compás, ademanes y trajes indecorosos, fueran obscenos o puedan considerarse que infringen lo mandado en el particular; debiendo el funcionario que esté de servicio, dar cuenta al Jefe de Policía de lo que note respecto al particular.

Documentos fechados en los años de 1890 registran de igual manera procesos en contra de negros cubanos «por tocar tambores de cajón y bailar rumba ñañiga en la calle» (Martínez Rodríguez 1977: 2). La prohibición de la rumba no disminuyó durante la primera República. La tradición de la «rumba de cajón», tocar cajones de embalaje en lugar de los usuales tambores hechos de barriles desechados, se desarrolló en los albores del siglo XX, en respuesta al decreto del 6 de abril de 1900 por el entonces alcalde de La Habana Nicasio Estrada Mora, en el cual prohibía la ejecución de «instrumentos africanos»

(Sánchez de Fuentes 1928b: 199). Alrededor de 1913 circularon otras ordenanzas que proscribían la música callejera de los coros de clave y guaguancó (Martínez Furé 1994). En la época del machadato, representantes de instituciones musicales de corte europeo continuaron tildando a la rumba de «monótona», «lasciva» y «rudimentaria». Este período presenció el auge del interés por las formas musicales afroamericanas a nivel mundial y también la reacción de los racistas blancos. Algunos críticos cubanos justificaron sus campañas contra los géneros afrocubanos con el hecho de que en 1933 en Alemania se había prohibido la difusión radial del jazz (p. ej., Sánchez de Fuentes 1938b: 173).

Significativamente, a principios del siglo xx, las regulaciones policiales contra la rumba se aplicaron solo a la interpretación por parte de la clase trabajadora y no a las adaptaciones que de ella se hacían en teatro o cabaret (Leaf 1948: 8). Mediante la combinación de represión abierta, burla pública, censura de los medios masivos y difusión de versiones alteradas desde el punto de vista estilístico de una expresión musical más cercana a la norma europea, el gobierno y la élite pudieron «reinventar» la rumba de manera eficaz condicionándola a su gusto; como resultado, durante décadas en la isla se perpetuó una disputada pero efectiva «supremacía cultural blanca» (*ibid.*). Cualesquiera que hayan sido las concesiones provisionales a gustos subalternos en Cuba, se puede demostrar que la «fiebre de la rumba» de los años treinta estuvo acompañada por la supresión generalizada de las artes afrocubanas no comerciales, y que fue promovida por una industria del espectáculo más abierta solo a aquellas formas afrocubanas de la imaginación de la clase media.

LA RUMBA INTERNACIONAL Y LA ERA DEL JAZZ

En la década de los veinte París fue el centro de un movimiento artístico occidental que puso de moda el arte «negro» y «primitivista». Este «curioso colonialismo» de las artes surgió entre la vanguardia literaria y plástica francesa de la década de los años diez (Moore 1991). Estatuillas de guerra del Dahomey, monedas de bronce del Lodi, esculturas congolesas de madera y otros objetos se convirtieron en tema de intenso interés entre el círculo artístico de creadores como Braque, Derain, Vlaminck, Modigliani y Renato Maran (Franco 1961: 11)⁵. En la década siguiente, en gran parte por haber sido legitimizado «desde arriba», el arte africano también comenzó a influir considerablemente la clase media y la trabajadora. En las salas de concierto, teatros, cine y radio, el tema y la imagen de «lo negro» cautivó a enormes públicos. Entre los artistas afroamericanos más destacados en el París de aquella época se encontraba Josephine Baker. Las «*danses sauvages*» que ella interpretaba como parte de la *Revue Nègre* provocaron tantos halagos como críticas, en parte por el hecho de que en algunos números ella aparecía en escena solo con una corona de plumas y una

⁵ Franco señala que el movimiento parisiense tuvo su equivalente alemán. Particularmente cita las obras *Der Schwarze Dekameron* (1910), *Volksmärchen und Volkedichtungen Afrikas* vol. I-XII (1921-28), y *Kulturgeschichte Afrikas* (1933) de L. Frobenius, como las más influyentes.

saya de plátanos. Los productores franceses que coreografiaron sus actuaciones no tenían la más mínima noción acerca de la cultura africana o afroamericana. Las versiones de «lo negro» se rebajaban hasta constituir una fantasía exótica y racista, repleta de enormes telones de fondo decorados con melones, recogedores de algodón, escenas canibalescas, payasos grotescos y comedia de caras negras. El Ballet Ruso, con su influencia japonesa y balinesa, se hizo eco de estas actuaciones en el mundo de las «artes elevadas». A las presentaciones asistían Darius Mihaud, Jean Cocteau, Guillaume Apollinaire y otros importantes intelectuales franceses, al igual que los escritores norteamericanos de la «generación perdida» que vivían en París (Rose 1989: 20).

En la década de los veinte, en París abundaban los músicos y cantantes de jazz⁶, y el charleston y el *black botton* alcanzaron gran popularidad. Los conservadores atacaron ese interés en formas de arte «vulgares» que según ellos significaban la «decadencia» de la época y una amenaza a los cánones burgueses establecidos. Estos individuos consideraban que las «obras maestras del espíritu humano» estaban siendo lanzadas a una hoguera alrededor de la cual los salvajes bailarían desnudos (*ibid.*). La Baker y otras celebridades se convirtieron así en temas de debates raciales por toda Europa, y contribuyeron a la publicación de diatribas anti-negros como *Le Choc suprême ou la mêlée des races* (1921) de Emile Fournier-Fabre y *Le crépuscule des nations blanches* (1925). Oswald Spengler, al igual que los ideólogos del naciente partido nazi, expresó las ideas de muchos cuando escribió: «Francia ha traicionado la cultura europea. En nombre de su propia impotencia ha despertado al continente africano. La horda negra no es aparición. La sangre de Europa está envenenada por la perversa miscegenación de Francia» (Guirao 1938: xviii).

Los artistas negros del Renacimiento de Harlem y de la explosión del jazz generaron una polémica similar en Estados Unidos y en Cuba. Por ejemplo, los críticos de La Habana, describían el jazz como «un producto infernal y diabólico, enviado por el demonio para arruinar a la humanidad» y a las composiciones afrocubanas como «un arte de bárbaros, apto únicamente para excitar los fatigados y lúgubres sentidos de un público corrompido y decadente». Otros despreciaban el negrismo pues lo consideraban un «franco retroceso cultural» inspirado por obras «cuya situación en la escala de la cultura ocupa apenas el modesto peldaño neolítico» (García Cabrera 1927). Lejos de representar polos opuestos, Rose (1989: 36) sugiere que el primitivismo de los años veinte y la supremacía aria sean vistos como fenómenos relacionados. Ambos se originaron en las interpretaciones estereotipadas y exageradas de las diferencias raciales; el primero las glorificaba y el último las condenaba.

Desde el punto de vista ideológico, la «era del jazz» tuvo un impacto profundo en la vida cultural cubana. Como ocurrió en la mayoría de los países

⁶ Entre éstos se cuentan Paul Whiteman, Sidney Bechet, Vernon e Irene Castle, Jackie Coogan y Jeanette MacDonald. Langston Hughes frecuentaba París, al igual que otras famosas figuras afroamericanas, como Buddy Gilmore y Louis Mitchell.

colonizados, las principales figuras cubanas miraron a Europa y a Estados Unidos en busca de inspiración artística. Muchos de ellos habían estudiado o actuado en el extranjero, y no pudieron evitar la influencia de las tendencias internacionales. Además, la música norteamericana tenía ya una importante influencia en Cuba. Las familias que regresaron del exilio al terminar la Guerra de Independencia popularizaron el *rag-time* en La Habana a principios del nuevo siglo (Acosta 1992: 2). A finales de la década de 1910, las orquestas estadounidenses comenzaron a actuar en la isla con regularidad, lo que inició una competencia entre el jazz y los géneros nacionales, como el danzón (Castillo Faílde 1964: 169). Durante los años veinte, compañías de espectáculos y artistas renombrados de Europa llegaron a Cuba, como la Folies Bergères de París y la propia Josephine Baker⁷. También se presentaron las orquestas de Jimmy Homes, Max Dolin y Earl Carpenter, quienes actuaron durante largas temporadas en La Habana (Acosta 1993: 38). Con la visita anual de gran número de turistas estadounidenses a Cuba, los conjuntos de jazz ofrecieron además una fuente adicional de ingresos que necesitaban desesperadamente. Eliseo y Emilio Grenet, Jaime Prats, Alejandro García Caturla, Moisés Simons, entre otros, tocaron jazz al comienzo de sus carreras (Acosta 1993: 5; Martínez Rodríguez 1993). La popularidad creciente de los espectáculos negros en Francia y los Estados Unidos contribuyó al surgimiento del movimiento afrocubanista. También influyó en las decisiones que tomaron muchos artistas cubanos de llevar sus compañías de zarzuelas, teatro cómico y conjuntos de son y de cabaret al extranjero, en un intento por capitalizar el furor de las artes afroamericanas.

Los primeros rumberos que triunfaron en Europa, fueron aquellos que ya se habían hecho de un nombre propio dentro de la isla en teatro y cabaret: la actriz Tessi Moreno, la pareja de baile de Carmita Ortíz y Julio Richards, el director de jazz-band Filiberto Rico y la cantante mulata Rita Montaner. En muchos casos, los artistas aceptaban extensos contratos en el extranjero impulsados por la agitación económica y política del machadato. La violencia y el desempleo, que en general predominaban durante el gobierno de Machado, aceleraron el éxodo de artistas hacia Europa y los Estados Unidos. Las primeras estrellas internacionales eran, en su mayoría, relativamente solventes, y en casi la totalidad de los casos habían estudiado en conservatorios como instrumentistas y vocalistas. La música afrocubana que interpretaban, eran canciones y bailes del teatro bufo, sones, guarachas y rumbas estilizadas escritas por Simons, Grenet, Lecuona y otros compositores. Este repertorio —p. ej., «Negrita» y «El calesero» de Lecuona, «Vacúnala» y «Lamento negro» de

⁷ Es impresionante la cantidad de artículos que aparecieron en revistas cubanas de la época sobre la Baker y otros artistas similares. Por ejemplo, fotos y/o comentarios acerca de la Baker aparecieron en *Carteles* vol. XI n° 17 (abril de 1928), p. 21; *Carteles* XVIII (marzo de 1928), p. 7; *Carteles* (10 de junio de 1928), p. 17; *Carteles* (17 de junio de 1928), p. 11. En *Bohemia* año 19 vol. XIX (7 de agosto de 1927), p. 24, se puede encontrar información acerca de la Folies Bergères y de, al menos, una de sus presentaciones en Cuba.

Simons, «Quirino con su tres» y «Ay, Mamá Inés» de Eliseo Grenet— fue el que contribuyó al triunfo de la «rumba», el nombre genérico de la música cubana en el exterior. La rumba internacional guarda poca relación con el género tradicional, pero de ninguna manera fue la «bastardización extranjera» que han sugerido algunos (p. ej., Carpentier 1946: 360). Por el contrario, las primeras estrellas internacionales fueron cubanas e interpretaban canciones de compositores cubanos que ya se habían popularizado nacionalmente. Sería más adelante cuando artistas extranjeros compondrían e interpretarían sus propias rumbas «bastardeadas». (...)

La pianista y cantante Rita Montaner y Facenda (1900-1958) ocupa un lugar sobresaliente en la popularización nacional e internacional de la rumba escénica cubana. Hija del farmacéutico blanco Domingo Montaner Pulgarón, antiguo capitán del Ejército Libertador, y de la mulata Mercedes Facenda, nace en Guanabacoa y desde niña comienza a estudiar piano en su hogar (Martínez Malo 1988: 19). A los 10 años se matricula en el conservatorio Eduardo Peyrellade para estudiar canto, solfeo, teoría de la música y piano. Alcanzó notoriedad primero como instrumentista, y luego en su juventud por sus interpretaciones vocales de música europea. La Montaner participó en los primeros conciertos de «música típica cubana» que organizara Sánchez de Fuentes en 1922, interpretando las obras de Mauri, Anckermann y Simons (*ibid.*: 136) y por varios años se convirtió en una de las artistas de salón más famosas de La Habana. El año 1927 cambió la vida de esta artista, al comenzar a interpretar obras inspiradas en temas afrocubanos, además del repertorio con el cual había establecido su carrera. El 29 de septiembre, la Montaner debuta en el teatro bufo de «negrito», como el negro calesero José Rosario en la obra *Niña Rita* de Ernesto Lecuona. En ese mismo año aparece junto a Josephine Baker en París y empieza a incluir piezas de jazz popularizadas por ésta en su repertorio (Pérez Perazzo 1988: 67). En su actuación en París interpretó las obras afrocubanas «Carabalí» de Félix B. Caignet y «Negrita» y «La mulata» de Lecuona, además de pregones, tangos, fox trots, criollas y canciones cubanas (Martínez Malo 1988: 144). A principios de la década de los treinta, Rita se presentó en Nueva York junto a Al Jolson, y luego se convirtió por derecho propio en estrella cinematográfica al aparecer en producciones cubanas como *La noche del pecado* (1934), *Romance del Palmar* (1938), *Sucedió en La Habana* (1938), *Romance musical* (1941), *María la O* (1947) y *Angelitos negros* (1948).

El repertorio de Rita Montaner, que desde finales de la década de los veinte incluía estilizadas rumbas, refleja, al igual que su biografía, las tensiones estilísticas inherentes a la música popular de principios del siglo xx. Por ser una artista clásica, con relativa solvencia, desde el punto de vista profesional tuvo poco que ver con la música del teatro vernáculo antes de su juventud y en muchos sentidos no debe ser considerada una rumbera. Por otra parte, era una mulata que practicaba la santería y que creció en un barrio famoso por sus fuertes tradiciones afrocubanas. Los artistas negros y mulatos, como la propia

Montaner e Ignacio Villa, sirvieron de mediadores culturales al interpretar la rumba y otros géneros con un estilo «sofisticado» y a la vez con un toque de «autenticidad». Ellos tradujeron la expresión musical de la clase trabajadora en una forma aceptable para el público de clase media, al mismo tiempo que legitimaron la relación con los afrocubanos con su sola presencia. Encarnaron varios personajes en sus canciones y cruzaron, como nunca antes, las fronteras de la raza, la clase social y el género sexual. La interpretación que hizo Rita de «Negrita» —Columbia'78 # 3226-x (96681)— merece mención aparte como ejemplo de este «cruce de fronteras». Comienza el tema en un estilo operístico refinado. La letra de la primera sección está escrita desde la perspectiva de un pretendiente blanco que corteja a su «negrita». Rita baja su registro vocal de modo abrupto en la sección siguiente para cantar la respuesta de la mujer, aparentemente una «mulata del rumbo». En el rol de la mulata, adopta un timbre brusco, no educado y exagera el uso del habla bozal para demostrar la falta de educación de la mujer. Poco después, la Montaner vuelve a la modalidad vocal original y asume la persona del hombre blanco para terminar la canción.

Es difícil obtener información sobre la interpretación de la rumba y del resto del repertorio afrocubano fuera de Cuba. La mayoría de la información disponible acerca de los primeros espectáculos de rumba internacional proviene de artículos publicados en revistas cubanas de finales de los años veinte, escritos por Alejo Carpentier y otros críticos que vivían en París en aquel período. Carpentier, uno de los primeros defensores del afrocubanismo, empezó a promover este tipo de composición a mediados de la década de los veinte después de haber escuchado la música clásica moderna inspirada en el jazz. En 1928 partió hacia París tras cumplir una breve sentencia de cárcel por «subversión» durante el gobierno de Machado, por lo que pudo experimentar personalmente el entusiasmo que despertaron las actuaciones de la Quintana y la Montaner en el extranjero.

Rita Montaner (...) nos grita, a voz abierta, con un formidable sentido del ritmo, canciones arrabaleras, escritas por un Simons o un Grenet, que saben, según los casos, a patio de solar, batey de ingenio, puesto de chinos, fiesta ñáñiga y pirulí premiado. «¿Para qué evocar esas *lacras*?», me preguntarán algunos (...) ¿Lacras? ¿Lacras las notas de color que constituyen una riquísima y sabrosa aportación folklórica? (...) ¡Pobres de los pueblos descoloridos e insípidos, que carecen de lacras análogas! (Carpentier 1976 II: 90).

Esta cita demuestra que a muchos cubanos de clase media la expresión afrocubana estilizada les parecía vulgar y no querían difundirla en el extranjero. Aun un crítico progresista como el propio Carpentier, en más de una ocasión, mostró actitudes ambivalentes hacia la expresión de la clase trabajadora. Mientras escribía en la revista *Carteles*, en el número de diciembre de 1929, por ejemplo, revela un tono más conciliatorio hacia los oponentes de la fiebre de la rumba. Admite que la expresión «vulgar» podía ser fuente de vergüenza

nacional, pero sugiere que esto es válido solo para los países subdesarrollados. Según él, los cubanos vivían en una sociedad industrial, y no tenían por qué temer que los extranjeros los consideraran «incivilizados» tan solo porque sus canciones estuvieran influidas por África. Y dio a entender que los géneros «vulgares» de tiempos pasados añadían «color» y vitalidad a un ambiente moderno que de lo contrario sería austero.

Estoy de acuerdo en que ciertas costumbres primitivas, ciertos hábitos populares, surgidos en la ciudad o en el campo, resultan un peligro para la civilización de un país, cuando este país se encuentra todavía viviendo su Medioevo, sin carreteras transitables, sin tranvías y bebiendo de aljibe. Pero cuando se posee una de las más bellas capitales del mundo, cuando se cuenta con ferrocarriles y automóviles en un número increíble... una nación como la de Cuba debe enorgullecerse de conservar todavía unas pocas notas de color local. ¡Cuidemos de nuestra música guajira, arrabalera y afrocubana! ¡Defendámosla contra sus detractores! Amemos el son, el solar bullanguero, el güiro, la décima, la litografía de caja de puros, el toque de santo, el pregón pintoresco, la mulata con sus anillos de oro, la chancleta ligera del rumbero... ¡Bendita sea la estirpe de Papá Montero y María la O!... Cuando se ven las cosas desde el extranjero, se comprende más que nunca el valor de ese tesoro popular...! (Carpentier 1976 II: 90).

El Melody's Bar y el Cabaña Bambú, en el distrito de Montmartre fueron dos de los primeros locales que contribuyeron a la popularización de la rumba comercial en el extranjero (Carpentier 1976 II: 105). El Melody's existía ya antes de 1931, pero era tan solo uno más de los cabarets de baja categoría del área. Esto cambió pronto cuando los dueños, aprovechando que la música cubana estaba de moda en la ciudad, contrataron a la orquesta de Filiberto Rico y comenzaron a promover los espectáculos de rumba. Se desconoce el formato exacto de la orquesta, pero se sabe que al igual que muchas otras jazz bands cubanas incluía maracas, clave, cencerro y timbales, además de instrumentos de viento y otros. Se dice que Moisés Simons frecuentaba el Melody's, donde interpretaba al piano algunas de sus composiciones, como «Marta» y «La Negra Quirina» (ibid.: 106). La novedad rítmica de estas piezas atrajo grandes audiencias, que en su mayoría solían frecuentar bares de tango cercanos. El éxito de Melody's provocó poco tiempo después la apertura del Cabaña Bambú en la misma cuadra, y más adelante, la proliferación de establecimientos similares. Carpentier cuenta que por un corto período de tiempo a principios de la década de los treinta, el distrito de Montmartre estaba dominado en su totalidad por espectáculos de música y danza cubanas.

El club Faubourg es otro sitio importante en la historia de la difusión de la rumba comercial en París. En él se promovieron una serie de acontecimientos no solo limitados a la música y la danza. Políticos, líderes religiosos, celebridades literarias, activistas feministas, filósofos y muchos otros fueron invitados a exponer y a

debatir ante el público del Faubourg. En la primavera del 1932⁸, los empresarios del club pidieron a Simons, Carpentier y otros que organizaran una presentación para discutir y mostrar la música cubana. El número de asistentes fue elevado, de alrededor de 2.000 espectadores (Carpentier 1976 II: 98-99). La cantante Maricusa Cuadrado y la bailarina «Rhana» actuaron con acompañamiento instrumental en vivo junto a otros artistas contratados por el Casino de París y los teatros Palace y Empire. El público aplaudió con entusiasmo el pregón de Simons «El Manisero», y otras canciones. La prensa local dio amplia cobertura al hecho, lo que contribuyó a incrementar el interés por la rumba en el público francés.

Moisés Simons permaneció en París más tiempo que el resto de los artistas cubanos y quizás fue quien más contribuyera (con la posible excepción de Eliseo Grenet) a la difusión allí de la música afrocubana estilizada. Nació en La Habana en 1889, en el seno de una familia de inmigrantes judíos del País Vasco, España (Muñoz Albuquerque 1989). Su padre, Leandro Simón Guergué, profesor de música, inició a su hijo en el estudio de la teoría del solfeo en su hogar. A los 19 años se destacó como compositor y pianista y comenzó a trabajar como director musical en el teatro Martí y más tarde en el Payret. En la década de los veinte fundó y dirigió la orquesta de jazz del Hotel Plaza, que pertenecía en parte a su hermano Faustino (*ibid.*)⁹. Durante esos años, Simons compuso músicaailable que fundía elementos del danzón con piezas jazzísticas norteamericanas y no piezas afrocubanistas¹⁰. Su llegada a París en 1928 y su reconocimiento de la popularidad de la música afroamericana allí provocaron un cambio brusco en su estilo de composición. Recurriendo a su experiencia teatral, Simons estableció contactos en París y Madrid, y finalmente estrenó una serie de sainetes con temas afrocubanos que fueron muy bien recibidos. Uno de los primeros fue *Niña Mercé*, una comedia que se presentó en 1930 en el teatro Calderón de Madrid y en París. Otros de este período son: *Toi c'est moi*, estrenada el 18 de octubre de 1934 en el Théâtre Bouffes Parisiens y que se mantuvo en escena durante 400 noches (*ibid.*); y *Le chant des tropiques* (1936) que debutó en el Théâtre Paris con las actuaciones de Antonio Machín y los rumberos «Ofelia» y «Pimienta». Los espectáculos teatrales escritos por Simons influyeron en los cantantes populares franceses Raquel Meller y Tino Rossi, quienes, entre otros, incorporaron muchas de las canciones compuestas por él a sus repertorios. Aunque no deseaba abandonar París, tuvo que regresar

⁸ Ver Carpentier (1976: 98). En esta antología de artículos la fecha que aparece impresa (1923) evidentemente es errónea; debe de haber sido 1932.

⁹ Para la lista de músicos que integraron la agrupación, ver Collazo (1987: 31).

¹⁰ A petición de Carpentier, Simons compuso «El manisero» en 1922 para un espectáculo que se presentaría en España, en el que aparecerían los géneros musicales típicos del siglo XIX, incluyendo el pregón. Collazo (1987: 41, 51) sostiene que en principio fue una pieza instrumental y que se popularizó por primera vez en el Havana Yacht Club, donde Simons tocaba frecuentemente con su orquesta de músicaailable. Uno o dos años más tarde, Rita Montaner escribió la letra y la interpretó por primera vez en su forma actual. Otros sostienen que «El manisero» fue compuesto más tarde y estrenado en 1927 por el propio Simons, con la jazz band que dirigía en el Roof Garden del Hotel Plaza de La Habana.

a La Habana a principios de los años cuarenta, después de iniciada la Segunda Guerra Mundial. Ya se había visto obligado a cambiar su nombre de «Simón» a «Simons» para ocultar su origen judío, y más tarde comenzó a temer por su vida. Continuó escribiendo obras de teatro y produjo algunas en Madrid durante la guerra, pero murió repentinamente en junio de 1945 a los 56 años.

Las obras afrocubanas de Simons, famosas a nivel internacional, son similares a las composiciones de salón del mismo estilo escritas por Lecuona y Grenet. Musicalmente, la mayoría se asemeja a los sones del teatro bufo por su énfasis en el cuarto tiempo del acompañamiento del 4/4 (que imita el patrón del bajo anticipado propio del son). Esto se evidencia aun cuando las piezas se substituyen «guarachas», «rumbas», «sones» o «pregones». El *Album Simons* (Simons 1929) ofrece varios ejemplos de canciones con motivo afrocubano compuestas durante sus primeros años de estancia en París, entre las que se encuentra «Vacúnala» (subtitulada rumba hampona), «La negra quirina» (rumba culinaria), «Patita y mondonguito» (pregón arrabalero) y «Con picante y sin picante» (sonsonete). Sus letras muestran referencias a conductas sexuales desenfadadas con metáforas de la comida, práctica todavía común en Cuba y varias partes de Latinoamérica. «Vacúnala» toma su título del término «vacunar», que describe el movimiento típico del guaguancó. Las rumbas escénicas de Simons son piezas de tiempo rápido y sincopado que incorporan un figurado de tresillo ostinato en el bajo: «Si una carne ves pasar vacúnala, si la quieres conquistar vacúnala... Porque eso del vacunao es lo que a resultao (...)». En «Con picante y sin picante», popularizada por Rita Montaner, la cantante aparece como una mulata sensual que camina por la calle proclamando en la jerga callejera cuán jugosos y rollizos son sus «tamales». «La negra Quirina» representa un diálogo entre un hombre y una mujer en el que se realza la sexualidad negra. En este ejemplo también la comida se utiliza como símbolo: [ella] «Comer quiero yo, comer quiero yo, tasajito con mojo crudo, yuca y quimbombó, y en el manigal después de almorzar a orillitas del Almendares juntos navegar (...) [él] «También tengo ganas yo de comer picadillo y arroz con huevo frito (...) te voy a llevar, te voy a llevar a orillitas del Almendares china, pa' almorzar (...)». (...)

Fueron tantas las orquestas que interpretaron música cubana en el extranjero durante los años treinta que aquí solo se pueden mencionar algunas figuras de las más representativas. La mayoría estaban integradas por músicos blancos, aunque los afrocubanos también alcanzaron reconocimiento internacional. La Orquesta Habana Casino de «Don» Justo Ángel Aspiazu (1893-1943) conquistó renombre internacional por sus interpretaciones de la rumba influidas por el jazz, tanto en Estados Unidos como en Europa¹¹. La agrupación de Enrique

¹¹ Bastin y Crump (1991) y Carpentier (1976) brindan útil información biográfica acerca de Aspiazu. Aparentemente, la Orquesta Habana Casino fue la primera agrupación en llevar una exhibición de bailarines de rumba a Estados Unidos, cuando se presentaron el 26 de abril de 1930 en el Palace Theater de Nueva York. Aspiazu se destacó por haber sido uno de los directores de orquesta blanco en aceptar afrocubanos en su conjunto (Roberts 1979: 98).

Madriguera se presentó en los clubes Embassy y Pierre's de Nueva York (Roberts 1979: 60) y experimentó activamente con la fusión del jazz y la músicaailable cubana; Desi Arnaz inició su carrera musical en 1937 en lo que se convertiría en el Conga Bar de 57 y Broadway (Collazo 1987: 165); Francisco Grillo («Machito») llegó a Nueva York en esa misma época; la Orquesta Anacaona viajó por el este de Estados Unidos en los años treinta con la hermana de Grillo, Graciela Pérez, como vocalista; Nilo Menéndez y (el puertorriqueño) Augusto Coen tuvieron sus propias agrupaciones en Nueva York; Panchito Riset actuaba con Josephine Baker en 1938 por Francia, Bélgica, Grecia, Turquía y otros países antes de regresar a La Habana (*ibid.*: 179,183); Eliseo Grenet viajó a Nueva York en 1936 con Carmita Ortíz y Julio Richards, interpretando rumbas de salón y congas en el Steinway Building para los periodistas Walter Winchell y Danton Walker (Homenaje a Eliseo Grenet: 5). Grenet compuso además varias obras de tema afrocubano para películas mexicanas, argentinas y norteamericanas entre las que se incluyen *La princesa tin-tan* con Josephine Baker (1932), *Escándalo de estrellas*, *Conga Bar* (con Miguelito Valdés), *Milonga de arrabal* (con Libertad Lamarque) y *Estampas coloniales*.

A mediados de la década de los treinta, artistas y editores de Estados Unidos y Europa se apropiaron el término «rumba» (o «rhumba») y lo utilizaron genéricamente para referirse a las composiciones con influencias latinoamericanas. Aplicaban el término de forma indiscriminada, en mayor parte por su desconocimiento de la rumba tradicional y su justificable incertidumbre acerca de las características musicales de su contraparte comercial. La expansión semiótica del término rumba dentro de Cuba —p. ej., su asociación gradual con toda músicaailable afrocubana y no con un género en específico— palió frente a la diversidad de músicas y bailes que después el mercado internacional denominara rumba. Las canciones que dieran la más mínima señal de influencias latinoamericanas se convertían enseguida en rumbas en potencia. La E.B. Mars Music Corporation grabó una versión del tango-congo de Grenet «Ay, Mamá Inés» en inglés y la lanzó como «la más grande de todas las rumbas cubanas» (Grenet 1932). Paul Whiteman se destacó desde temprano al identificarse como «gringo rumbero» al arreglar y popularizar versiones de piezas similares al «sweet jazz». Cab Calloway escribió «Doin' the Rhumba» y otros temas de jazz con supuesta influencia cubana (p. ej., Calloway 1982). Cole Porter incorporó la rumba-beguín «The Gypsy in Me» en su espectáculo musical de 1934 *Anything Goes* (*ibid.*: 1979: 83). George Raft, Carole Lombard y Ann Sheridan actuaron en una película de la Paramount titulada *Rumba* en 1935, en la que también aparecía la rumbera cubana Carmen Curbelo. La orquesta de Henry King grabó en 1938 cinco álbumes de rumba, en los que se incluían (la canción) «Siboney», (la «rumba-fox trot») «Havana is Calling Me», (el pregón) «El Manisero» y (el afro) «Tabú»¹².

¹² Ver King (1938). Para información más detallada sobre la King Band, ver Claghorn (1973) y Rust (1975).

La Havana Novelty Orchestra, una invención de la RCA Victor, grabó «Ay, Mama Inés», y otras canciones cubanas, en tiempo de two-step con solos de banjo y clarinete y fuerte sabor a Dixieland (p. ej., Víctor 78 # 22597 A y B). Dinah Shore cantó «Jungle drums», «Cuban Episode» y «Rhumba cardi» acompañada por la orquesta de Cugat en 1939 y 1940, mientras que aproximadamente al mismo tiempo, las Andrew Sisters grabaron su «Rhumbabogie» con una orquesta de swing (Roberts 1979: 91, 107). En el Medio Oriente, los Balcanes, Manchuria, Japón y en otras partes del mundo, la rumba, en cualquiera de sus vertientes, alcanzó una popularidad fugaz (Avilés Ramírez 1932: 28; Hokosawa 1994). En esa época los bailarines de salón demostraron por primera vez interés en la rumba. La rumba «universalizada» se hizo muy popular durante varios años entre la alta sociedad de Estados Unidos y el resto del mundo, incluyendo el Wintergarten de Berlín, donde Walter Carlos y su esposa causaron sensación como pareja de baile (Roquelosabe 1931: 55). Coreográficamente, la rumba de salón era el resultado de la fusión de elementos de son y fox trot, junto con otras influencias. Este baile, tal y como fue popularizado en Estados Unidos y en otras partes, no tiene prácticamente nada en común con la rumba tradicional.

La proliferación de la rumba «descentralizada» y «recentralizada» que agradó tanto al principio, más tarde molestó a la élite musical cubana. Aunque acogieron con satisfacción la popularidad que a nivel internacional alcanzaba la música cubana, no aprobaban las imágenes superficiales y estereotipadas de su país que la industria promovía. El entusiasmo de Carpentier por el «triumfo de la rumba» en París antes de los años treinta cambió de modo sustancial en los años siguientes. Tiempo después escribió para los lectores de *Carteles* que los artistas franceses se habían apropiado de las canciones cubanas y las habían alterado de manera tan radical que eran prácticamente irreconocibles. En particular menciona la pieza «La rumba d'amour», una adaptación al francés de «El Manisero» del cantante Henri Varna, señalando que temas como este abundaban en el teatro parisiense pero no tenían nada que ver con Cuba. Según él, Varna, junto a otros, había colocado la música de Simons y muchos otros «en un contexto casi absurdo» (1931: 18), al usarlas como acompañamiento musical de bailarinas semidesnudas, coreografías de can-can, cortos silentes de Mickey Mouse y del gato Felix, y por ejecutarla para las coreografías de jazz del Tannhäuser de Wagner y de bailarinas de black bottom ataviadas con trajes a lo Madame Butterfly. Carpentier de pronto consideró que la rumba que se tocaba en París «no tenía nada en común con el género, exceptuando el nombre» (*ibid.*). El periodista Avilés Ramírez expresó preocupaciones semejantes sobre la rumba en otros países de Europa. «¿Cuántas clases de rumba habrá por ahí, fantásticamente interpretadas? La rumba se convirtió en un postulado musical del cual han nacido cien postulados más».

Los autores cubanos también criticaron la explosión de la rumba en Estados Unidos. Emilio Grenet, en la introducción a su antología *Música Popular Cubana*, califica de «adulteradas» las rumbas escritas en los Estados Unidos (Grenet 1939). Carpentier se opuso a lo que él consideró la apropiación y

«adulteración» de canciones cubanas por parte de las discográficas estadounidenses y sugirió que era un ejemplo más de intromisión imperialista en los asuntos internos de su país.

Y con imitaciones torpes como *Sweet Rosita* o *Speak Easy*, los Yankees demuestran que ya han comenzado a ejercer sus apetitos imperialistas en el terreno de nuestra música, como lo ejercieron ya en tantos otros, y que están bien dispuestos a desempeñar un arbitrario papel en invasión mundial de los afros cubanos, para adornarse una vez más, según vieja costumbre con plumas prestadas. (Carpentier 1931: 18).

Ernesto Lecuona manifestó una opinión parecida después de que la MGM lo invitó a participar en el film musical *Cuban Love Song*. En la producción actuaban Lawrence Tibbett y la actriz mexicana Lupe Vélez, y aparecían composiciones de Simons, Lecuona y la orquesta de jazz de los hermanos Palau. Según Lecuona «la película es una americanada más; ahora nos tocó a nosotros hacer el ridículo» (Albuquere 1989: 4).

LA RUMBA VUELVE A CASA:

LOS CABARETS TURÍSTICOS DE LA HABANA

Como en el caso de la conga de salón, los espectáculos de rumba popularizados en Estados Unidos influyeron en gran medida en las expectativas de los turistas que llegaban a La Habana. Los extranjeros que erróneamente creían que esta «música típica» era la esencia de la expresión nacional se encontraron con que la mayoría de los cabarets de primera y segunda no contrataban a rumberos de ningún tipo, ni a ningún artista afrocubano. En su lugar, los empresarios promovieron números de teatro bufo —en el Hotel Nacional, por ejemplo— o espectáculos en los que se interpretaran tangos, jazz y otros géneros ejecutados por blancos cubanos (Rey 1992). La rumba, siquiera en su versión más estilizada, la «rumba de fantasía», no fue aceptada en los cabarets hasta 1929 (*ibid.*). Leaf (1948: 35) menciona que aún en la década de los cuarenta los dueños de Tropicana y otros cabarets de primera categoría presentaron de mala gana la rumba en escena solo en invierno, durante la temporada alta de turistas. La atracción que sentían los extranjeros por la expresión afrocubana fue tema de amplios debates en La Habana en los años que siguieron el comienzo del movimiento afrocubanista. Por ejemplo, la portada de la revista *Bohemia* del 17 de julio de 1938 mostraba a una mulata con el torso desnudo bailando ante un turista y la mirada de desaprobación de su esposa. La demanda proveniente del extranjero cambió la naturaleza de la vida nocturna habanera, lo que provocó el aumento de la importancia de la expresión afrocubana en los clubes existentes y el establecimiento de otros nuevos, como los que entonces se construyeron en las playas de Marianao.

A principios de siglo, con las restricciones para viajar impuestas a los ciudadanos norteamericanos durante la Primera Guerra Mundial, aumentó el número de turistas estadounidenses hacia la isla. Para las familias más ricas y

los negociantes que acostumbraban a pasar sus vacaciones en Londres o París, fue conveniente cambiar sus destinos a los países latinoamericanos. La puesta en vigor de la Enmienda 18, en enero de 1920, según la cual quedaba prohibida la venta y el consumo de bebidas alcohólicas en los Estados Unidos, también amplió la gama de turistas que iban a Cuba (Avalos 1922: 6). El contrabando de ron se convirtió en una industria importante durante la Ley Seca (1920-33), pues los estadounidenses compraban grandes cantidades del licor para su consumo personal y para la venta clandestina a su regreso (Acosta 1992: 4). Este era el caso generalizado, sobre todo en el de aquellos que llegaban en sus lanchas a Barlovento (hoy Marina Hemingway), al oeste de La Habana (Herrera 1994b). Entre los años 1926 y 1937, un promedio de 120.000 turistas anuales visitó Cuba, exceptuando una breve temporada baja durante los períodos de peor violencia del machadato (*Blue Guide to Cuba, 1938*). En 1936, más de 150.000 turistas llegaron a Cuba, y al año siguiente el número ascendió a 170.000. El turismo de los meses de invierno estaba formado en su gran mayoría por familias que huían de las bajas temperaturas del norte, mientras que fuera de temporada prevalecía el turismo de hombres solteros interesados en el juego, la bebida y la prostitución (Quiñónez 1992). Existía una marcada diferencia entre el turismo de élite, confinado por regla general a los distritos Country Club, Miramar y otros (donde se encontraban el Sans Souci, el Casino Nacional y el Jockey Club), y el de las clases más modestas (Herrera 1994b).

Los afrocubanos, por lo general sin acceso a la educación superior ni a los empleos de oficina, contribuyeron enormemente a la expansión de la industria turística cubana (Pérez 1986: 306). En contraste con las estrellas internacionales de rumba que dominaron la década de los veinte, en los años treinta la tendencia cambia, y a menudo eran artistas negros y mulatos quienes interpretaban la música y la danza afrocubanas. Sobre todo en los nuevos «cabarets de tercera» de La Habana Vieja y Marianao, predominaban los músicos y bailarines afrocubanos. La mayoría provenía de familias pobres, tenían poca educación formal y —en el caso de muchos que llegaron de otras provincias además de La Habana y Matanzas— con frecuencia no estaban familiarizados con la rumba tradicional. Los clubes pequeños como El Pompillo, Los Tres Hermanos, El Paraíso, El Pennsylvania y El Rumba Palace, que abrieron sus puertas alrededor de 1929 en Marianao, presentaban artistas negros, quienes alegremente desafiaban el estigma social que rodeaba a la rumba (tradicional y estilizada) y ponían en escena lo que los turistas querían ver. Esta área fue también centro de prostitución con sus dos «academias de baile» (la Carioca y El Pompillo) y una posada (La Gran China) convenientemente ubicada (Arango 1995).

En los cabarets de La Habana, la rumba era tocada por pequeños conjuntos de son o por jazz bands. No prevalecía un formato específico, pero los instrumentos más comúnmente usados eran el piano, el contrabajo, la trompeta, el bongó y los timbales. Era usual que durante un segmentoailable extenso, los percusionistas intercambiaran 4 y 4 (compases) creando así cierres rítmicos

«calientes» en contraposición al acompañamiento del resto del grupo. Los cabarets más grandes contrataban un conjunto y una orquesta de cuerdas o una banda de jazz, siempre que pudieran darse ese lujo, que alternaban actuaciones durante la noche (Herrera 1994b). Avalos cuenta que a principios de 1927 el Sexteto Oriente, por ejemplo, tocaba de forma regular en el Montmartre, alternando con una orquestaailable. Muchas academias de baile también alternaban piezas de jazz y danzones con conjuntos de son. En términos generales es difícil describir la música de cabaret de los años treinta, por su gran diversidad. En un mismo espectáculo podían aparecer boleros, canciones de corte europeo como «Quiéreme mucho» de Gonzalo Roig, así como sones populares del momento, tangos, números de rumba inspirados en el teatro bufo e imitaciones de rituales de santería con solos de percusión extensos (Mora 1995). La noche solía cerrar con una rumba en la que participaban todos los que habían actuado, siguiendo la tradición del teatro vernáculo (*ibid.*).

Quizás el instrumentista más famoso de los espectáculos de rumba de las décadas de los treinta y los cuarenta sea «El Chori» (Silvano Shueg Hechavarría, 1900-1974), timbalero devoto de la santería proveniente de Santiago de Cuba, quien llegó a La Habana en 1927 (Campoamor 1966: 26). Al principio Shueg trabajó en la academia de baile de Marte y Belona, pero en pocos años se estableció en los cabarets Los Tres Hermanos, El Ranchito, el Rumba Palace y La Taberna de Pedro (*ibid.*). Sus actuaciones eran sui géneris, lo mismo cantaba que tocaba objetos, desde botellas de vino o cerveza y sartenes, hasta instrumentos tradicionales de percusión. La mayoría de las veces Shueg se presentaba con un conjunto pequeño integrado por bongó o tumbadora, tres, guitarra y bajo (Padura Fuentes 1987: 7). En la cúspide de su carrera recibió las visitas y el reconocimiento de figuras tan importantes como Agustín Lara, Cab Calloway, Marlon Brando y Toña la Negra¹³. Como en el caso de muchos artistas de la época, hay poca documentación acerca de su vida y su carrera¹⁴.

En los cabarets se interpretaban distintos tipos de baile además de la rumba. Dentro de un mismo acto se tocaban sones, danzones, congas de salón y pasodobles españoles como base coreográfica. Rumberos y rumberas incorporaron todas estas influencias para crear un repertorio que fuera del gusto de los dueños de los clubes y complaciera las peticiones de los clientes. Tanto en música como en la danza, ellos sintetizaron tradiciones diversas, algunas relacionadas con géneros específicos de la rumba no comercial y otras sin ningún tipo de vínculo con los mismos. Algunos pasos de ballet clásico aparecían junto a técnicas como la de los «vasos en la cabeza» (que consiste en bailar con un vaso lleno de agua sobre la cabeza) y la «rumba del cuchillo» (que consiste en bailar pasándose cuchillos afilados rápidamente por el cuerpo

¹³ Campoamor afirma que a pesar de que Shueg nunca tocó en el extranjero, apareció en las películas *Un extraño en la escalera* y *La pandilla del soborno*, en la que actuaba Errol Flynn.

¹⁴ Para fotos del Chori y de otros músicos y bailarines cubanos que a finales de los cuarenta actuaban en los cabarets de tercera, ver Leaf (1948).

y la cara) (Herrera 1994). Estas últimas variaciones provienen de la columbia, tipo de rumba bailada por los iniciados abakuás¹⁵. La magnitud de las influencias afrocubanas dependía en gran medida del origen de los artistas y del contexto en que éstos se presentaban, pero era mucho más visible en los locales pequeños de la clase trabajadora. A pesar de que en la rumba que se bailaba en estos sitios se resaltaba su contenido sexual y estaba influida por la música popular contemporánea, se asemejaba en mayor grado al género no comercial que la de los casinos más lujosos. Leaf describe lo que parece haber sido una interpretación típica de guaguancó que presencié en el Kursaal.

Los bailarines están separados la mayor parte del tiempo, alternando, el que actúa pasa al seguidor, mientras que el otro espera su turno en el fondo. La mujer baila casi todo el tiempo de espaldas al público, su cuerpo se mueve y estremece de pies a cabeza, se arquea para recoger con la boca un pañuelo del suelo al tiempo que ejecuta otros movimientos temáticos similares. (1948: 16).

Otras coreografías incluyen una variación conocida como «herrar la mula» en la que la mujer baila parte del número apoyada en sus manos y rodillas (Lekis 1960: 60). Puede que hayan sido Luis Correa y Carmen Curbelo quienes hayan desarrollado este movimiento en Marianao (Padura Fuentes 1988: 8). «El tornillo» es otra de estas variaciones, consiste en que el hombre o la mujer giran apoyados en un pie mientras están agachados y luego se ponen en pie otra vez sin dejar de girar (Herrera 1994b). Las rutinas de conga también incorporaban gran diversidad de movimientos y variaciones. Las más comunes eran los trenes o colas, en las que los bailadores caminan en hilera con las manos en las caderas del bailador que les precede; giran de forma alterna a la derecha y a la izquierda mientras avanzan despacio con evidentes movimientos eróticos, en los que los varones se pegan a sus parejas moviendo las caderas, llegando en ocasiones a presionar su pelvis contra los glúteos de ellas (Fernández Robaina 1994). El vestuario típico de cabaret eran medias de malla, bikinis de lentejuelas, zapatos de tacón de aguja, adornos de plumas y otros atributos, siguiendo el espíritu de los espectáculos internacionales. También eran comunes los vestidos blancos largos, pañuelos de cabeza de colores y otras prendas de vestir relacionadas con las deidades de la santería (Mora 1995). (...)

CONCLUSIÓN

A partir de 1830 se dio inicio, con las obras de los costumbristas españoles, a un proceso vertiginoso y continuo de apropiación y transformación de la rumba por parte de «los otros». Este proceso controvertido de «transculturización» y «recentralización» tiene lugar, sin duda alguna, en un contexto de desigualdad racial y de lucha de clases. Los artistas cubanos de la corriente

¹⁵ El documental de video *Rumbas y comparsas de Cuba*, producido en la década de los setenta (La Habana, Mundo Latino) contiene una secuencia interesante de la danza de cuchillo abakuá tradicional.

principal de finales de la década de los veinte —intérpretes blancos de zarzuelas y teatro bufo— fueron los primeros en difundir la rumba a nivel internacional en los salones de baile europeos y norteamericanos. Poco después, artistas de otros países vinculados a las grandes compañías discográficas hicieron adaptaciones nuevas de la rumba. Por otra parte, a pesar de las limitaciones que tenían los afrocubanos debido a las convenciones establecidas por la sociedad imperante, éstos lograron interpretar la rumba comercial en Cuba y en el extranjero.

Pese al impacto que causó la rumba en Cuba y al creciente predominio de los acompañamientos de percusión en la corriente principal del repertorioailable latino, la rumba tradicional es aún un género marginal. Los prejuicios de gran parte de la población cubana y de otras partes del mundo hacia la danza y los toques de tambor de origen africano han limitado su difusión en los medios masivos. La rumba comercial es hoy, como lo fue ayer, «transculturizada», y desde el punto de vista musical reconcilia tradiciones provenientes de Europa, Estados Unidos y otras partes del mundo.

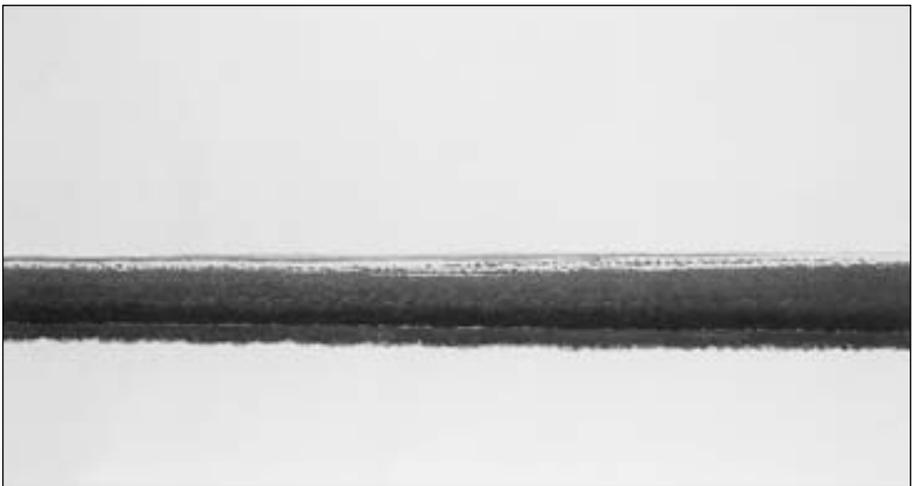
La popularidad de la rumba estilizada alcanzó su mayor esplendor en la década de los cincuenta debido a su proliferación en toda Cuba y condujo a la producción en serie de largometrajes de rumberas y de revistas como *Gente* y *Show*, que seguían de cerca la vida nocturna habanera. Las series televisivas transmitidas en la misma época —p. ej., «Jueves de Partagás», patrocinada por el famoso productor de tabacos, y «El Cabaret Regalías»— llevaron de manera singular la rumba a miles de hogares cubanos. Chelo Alonso, Alicia Alvarez, Ana Gloria y Celeste Mendoza, por solo citar algunas, comenzaron como vedettes-rumberas en dichos programas (Fernández Robaina 1994)¹⁶. Más recientemente en la Cuba socialista, y en particular desde el inicio del «período especial» de los años noventa, los espectáculos de rumba son una de las principales atracciones con las que el estado seduce a los visitantes extranjeros. Por ejemplo, las presentaciones «alegremente kitsch» (Manuel 1992b: 302) de Tropicana (\$65 USD más cena), llenas de escenas de la selva, intérpretes afro, cantos de santería estilizados, trenes de conga y otros números, perpetúan hasta nuestros días la difusión de imágenes folklóricas desvirtuadas.

Las formas y significados de la rumba son aún difíciles de definir. Desde «Rumbantela» de Obdulio Morales (Grillo 1989) a «Que vengan los rumberos» de Gilberto Valdés (*ibid.*), «De la rumba al chachachá» de Beny Moré (More n.d.), «Gua-cha-rumba» de la orquesta Aragón (Aragón 1992), «Mi primera rumba» de Eddie Palmieri (Palmieri 1992) y «La esencia del guaguanco» de Tite Curet (Manuel 1994), la importancia de la rumba como concepto sigue siendo esencial en la músicaailable afrohispana. Artistas extranjeros y de clase media no familiarizados con la rumba no comercial, al igual que los intérpretes afrocubanos de la clase trabajadora, aplican el término a composiciones que tienen muy poca relación con el género que se desarrolla en los solares de La Habana y Matanzas.

¹⁶ Todos estos artistas aparecen en la edición de diciembre de 1955 de la revista *Show*, pp. 34-5.

Después de analizar estos hechos debemos reevaluar el concepto de la rumba y su relación con la expresión nacional cubana. Es tal la diversidad del repertorio de lo que se ha dado a conocer como rumba y de las influencias musicales que lo componen que sería ridículo calificar alguna de sus composiciones como «auténticas» o «no genuinas». Ruth Glasser (1995: 183) afirma que no han sido solo los extranjeros quienes han recreado y estereotipado el género nacional; «los nativos», divididos en clases y razas, también están involucrados en este proceso. Por ejemplo, ¿por qué Moisés Simons debe ser alabado sin reservas como «una de las figuras cumbres de nuestra música y nuestra cultura cubana» y «uno de los más puros estilistas de la canción criolla y profundo conocedor de los ritmos afrocubanos» (Radamés Giro, archivos personales) mientras Cugat y Cole Porter reciben críticas? Un análisis más exhaustivo de la obra de las orquestas cubanas con una sonoridad evidentemente influida por el jazz —p. ej., las de Armando Oréfiche o Justo Azpiazu— echará por tierra la noción de que existen diferencias claras entre las «auténticas» adaptaciones y las «adulteraciones».

Cualquier estudio que intente valorar la trascendencia de la rumba comercial debería comenzar con el análisis de las tensiones raciales y de clases existentes en Cuba y el resto del mundo, y la relación de estos factores con el cambio musical. Por ejemplo, se deberá responder a los interrogantes de quiénes interpretaban la rumba fuera de la comunidad afrocubana; cómo y por qué decidieron alterar la rumba tradicional en el escenario; quiénes son explotados; quiénes se benefician con la comercialización de esta cultura marginal. El aprecio de la importancia de la rumba pasada y actual, en toda su magnitud, exige de los musicólogos una perspectiva más crítica, autorreflexiva y sin dudas internacional para poder ser apreciada.



Ni salsa ni son, baila con *Timba*

El fenómeno musical cubano más importante de fines de siglo, a pesar de los escépticos, se abre paso igual que sus hermanos de décadas anteriores

Carlos Olivares Baró

HOY, PRINCIPALMENTE EN LA HABANA, SE BAILA DE forma muy peculiar. En los primeros minutos de la pieza los pasos son de casino: la pareja se mantiene unida con una marcha de vueltas y jalones que requieren destreza. De pronto, bajo la invitación del tumbao que propician piano, bajo, percusión y metales, se realiza un brusco vuelco rítmico que obliga a los bailadores a separarse. Las mujeres comienzan a mover la cintura en círculo frenético con los brazos en alto y acentuando su aire provocativo: los varones aceptan el reto y se pegan a ellas (imitando al *vacunao* del guaguancó) en franca proposición erótica. Cada quien con sus habilidades pélvicas desata su exhibicionismo mezclando diferentes pasos; la muchedumbre se contagia hasta llegar al *tongoneo*, es decir al *despelote* total.

Hay varios grupos responsables de tal algarabía en los salones de baile; se conocen como timberos (N.G. La Banda, Dan Den, Van Van, Pachito Alonso y su Kini Kini, Charanga Habanera, Paulito F. G, Bamboleo, Manolito y su Trabuco, El Médico de la Salsa, Issac Delgado...) y están produciendo, según apunta el saxofonista y musicólogo Leonardo Acosta, «el fenómeno musical cubano más importante de fines de siglo. Se trata del primer movimiento original de muestra música bailable, desde los cincuenta, capaz de ganarse la atención internacional».

Los sesenta y los setenta fueron pródigos en la aparición de nuevos ritmos: el mozambique de Pedro Izquierdo

(conga callejera armonizada con trombones y elementos de samba brasileña), el pilón y el simalé (mambo/montuno de seguidilla cadenciosa, popularizado por Pacho Alonso, que mucho le debe a Faustino Oramas), el «pa'cá» de Juanito Márquez (estructura rítmica de 6/8 con aire de joropo venezolano), el songo de Juan Formell y Van Van (fusión de son, changüí guantanamero, jazz, rock y gogó), el chaonda de T. Valdés y Aragón (chachachá de explosivo tumbao sonero) y el batum batá (carta de presentación de Irakere en su *Bacalao con pan*), solo por citar algunos de los más sobresalientes intentos de búsquedas tonales en aquellos años de inquieta renovación de nuestra músicaailable.

Los ochenta marcan los primeros ecos timberos. Revé con su changüí en tiempo de guaguancó, Van Van y el sonido songo (*Baile del buey cansao*, *Sandunguera*, *Aquí el que baila gana*), Adalberto Álvarez y sus sones con armonía contemporánea vocalizados por soneros/pregoneros (Baloy y «Tiburón» Morales) capaces de comunicar explosivos fraseos rumberos, e Irakere con dos composiciones raíces de la timba: *Rucu Rucu a Santa Clara* (J. L. Cortés) —mezcla del sucu sucu pinero con rumba, golpes santeros, guaguancó y rock— y *Por culpa del guao* (Ch. Valdés), merengue sustentado en el timbre de los teclados de Valdés, la armónica guitarra de Carlos Emilio y la síncopa de jazz-reggae del bajista Carlos del Puerto. Como bien apunta Helio Orovio, «Revé, Chucho Valdés, Formell y Adalberto Álvarez son las cuatro patas de la mesa musical que sostiene al movimiento timbero» de la Isla. Sin embargo, sería interesante agregar que esa mesa se apuntala, asimismo, por los arreglos y composiciones del flautista (hoy director de NG La Banda) José Luis Cortés, del pianista César Pedroso y del director de Dan Den, Juan Carlos Alfonso (orquestador por un tiempo del Charangón de Revé).

Pero, ¿qué es la timba, cómo se toca? En esa exuberancia de cadencias está presente la «larga tradición de música popularailable» (Acosta) reconocida a nivel mundial por nuestros sones, guarachas, boleros, mambos, guajiras, descargas, congas, rumbas, chachachás y danzones. Revolución rítmica y armónica resultado de la fusión de géneros afrocubanos con el rock pop, el reggae, el hip hop y el jazz. En un principio se le llamó «Salsa Cubana» para establecer diferencias con los salseros latinos (Blades, Colón, D'León, Santarrosa, Lucca, Miranda o Fania All Stars), incapaces de ejecutar con destreza pasajes rumbeados en algunas composiciones. Quizá la fundamental característica de la timba cubana sea precisamente ese aire de afrosantería mezclado con son y rap desde una acelerada «moña» pianística (herencia de Peruchín y Paquito Hechavarría) en línea melódico/armónica alternada con propuestas jazzeadas de saxos, trompetas y trombones.

Es necesario observar que en la timba el tiempo no se marca con bongó y campana, como se hace en el son tradicional, sino con batería y tumbadoras en fracciones subrayadas por el timbal (escúchense los segmentos mambeados de NG La Banda o de Van Van con Changuito y Samuel Formell) hasta lograr, con las aportaciones sincopadas del bajo (Del Puerto, Juan Formell), un desplazamiento *funky* de fuerte presencia que los bailadores no pueden soslayar. Las tonalidades armónicas se nutren en los libres apuntes de piano, sintetizador y

violines (escúchese la sección de cuerdas y los teclados de Van Van y Revé). Juega un papel clave el canto improvisado del sonero/pregonero (Baloy, «Tiburón», Mayito, Valentín, Pedrito Calvo, Tony Calá) capaz de establecer un lúdico diálogo con el «coro ágil, exacto y vigoroso que puede durar dos o tres estribillos» (César Pagano). La prolongación de todos estos elementos consigue una apoteosis que incita a la participación delirante del público bailador.

Mayito (vocalista de Van Van) ha dicho: «nosotros le llamamos así a la forma de hacer la descarga, la forma de tocar. Eso sale de la percusión, viene del complejo de la rumba. Los rumberos dicen: vamos a timbear. Cuando ya se incorporan teclados y demás instrumentos, los integran a la timba, dando el toque ése de cubanía que nos diferencia de los salseros latinos». La timba es una realidad de nuestra música, un suceso urbano (a diferencia del son que nació en el monte) que los bailadores disfrutan y celebran con placer.

Las orquestas timberas poseen singularidades que las caracterizan entre sí y podríamos trazar la siguiente posible clasificación: timberos/guaracheros/bravos (Paulito FG, Manolito y su Trabuco, Revé y su Charangón), timberos/charangueros (Van Van, Charanga habanera), timberos/funky/jazzistas (NG La Banda, Bamboleo) y timberos/soneros (Pachito Alonso, Adalberto Álvarez, Dan Den, Issac Delgado). En fin, estos jóvenes ejecutantes, graduados en prestigiosos conservatorios de La Habana y Europa, tienen a buena parte del mundo bailando con frenesí: la apertura de contratos con disqueras europeas y norteamericanas hace que su penetración se irradie por el mercado discográfico con fuerte presencia (no olvidar el Grammy de Van Van en 1999 por *Van Van is here*, Caliente Records). Los salseros latinos empiezan a imitarlos, los bailadores y melómanos reconocen sus rumores y, como se presenta el *brete*, parece que ese lío ya no hay quien lo pare.





Municipios, crisis y reforma económica en Cuba

Haroldo Dilla

MUNICIPIOS E INSTITUCIONALIZACIÓN (1976-1990)

El actual sistema de gobiernos locales en Cuba fue creado en 1976. El país fue dividido en 14 provincias y 169 municipios. Estos últimos se organizaban a partir de una estructura que contemplaba la coexistencia de instituciones deliberativas (asambleas municipales) consideradas como las máximas autoridades estatales en cada territorio y constituidas mediante el voto directo de la población; instituciones ejecutivas (inicialmente llamados comités ejecutivos y posteriormente consejos de administración) elegidos por las primeras; y un aparato administrativo y empresarial dedicado a lidiar con la provisión de servicios locales.

La instauración de un sistema municipal en un contexto político administrativo severamente centralizado y poco estructurado como el precedente a 1976 implicó transferencias mayores de recursos y atribuciones a las nuevas instancias de base, fuesen exclusivas o compartidas, contemplaban la administración de servicios económicos menores (cafeterías, restaurantes) y de servicios públicos elementales, como la recogida de basura, la reparación de viales, etc., pero sus mayores éxitos residieron en sus incidencias en la administración de los programas de salud, educación, seguridad social y empleos. Ello convirtió a los municipios cubanos en piezas clave en relación con las metas de equidad social y territorial contenidas en el programa revolucionario.

Al mismo tiempo, los municipios pasaron a desempeñar un rol decisivo en la reproducción y el reciclaje de la legitimidad del sistema político. Los mecanismos de participación establecidos no solo permitieron una mayor eficacia en la identificación de problemas y en el posible involucramiento de la población en la obtención de soluciones, sino que también proveyeron a la clase política de un stock informativo relevante para las toma de decisiones. El sistema político, a pesar de su alta centralización, pudo funcionar abierto a las demandas de la población, ser más eficaz en la adopción de políticas y mantener canales regulares de comunicación política con sus bases sociales.

Por último, los municipios constituyeron un paso de avance en la construcción de la democracia política. Por primera vez en tres lustros, las personas comunes obtuvieron la oportunidad de nominar candidatos para cargos públicos y de elegir directamente a sus representantes en alguna instancia gubernamental, y cuando en 1992 se establecieron las elecciones directas de diputados nacionales, los comicios municipales continuaron siendo los únicos espacios electorales en admitir cierto nivel de competencia entre varios candidatos (solo candidatos propuestos por comisiones electorales presididas por la Central de

Trabajadores de Cuba). Por otra parte, el principio de rendición de cuentas, que animó el funcionamiento de estos órganos de gobierno, potenció los espacios de participación y ofreció a la población un espacio para la fiscalización de la obra de gobierno al nivel local.

Sin embargo, estas virtudes, que atañen tanto a la reproducción de la gobernabilidad como a la construcción democrática, tenían serios impedimentos para el despliegue de sus potencialidades.

En primer lugar, porque aun cuando se trató de un proceso de descentralización, el sistema continuó siendo altamente centralizado y los municipios solo recibieron funciones delegadas que, sin una clara delimitación legal, estaban siempre sujetas a recentralizaciones. Las atribuciones recibidas no solo eran limitadas, sino que competían desventajosamente con las atribuciones de otros actores estatales en los territorios, desde grandes empresas nacionales hasta oficinas desconcentradas de los ministerios. En tal contexto, los municipios solo estaban dotados para acompañar las acciones de desarrollo local, pero no para encabezarlo. Sus posibilidades de movilizar recursos locales eran limitadas severamente por una legislación centralista. No podían conformar ni ejecutar sus presupuestos con autonomía suficiente.

Respecto a la participación popular habría que reconocer que era un esquema acotado por una relación paternalista-clientelista entre el Estado y la ciudadanía. Ello marcaba la participación con rasgos negativos como la atomización individualista, la limitación de las agendas a temas parroquiales y la carencia de una perspectiva pluralista, todo lo cual estaba estrechamente ligado a la pobre estructuración de la sociedad civil. Las instituciones municipales que se derivaban de esta participación, por ejemplo, las asambleas de delegados, no podían asumir roles en correspondencia con los status superiores que les estaban asignados, y quedaban atrapadas en las madejas de poderes burocráticos.

En resumen, eran instituciones funcionales a la reproducción del sistema, pero solo bajo ciertas condiciones. La primera de ellas era un sistema económico centralizado en la que el Estado controlaba en condiciones cuasi-monopólicas la asignación de recursos y valores. La segunda era que ese sistema económico ineficiente operaba sobre la base de recursos relativamente abundantes proveídos por su ventajosa inserción al bloque soviético. La tercera era una abismal asimetría entre el Estado antes descrito y una sociedad civil poco estructurada. Huelga anotar que desde 1987, y con particular fuerza desde 1990, estas condiciones desaparecieron o fueron socavadas paulatinamente, en particular cuando hicieron aparición en el escenario nacional dos nuevos asignadores de recursos: ante todo el mercado, y algo más rezagada la comunidad.

En las páginas siguientes explicaré cómo, a pesar de los cambios en las dinámicas socioeconómicas, el sistema de gobierno municipal, establecido específicamente para poner en práctica el desarrollo planificado, ha resultado inadecuado a la hora de enfrentar los desafíos que han ido surgiendo.

TRES RAZONES PARA EL CAMBIO

Desarrollo discontinuo y fragmentación territorial

La división político-administrativa establecida en 1976 comienza a ser afectada por la manera e intensidad de vinculación (o simplemente desvinculación) de cada región al mercado mundial capitalista. Y esta lógica alterará, y de hecho está alterando, el esquema de equidad territorial alcanzado en décadas anteriores.

Este proceso es observable en la transformación que sufren las regiones que han experimentado una vinculación más efectiva con las actividades económicas dinámicas, tales como el turismo y las actividades de exportación. Un ejemplo de ello es la revitalización que experimentan las regiones turísticas, y en especial el polo de turismo más concentrado que existe en el país: la región Varadero-Cárdenas. Varadero fue siempre un municipio turístico, pero con el bajo perfil que tuvo esta actividad hasta 1987, la localidad albergaba principalmente turistas nacionales en unos pocos hoteles de muy poca sofisticación. Hoy Varadero es una península plagada de instalaciones turísticas, con una economía casi totalmente dolarizada, y una amenaza permanente sobre su frágil ecosistema. Varadero extiende su atracción sobre toda la región vecina, particularmente sobre las ciudades de Cárdenas y Matanzas, produciendo un flujo de fuerza de trabajo altamente calificada hacia las actividades formales e informales del turismo, en detrimento de las actividades productivas y sociales tradicionales de la región.

La reestructuración regional comienza a abarcar las grandes ciudades. Un ejemplo visible de ello pudiera ser la franja costera de Ciudad de La Habana. Cualquier transeúnte puede apreciar el signo distintivo de la franja costera que empieza en el casco histórico colonial y se extiende hacia el oeste por más de una veintena de kilómetros. Allí se desarrollan la mayoría de los negocios emergentes: turismo, firmas descentralizadas, inversiones en bienes raíces, investigaciones y producciones apoyadas en tecnologías de punta, y otras actividades, formales o informales. Los espacios urbanos son remodelados por iniciativa estatal o privada, y comienzan a aparecer, junto a las cadenas criollas de comida rápida standarizada, zonas con negocios florecientes de restaurantes privados y alquileres de viviendas, que en algunos casos disponen de sistemas propios de iluminación «pública» y de guardianes privados. Es presumible que también en esta franja tienda a asentarse la población más activa profesional y económicamente. En cambio, otras zonas —el sur de la ciudad o los municipios periféricos— muestran una dinámica más rutinaria y pudieran estar destinados a albergar la población menos activa en el sentido apuntado: jubilados, obreros, etc.

El florecimiento de unas regiones siempre se produce a expensas de otras. En zonas tradicionalmente pobres y subsidiadas o en otras que tuvieron un florecimiento marcado por la vinculación al mercado soviético o al mercado interno, aparecen zonas estancadas o en retroceso, un ejemplo palmario de lo cual es la región suroriental de la isla. De hecho esta zona, compuesta por tres provincias —Granma, Santiago y Guantánamo— se define crecientemente como exportadora de mano de obra hacia las provincias occidentales.

La planificación del desarrollo regional en décadas anteriores produjo un efecto muy positivo en las zonas rurales y en las ciudades pequeñas e intermedias, lo que limitó considerablemente el flujo poblacional hacia la capital. Un resultado de ello fue que La Habana reunía en 1995 el 19.9% de la población nacional, algo menos que su participación en 1959, cuando abarcaba el 20.5%, comportamiento muy poco común en la historia demográfica del continente. A partir de la crisis en los noventa, los flujos migratorios hacia la ciudad, particularmente desde las provincias orientales, se incrementaron, y llegaron a ser el principal ingrediente del crecimiento demográfico. Según cálculos técnicos de la oficina provincial de planificación física, debieron arribar a la ciudad unas 60.000 personas entre 1990 y 1996. Ciertamente no es una cifra alarmante si tenemos en cuenta que se trata de una ciudad que tiene dos millones de habitantes y cuya

población ostenta una tasa de reproducción muy baja. Pero sí es notable si tenemos en cuenta la tendencia que ella expresa. Y más aun si observamos que, dadas las limitaciones legales que operan contra la migración hacia la ciudad, una parte considerable de esta actúa clandestinamente y no es registrada oficialmente. Para cualquier observador es evidente que es hoy más común que nunca escuchar en las calles de La Habana el rítmico acento de los orientales, y muy particularmente en los numerosos bolsones de barrios insalubres que comienzan a aparecer en la ciudad.

Quizás el drama de la migración interna puede ser percibido más claramente en un municipio pequeño como San José de las Lajas, con unos 60.000 habitantes y un 75% de urbanización, y localizado a unos 30 kilómetros al sureste de la capital.

Según la información obtenida en las oficinas locales por un equipo de investigadores dirigido por el autor, entre 1990 y 1998 habían migrado a San José unas 16 mil personas, y habían emigrado de San José unas 9.000, lo cual arrojaba un saldo positivo para la localidad de unos 7.000 nuevos vecinos, un promedio de unos 800 inmigrantes por año. Huelga anotar que esta cantidad de inmigrantes producía una recarga de demandas sobre los servicios y la aparición de barrios insalubres en varios puntos de la geografía local. La supremacía de personas de las provincias orientales era evidente. Cerca de 6.000 orientales (un 10% de la población total de la localidad) habían fijado residencia en San José y solamente 140 lugareños habían emigrado a estas provincias.

¿Administrar o gestionar el desarrollo local?

Como antes anotaba, los municipios cubanos nunca han superado un status discreto de receptores de funciones delegadas por las instancias centrales. Aunque los municipios elaboraban presupuestos y ejercían funciones de captación tributaria, ello era poco relevante en una sociedad donde el dinero tenía un rol pasivo. Más que el dinero disponible cada año, lo que interesaba a las autoridades locales era la disponibilidad de recursos materiales. En última instancia el dinero sin los recursos materiales era papel, mientras que sin dinero era posible acceder a los recursos mediante gestiones políticas, o conseguir dinero extra en el marco de presupuestos blandos. La disciplina presupuestaria era más un fin moral y político que una exigencia económica.

Hoy la situación ha variado. La disponibilidad de recursos es mucho más reducida y la economía nacional enfrenta el reto de la austeridad presupuestaria. El dinero adquiere un rol más activo, y por consiguiente los presupuestos municipales dejan de ser simples artificios contables para devenir en piezas activas de la gestión del desarrollo.

Habría cambios positivos que anotar. El ejercicio fiscal municipal es hoy mucho más sofisticado que hace una década. Los municipios conocen por primera vez el significado de ingresos propios que aparecen vinculados a actividades dinámicas, tales como las ganancias de las empresas y los ingresos personales. De igual manera, tienen que operar en un contexto de presupuestos más rigurosos, y por consiguiente se ven obligados a una disciplina de gastos mayor. Todo ello es un avance modernizador del sistema administrativo cubano. Pero insuficiente. Pues los municipios aún operan como entidades estrictamente subordinadas al plan central tradicional, sin acceso al mercado y sin posibilidades de incrementar sus ingresos o de programar nuevos gastos a partir de una gerencia activa en el manejo y la movilización de recursos. En tales condiciones, los municipios no pueden ser actores decisivos en la planificación del desarrollo local.

Esta incapacidad de los municipios se incrementa cuando analizamos la transformación de las economías territoriales. Como antes anotábamos, la economía de un territorio estaba conformada por diferentes actores, entre los que sobresalían las grandes empresas nacionales. Durante el período precedente a la crisis estas empresas eran tan poco autónomas como los municipios, y como éstos, operaban con presupuestos blandos que les permitían una relación obsequiosa respecto a los gobiernos locales, aun cuando existía muy poco legislado al respecto. Eran relaciones de asistencia tan ilegales como altruistas.

Hoy ese escenario cambia en la medida en que las empresas inician su tránsito hacia status de mayor autonomía y de presupuesto duro. Por un lado esto pone un límite a la relación «incestuosa» con los gobiernos locales, excepto la que pueda originarse desde un fondo social que de hecho funciona como un gasto de relacionamiento público. Por otro, porque empresas más autónomas significaría aumentar la asimetría de poder entre éstas y los municipios. Pensemos, por ejemplo, en el impacto que tienen en los espacios locales las inversiones hoteleras, en bienes raíces o en empresas transformativas, sea mediante capitales estatales o privados. Y al mismo tiempo, en las capacidades disminuidas de los municipios para incidir en cuestiones claves como la conservación de los espacios públicos y del medio ambiente, sea porque no existe legislación al respecto o porque las legislaciones existentes son incompletas.

También en este sentido se han dado pasos interesantes. Un ejemplo de ello es el establecimiento de mecanismos de coordinación de actores económicos en los territorios, en los que los municipios han tenido un rol más destacado. Entre ellos pudiéramos citar los consejos de cooperación empresarial (hoy en franca decadencia), los consejos populares (a los que me referiré más adelante) y los consejos de administración. Los consejos de administración municipales (CAM) fueron establecidos en 1992 en sustitución de los comités ejecutivos, y, como éstos, asumían la máxima autoridad administrativa en el territorio, lo que en la vida real significa simplemente la máxima autoridad. Los CAM integran a su funcionamiento a los directores de las principales empresas ubicadas en los territorios, lo que les permite coordinar acciones, supervisar la marcha general de la economía local y movilizar recursos menores desde las empresas.

Sin embargo, son también pasos insuficientes. Lo que aquí se discute no es qué pasos pueden darse en función de la supervivencia municipal, sino de que manera puede garantizarse la transformación de los municipios desde lo que son, entidades beneficiadas con funciones y atribuciones delegadas, a cuerpos político-administrativos descentralizados y suficientemente autónomos como para intervenir eficazmente en el desarrollo local.

Diferenciación y desigualdades sociales

Hasta 1990 la sociedad cubana había funcionado con criterios de homogeneidad muy efectivos. En términos sociales, la eliminación de las clases alta y media, facilitó un proceso de nivelación sin precedentes en el continente. El posterior proceso de movilidad social introdujo nuevas claves de diferenciación y estimuló el nivel general de reflexividad. Pero ello no se tradujo proporcionalmente en una diversificación subjetiva, en la misma medida en que el discurso político y la producción cultural continuaron enfatizando la homogeneidad contenida en el concepto de «pueblo» como garantía de la continuidad sistémica. El esquema de participación contenido en los municipios era congruente con esta situación, y al mismo tiempo la reforzaba.

Esta situación comenzó a cambiar desde fines de los ochenta, en parte como un proceso inherente a la propia dinámica social, y en parte como resultado de la crisis y de la apertura económica.

Un primer elemento de diferenciación social ha estado determinado por las reconfiguraciones clasistas. Antes de 1989, el 94% de la población laboral trabajaba en entidades estatales, y era agrupada en una veintena de categorías con salarios fijos y acordes con el consumo subsidiado. En 1996 esta proporción había disminuido al 78%, y una parte significativa de la población había emigrado al área privada, mixta o cooperativa. Tan significativo como lo anterior era que otros millones de personas pasaron a compensar sus insuficientes ingresos salariales con actividades informales, recepción de remesas desde el extranjero, etc. Por otra parte, en especial en los polos económicos dinámicos, comienza a aparecer un sector minoritario que concentra altos volúmenes de riqueza y poder desde el mercado.

También ocurren diferenciaciones en sectores definidos por sus géneros, sus edades, sus razas o, como antes apuntaba, por sus localizaciones territoriales. Por supuesto que todas estas diferencias existían previamente, pero sus transformaciones paulatinas en identidades sociales han estado determinadas por la regresión parcial del Estado en la asignación de recursos y el hecho de compartir de esta atribución con otros actores como el mercado y la comunidad. Y, por consiguiente, la movilidad ascendente de estos sectores desde las políticas estatales será crecientemente imperfecta. Probablemente el síntoma más ilustrativo de esta situación ha sido la aparición de organizaciones comunitarias relativamente autónomas en los barrios populares de la capital y otras ciudades intermedias.

Huelga anotar que esta creciente diversidad social resta eficacia a los mecanismos participativos y de reciclaje de la legitimidad política contenidos en los diseños locales. Ya no se trata de una población que puede ser resumida como «pueblo» sin otras consideraciones, sino de un conglomerado social crecientemente heterogéneo que expresa demandas diferentes y reclama formas también diferentes de participar.

Es poco probable que la participación popular en los espacios locales pueda mostrar la vitalidad de los lustros precedentes si no se incorpora esta diversidad social a la gestión del desarrollo.

Desde donde estamos, ¿a dónde vamos?

La sociedad cubana se encuentra en un momento crítico que solo podrá resolverse a partir de redefiniciones medulares de sus formas de reproducción, sus relaciones de poder y sus expresiones públicas.

Sería ingenuo creer que se puede garantizar un mejor futuro únicamente transformando positivamente a los municipios. Existen muchas variables —económicas, sociales, políticas, etc.— que rebasan el ámbito local y también los objetivos de este ensayo. Pero es realista entender que buena parte de este futuro está relacionado con la generación de municipios más eficientes y más democráticos.

Para lograr este objetivo se impone ante todo comenzar a pensar el municipio como establece la propia constitución de la república: como representante de la sociedad local, y no, como ha sido la práctica hasta el presente, como la parcela inferior del aparato administrativo central. Y en consecuencia, producir una descentralización sistémica del poder político-administrativo.

Por otra parte, tengamos en cuenta que ya ocurre una descentralización en función de las empresas y las áreas económicas insertadas en el mercado mundial. Y no cabe duda de que el sistema político-administrativo cubano experimentará grados crecientes de descentralización en el futuro. El punto crucial es si esta descentralización irá en beneficio de las clases políticas y las burocracias locales, o si efectivamente se tratará de una descentralización-socialización del poder.

El gobierno a nivel local debe seguir las mismas pautas de descentralización aplicadas a las empresas estatales y a las áreas económicas integradas al mercado global.

Ante todo, se trataría de traspasar al municipio las potestades decisorias, implementativas y coactivas necesarias para que pueda ejercer gobierno sobre todas las instituciones presentes en sus jurisdicciones. Esto incluye el fortalecimiento de su capacidad fiscal, un control real sobre el suelo y la puesta en práctica de las reglamentaciones de la ley sobre protección del medio ambiente que faciliten la activa participación local en la fiscalización sobre el uso de los recursos medioambientales, naturales y construidos.

En un contexto de creciente mercantilización, y no podrá ser de otra manera, los municipios deben tener atribuciones específicas para actuar en el mercado. En primera instancia, como compradores y vendedores. En segunda instancia, como inversionistas. En tercera, como reguladores de ese mercado. Para ello, el presupuesto municipal debe ser un instrumento más activo de lo que es hoy, con posibilidades de acceso a ingresos extraordinarios a partir de una gestión local más eficiente o del acceso a fuentes alternas de financiamiento, incluso de tipo internacional.

Solo a partir de este proceso de descentralización, el municipio podrá devenir agente dinámico y protagónico del desarrollo local. Pero tampoco se trata de cualquier tipo de descentralización. Ante todo, la descentralización no puede ser asumida como una disolución en el localismo de los deberes universales del Estado. Para ejemplificar claramente esta afirmación, recordemos que los municipios cubanos administran los servicios básicos de salud y educación, lo que provoca que cualquier aumento de demanda en esos rubros dispare sus presupuestos y haga necesario que el gobierno central les transfiera partidas para hacer frente a tal magnitud de gastos. Demandar autonomía de ingresos presupuestarios en estas condiciones sería un suicidio. Las transferencias centrales deben mantenerse, solo que esto debe hacerse delimitando claramente qué gastos serían prefijados por el propio contrato entre ambas instancias, y cuáles serían los gastos autónomos que el municipio puede realizar, lo que garantizaría a éste un nivel aceptable de autonomía fiscal.

Una descentralización socialmente beneficiosa implicaría fortalecer los espacios participativos existentes y abrir otros para dar cabida a la diversidad creciente de las sociedades locales. En un primer plano ello supondría estimular las capacidades deliberativas de las reuniones vecinales y de las organizaciones sociales (existentes o por existir) y asignarles un rol de asesoría en temas como los programas de desarrollo, los presupuestos, las políticas medioambientales, los derechos ciudadanos, etc., así como reservar a éstas potestades decisivas para la fiscalización de los proyectos y la evaluación de los resultados, mediante un flujo de información relevante y suficiente.

Una dinámica como ésta fortalecería de manera natural los rasgos positivos de los sistemas electorales municipales y otorgaría a los órganos representativos locales un rol acorde con el status de supremacía consagrado por la Constitución. También sería útil

diseñar otras fórmulas de representación de los variados intereses y grupos sociales, adicionalmente a las estructuras representativas existentes, a fin de tener en cuenta la diversidad social del país.

Por último, es necesario pensar en una reforma legislativa que conduzca a una mayor flexibilidad en las estructuras existentes y ofrezca un marco más amplio de coordinación entre los municipios y sus planes de desarrollo, transformaciones imposibles de lograr dentro del contexto actual.

Tomado de *Focal Research. Forum on Cuba.*
Fundación Canadiense para las Américas. Mayo 2001.



De Sargadelos

Alex Fleites

Para Daniel Chavarría

*Beber na noite os seus licores lenes
E brindar cos amigos nesa copa
Escura que nos ata á mesama causa.*

RAMIRO FONTE

TIENE QUE VER CON LA AMISTAD, CON EL ORGULLO NACIONAL Y UN POQUITO también con la cerveza. Pero solo un poquito. Y no como ella está diciendo. Claro que yo tengo mi historial en el barrio. Y por eso la gente se confunde. Si te partes un pie porque pisaste en la escalera el orine de Alfredo, todo el mundo te saluda con risita en los ojos. ¿Qué, bárbaro, resbalaste con una cáscara de aguardiente? No, mi hermano, con meao, ¿sabes lo que es meao de perro? Luego te atacan con que eres grosero, antisocial y todas esas lavativas que los muy santos creen que le pueden echar a uno porque es un contento. Que eso lo dijo el poeta Cavafi, que si uno pone cara de tranca, los negocios te salen mejor, porque los serios, los muy estúpidos, son los que se creen en posesión de la verdad e inspiradores de toda la confianza y que por eso él vivía cagao de risa por dentro, pero con fachada de coro griego. Que yo también tengo mis lecturas. Ahora, ¿que cómo se explica lo de la amistad y lo del orgullo nacional? Ahí viene. De esto hace como tres meses. Bueno, exactamente cuatro, porque la fecha hay que decirla con toda precisión: 31 de diciembre. Chavela me había enseñado la primera edición de *Paradiso*. La tenía desde la época de la universidad, de lo más conservadita. Bueno, la cosa es que se lo comenté a Manolo. Mi sangre, dijo, hay un yuma que me tiene loco con ese libro dile a ella que lo suelte ya tu verás que sacamos unos dólares para despedir el año como Dios manda; que todo no puede ser trabajo y responsabilidad; la familia, varón, necesita su esparcimiento; tállele el book y se va a acordar de mí; esa mujer se está matando con las clases y las guardias docentes; pero díselo como cosa tuya, tú sabes que ella no me puede ver desde el negocio del puré de tomate. Bueno, en eso tenía razón Chavela. Lo

del puré de tomate fue un embarque. Buscarlo a Santiago de Cuba, traerlo en un tren que demoró 72 horas, y luego tenerlo que botar porque llegó fermentado, con su costra blanca y todo... En esa corrida perdimos como quinientos pesos. Chave, le dije el día de los hechos, ¿no te parece que deberíamos tirar una canita al aire?; vaya, el 1994 se está acabando, este año durísimo, ¿qué tu crees si hacemos una fiestecita nosotros solos, con los muchachos? ¿Con qué? Bueno, yo puedo buscarme unos verdes, lo suficiente para comprar un pollo, algo de ensalada y un cartón de ese vino español y cagón que sacaron en el Focsa. Claro, tú tienes que colaborar tu poquito. ¿Te acuerdas del libro de Lezama? No te pongas así, mima. Ya sé lo de tu tesis. Después, con tiempo, podemos buscar una edición más reciente. Me comentó M... Martínez, el de la librería de Obispo, no, tú no lo conoces, que los turistas lo andan buscando como cosa buena. Decídete, china, piensa en los niños. ¿Tú te imaginas a Filiberto y a Bertica con el bigote embarao de grasa? Coño, una fiesta como las de antes. ¿Sí? ¿Seguro? ¡Caballero, clase de mujer tengo! Así es que salí volao para casa de Manolo, éste llamó al Peyo, el Peyo le tiró por teléfono a su hermana, la que trabaja en el paladar de San Rafael, y el trato quedó cerrado: yo quiero, como mínimo, 15. Lo que le saquen por arriba es de ustedes. No hay lío, aquí está la magua: buen provecho y feliz año. Ahí mismo desembolsó el Peyo, que se había quedado hablando bajito con la hermana. ¿No te lo dije, mi ambia? Manolo daba saltos de alegría. ¿No te lo dije?: aseguro el rumbón. Espérese ahí, colega. Tuve que pararlo. Esta pasta no se puede ir así como así. Ya le dije a la ninfa que era para despedir el año con los chamás. ¿Qué, dices, cobarde? Abrió los brazos con las puntas de los dedos hacia abajo, como queriendo clavarlos en la tierra. ¿Usted piensa que lo voy a tumbar? Nananina. Esa astilla es para los suyos, ¿o no recuerda que Mangui fue el que le dio la idea y el que le puso el bisne? Pero ven acá, chico, ¿tú no has oído hablar de la comisión, del tanto por ciento y de la remuneración por gestión empresarial? Cinco de los quince me pertenecen. Es lo justo. Rápidamente saqué mis cálculos: cinco el pollo, tres el vino cagón, y todavía me quedaban dos para tomate y lechuga; arroz y frijoles había en la casa. No hay tema, Manolo. Toma tus cinco. Tú me conoces como un tipo legal. No esperaba menos, camarada; que una mano lava a la otra y entre las dos, la cara, dijo el Manolote metiéndose el billete bien dobladito en el bolsillo. Y para que vea el número que calzo, agregé, con mis ganancias lo voy a invitar a echarse unos laguers en El Conejito, que, como cantó el Benny, la realidad es nacer y morir, y con cinco cañas no se hace una fortuna, pero se consolida una amistad. Y esto es de mi propia cosecha. Al principio pensé decirle que esperara allí, que debía pasar primero por la casa para asegurarle a Chavela que todo estaba en orden, que fuera encargando el pollo, pero él me lo leyó en los ojos y con los suyos me dijo clarito: ¿qué pasa, compa, se me va a rajarse ahora? Y en verdad que Manolo no se merecía que yo le hiciera eso, porque es un amigo de los buenos, de la época del servicio militar, y aún antes, de la previa. Un gesto es un gesto, y hay que saber recibir como quien da, que es lo elegante. Cinco faos, concluí, no alcanzan para mucho, si acaso para dos cervezas y media por

cabeza. ¡Chévere, Mano!; ¡la peste el último! El bar de El Conejito abre a las diez de la mañana en días de fiesta. Es uno de los pocos lugares de La Habana que conserva la atmósfera fresca, la luz tenue y la música baja. Además, queda en el barrio. Así que todo iba a ser rápido y nice, entre socios. Como era de esperar, inauguramos la barra. El Tigre, un barman negro que en su juventud había jugado en la liga grande con el equipo más famoso de Detroit, cuando nos vio preguntó con ironía: ¿Se sacaron la lotería, muchachones? Se extrañaba porque desde que ese local lo pusieron en divisas, dejamos de frecuentarlo. Nada, Tigre, que también los perros tienen su día. Al parecer esa frase que soltó Manolo no significa mucho. Pero para nosotros sí. Los Bravos, Mike Kennedy, The People Is Talking About, los años setenta, la zafra, un frío del carajo en la madrugada, la lata de leche condensada hecha fanguito para cuatro, And I Love Her, la esperanza de ¡pase, la jevita guardada en la cartera, su rostro casi irreconocible en la foto tan manoseada, el programa Nocturno, *Let's Spend The Night Together*. De pinga, hermano!, ¿tú te acuerdas? Ya jarras, sudando, estaban al alcance de la mano. ¿Que si me acuerdo, Tribilín? ¿Quién va a olvidarse? Y entre los dos se hizo un silencio largo. Cada uno se lanzó por su camino a filosofar la Bucanero. Aquellos años habían sido iguales para todos, pero distintos para cada cual. Ya lo teníamos hablado. Para mí fue la época de la ilusión, de las tetas de Vivian, del diario del Che, de la camisa de nylon que trajo Boris de Polonia (cruelísima en el verano) y de los primeros tragos de ron. Manolo, que por esos años era también conocido como El Buti, asocia ese tiempo a la muerte de su padre, a las fiestas de las que siempre nos botaban, al calabozo que se ganó por meterle al cocinero del campamento la bandeja por la cara, a las botas rusas y a las croquetas espaciales, aquellas que se pegaban al cielo de la boca. Sin darnos cuenta el bar se fue poblando de parroquianos. Además de los habitué —¿se dice así?— había una pareja en medio del salón, acomodando los ojos a la oscuridad. El Tigre dijo por aquí, señores, hay espacio en la barra. Gracias, le respondió con acento español una voz de hombre en la penumbra. Con permiso, dijo ahora una mujer al parecer igualmente española. Usted lo tiene, éste fue Manolo regresando del laberinto de sus cavilaciones. La barra tiene eso, es el lugar del trago rápido, sin muchos intermediarios, pero es, además, el más socialista del bar. Ahí uno se expone a que lo interpielen, a que alguien le cuente sus penas y hasta a que te metan a gritos una canción en el oído. Aunque en realidad no había sido para tanto. Corrección en la frase, una simple cortesía, y cada cual podía volver alegre o tristemente a sus asuntos. Miré a los recién llegados. Espigado él, llenita ella. Rondando ambos los 30 años. ¿Qué les sirvo?, solícito, El Tigre. ¿Qué ofrece?, seguro, mundano, el peninsular. Ron Collin Ton Collin Cuba Libre Carta Oro Carta Blanca Cubanito Hailbail Mojito cerveza Cristal Bucanero Hatuey Mayabe, entre las bebidas nacionales, dijo El Tigre conteniendo la respiración. De las cervezas, ¿cuál es la mejor?, ahora era, tímida, la mujer. Todas son buenas, respondió, patriótico, Manolo. Y siguió con aquello de que para gustos..., y que lo importante en la fabricación de la cerveza era la calidad del agua, y que los manantiales de la Isla son reconocidos internacionalmente,

y toda esa etcétera que me sé de memoria pues es uno de sus temas favoritos desde que intentó estudiar química de los alimentos. Entonces, dijo el español a El Tigre, de la que toman ellos, y nos señaló a nosotros. Ponlas frías que se partan, se adelantó Manolo, y agregó millonario: cárgalas a mi cuenta; que con la guerra del 95 se terminaron los rencores. Manolo Martínez, apretón de manos, y este es Alejo. Ricardo y Maruja, nuevos apretones, y muchas gracias. A mí me pareció bonito el acto; este cabrón comparte lo poco que tiene. Tremenda lección para el par de turistas: pobres, pero honrados. Recordé que solo nos quedaba dinero para un laguer más, y sentí esa desazón que a lo mejor tú conoces: la garganta apretada, cierto nerviosismo, una añoranza que no se puede explicar. ¿Para qué seguir con los detalles? Me sacó de esta angustia la conversación, más animada que original. ¿Primera vez? Lo teníamos planificado desde hace tiempo, pero solo ahora pudimos venir; vamos a estar una semana. ¿Catalanes? ¿Por qué?, ¿tenemos acento? No, es que a los catalanes no les gusta que los confundan con los otros españoles, por eso el tanteo siempre se comienza por ahí. Risas. Somos gallegos. ¡No joda! Ay, perdonen la expresión! Es que mis abuelos eran de Galicia. Y los de éste también. ¿De dónde eran los viejos, Ale? De Pontedeume, creo. Los míos nacieron en la provincia de Lugo; el pueblo se llama Mondoredo o algo así. Mondoñedo; lo conozco, tiene una catedral muy interesante, con entusiasmo, Maruja. ¡Qué chiquito es el mundo!, eufórico, apurando un trago, Ricardo. El mundo es grande, lo que pasa es que hay gallegos en todos los puntos cardinales, profesoral, Manolo. Y canarios también, metí la cuchareta más por cortesía que por interés; hay aldeas en Tenerife donde todo el mundo emigró hacia Cuba. Aquí a los gallegos se les quiere, seguí, aunque se hacen algunas bromas... Allá también; no tenga pena, comprensivo, Ricardo. A esta altura las jarras habían sido vaciadas. Mirada significativa de Manolo. Mirada imperturbable mía ¿Nos tomamos la última?, generosa, Maruja. Querrá decir la penúltima; para la última todavía faltan muchos años, risueño, Manolo. Mozo, cuatro de lo mismo, y ahora ábranos un cheque, ordenó Ricardo, simpático y enérgico. No es que sea adivino, pero tengo la facultad de presentir cuando las cosas pueden complicarse. Para mí no; me quedan algunos asuntos. ¿Cómo? Si apenas son las once de la mañana. ¿No va a dejarse invitar? Oiga, que eso en mi tierra es de muy mal ver, alegre pero firme, Ricardo. Cedí sin contestar. En realidad era temprano. Y ya se habían metido en la cancha en que Manolo es champion. Intercambiaban chistes. Después de uno sin mucha gracia contado por Maruja, se tiró mi compañero al ruedo. ¿Se saben el del tipo que tenía que hacerse una implantación de pene? Coño, Mano, que hay una señora presente. Que lo haga, que lo haga, todos somos adultos, ¿no?, dijo Maruja. Ricardo asintió con la cabeza. Este tipo perdió el pene en un accidente y fue a un urólogo que hacía implantes para que le mostrara los que tenía en existencia. El médico le presentó uno. No, dijo el paciente, ese no es exactamente como yo lo quiero; está un poco fino. El doctor tomó otra caja y le enseñó el contenido. Ese está bien de grosor, pero es muy corto. El médico bajó otra caja de lo más alto del estante y le dijo: esto es todo lo que tengo, mire a ver si

le conviene. El tipo apreció lo que le ponían delante. Así mismo, así mismo, gritó; pero ¿no lo tienen en blanco? Risas estruendosas, palmadas en las espaldas, este tío es la leche, divertidos Maruja y Richard, que así había pasado a llamarse Ricardo para Manolo a la tercera ronda. Claro, a cuenta de ellos. Y después, la cuarta y la quinta. Caballero, yo me voy, dije en un arranque de lucidez. Ha sido de verdad un placer. ¡Joder, hombre!, que hoy es día de fiesta, los asuntos pueden aguardar hasta el año que viene, medio turbio, Ricardo. De la fiesta se trata, intenté explicar, pero fui interrumpido por Manolo, que, como siempre, bromeaba en serio A enemigo que huye, cerveza helada. Please, Tiger, more beer, que hay billete para responder. Y ahí, como diría Cantinflas, estaba el detalle. El dinero que quedaba era el mío; sagradísimos billetes que por nada en el mundo podía echar para adelante. Pero Manolo no estaba contando en ese instante con mi capital. Eso ella no lo cree, como le tiene manía... El peo le da a él por el lado fantasioso. Y en realidad se sentía forrao, todo un capitalista. Antes de que pudiera ponerme en pie, El Tigre, más eficiente que nunca, distribuyó las latas y cambió las jarras por otras acabadas de sacar del frío. El cubano que se haya visto en semejante situación, sabe que una cerveza no se deja servida e intacta, es una afrenta a los dioses tutelares y el peor agravio que se le puede hacer a la suerte; en dos palabras: se arriesga a que no se empate más nunca en su vida con un laguer. De los chistes de mayor elaboración, habían pasado a los colmos y los tan tan. Recuerdo que los de más éxito fueron el de la modelo que era tan flaca, pero tan flaca que los niños etiopes hicieron una colecta para mandarles comida; ¿y el colmo del optimismo?: dos homosexuales haciendo cola para comprar un cochecito. Y ahora que hablan de maricones, y con perdón, Lady, éste era Manolo, están dos locas hablando por teléfono y le dice una a la otra. ¿Te enteraste de lo que le pasó a tu hermano Roberto? ¿No?: se está muriendo; tiene fiebre amarilla. Y le responde la otra: ¡Ay, que color tan feo! Ricardo salió expulsado de su banqueta por una carcajada. Se aguantaba las tripas y doblaba el cuerpo. Maruja limpiaba los lentes con el mismo pañuelo que luego se pasaba por los ojos para enjugar las lágrimas. ¡La hostia! ¡Este es la hostia!, abrazando a Manolo, cambiando su asiento, diciéndomelo a mí, Ricardo. El Tigre estaba pendiente del diálogo. Es un caso raro de negro discreto. Hasta el momento se había limitado a reírse a distancia, pero tanta cordialidad, tan buena onda, lo decidió a participar con una adivinanza. A ver, a que no saben cuál es el único animal que come con los pies en la cabeza. Nadie respondió. La voz cavernosa que venía de detrás del mostrador nos cogió movidos. Entonces por la cara que puso El Tigre me di cuenta que éste empezaba a dudar de la gracia de su propio chiste, seguro pensó que era de mal gusto; pero ya estaba lanzado y no tuvo más remedio que dar él mismo la respuesta, que salió como masticada de sus gruesos labios: el piojo. Corteses sonrisas, una tos nerviosa. ¿Saben como se dice piojo en gallego?, salvando el bache, solidaria con el negro, ahora sentada junto a mí, Maruja: piollo, se dice piollo. ¡Cojones, el pollo! Ese fui yo. Pollo no, piollo, castrista de la tendencia Rosalía, Manolo. El pollo que tengo que comprar para la cena de esta

noche. ¡Chavela Espinosa me mata! Hice por levantarme, pero una pesadez general me lo impedía. La suave mano de Maruja en mi hombro me devolvió al bar. ¿Estás mareado? ¿Mareado, yo? Ricardo y Manolo intercambiaban información sobre sus vidas. El primero era maestro de obra en Vigo, aunque nació en Villa Franca del Bierzo. Manolo, dijo, era de El Vedado; había estudiado técnico medio en organización del trabajo, pero ahora estaba interrumpido, cobrando en la casa el 60% ¿Y tú? Me susurró al oído Maruja. ¿Yo qué?, respondí separándome. ¿De dónde eres?, ¿a qué te dedicas? Soy de Pinar del Río, pero vivo desde niño en La Habana; trabajo como fundidor en Cubana de Acero. Ricardo y Manolo habían hecho un aparte y hablaban de historia. ¿Y tú? ¿Yo qué?, me devolvió la pelota, coqueta, Maruja. ¿Qué haces? ¿Ahora?, siguió bromeando. En el antes de ahora. ¡Uy, que filósofo! Soy enfermera obstetra en Santiago de Compostela; además estudio acupuntura y medicina homeopática. ¡Qué interesante!, dije sin mucho entusiasmo, y pensé que para curar con agua, bebía demasiado alcohol. Di un salto cuando sentí la cálida mano de la española que del hombro, sin transición, bajaba al muslo. ¿Estás mareada? Un poco, respondió ella y recostó su cabeza a mi brazo. Aquí hay una baja, dije en voz alta para salir de alguna manera de situación tan embarazosa. Ricardo o Richard suspendió por un momento el discurso y observó el cuadro. Déjala que se refresque, al rato a ella se le pasa, dijo con naturalidad y volvió a su disertación sobre los celtas, los curiosos nombres de los pueblos gallegos, la galopeada de Almazor y los suevos. ¿Los huevos de Almazor?, se rió Manolo, pero a Ricardo no le hizo gracia el juego de palabras. ¡Leche, Manolo, que estoy hablando en serio! Oye, Alejo, continuó imperturbable mi socio, dice éste que fue en Viana del Bollo donde perdió los huevos Almazor ¡Me cago en Ceuta!, nada divertido, dando un manotazo en la barra, Ricardo, que al parecer no estaba dispuesto a que se tomara a guasa la historia de su verde, húmedo y melancólico país. Está jodiendo, Richard; cuando él se pone en eso no tiene para cuándo acabar, conciliador, sujetando a Maruja para que no se desplomara, yo. ¡Qué la corte, qué la corte, el muy cabrón!, insistente, gritando, el intelectual del ladrillo, como lo había llamado Manolo tres cervezas atrás. ¿Qué, pasa, caballero?, intervino El Tigre desde sus seis pies de estatura, ¿se acabó la diversión? Todo el bar estaba puesto para nosotros. Manolo se levantó con torpeza y yo me preocupé. Aunque es un hombre generoso, suele ser violento si se le provoca. Ricardo se puso de pie también. Tú eres un mierda, Richard, dijo Manolo mirando al español a los ojos; eres un mierda... si no me acompañas a orinar. Ricardo sonrió. Yo respiré aliviado. Y al baño se fueron abrazados como dos alegres compadres. Aprovechó para acomodar a Maruja suavemente sobre la barra de madera. Al rato se despertó. ¿Dónde están los otros? Se fueron, mentí. Qué bueno, ya me estaba hartando de tanta habladera, sincera, haciendo una leve presión sobre el muslo que nunca había soltado, Maruja. Ricardo y Manolo venían de vuelta. Se les veía amistosos y muy contentos el uno del otro. Tigre, rugió el visitante, cierra las dos cuentas, que nos vamos con la música a otra parte. Con gran esfuerzo Manolo le dijo al barman que separara los cheques, que él había invitado y pagaría

nuestra parte. Ricardo se opuso con firmeza, pero ya El Tigre estaba presentando las notas. Nuestro compromiso eran ocho cervezas. Manolo sacó su billete de a cinco y lo miró extrañado. Luego buscó concienzudamente en los otros bolsillos. Lógicamente, no encontró nada. La mano temblorosa de El Tigre había escrito con grandes trazos en el papel \$8.00. Sentí la rodilla de mi amigo presionando significativamente la mía. Suelta el gallo, dijo por lo bajo, luego nos arreglamos. ¿Qué hacer en esa situación? ¿Dejarlo como un cubanito alardoso y aprovechado? Ya Ricardo había pagado lo suyo y esperaba por nosotros. Maruja regresaba del tocador visiblemente refrescada, con un segundo aire. Puse mis diez dólares discretamente en manos de Manolo, y suspiré resignado. Este pagó, revisó el vuelto, dejó 1.00 de propina y guardó el resto ante mi expresión atónita. ¡A xantar!, que *sientoóchegas no ventre, este es Manolo, haciendo gala de un gallego vacilante ******.

¿Qué tú dices?, agarré a mi socio por la manga cuando los españoles se dirigían a la puerta de salida. A comer, chico, que tengo cosquillas en las tripas. Eso lo entendí, pero ni lo sueñes, dame acá la pasta, que yo me largo. Compadre, no sea ridículo. Ahora no nos podemos dejar caer. Lo suyo está asegurado. El gaito nos invita a La Torre, aquí enfrente, cosa de una hora más y ya estás libre. ¡Qué clase de embarque me estás dando, Manolón...! Y no pude continuar, pues Maruja entró de nuevo al bar a buscarnos y se me prendió del brazo. Debo reconocer que a la luz de la tarde me cagué. Yo vivo en 17 y H y todo el mundo por aquí me conoce. No iba a faltar alguna chismosa que corriera a contarle a mi mujer que me había visto en tremenda farra con una extranjera. Y aquí, en favor de mi persona, debo decir que ésa no es mi onda. La curda sí, pero los tarros no. La luz intensa de La Habana nos abofeteó a los cuatro. Amablemente me safé de Maruja y salí disparado para La Torre mientras les decía: voy delante a separar la mesa. Con el mismo impulso tomé el ascensor y no paré hasta el piso 27 del edificio Focsa, que es donde está el restaurante. Inmediatamente llegaron ellos. El capitán nos señaló un puesto junto al ventanal de la derecha, según se entra. Tres o cuatro mesas estaban ocupadas en esa ala al parecer por extranjeros. Ricardo se quedó hablando con el camarero mientras nosotros tomábamos asiento. La ciudad se veía espléndida desde lo alto, con sus calles bien trazadas, sus edificios que fueron modernos en los años cincuenta y los árboles frondosos, laureles casi siempre, que custodian las aceras. Maruja se levantó y me dijo: ven, Alejo, muéstrame La Habana. Fui con ella hacia la amplia vidriera. Se me pegó como por casualidad. Sus senos en mi espalda se sentían duros. Puse distancia y observé a los dos que ya estaban riendo nuevamente, ahora ante la amenazadora presencia de una botella de Varadero seven years old, y la más amable de cuatro platos de entremeses. Desde la barra un joven mulato, que jugaba con su copa vacía, se dirigió a nosotros. ¿Quiere echar un ojo, colega? ¿Qué?, pregunté a mi vez, sin entender cuál era su proposición. Que si quiere unos... (aquí se llevó los dos puños a la cara e intentó mirar a través de ellos); a dollar el rato. Venga, exclamó Maruja entusiasmada, dijo, ante la posibilidad de observar en detalle y como un pájaro, la vida de la mítica urbe que acogió a su tío apenas un

niño. Con precaución, el mulato extrajo de su mochila unos prismáticos de gran potencia; se cercioró de que nadie lo estaba observando, y los puso en mis manos. Yo los pasé a la española, que ya estaba colocada entre el cristal y este servidor, ocasión que tuve para comprobar que también sus nalgas eran firmes y agresivas. Voy por algo de beber, salí del paso, ve mirando tú. Ricardo estaba metiéndole un poema en gallego a Manolo. Este asentía como todo un conocedor, escanciaba en las dos copas y se empinaba la suya ¿Interrumpo?, pregunté. Pero no obtuve respuesta. El cubano estaba prácticamente fuera de combate, aunque se mantenía derecho. El español se había puesto triste. Me senté a su lado. ¿Qué pasa, compadre?, le alboroté más la rizada cabellera. Alejo, la vida es una mierda, me respondió sin levantar la vista de su copa. La vida es bonita, viejo, traté de ser optimista. La vida es una mierda y las mujeres, putas. Se me helaron los huevos, se me pasmó la curda. Entré a explicarle que el alcohol altera la conducta de la gente, que no se puede tomar en serio a una persona en nota, que ella le era fiel, que lo quería. Putas; te lo digo yo, son putas. Desde la ventana Maruja me hacía señas, algo así como que no le hiciera caso, que fuera donde ella. Decidí no tocar el ron. Puse en los vasos Tropicola y hielo. El mulato caía ya sobre la presa; intentaba mostrar algo que Maruja no atendía, puesta como estaba para lo que ocurriría entre nosotros. Me acerqué y el joven se hizo a un lado. Fiera, le dije, parquéate por ahí, ahorita te devuelvo el hierro. Maruja me tiró el brazo libre por los hombros y me atrajo hacia ella. Con el otro sostenía los prismáticos. Ale, ¿qué edificio es ese?, mi omóplato derecho nuevamente encañonado por su seno. Miré en la dirección que me indicaba. La Plaza de la Revolución. Es el monumento a José Martí. ¿Y esa iglesia?, ahora recorría mi muslo izquierdo con la mano que había dejado caer al costado. San Juan de Letrán. ¿Y aquello que parece una nave espacial? Coppelia, la heladería. Y mira qué bonito, aquí también tienden en las azoteas, como en mi pueblo; allí, donde está tendiendo esa morena, ¿es la Unión de Escritores? Me puso los binoculares delante de los ojos. La morena en cuestión era mi mujer. La energía con que iba colocando en el alambre las piezas, el mechón de pelo que le caía sobre los ojos, y que ella no hacía nada por acomodar, eran pésimos indicios. Maruja, la interrumpí y le di su vaso, creo que ha llegado el momento de que nos despedamos. ¿A dónde piensas llevarme?, preguntó con voz de Caperucita. Maru, dije, aquí hay una confusión, y yo no quiero problemas. Tu marido se dará cuenta de todo. ¿Mi marido? Ese gilipollas está a miles de kilómetros de distancia. Sólo está borracho, dije bajando la voz y miré para la mesa, donde el noble constructor seguía con la cabeza entre las manos, mientras el Manolete buscaba en cada plato sus bocados preferidos; es decir, nos iba dejando sin jamón, sin queso y sin aceitunas. Pensé explicarle lo difícil que eran las cosas aquí, lo de mis ocho años de matrimonio, lo de la fiestecita del 31 con los chamas, pero me dió fatiga. Necesité dos o tres minutos para tomar una decisión. Volvamos a la mesa, propuse. Se dejó llevar. El dueño de los prismáticos vino a nosotros. Los devolví. Luego revisé los bolsillos de la camisa de Manolo, que comía con la dedicación y la parsimonia de una vaca pastando bajo un aguacero. Saqué un

dollar y se lo di al mulato. Aquí falta, replicó; es un dollar por persona. Le iba a entregar el otro, pero yo no sé si fue la rabia de sentirme estafado o que pensé que el muy cabrón de alguna manera se estaba comiendo el pollo de los chamas, pero me pasó por la mente una idea asesina. El lo supo y no insistió. Tomó lo que le daba y se largó en dirección de cuatro italianos diesel, esos petroleros que vienen a buscar negras. Necesito ir al baño, dije. Yo también, se levantó Maruja. Pero no la esperó. Oriné, me lavé la cara, me peiné. A la salida de los lavamanos estaba ella. Es un pasillo estrecho y pobremente iluminado. Me echó los brazos al cuello y buscó mis labios. Puse resistencia. ¿No te gusto? Eres muy bella. Entonces, ¿qué sucede? Es largo de explicar. Alejo, ¿tú no serás...? Sólo eso me faltaba. Tranquila, no soy. Y no pude seguir hablando porque su lengua encontró la mía. Entonces metí mano. Uno es varón y tiene su responsabilidad con la especie. Nos dimos un tranque del carajo. Si alguien pasó por nuestro lado, no lo sé. Solo nos interrumpimos cuando la mujer de la limpieza pidió permiso, consecuentemente armada con cubo y bayeta. Rompimos el abrazo antes de llegar a la mesa. El cuadro había cambiado ligeramente. Los platos de entremeses fueron remplazados por enchilado de camarones, vegetales al vapor, tostones, ensalada de estación y, de beber, vino Ribeiro. Restaurado por la depredación anterior, Manolo nos recibió con una amplia sonrisa. Así que yo haciendo relaciones internacionales y el acoy practicando lucha libre, decía y observaba cómo Maruja se componía sin mucho recato la blusa. Ricardo también se veía mejor. De la tristeza incontenible había pasado a una afectividad exagerada. Venga, primo, me pegó una galleta que a él le pareció amistosa, y me estampó un beso en la mejilla adolorida. Menos mal que tengo relevo, pensó Manolo en voz alta; si éste no llega a tiempo, me lo hubiera tenido que templar: el cabrón es una babosa. Maruja rió con ganas. No sé si conocía la acepción cubana del verbo. Algo le dijo a Ricardo en gallego que no pudimos entender. Éste respondió que a la ternura entre hombres es a la que hay que echarle más cojones, y que nosotros éramos como sus hermanos, y que nos daba todos los besos que se le diera la gana. Estiró la trompa en dirección a Manolo, pero el socio dijo paso, ahorre saliva y métale al xantar, que la grasa se duerme. Por un rato comimos en silencio. El cuerpo agradecía los subidos sabores del marisco, los plátanos crujientes, la frescura de los vegetales. A insistencia de Ricardo, probé el vino. No me pareció mal. Maruja dijo que hubiera sido mejor un albaño de Cambados, Pero por los gestos y la cara de Ricardo supimos que no lo había oído. Dos copas más y ya yo estaba conectado nuevamente. Maruja me servía con gran dedicación, separaba los camarones más tiernos de su plato y los ponía en mi boca. Yo estaba turbado. Manolo la miraba hacer con picardía, seguramente pensando: ¿éste es el que no quería venir? Ricardo también comió fuerte, rebañaba la salsa con un pan, y atacaba una y otra vez la ensalada, concentrado en su plato. A todas estas no se me había ocurrido mirar la hora: 8:30 en mi reloj. ¡Qué desastre! Reinaba el buen humor entre mis amigos, y me pareció grosero romper el encanto. Ahora Manolo hablaba con el corazón en la mano; decía que para él era muy significativo estar con unos paisanos de

sus abuelos un día como ese; que nunca lo iba a olvidar; que había muchas formas de hermanarse, y esa, compartir los panes, los camarones y los vinos, era una de las mejores. Yo me sentí obligado también a decir algo. Hablé de nuestra situación actual, de que nos hubiera gustado invitar a nosotros, que, en definitiva, éramos los anfitriones; pero que ya habría ocasión, todavía nos queda mucha vida por delante, etc. Maruja dijo que los cubanos éramos gente muy simpática, que en su momento habíamos acogido a los emigrantes gallegos y que ahora era a ellos a los que les correspondía ayudar en lo que fuera. Ricardo aprobaba sus palabras. Él opinó que lo que parecía un encuentro casual podía ser obra de la Providencia, y se largó un discurso sobre la reencarnación, la transmigración de las almas y otras hierbas aromáticas, según el cual este encuentro estaba pactado en La Habana quién sabe cuántas generaciones atrás. Manolo fue a la barra y regresó con los seis dólares que nos quedaban convertidos en un precioso tabaco que obsequió a Ricardo. Este se conmovió mucho con el gesto. Yo también me emocioné, pero por otras razones. Mi sentencia de muerte se acababa de firmar. Otras y otras copas. Tomamos el café, liquidamos la cuenta y salimos a la calle. Me sentía más confundido que un lirón que ha perdido el sueño. Dimos una vuelta por el malecón. Los transeúntes, vestidos para la ocasión, se dirigían a sus fiestas. El aire del mar nos hizo bien a todos. Maruja caminó por el muro. Ricardo cantó un aire de su tierra. Manolo bailó como él creía que era la usanza en el finisterre. Yo los seguía a distancia. Los gallegos se hospedaban en el Hotel Presidente. Bordeando el mar, en media hora estábamos allí. Insistieron en que subiéramos a sus habitaciones, pero nos negamos. Hubiera sido un lío, dijimos, con los carpetas y la policía, que nos habrían confundido con dos traficantes o con dos profesionales del sexo. Maruja puso cara de desencanto, Richard dijo muy bien, espérenme en la terraza, que tengo algo para ustedes. Salimos nuevamente. La noche estaba fresca. Manolo se arrellanó en una poltrona; Maruja y yo fuimos a dar a algo así como un sofá, pero más chico. Ella me besaba en el cuello. Yo trataba de quitármela de encima. Vamos a otro lugar, dijo, quiero acostarme contigo. Hoy todo está lleno, argumenté, mañana te recojo y vamos a casa de un amigo. Yo quiero hoy, melosa, auscultadora, la gallega. La miré como diciéndole que era peligroso insistir. Mi socio se había quedado dormido. Un custodio nos observaba con cara de pocos amigos. Como a la media hora reapareció Ricardo. Traía unas cajas muy bien envueltas, una botella de licor y cuatro vasos. Nos hizo señas para que nos acercáramos. El se sentó al lado de Manolo, al que despertó de una amistosa cachetada. El nuestro reaccionó mal. ¿Qué cojones tú quieres, galleguito maricón? Joder, Manolo, que no te ha hecho nada, le respondió Maruja. ¿No serás tú el maricón, cubano de mierda?, le ripostó Ricardo, pero sin perder el buen humor. El custodio se acercaba y yo intervine, Venga, no pasa nada, todos somos amigos. Los españoles le dijeron lo mismo y éste volvió a su lugar. Pero que no me vuelva a pegar, porque se va a formar la de San Quintín, ¿me oíste?, dirigiéndose a mí, Manolo. Lo tomé por un brazo e hice un aparte. Tú me metiste en esto, y tú me vas a sacar sin que intervenga la policía; así es que te aguantas como todo

un hombre, le dije casi comiéndome su oreja. Ricardo había juntado los asientos en torno a una mesa y nos invitaba a acercarnos; Maruja medió y volvió una frágil normalidad. Dos cosas muy especiales, dijo Ricardo, y señaló los paquetes y la botella de Cardenal Mendoza. Toma, Manoliño, esto es para ti, le extendió una de las cajas; y esto es tuyo, Alejiño, me dio a mí la otra. Pueden abrirlas. Eran dos bellas piezas de cerámica. La mía representaba una paloma azul y blanca, muy estilizada; la de Manolo era más vistosa: una botella con forma humana y vivos colores. Las etiquetas decían que habían sido fabricadas en Sargadelos, Lugo, y que de cada una solo existían cinco ejemplares. Maruja explicó el valor de la marca, y la antigua tradición de la cerámica celta; dijo, además, que las habían comprado porque querían obsequiar con ellas a los primeros cubanos que conocieran. Era un acto simbólico. Manolo agradeció con corrección. Yo la besé en la mejilla y di un abrazo a Ricardo, que empezó a llenar los vasos para un brindis. Y ahora, exclamó, ¡a esperar el nuevo año! Fue Maruja la que me sacó del apuro. Le dijo que seguramente nosotros teníamos familia y que deberíamos estar a esa hora con ellos; ya habíamos sido demasiado generosos con nuestro tiempo; que a la amistad, como al amor —y aquí me echó una mirada significativa— hay que dosificarla, para que no llegue a hartar. Manolo probó su vaso y se relamió de gusto. Esto está de puta madre; yo me quedo, dijo risueño e imitando el acento de Ricardo. Yo no; a mí me esperan mis hijos. Ricardo dijo bueno, qué se le va hacer, mejor quedamos para vernos mañana. Yo me quedo, ¡coño!, repitió Manolo. ¿Qué les parece si desayunamos juntos, a eso de las once?, propuso Maruja. ¿Se saben el cuento del chorrito de leche?, intervino Manolo. A las once está bien, dije yo. Entonces quedamos, me extendió la mano Ricardo. Maruja me dio un beso y me recordó por lo bajo la promesa que le había hecho. Manolo no se movió de su sitio: miraba fijamente la botella. Llévatela, escuché a Ricardo. No, dije yo, por hoy es suficiente. Levanté a mi amigo casi a la fuerza y lo obligué a despedirse con urbanidad. Maruja lo besó en la mejilla y Ricardo le dio un abrazo y le palmeó el culo. Buenas carnes, Manolo, le dijo. Lo atajé a tiempo, pues ya la galleta venía en el aire. Salimos a G. Eran las once. A la primera cuadra en dirección a Línea, nos sentamos en el parque. ¿Y ahora que coño hago?, me pregunté a mí mismo, porque seguro —y ahora iba con Manolo— tú no tienes un medio. Toma, me dio su cerámica, ésta también te pertenece. Tengo un amigo que compra y vende objetos de artes decorativas; treinta o cuarenta dólares te puede dar por las dos. Le acepté el ofrecimiento y allí nos despedimos. El se quedó sentado en el banco. Cuando había caminado unos veinticinco metros, oí su voz un tanto ronca, quizás por el sereno y el alcohol: no es puta, gritó, es hermana de Ricardo; él me lo dijo. En mi casa las luces estaban prendidas. Chavela, los niños y mis suegros cenaban. La mesa se veía muy bien servida: había congrí, pollo asado, ensalada y vino. Mi espacio estaba puesto. Di las buenas noches, pero nadie respondió. Tome, Teresa, le alcancé a mi suegra una de las cajas. Esto es para ti, Chave; puse la otra en manos de mi mujer. Ninguna de las dos miró el contenido. Mi suegro me hizo señas de que no siguiera hablando, pero yo me

creí con la obligación de explicar. Me demoré porque tuve que echarle una mano a un amigo que trabaja en el ICAP, el fin de año le soltaron una delegación extranjera y... Mi mujer se levantó de la mesa llorando. Bertica y Filiberto fueron a consolarla. Mi suegra tiró la servilleta en su plato y salió también del comedor. Mi suegro dijo la cagaste, compadre, y me dejó solo. Durante semanas intenté conversar, buscar un arreglo, pero ella se mantiene en sus trece. Quiere divorciarse. Por eso te llamé. Tú fuiste su compañero de escuela. Tú publicaste una novela. Ella te admira mucho. Dile que no pasó nada. Explícale lo del orgullo nacional y la amistad. Cuéntale que le conseguí otra edición de *Paradiso*; que las cerámicas son muy valiosas, de Sargadelos. Ya cuelgo, sí. ¿A qué hora tu sueltas en el trabajo? Te espero a las cinco en el Bar Heredia; ahí, al doblar. Te lo cuento todo con más calma. Echame un cabo, mi hermano, a ver si se suaviza. Oye, espérate un segundo, ¿tú sabes en cuánto se puede tirar la edición príncipe de *Espejo de paciencia*? Manolo tiene un alemán que está interesado. Es que quiero comprarle una lavadora a ella y una bicicleta a los fiñes. Total, se está deshaciendo de viejo en el librero. Bueno, bueno, luego hablamos. Tú me vas a ayudar también con lo del libro, ¿verdad?



Abril de whisky y viernes en las rocas

Ladislao Aguado

A Andrés Jorge.

LA CASA ESTABA COMO PARA UNA FIESTA CON BELKIS Y LUCILA Y CAROLINA Y Berta y mi mamá, y ni habían abierto la botella de Chivas Regal que alguien le regaló a Carolina y las cinco estuvieron muy de acuerdo en esperar que yo llegara, aunque ni era mi cumpleaños ni sospechaban de lo mucho y tanto y de pronto como el whisky me enamoraría de Berta. Sería acaso porque ya me estaba saliendo el bigote y era una lástima que aún no supiera lo que era el whisky, ni enamorarse de una vez, a pesar del nombre de Berta y los treinta-tantos años de ella y los muy incipientes catorce míos. A lo mejor no me esperaban y fue simple coincidencia que no les hubiera alcanzado el tiempo para abrir la botella antes que yo regresara de la escuela: tan pocas las clases ese viernes. Quizás les sorprendió lo repentino de mi entrada a la casa y entre cinco mujeres, pues que el hombre descorchara, sirviera la bebida impregnada de olores a madera y alzara el vaso, así de enérgico como lo había visto hacer en las películas, por ellas, y ni una mueca aun lo abrazante del Chivas Regal en las encías, en la lengua; y bien enseguida, la amenaza de las lágrimas y el ridículo como ellas lo notaran, la pena si mi mamá advertía la tantísima pena que el whisky me dejaba en la boca y yo tan de frente y enérgico como en las películas, allí delante de Berta y Lucila y Belkis y Carolina. Y quizás hasta lo notaron, pero entre cinco mujeres, que el hombre pusiera alguna música: algo tan confidencial como María Bethania o Simonne o más doloroso a lo Julio Iglesias, Roberto Carlos o los Bee Gees. Y mejor que mejor si Paul McCartney cantaba en solitario y no se me ocurría un Feliciano de todos los hombres y sus dolores y de bares y cantinas, que aquella no era una tarde de bares y cantinas, sino un viernes de marzo —si la memoria no me falla—, en el que quizás regresé demasiado temprano de la escuela, justo cuando ellas no me esperaban para ese Chivas Regal que recién había destapado porque ya me salía el bigote y entre cinco mujeres, mejor si me quedaba y compartíamos aquel tan buen whisky según Belkis y Lucila y Carolina y mi mamá y también Berta: a quien ya le notaba algo de guarida entre los senos y el escote casi profundo de la blusa.

Las ventanas de la sala estaban entornadas por el sol, y me agradó el regusto a madera mojada que se me apretaba en la boca, tanto como la voz endurecida de María Bethania o los labios de Berta mientras soltaba el humo del cigarro o los dedos de Carolina siguiendo la canción sobre la mesa. Era agradable aquello de ser el hombre de cinco mujeres ante una botella de Chivas Regal recién abierta y que la luz entrara tenue hasta nosotros como si estuviéramos en un bar de luces mortecinas y no en mi casa de todos los días y todo el sol de otros meses que no eran aquel marzo ni aquel viernes en que tal vez llegué demasiado temprano de la escuela o ellas me habían esperado porque ya me salía el bigote y no era justo que aún no hubiese probado el whisky, levantado un vaso así de enérgico como lo había visto hacer en las películas y frente a cinco mujeres disimulara el ardor de la bebida, las consabidas lágrimas y fuera yo quien se decidiera por María Bethania y no por Paul McCartney en solitario como quería Carolina, ni por algo tan desconcertante como los boleros que ya enseguida quiso escuchar Belkis, también Berta y mi mamá, o el Julio Iglesias de Lucila. No: María Bethania cantaba ese viernes de marzo con voz endurecida, como de whisky y no porque ella me gustara —que lo mío era Foreinger y Cindy Lauper y Madonna tan reciente entonces—, sino por sentirme encantadísimo con las amigas de mi mamá, tan impredecibles y refinadas; o acaso porque ya me crecía el bigote y tiempo era de que me enamorase de alguna Berta aun lo descorazonador del nombre y me olvidara de Sonia y hasta de Raysa y de la mañana que me dejó sobarle las nalgas en la biblioteca de la escuela, mientras la bibliotecaria se empecinaba en leernos el Diario de Cristóbal Colón. Y de la otra mañana, ella y yo solos en su casa, todos estaban para el trabajo, Santiago, y de lo espontáneo y qué remedio y sin auxilio de aquella venida mía no bien me sentí encima las mismas nalgas que días antes había sobado en lo muy al fondo de la biblioteca. Debía olvidarlo todo, porque ya Berta se quitaba los zapatos y me enseñaba lo rosado de las uñas, el calor de los pies, ciertos lunares mínimos. Y por si no la miraba lo suficiente, dejó las piernas bien cerca de mí como para que nada me evitara olerlas, y hasta acariciarlas, si ese viernes de marzo hubiéramos estado no más ella y yo y la botella de Chivas Regal y era posible un desnudo que comenzara desde sus uñas tan rosadas hasta lo apenas terso del cuello y el vientre como un triángulo de vello ennegrecido y sus senos, más que una guarida, cayendo como dos bolas de estambre contra su cuerpo.

Pero quizás ese día regresé demasiado temprano y Berta y Carolina y Lucila y Belkis y mi mamá me acogían como el hombre entre cinco mujeres, porque total, si ya estaba allí, no era cosa de sacarme a la calle y que no supiera lo que el whisky me adormecería la lengua, si ya me salía el bigote y fui yo el primero en levantar el vaso así de enérgico y de frente a ellas como lo había visto hacer en las películas. No, cuándo había pasado que un hombre se fuera de la casa y abandonara a cinco mujeres con una botella de Chivas Regal y para colmo, de lo más embulladas con la voz angosta de María Bethania. No; aun ese hombre hubiese regresado demasiado pronto o descubierto un viernes de marzo que cinco mujeres lo aguardaban frente a una botella de whisky porque

ya le salía el bigote o esas casualidades, a ellas les urgía que alguien levantara un vaso y brindara enérgico como a lo mejor lo había visto hacer en las películas y, como en las películas también, se aguantara las lágrimas y comenzara desde entonces a enamorarse de Berta aun lo achacoso de su nombre y de sus uñas rosadas, ciertos lunares mínimos y el olor de sus pies, como si estuvieran solos en aquella sala de persianas entornadas, contentísimos ante lo mucho que ya le crecía el bigote, junto a la de pelos bajo el brazo y en el vientre: tan negro como el suyo, aventuré.

A veces me pregunto por qué no fue lo mismo con Carolina o Belkis o Lucila, y ese viernes —aun no esté seguro que fuera marzo entonces— Berta comenzara a olvidarme de Sonia y hasta del bochorno frente a Raysa no bien descubrió lo abundante que mi leche la ensopaba, con lo tan reciente que me había posado las nalgas encima. Pero a mí se me ablandaron todos los recuerdos adentro y un sabor como de madera mojada se me acunó en la garganta y Raysa fue apenas dos nalgas, el sudor de su carne y mis manos atenzadas a ellas. A ratos me pregunto por qué Berta y sus tetas como dos bolas de estambre y trato que sea Carolina, pero recuerdo cierta vez que fuimos a la playa y de lo verdiazul y cubiertos por un mapa de venas que le encontré los muslos, justo donde yo suponía una piel como la de sus piernas: sin trazos. O Belkis, y sería porque su voz se me figuraba como el ruido del hielo al chocar contra los vasos. O Lucila, y fue acaso que tenía un cuerpo excesivamente grande y firme, casi aplastante. O esa tarde ninguna de ellas me arrimó sus pies para que pudiera olerlos, percatarme de lo rosado o rojo o hueso de las uñas y de aquellos ciertos lunares mínimos que yo nunca había visto. Y a ratos también insisto en la de accidentes que me llevaron a Berta y presiento que era ella quien se me insinuaba de hembra entera, aun solo pudiera verle los pies y la imaginara sobradamente desnuda hasta su cuello nada terso y su vientre ennegrecido y sus tetas, como dos bolas de estambre, dándose a mamar, rollizas.

Pero Berta parecía no acordarse de mí y muy por el contrario, andaba atentísima al whisky y a la música de María Bethania y a lo mucho que Carolina se había impresionado con el libro de un tal ahí que yo nunca había leído y si mal no recuerdo Berta tampoco, ni mi mamá ni Lucila, solo Belkis y eso porque ellas eran tan amigas que enseguida Carolina se lo había prestado y andaban así de entusiasmadas las dos con no sé qué de la Habana y de un infante muerto, como las cinco frente al Chivas Regal y el queso en cuadritos y las cebollitas encurtidas que tanto le gustaban a Berta, se notaba.

Y hasta hice —o apenas simulé— de irme para la calle, pero Lucila y mi mamá, que me quedara con lo bien que la estábamos pasando, Santiago, y Carolina si le ponía al fin a Paul McCartney en solitario o mejor a los Bee Gees y Berta que ella me preparaba enseguida un saladito con queso y cebollitas y otra vez queso y me lo dio de su mano en mi boca, toda echada hacia delante, anunciándome la oscuridad de sus senos grandes y Belkis que ni quejarme podía con tantas mujeres para mí solo, tan lindo como me encontraba así de ronco y con mi bigote nuevo, hecho un amor, Santiago, y Lucila que no fuera pesado y era más, que me sentara entre ella y Berta y no allá lo muy

lejos como si estuviera de castigo. Las cinco tan al borde y a punto de invitarme a que probara uno de aquellos Salem mentoladísimos o hasta los Populares de Belkis, si quería; mientras yo me encantaba con lo alegre de la tarde y las amigas de mi mamá, como si recién entonces regresara de la escuela y de hombre entre cinco mujeres destapaba la botella de Chivas Regal y les tendía mi vaso para un brindis así de enérgico como lo había visto hacer en las películas. Tan encantado que ni pensé en los deseos de fumar que nunca tuve y no bien me acomodé entre Berta y Lucila, encendí un Salem y me encontré lo muy dispuesto del mundo a aguantarme las lágrimas del whisky entre unas tetas grandes y unos muslos duros; aunque los pies de Berta me quedaran lejos y fuera demasiado insinuante alcanzar con la vista lo mínimo de sus lunares, el rosado de las uñas o procurar que el olor de sus dedos no se confundiera con el regusto a madera y el vaho rubio mentol de los cigarros.

Y allí, entre Berta y Lucila, recostado a Berta, encimadísimo a lo hondo y oscuro de sus pechos inmensos; aun sin saber dónde ni a quién se lo había oído, se me ocurrió aquello de *mujeres a mí que soy hombre fácil*. Y lo de menos que Paul McCartney cantara en solitario o Carolina no se aburriera de contar aquel libro otro que tampoco yo había leído, si Berta y mi mamá y hasta Belkis tan leída junto a Carolina y hasta la misma Carolina, se volvieron alegrísimas con el chiste y Lucila y Berta simulaban ahogarme de manos por la espalda y el pecho, y de tetas como bolas de estambre y perfumes desvanecidos a la intemperie de todo un día y el olor a Chivas Regal mezclándose en las salivas, en las sobras de los creyones de labios. Tan risueñas y hurgantes, que hasta noté lo muy seria que se ponía mi mamá. Sería como si temiera que las uñas de Lucila pudieran llegarme hasta el pantalón o en verdad, Berta me tragara de cabeza guarida adentro: solo, por si ya me olvidaba para siempre de la risa, y de las nalgas de Raysa y de mi semen bañándola alto y mucho, o aún no creía en lo muy tibio que podía ser aquel hueco enorme entre sus senos: por puta, me habrían aclarado los socios; aun el whisky, los cigarros mentolados y lo muy divertido que encontrara Berta el chiste mío, o precisamente por ello. Mi mamá las miró todo lo seria que sabía y le enseñaba el Chivas Regal, circunspecta como si le costara un mundo creer lo tanto y hondo, como ella suponía, que me entraban Lucila y Berta. Y Paul McCartney volvió a cantar en solitario y el hielo chocó en los vasos hasta confundirse con la voz de Belkis, y Carolina que no abusaran de mí o esa noche no habría quién me hiciera dormir; justo para que mi mamá mirara aliviada entonces y el olor de Berta me convenciera de lo tan poco puta como era ella: las putas no olerían jamás a mi mamá, convine, ni trabajaban en oficinas con aire acondicionado ni tenían carro ni eran abogadas respetables, pulcras. Aun los socios, las putas eran unas mujeres de culos terriblemente grandes y miradas putísimas como sus bocas y el rojo de sus labios, que usaban pantalones apretados, blusas lo inmenso de escotadas y transparentes, sayas cortas y pulóveres a rayas; jamás blusas floreadas y un jeans los días que no había trabajo y eso, con zapatillas blancas. Las putas no se me parecían a Berta ni olían como mi mamá ni se tomaban un whisky en la casa, ante un hombre a quien recién le había salido

el bigote, bajo el amparo de la luz que se escurría mortecina a través de las persianas, mientras Paul McCartney cantaba en solitario *No more lonely nights* y Carolina seguía con el cuento de aquel libro, que excepto Belkis, allí nadie había leído. Claro, que ante los socios no me hubiera atrevido con Lucila, que montones de veces que la había visto yo con aquellos peinados así de putísimos y los labios como bombas de negra reventando de rojo, y en pantalones y pulóveres que la hacían una apretazón de nalguitas y tetas escurridas hacia el ombligo. Aunque quizás no debí pensar que no me atrevería con los socios por Lucila, porque tampoco las putas se paraban en seco a la primera mirada que yo le encontré muy seria a mi mamá. Pero a lo mejor no fue otra cosa que una basura en el ojo, un mosquito en el cuello, un aire en el estómago y ella torció la cara, abrió inmenso los párpados y fue como si las mirara seria a partirse por lo tan audaces como movían sus manos por encima mío, casi hasta más adentro del pantalón, casi hasta lo hondísimo de las tetas de Berta en formación de guarida.

A lo mejor no le cayó ninguna basura en el ojo, ni ningún mosquito la pico en el cuello, ni ningún aire se le atravesó en el estómago y todo no fue más que un golpe de Chivas Regal así de áspero y garganta abajo, y el esfuerzo de ella, sería, por evitar que las lágrimas le surcaran el maquillaje como si no fuera marzo, sino julio o agosto y el sudor le revolviere en un viso gris, el azul de los párpados, el negro de las pestañas, el rosado de las mejillas. Y más debió ser un golpe de whisky que otra cosa, supongo, pues no bien Berta y Lucila volvieron a las cebollitas encurtidas, al queso y Paul McCartney dejó de cantar en solitario y Carolina que mejor si oíamos a los Bee Gees de una vez al fin; la botella de Chivas Regal se dejó ir calmosamente hacia el fondo, confundiéndonos la voz de Belkis con el sonido del hielo contra los vasos, la lengua adormecida con el sabor de la madera; y recién se terminaba cuando volvimos a ser cinco mujeres y un hombre, dispuestos a que la tarde no se cortara así de pronto, más si aún faltaban por encender las lámparas de pie que hacía tan poco mi mamá había comprado y hasta Lucila hablaba de irse a la cocina y Belkis que ella picaba la ensalada y mi mamá y Carolina pelarían las viandas y Berta que ella bien podía escoger el arroz; y al igual que en las películas, yo esperaba a que la comida estuviera lista para sentarme a la cabecera de la mesa como el hombre entre cinco mujeres que esa tardenoche miraban con tristeza la botella vacía y quizás extrañaban el tiempo que le faltó a Gal Costa para cantar durante ese viernes de aquel marzo, que tal vez fue abril, porque a cualquiera le falla la memoria. Acaso no debí asombrarme de lo tan rápido que se nos acababa la fiesta, o fueron ellas quienes me lo contaron antes y yo las escuché atento a los últimos golpes del hielo contra mi vaso; pero Berta ni se demoró en sacar —tintineantes— las llaves del carro y le dijera dónde comprábamos a esa hora algo decente y que la acompañara porque se veía feísimo a una mujer entrando sola a un bar y si compraba una botella, peor, ni quién aguantara a los hombres.

Y hasta esperaba otra mirada seria de mi mamá por Berta a sus anchas conmigo en el carro, lo muy dulce, como si apenas notara lo tanto que ya me enamoraba, y sus tetas, insinuándose, como bolas de estambre: Berta y yo en el

carro, luego en el bar, pensaba; cuando mi mamá que ni falta hacía que saliéramos —recordándome que ella no se había puesto seria: todo no fue más que aquel golpe de whisky en la garganta, la basura en el ojo, el mosquito en el cuello, el aire en el estómago— que una botella «buena» ni quien la encontrara a esa hora en ningún lugar, que ya se ocuparía ella de buscarle otro regalo a José Carlos, él entendería, y enrumbó risueñísima hacia el cuarto, una sorpresa, como si ya celebráramos el cumpleaños de mi tío allá por septiembre, que Lucila picara un poco más de queso y sacara unas galletas y el resto de las cebollitas encurtidas, Berta, que lo íbamos a necesitar, mientras mi mamá regresaba con una caja envuelta en papel de regalo y hasta con un lazo y una tarjeta en blanco, él la entendería, que buscara más hielo yo.

No doy por seguro que fuera marzo entonces, pero sí viernes y también que yo era el hombre entre cinco mujeres y ya me salía el bigote y me había enamorado de Berta —a pesar de lo macilento del nombre y de aquellos ciertos lunares mínimos y de su vientre supuestamente ennegrecido y de sus tetas como bolas de estambre— y que tal vez esa tarde regresé demasiado temprano o ellas me esperaban o supuse que mi mamá había mirado seria a Lucila y a Berta por sus manos yéndose hasta lo más incierto mío y que destapé aquella botella de Chivas Regal y luego alcé enérgico el vaso como había visto hacer en las películas. Era viernes esa noche que mi mamá me pidió que sacara más hielo, mientras ellas me esperaban sin tristeza y como muy embulladas con Gal Costa, yo confundía el sabor de la madera con mi lengua adormecida y por segunda vez había una botella de whisky sobre la mesa y cinco mujeres me aguardaban para que abriera aquel Johnny Walker del cumpleaños de mi tío allá por septiembre y más que un brindis, levantara apenas el vaso, ya no así de enérgico como había visto hacer en las películas, y nuevamente trocara el ruido del hielo con la voz de Belkis encantadísima ante el traje negro y los doce años de Juanito el Caminante, comentó.

Las voces se engastaban a la música, al ruido del hielo en los vasos y no pensé en Berta, ni en Sonia, ni en la cara seria que tal vez puso mi mamá; sino en dormir, aunque ya no importaba dónde y si en mi cama mejor, mejor que sobre el pecho de Berta o las nalgas de Raysa, en mi cama. Ya no importaba quién cantara entonces o si esa tarde regresé demasiado temprano o no pude alzar enérgico el vaso frente aquellas cinco mujeres que me miraban dormirme contra las tetas de Berta, bajo el abrazo de Berta; mientras Berta se reía y el ruido de las voces se apagaba, confundido, con el chocar de los hielos y el recuerdo lejanísimo de Gal Costa. Me levanté así de tieso como había visto hacer en las películas y sería por lo mucho que pensaba entonces en mi cama, que la sala y el cuarto y las puertas comenzaron a girar y ya no sentí más el gusto a madera en la lengua. *Esta noche nos caemos del mundo*, creí que la bibliotecaria leyó aquella mañana de las nalgas de Raysa y el techo blanco del cuarto se me hizo de un gris pendejo como de niebla. Entonces vinieron los calambres, el vómito, la mano de mi mamá sujetándome la cabeza dentro del lavabo, yo mirándome a ratos en el espejo del baño, notando cómo el mundo se acababa aquella noche en que nos caíamos de él. Aquella noche en que la

casa se escurría y nosotros con ella y yo con la cabeza del lavabo al espejo, del espejo al lavabo, sin que me importara un carajo Berta y Lucila casi tan lejos de la puerta que el espejo no lograba asirlas y se perdían a cada golpe de mis náuseas en el lavabo; mientras mi mamá me sujetaba fuerte el estómago, la cabeza, y ellas se iban de mis ojos como si no estuvieran allá detrás de mí, sino en la sala. En la sala de hacía un rato, justo cuando yo me levanté así tieso como había visto hacer en las películas, justo cuando estaba por entrar al cuarto y volví apenas la cabeza y soñé que Lucila recién terminaba, a mis espaldas, el beso que yo le debía a Berta; justo cuando me vinieron las arcadas y pensé en la cara tan seria que pondría mi mamá como no me alcanzara el tiempo y vomitara en el piso.





Cine cubano: nada

Antonio José Ponte

Las noches de Constantinopla

EN EL QUE PUEDE CONSIDERARSE EL MEJOR DE SUS LARGOMETRAJES DE FICCIÓN (*Una novia para David*), el director Orlando Rojas consiguió, hace unas décadas, una comedia excelente. Un chiste sobre la apariencia de su protagonista femenina, el tema musical compuesto por Pablo Milanés e interpretado por Elena Burke, y el descubrimiento de unos cuantos actores, componen mayormente su saldo. Pero el filme puede ser revisitado a placer en su totalidad.

El segundo largometraje suyo (*Papeles secundarios*) incluía momentos de humorismo dentro de una historia dramática. (Recuerdo especialmente una escena de alegre desparpajo en azotea.) Y ahora que Orlando Rojas intenta la comedia en *Las noches de Constantinopla*, es bien poco lo que nos ofrece.

Porque un público tan proclive a la risa como el cubano demora en soltarla (se agotan los primeros quince minutos sin que escuchemos ninguna), y ríe poco mientras el director gasta arsenal que debería facilitar las cosas: tropezones, travestismo, secretos a punto de descubrirse... Diálogos y acciones cruzan apagadamente la pantalla, y demasiadas veces echamos de menos esa expectativa que, en lo humorístico, antecede a una respuesta o un gesto: el suspense que ha de rodear a un chiste.

La vergüenza del que, obligado a comedia, se sabe poco gracioso, habrá puesto prisa en las escenas. Pero comedia no es solo velocidad, sino también detenimiento en algunas ocurrencias, detenimiento para buenas ocurrencias. La gracia debe ser bien respirada. Si se tratara de literatura, podría afirmarse que la película de Rojas se encuentra mal puntuada. Mal respirada, mal de *tempo*. Un argumento de Julio Carrillo (*Cuarteto de La Habana*) y del propio director ha sido contado perdidiza y largamente por el binomio de guionistas compuesto por Manuel Rodríguez (*Madagascar, Nada*) y Orlando Rojas.

Colgados en una mansión habanera existen unos cuadros valiosos. A los cuadros los vigila una anciana, cabeza de familia linajuda. La anciana cae en un raro estado de coma y sus herederos aprovechan para vender los cuadros. La anciana sale del coma, es preciso suplantar con falsificaciones los cuadros vendidos, y el mejor modo de pagar tales copias pasa por abrir en la vieja mansión un cabaret.

La historia, cercana a *Los sobrevivientes* de Tomás Gutiérrez Alea, tiene el añadido contemporáneo de la pequeña empresa familiar. Pero *Los sobrevivientes* recontada hoy hace que nos preguntemos por qué razón los más jóvenes de esa familia no toman los cuadros, o el dinero que den éstos, y se largan. Por qué a la extraña enfermedad de la vieja, suman síndrome buñueliano que los retiene. Pues lo que encontraba justificación alegórica en Gutiérrez Alea, hace aguas en la película de Rojas.

Verónica Lynn, en excelente desempeño, valdría para protagonista del filme que cuente la vida de Dulce María Loynaz, si alguna vez el cine cubano intenta esa manifestación del aburrimiento. Francisco Rabal hace en *Las noches de Constantinopla* uno de sus últimos trabajos. Bastante descarriado, por cierto. Y reclamos de coproducción o de familia habrán obligado a elegir a Liberto Rabal para el papel protagónico.

Sentado en cachumbabé con éste, Vladimir Villar resulta pasable cuando el joven actor español está imposible. Y viceversa, hasta que juntos alcanzan momentos en que consiguen estar mal los dos. El único parlamento realmente hilarante del filme corresponde a Natacha Díaz, y una tan buena humorista como María Isabel Díaz Lago (*Una novia para David*) encuentra poca oportunidad para lucirse. Llamar, por último, a Rosita Fornés (*Se permuta*) para no ofrecerle siquiera una línea de diálogo aprovechable en la comedia resulta un desperdicio.

Las escenas de cabaret (música de Pavel Urkiza y fotografía de Angel Alderete) nos hacen lamentar que el director no haya logrado su cometido en el resto del filme. En contraposición, la escena de pareja saliendo a la lluvia después del amor resulta bochornosa. (Cabe preguntarse si la lluvia es indicativo del frenesí sexual en la obra de Rojas.)

Éste llevaba más de diez años sin estrenar. No le faltaban, sin embargo, admiradores expectantes. Calculo que, a estas alturas, muchos habrán visto frustradas sus expectativas. De no mudar de fe, toca a ellos desear que *Las noches de Constantinopla* sirva de tránsito a su director hacia obras de mayor envergadura.

Nada

HACE UNOS AÑOS EL COMPOSITOR Y DIRECTOR DE *NG LA BANDA*, JOSÉ LUIS Cortés (El Tosco), sufrió los embates de la censura oficial cubana a propósito de un número musical cuya letra tildaba de bruja a una mujer, y echaba a ésta algunos improperios. Se trataba de una más de las canciones de despecho que abundan en la música cubana, pero la censura (orquestrada desde la Federación de Mujeres Cubanas) procuró borrar el número de los programas televisivos y radiales, de las salas de baile.

Debió ser en venganza por lo que, poco más tarde, el músico estrenara un número sin sentido en la letra, *scatting* en hipotético chino. El talento de José

Luis Cortés dedicaba a la censura oficial un texto inasible y de burla donde lo único seguible era el estribillo «Arroz con palitos».

Ante el primer largometraje de Juan Carlos Cremata (*Nada*) cabe preguntarse si acaso no está en chino, si todo no es puro *scatting*. Ya en algunas entrevistas el director había evitado declaraciones repitiendo como única respuesta el título de su película. Y cabe preguntarse si, de igual modo, no habrá querido evitar la censura filmica.

Pero lo que en músicaailable es salida feliz, ingeniosísima, puede descontentar en el cine. E incluso una maravillosa visualidad como la de *Nada* (fotografía de Raúl Rodríguez Cabrera, edición de Antonio Pérez Reina, dirección de arte de Guillermo Ramírez) reclama mayor peso en su historia.

Lo que este largometraje intenta cabría en un mediometraje. Su protagonista (Thais Valdés) trabaja en una oficina de correos, se dedica a interceptar cartas y a reescribirlas. Para ello tiene que burlar la vigilancia de la jefa (Daisy Granados). Se enamora de un cartero (Nacho Lugo), aunque este amor no es asunto de peso. Y espera su salida del país a través de la lotería migratoria que Estados Unidos ofrece a cubanos.

Nada podría girar alrededor de esa salida migratoria. Un cartel al inicio del filme induce a creerlo. Resulta, sin embargo, asunto esquivado. Para ocupar pies de película, la protagonista es rodeada de grotescos personajes oficinescos, asaltada por una vecina entrometida, único personaje bien escrito (Paula Alí).

Dentro de la oficina de correos de *Nada*, el comic llega a los bufos, Batman pide la mano de Alicia Rico. Una suerte de atómica Mamacusa Alambrito (Verónica López) pone sal bien gruesa en lo humorístico. Y la secundan un par de personajes gratuitos. La desesperación de la protagonista, su impulso de salir del país y dejar todo atrás, vendrán del cerco de tira cómica que le hace su jefa. Persecución de autos y de bicicleta cierra esa zona de la historia. (El filme podría tomarse como una suma de cortometrajes.)

Y al final, cuando nada nos hacía pensar en ello, regresamos al asunto migratorio. Terminada la película desconocemos si la protagonista ha decidido no salir del país o ha pasado el tiempo y ella está de vuelta en La Habana. Aunque, ya que la historia importa tan poco, ¿qué más da? Los últimos minutos de filme los pasa tirada en la colina del Hotel Nacional junto al novio cartero, y explica su decisión (no irse o haber vuelto) con este sofisma: lo que de veras importa está dentro de uno. (Frente a abismo ontológico así cabe preguntarse por qué, si lo verdadero es portátil, ella no se lo lleva.)

Nada es la primera parte de una trilogía. (*Nadie y Nunca* se llamarán las restantes.) Una espléndida fotografía en blanco y negro, con efectos de color, adornan esta entrega. Si el filme falla por su historia, cuenta con excelencias en lo decorativo. (Excelencias de lenguaje, se me podrá objetar. Pero cuando el lenguaje brilla despreocupado del decir, cae en lo decorativo.) Los créditos iniciales —cielo del Vedado, calle Línea, La Lupe que canta— y un mambo que la protagonista baila frente a casillas postales, demuestran que cuando es lo musical lo que prima (música de Edesio Alejandro), el trabajo de este director resulta inmejorable.

El cine cubano no nos tiene habituados a visualidades memorables. Lo plano impera en él, y Juan Carlos Cremata sorprende gratamente por haberlo evitado en todo momento. Pero no podemos dejar de considerar cuánto ganaría su trabajo si a esa obsesión por lo visual aliara alguna otra. Intelectual, sentimental, narrativa...

Nada recibió el Premio (compartido) de Opera Prima del recién concluido Festival de Cine Latinoamericano de La Habana. Juan Carlos Cremata quiso asombrar también en persona y recogió su premio vestido con un kilt, saya de hombres escoceses.

Miradas

ENRIQUE ÁLVAREZ HA RECONOCIDO QUE EN *MIRADAS*, SU ÚLTIMO LARGOMETRAJE, manejaba un caso de difícil verosimilitud: el de una joven cubana que decide vivir en La Habana de hoy después de haber pasado años en Noruega. Jacqueline Arenal (*El Siglo de las Luces*) presta rostro a ese personaje, misterioso no solo por una elección geográfica sino también por su origen. Pues su verdadero padre no es el pescador asentado en Casablanca (Manuel Porto) que la criara, sino un exiliado como ella (Miguel Navarro) que regresa a ajustar cuentas con aquél.

El antiguo novio de la protagonista (Alfredo Alonso) viene desde provincias a visitarla. Una imposibilidad sentimental le ha impedido volver a La Habana en todos estos años. Y si ahora lo hace es porque divisa la ciudad desde el otro lado de la bahía, porque no va a entrar en ella y su pacto sentimental sigue en pie. (La película transcurre en esa imposibilidad: Casablanca y Regla, pueblos del otro lado de la bahía. O La Habana desde lejos, sin salir de La Habana, en fotografía de Raúl Rodríguez, edición de Miriam Talavera, dirección de arte de Pavel Giroud y música de Ulises Hernández.)

A ese ex novio lo acompaña su novia actual (Raquel Casado), empeñada en largarse al exilio. Y completa el cuarteto un fotógrafo (Mijail Mulkay) a quien debemos la obsesión por la mirada. Cuatro personajes reunidos en una casa frente al mar, a los que viene a sumarse, en busca de su hija, el hombre de negro.

La tensión entre esos cuatro jóvenes ha sido muy bien coreografiada (Abilio Estévez como asesor de dramaturgia). Mientras corre la película se adensa la espera de no sabemos qué. Pero el duelo que enfrenta a padre verdadero y padre falso, que enmarca toda la historia y hacia el que la tensión avanza, resulta fallido dramáticamente.

Porque el director de *Miradas* ha dotado a su protagonista de un padre más inverosímil que ella. Vestido de traje negro, con maletín de piel, como salido de *Men in Black*, vuelve al país después de tantos años para aclarar un asunto de paternidad y tomar venganza. No tenemos, sin embargo, participación alguna en ese encarnizamiento. La tragedia, al sobrevenir, nos resulta bastante ajena.

Una escena sumamente retórica enfrenta a pescador y a hombre de negro, que avanzan uno hacia el otro hasta que el viejo tren de Hershey (estamos en Casablanca) los separa. El desenlace entre ellos será elusivo, sin embargo.

Sigfredo Ariel, guionista en tándem con el propio director, ha escrito diálogos fluidos para una película de ambiente denso. Enrique Álvarez ha conseguido quitarse de encima el plomo de los diálogos de su primer largometraje (*La ola*). Y, si en alguna ocasión sobran parlamentos, no es a causa de la inoperancia de éstos, sino por exigencias *a la Antonioni* que hacemos a historia así: más silencio, la mayor cantidad de preguntas y la menor cantidad de respuestas.

En Antonionilandia, una Mónica Vitti no se vería obligada a responder por qué ha vuelto. «Por las naranjas», contesta la protagonista de *Miradas* mientras pela una de ellas. Y hacia el final del filme reconoce no saber qué razón la ha traído de vuelta. Enrique Álvarez ha ordenado una historia alrededor de los orígenes: paternidad y patria. Ha querido filmar un drama de la sangre.

Mientras Orlando Rojas se decidía por el cabaret en *Las noches de Constantinopla*, y Juan Carlos Cremata por el comic en *Nada*, él ha buscado en *Miradas* la tragedia. De los tres largometrajes que constituyen la producción anual de la industria cinematográfica cubana, este último es el que más directamente (aún cuando simbólico) se ocupa de nuestra realidad de hoy. (Rojas, respecto a esto, resulta anacrónico. Cremata, banal.)

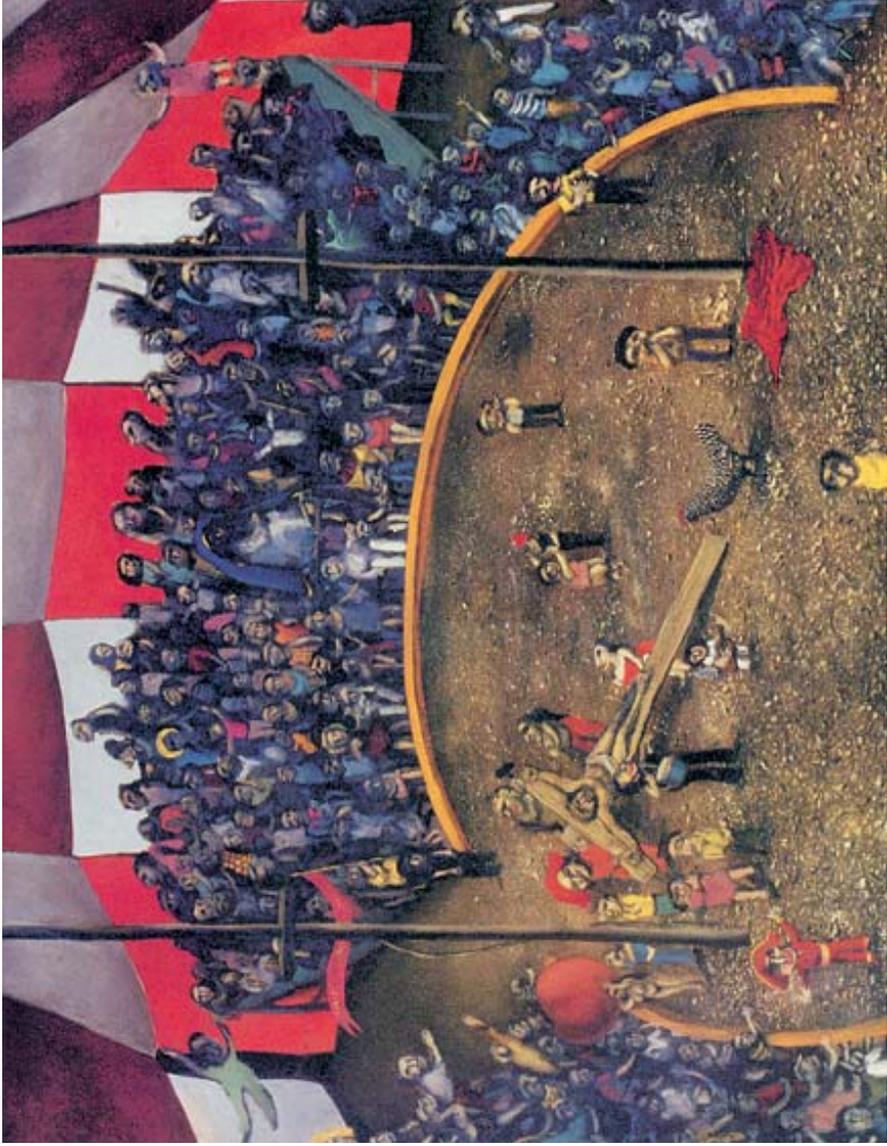
Difícilmente podría cerrarse *Miradas* con la pelea de dos viejos por un antiguo asunto. El director podría haber justificado mejor ese duelo, pero aun así resultaría colofón insuficiente. Porque algo más inquietante que unos navajazos ha sido cuestionado: qué hace esa mujer aquí de nuevo. Cualquier historia actual filmada en Cuba supone responder (aunque incompleta o brevemente) a la pregunta de qué hacen sus personajes en este país todavía.

Con ciertas cautelas *a la Antonioni*, o con las mismas prevenciones de ese personaje que mira la ciudad sin poder entrar en ella, Enrique Álvarez ha intentado encontrar respuesta a esto.

Sobre Tomás Sánchez

Tomás Sánchez, nacido en 1948 en el ingenio Perseverancia, municipio de Aguada de Pasajeros, provincia de Cienfuegos, Cuba, y que hoy vive en el exilio entre Costa Rica y Miami, ganó en el verano de 1980 el XIX Premio Internacional de Dibujo Joan Miró, el galardón más importante del mundo en su género, con la obra *Desde las Aguas Blancas*. Lluís Bosch describió así el trabajo del artista: «El dibujo de Tomás Sánchez es una obra para ser mirada intensamente, no admite una contemplación negligente, ya que su contenido es todo un descubrimiento. Es un elemento plástico importante que nos servirá de base para intentar explicar, construida en el proyecto, la teoría del mirar como efecto acumulativo de vivencias culturales, y para extender y universalizar estas vivencias. La obra es una tira continua que atraviesa el papel; el tema tiene el gesto lineal como soporte; en él nos presenta la manigua; el campo y el bosque característicos de Cuba se extienden a izquierda y a derecha y un hiperrealismo húmedo, impregnado de soledad, inicia la ascensión hacia una nueva zona blanca. Hoy, cuando el oído y la mirada tienen tanta importancia en la difusión de la cultura, este dibujo de Tomás Sánchez nos sitúa en un nivel diferente de la consideración plástica, indicándonos un tema que habrá de ser agotado e instrumentalizado por un nuevo lenguaje, que servirá para el ver y escuchar de forma más clara...».

Hoy, veintinueve años después, es evidente que las tesis del crítico catalán se han confirmado espléndidamente. En efecto, el conjunto de la obra de Tomás Sánchez constituye «todo un descubrimiento» que sirve de base para explicar la teoría del mirar como efecto acumulativo de vivencias culturales. En el plano de las experiencias religiosas, por ejemplo, el artista nos remite a una espléndida síntesis que incluye elementos de meditación hindú, de cristianismo y de santería, lo que constituye una verdadera extensión y universalización de estas vivencias. Estamos, efectivamente, ante «un nuevo lenguaje», ante un fluir de la experiencia estética que nos invita a meditar, ora frente al misterio creador de la naturaleza, ora frente a la desesperada belleza de los basureros que amenazan con destruirla.



El circo (1974)
Óleo sobre tela. 90 x 110 cm.

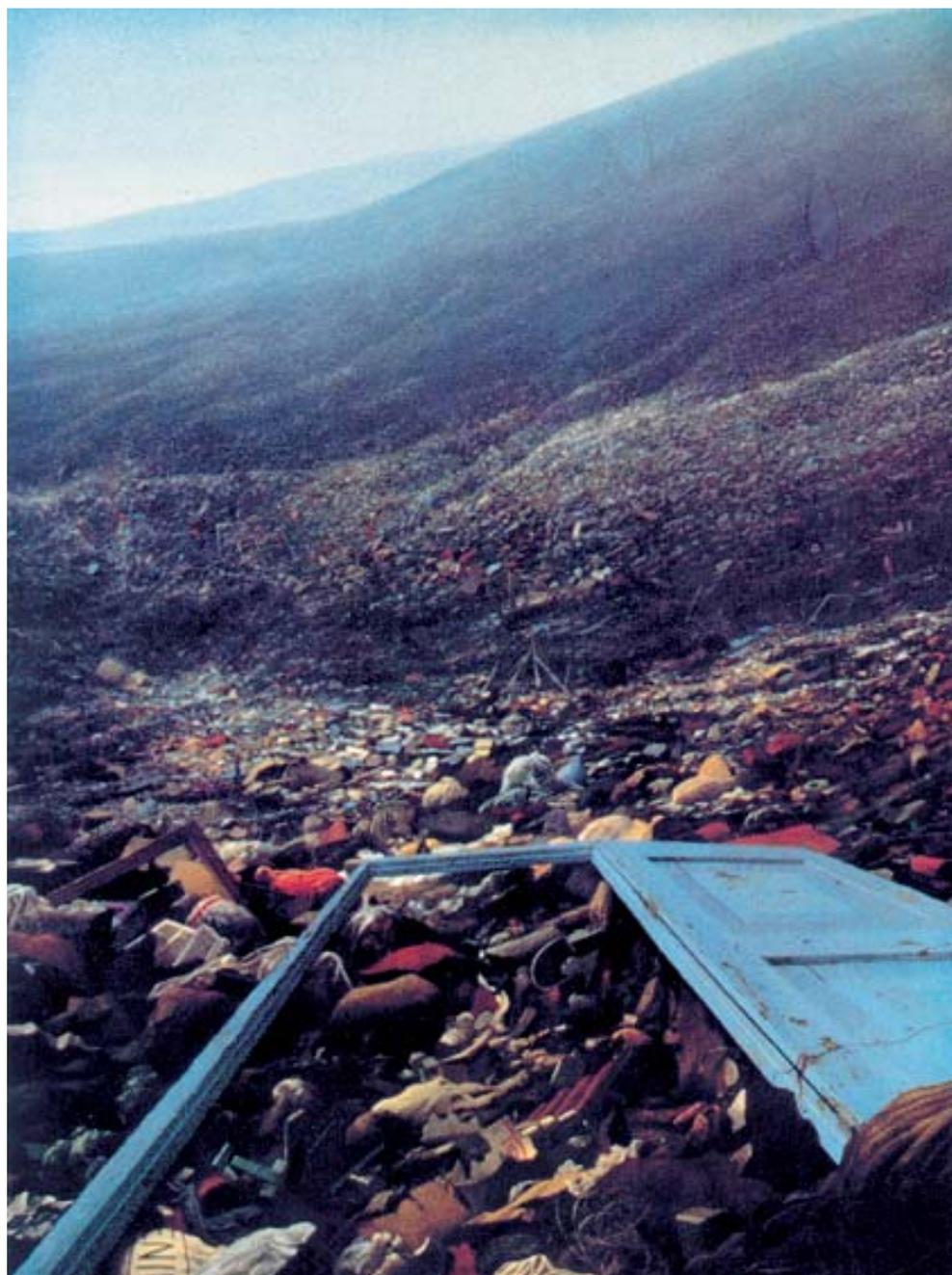


Espejismo (1991)

Acrílico sobre tela. 110 x 150 cm.



Tambos (1993)
Óleo sobre tela. 250 x 200 cm.



La puerta azul (1993)
Acrílico sobre tela. 150 x 110 cm.



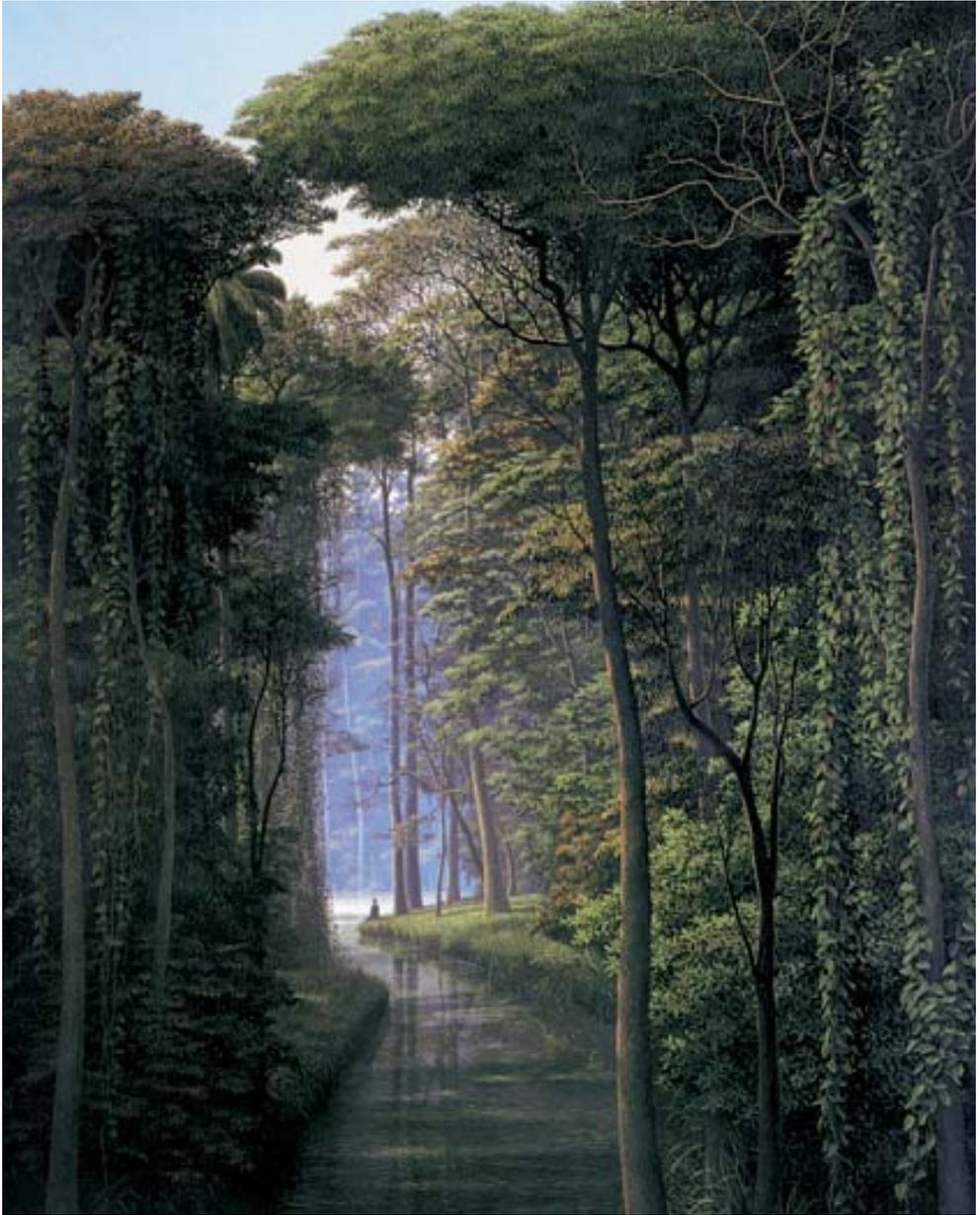
El reto (2001)

Acrílico sobre lienzo. 151,1 x 122,6 cm.



El testigo (2000)

Óleo sobre lienzo. 152,4 x 121,9 cm.



La expectativa (2000)
Acrílico sobre lino. 152,4 x 121,9 cm.



Fluir (2000)

Óleo sobre lienzo. 152,4 x 121,9 cm.

A César lo que es de César

RAFAEL ALCIDES

César López

Libro de la ciudad

Ediciones Unión, La Habana, 418 pp.

*Usted no puede tal vez imaginarlo.
Cuando se ha entrado en la ciudad
todos los conocimientos son válidos.
Esa es la fábula y la ciudad bosteza.*

ESTE LIBRO QUE TENGO EN MIS MANOS FUE creando su cuerpo por separado. Primero un libro, luego otro, y ahora el azar en su forma más común, la de la coyuntura, ha permitido reunirlos en un todo, haciendo de los tres libros el *Libro de la ciudad*.

Menciono la coyuntura porque, evidentemente, las coyunturas, que todo lo determinan, hicieron que este festejado libro de hoy fuera una vez, cuando todavía estaba por completar, un libro maldito. Claro, para poder explicar tan sorprendente metamorfosis habría que empezar por el principio, aunque aquí entre nos, como solían decir mis abuelos, quién podría decir con autoridad cuál fue el principio de esto o de lo otro, sea el del Todo o el de la Nada, ya que por paradójico que pueda parecer siempre habrá ocurrido que todo, absolutamente todo comenzó por ser antes de ser. En el caso que nos ocupa, César nos ha dicho que *La ciudad estaba / en una nube y fue enlazada por extraños hombres / que hasta hacerla bajar fueron tirando*.

Pero más cercanamente debió este libro comenzar con la aparición de los sucesivos afluentes que fueron nutriendo la Ciudad de César a través de los siglos, ya que los libros se viven primero y se escriben después, y el escritor no solo vive su día presente, sino, también, su pasado y su porvenir. Pero yo hablaré hoy de la parte que conozco, no de la que está por llegar ni tampoco del pasado reciente o lejano que aparece historiado en el libro, tiempos de los cuales ha hablado

con agudeza y hermosura incomparables Efraín en el prólogo. Hablaré de los cambios de coyuntura que lo fueron afectando mientras crecía, dotándolo a diario de nuevas lecturas, algunas de ellas verdaderamente siniestras. Pues al principio, es decir, cuando comenzó César a recordarlo, su lectura no ofrecía dudas, tal vez porque también la coyuntura era clara, transparente, y mágica en cierto modo.

Tan mágica que vivíamos en una edad de oro, aunque desgraciadamente sin saberlo, sin apenas darnos cuenta, como por lo general suele ocurrir con los días de la felicidad. Una edad de todo en todo sentido. Una fosforera era entonces una fosforera, un bolígrafo, un bolígrafo, y a nadie se le hubiera ocurrido imaginar que un amigo, su amigo del alma, su hermano, su confidente, y a veces su compañero en las trincheras abiertas a la carrera en el diente de perro de la costa mientras esperábamos a los americanos, llevara disfrazada una grabadora. No. Entonces el día de mañana no había llegado aún, y por eso mismo podíamos considerarnos jóvenes en todos los sentidos posibles del término. Pues como a fines de los ochenta me decía en Varsovia alguien que sobrevivió al horror de los crematorios, hay épocas en que hasta los niños son viejos desde que nacen. Pero nosotros éramos jóvenes cuando César comenzó a llenar páginas en este *Libro de la ciudad* allá en la casa de 25 que nunca tocó el rayo, casa donde todo fueron fiestas y comidas, y Micheline, que entonces era eterna, embellecía las tardes y las noches con su sonrisa de dama. Muy jóvenes éramos, por la edad y porque nos amábamos y teníamos un sueño por el que estábamos dispuestos a dar la vida, que es el más grande sueño que pueda soñarse en esta vida que terminará pasando como un sueño.

Para que nada faltara en aquel tiempo que ahora parece en el recuerdo de un sueño, vivíamos en lo que para los que han venido después —y aun para nosotros mismos cuando a veces despertamos, cuando dolorosamente despertamos—, fue algo así como vivir en el Olimpo. Imagínese el que pueda. Neruda y Sartre un día nos dieron la

mano. Lezama y Guillén eran nuestros amigos, nuestros contertulios, es decir, gentes que por detrás se despellejarán mutuamente pero que se aman, y lo mismo Regino Pedroso y Pita Rodríguez y Onelio y Virgilio Piñera, y Alejo y Mirta Aguirre, y Camila y Marinello, y Leví Marrero y Navarro Luna, y Massip y Abela, y Raúl Roa y Tallet, y Mariano y Portocarrero, y Carlos Rafael y Gonzalo Roig, y Sindo Garay y Roig de Leuschering, y Víctor Manuel y Amelia, y Enrique Labrador Ruiz y Nico Saquito, y Bola de Nieve y su piano, y estaban aun calientes los asientos dejados precipitadamente por Gastón Baquero y por Lino Novás Calvo y por Lidia Cabrera y por Montenegro y por Lecuona y por Mañach; y aunque nadie la mencionara entonces, ahí estaba, impar, Dulce María Loynaz, lejana y radiante, apetecible aún, al comienzo de su medio siglo tentador, abanicándose en privado como una estrella que se reserva para la noche de su Oscar, y don Fernando todavía por esos tiempos recibía en su casa, y habíamos tenido además el don de ver en personal —aunque fuera de lejos, en la calle, o en los teatros— a Pérez Prado y a Beny Moré, y a Celia Cruz y a Olga Guillot y a Rita Montaner... y en fin, en fin, que haber convivido con aquellos seres que eran la leyenda, el mito, o estaban en camino de serlo, haber siquiera respirado el mismo aire que ellos, eso fue un estímulo, fue un reto, un privilegio, y una herencia con la que en cierto modo no hemos sabido qué hacer. La verdad, si con tal pasaporte en el bolsillo no hemos llegado más lejos, ha sido porque lo que Natura no da, la coyuntura no lo provee.

Mas no todo fue entonces tomar café con los semidioses y fundar la UNEAC. No. En otro plano de ese mismo Olimpo, teníamos ahí, con su camisa de siempre por fuera y radiante en su misteriosa oscuridad —como lo ha dejado Alberto Korda en su foto eterna— al Che. Y teníamos el reciente recuerdo de un Camilo al que habíamos visto entrar en La Habana y llorando luego, y teníamos la experiencia jubilosa de haber sobrevivido a la noche de los misiles, que pudo haber sido la última noche del mundo, lo cual nos hacía sentir inmortales en cierto modo.

Es en esa coyuntura de suerte y heroísmo, de descubrimientos y reconocimientos, que comienza César a escribir (o a describir o a descifrar) su Ciudad. Una ciudad que al principio, en su *Primer Libro*, parecía ser la de Santiago de Cuba, y de repente en el *Segundo*, desbordando límites, borrando fronteras, ha pasado a ser, sencillamente, la Ciudad. O sea, el espacio, la casa natural del hombre, yo diría de todos los hombres.

Cuando esto ocurre, la dichosa coyuntura, siempre tan variable, tan escurridiza, no es ni remotamente la de la aparición del *Primer Libro*. En aquella oportunidad hubo júbilo, sin que faltaran los indiferentes de siempre —unos porque se hacen y otros porque tienen el derecho de serlo y lo ejercen—. Para el *Segundo*, en cambio, poco faltó para que salieran a apedrear al poeta, aunque esto habría sido lo de menos. Como es de imaginarse, fue un libro que en Cuba leyeron muy pocos, por lo general gentes del Santo Oficio, de la Hermandad, pues venía publicado en España, donde obtuviera un premio.

Tres años antes, en el '68, allá por mayo o junio, estando ya casi terminado, me lo llevó César al Pabellón Borges del hospital Calixto García, donde frustrando estruendosamente a médicos y amigos sobreviví por fin a una histoplasmosis aguda pescada en unas cuevas de guano de murciélago haciendo trabajo voluntario en compañía de Raúl Luis y de David Chericrián. Era César López, todavía, por ese tiempo, una persona respetable. Desde el '63 recién llegado de Glasgow, donde fuera cónsul, venía desempeñándose en la UNEAC como secretario coordinador de la Sección de Literatura, modesto hombre que entonces tenía la hoy Asociación Nacional de Escritores, y entre otros logros obtenidos en ese cargo, rezándole o hablando con no sé cuáles santos, había conseguido que le aprobaran el permiso y los dineros para traer todos los años escritores extranjeros para el Jurado de los premios literarios de la UNEAC. También había conseguido aquel joven médico graduado en Salamanca, y ya con tres libros publicados, hacer desde aquí, desde su país, lo que antes no hizo ni haría después ningún consejero cultural cubano de los que cobran

sueldos en las embajadas: publicar afuera, en el extranjero, patrocinadas por instituciones extranjeras, antologías de quienes entonces éramos los jóvenes poetas cubanos.

Y ciertamente, aquel *Segundo Libro* ya bastante organizado por César, que hojeara yo a mediados del '68 en el Borges después de haberlo visto irse escribiendo en gran parte allá en la casa de 25, era, como el *Primer Libro* y como toda auténtica obra de arte, un libro crítico; pero crítico en la medida en que puede (y debe) serlo toda relación de amistad, de amor, o de negocios, mucha más en empresas donde todos sus participantes son accionistas, como es el caso de esa extraña e interminable empresa llamada Revolución, una vez que aunque en ella no todos tendrán auto ni buena casa ni aparecerán luego mencionados en la Historia, todos sin embargo envejecerán jugándose la vida. Eso parecía dar el derecho a hablar, y hasta a protestar, ¿no?, mucho más cuando antes se ha aplaudido.

Pero aquel año '68 no fue un año cualquiera. Recién salido yo del Borges, entraron en Praga los tanques soviéticos a retardar un proceso que de todos modos tenía que ocurrir. Y fue en Cuba el año en que Heberto Padilla y Antón Arrufat obtuvieron galardones en Poesía y Teatro, dando lugar a un vergonzoso prólogo titulado *Voto del Jurado entregado por Díaz Martínez*, en cuya trama y escritura participó, entre otros, un hombre venerable que como muchos otros oradores de talento terminó haciendo discursos en bodas, bautizos y cumpleaños y adondequiera que o se lo llamara, pero que de todos modos era todavía un excelente profesor, amén de meritorio ensayista. Fue el año en que Servando Cabrera Moreno empezaba a yacer bajo sospechas por sus desnudos; no existían ya los muñecos de Nica Eiriz que tanto miedo le dieran al Partido; y en fin, cuando ya lo de la UMAP parecía a puntos de quedar superado, comenzaba otra vez ese asunto tan arduo como poco exacto que ha sido siempre ponerse a contarle los pliegues del culo a los hombres —como si eso fuera una estadística o un estudio muy importante— y el asunto de si tenías ideas religiosas y todas aquellas cosas que llevaron a arrojarse gentes por los balcones, llenando de pánico la vida cultural de esos

tiempos, sin saber, sin poder saber entonces estudiantes, escritores y artistas, que aquello que estaban viendo o sufriendo era solamente un prólogo, apenas un humilde, modesto prólogo del avasallante proceso que vendría a hallar su culminación, años más tarde, en una alucinante medida a la que dieran un nombre de inconfundibles sonoridades almagadónicas (tal vez no intencionadas): «Parametración». Y para qué seguir. César López, que nada tuvo que ver con los premios de Arrufat y Padilla (y yo puedo afirmarlo responsablemente), también quedó kilomadito.

Y digo que puedo afirmarlo responsablemente porque yo estaba presente el nublado mediodía de diciembre en que César le avisó a Nicolás Guillén, hablándole al comienzo de la escalera interior de la UNEAC, acodados los dos sobre el pasamanos, que Heberto había presentado la noche anterior, a última hora, un libro de poesía, y que si Nicolás lo creía conveniente él, César, iría de inmediato a hablar con el Bebo, o sea, con Heberto, en la seguridad de que éste procedería a retirarlo. Nicolás, que me estaba esperando para salir a almorzar y que me contó cosas en el Centro Vasco mientras despachábamos un buen lacón, le dijo a César con la mejor bueno fe que no, le dijo que dejara el libro ahí. Y ahí junto a esa escalera del '68 comenzó lo que en 1971 iba a terminar convirtiéndose en el caso Padilla, que involucró a la intelectualidad de casi todo el mundo y dejó en Cuba heridas sin sanar aún.

Han transcurrido treinta años desde entonces. Si en el camino César López hubiese muerto, nos habríamos perdido el *Tercer Libro de la Ciudad*, pero él no tendría problemas con el mañana, hasta donde desde aquí puede verse. Esa dudosa gloria llamada Posteridad la tendría asegurada por el *Primero* y el *Segundo Libro* y por toda su obra anterior, siguiendo en esto el destino conquistado desde la muerte por Lezama y Virgilio. Lo menciono porque estos autores nos demuestran que el libro peligroso no existe, que eso en una superstición, algo subjetivo, una invención del policía-editor, de la cultura gendarme de ciertas épocas. Pues los libros por los que a estos creadores se les considera en la actualidad figuras emblemáticas de la

cultura cubana son los mismos que en su día fueron prohibidos. Los mismos libros por los que ellos fueron excluidos. Ha de ser así, tiene que ser así, no podría ser de otro modo: pues me niego a creer que hayan sido libros finalmente aceptados porque envejecieron y porque, viejos al fin, dejaron de ser peligrosos. Aunque en el caso de César —cierto es— los jóvenes poetas de hoy con sus cifraditos hacen parecer el temible *Segundo Libro de la Ciudad* de un día, algo tan amable, tan entretenido y generoso como un cuento de hadas.

Y es que, sí. Sí, verdaderamente. Las coyunturas determinan, pero a su vez son determinadas. El mundo al moverse en una parte cambia todas las demás partes por fijas que parezcan estar, y siempre estará el mundo moviéndose. En todo caso, cuando el creador ha hecho bien lo suyo, cualquiera que hayan sido sus ideas —políticas o religiosas— o sus preferencias sexuales, siempre terminarán los ingleses y los franceses de todos los tiempos haciendo y diciendo nos lo contó Cernuda en su magistral poema sobre Verlaine y Rimbaud, poema, por cierto, que tanto, pero que tanto tanto me recuerda él cuanto que estoy contando, con la diferencia, claro, de que al menos César ha vivido para estar presente en el develamiento de tu tarja, y escuchar a sus ingleses, oír a sus franceses... y quién sabe si reírse discretamente poniéndose un pañuelo en la boca como si le doliera una muela o fuera a toser.

Así que no temo, no, por el César que pudo haber muerto de catarro, o bajo las ruedas de un camión en los tiempos de su ostracismo. Ese César no me da, no podría darme miedo. Ni siquiera me duele su dolor de esos largos años, porque en definitiva el dolor, el campo de espinas o de fuego atravesado descalzo por el creador, será su capital, su segundo don después del de haber nacido para consolar y mejorar el mundo, para traducirlo. Cuando dejaron los creadores de sufrir, o se hicieron ricos, dejaron de enriquecernos. Me apenan, sí, los pobres familiares de César, esos seres que no estarán después con él en los manuales de Literatura. Y entre esos familiares me apena, en especial, una niña, una niña que nació en medio del miedo, que creció en el miedo y se hizo adolescente viviendo

en el miedo, siempre, la pobrecita, todos los días, alzada sobre la punta de los pies mirando con miedo a través de los visillos de su ventana si seguía enfrente, en el malecón, mirando para su casa, el mismo hombre misterioso de la noche anterior o si ya le había llegado el sustituto y cuál de ellos lo habría sustituido. Para esa niña de entonces, mi piedad.

Y para la gente de hoy, y sobre todo para los que vengan después, este trozo de mundo, esta obra monumental, este libro capital de la poesía y la vida cubanas, esta joya del siglo xx, ejemplar victoria de la batalla de ideas comenzada por Varela y crónica escrita a veces con rabia —con esa terrible rabia del que nada podría modificar por más que rabiase y pidiese a gritos hablar con Dios urgentemente—, pero aun entonces, aún en esos momentos de rabia, escrita con amor, con amor, siempre con amor: con todo el amor del memorioso César López. ■

Las raíces al desnudo

ARMANDO AÑEL

Carlos Alberto Montaner
Las raíces torcidas de América Latina
Editorial Plaza & Janés
Barcelona, España, 2001, 216 pp.

COMO BIEN SEÑALA EL POLITÓLOGO ERNEST van den Haag en su artículo «La hostilidad de los intelectuales al capitalismo», es irónico que éstos, que tradicionalmente jugaron un papel determinante en el deterioro de los dispositivos no-rationales de Occidente —tales como el patriotismo, la familia monogámica, la religión y algunas otras manías—, ataquen ahora, y despiadadamente, políticas que pueden rastrear en el mismo racionalismo que anteriormente defendieron. Ampliando esta línea de pensamiento —cito otra vez—, para Erik V. Kuehnelt-Leddihn ciertas operaciones son necesarias cuando se trata de salvar la vida de personas gravemente enfermas

(léase cuando se trata de revivir sociedades o naciones política y económicamente agonizantes), y «no hay ningún argumento contra ese procedimiento, por arriesgado que sea»: la utopía no es aspirina que calme los dolores de cabeza que provoca el capitalismo. Es por ello por lo que libros como *Las raíces torcidas de América Latina* e intelectuales como Carlos Alberto Montaner son tan necesarios en un mundo como el nuestro, abocado a la sinrazón por aquellos que, supuestamente, deberían explicárnoslo.

Inmerso en un viaje a todas luces desmitificador, más irreverente cuando más categórico, en *Las raíces torcidas de América Latina* el lector descubrirá no solo una magistral síntesis histórica, al decir de Enrique Krause, sino «una fotografía de lo que se hizo y no se debió hacer» (Fernando Lafuente). El volumen está dividido en ocho capítulos o secciones que versan sobre la ilegitimidad original de las instituciones públicas en Latinoamérica, la cuestión del Estado, el racismo, la discriminación de la mujer, la economía, el atraso tecnológico de nuestras sociedades, la tradición caudillista y la mitología política e ideológica al sur del Río Bravo, y, por último, las soluciones que el autor cree factibles para salir del marasmo que hoy día atenaza a Centro y Sudamérica. Todo ello a caballo de una escritura ágil, impoluta, que desbroza las vías a transitar por quienes se asomen a sus páginas.

En el capítulo que abre el volumen, «La sospechosa legítimidad original: fraudes, sofismas y otras trampas teológicas y jurídicas», Montaner hace balance de algunas de las razones por las cuales una considerable cantidad de latinoamericanos descrea de sus instituciones públicas: la ilegítima conquista a sangre y fuego, por parte de España, de un continente salpicado de núcleos urbanos, teologías y culturas que de cierta manera asumirían después los mestizos y criollos; la relatividad de unos títulos que no lograrían persuadir a los colonizados; la imposición de un orden institucional que llega, incluso, a cruzar espadas con el cristianismo, quien finalmente gana la batalla a escala moral, y por extensión, social. Para el autor, la lucha del padre Bartolomé de las Casas por el adecentamiento del trato a los indios es un ejemplo de esto último:

Será una batalla de varias décadas en forma de intrigas y maniobras políticas, pero en la que no faltarán debates de gran altura y un serio esfuerzo intelectual por tratar de armonizar la propagación de la fe con los derechos de los aborígenes y los que supuestamente poseía la Corona de Castilla. El desarrollo mismo de esta polémica contribuirá a deslegitimar un Estado y un principio de autoridad que a los ojos de muchos americanos, españoles, criollos, mestizos y, por supuesto, indios, eran moralmente contradictorios y censurables.

«Los negros en una sociedad tenazmente racista», tercer capítulo del volumen, hace hincapié en una forma de segregación inmediatamente posterior a la practicada contra la población indígena. Para el hombre negro América fue, al menos en principio, poco menos que el infierno en la Tierra. Luego, con la abolición de la esclavitud, la discriminación racial ha seguido camino hasta nuestros días montada sobre los rieles de una tradición que insiste en juzgar a los individuos por el color de su piel (como bien señala Montaner, ni en Cuba, tras el ascenso de Fidel Castro, han cambiado sustancialmente las cosas: cuando la mitad o más de la población es negra o mestiza los hombres clave en el poder ejecutivo-legislativo-militar continúan siendo blancos, al tiempo que los negros —discriminados hasta en medios masivos de comunicación como la televisión y el cine— son más pobres que el resto de los cubanos). «Los negros en una sociedad tenazmente racista» desvela, por añadidura, un dato curioso: los descendientes de esclavos criados dentro de la tradición cultural británica despliegan, generalmente, mejores actitudes y/o aptitudes que aquellos moldeados en sociedades hispánicas y, en general, que aquellos que viven en países donde no son mayoría dominante. «En este sentido —apunta el autor—, algunos sociólogos y economistas norteamericanos se han percatado del notable éxito de los inmigrantes negros anglocaribeños en sitios en los que la población negra norteamericana mantiene niveles de pobreza bastante acusados, como sucede en Miami. Uno de estos grupos, procedente de Barbados, además, aporta un dato curioso: los emigrantes negros

de esta isla caribeña se cuentan entre los más exitosos en el aspecto económico de cuantos ha recibido Estados Unidos en los últimos cien años». El apartado «En efecto: inventaron ellos» trae a colación un hecho suficientemente documentado, que quizá pueda relacionarse con lo anterior: España —y en consecuencia sus colonias— quedó al margen de la revolución industrial que con la Ilustración invadió Holanda, Inglaterra, Alemania, Francia, etcétera; y ello gracias a las xenofobias de un catolicismo retrógrado.

En su reseña a *Las raíces torcidas de América Latina* —reseña no precisamente torcida, por cierto— el periodista Carlos Malamud desliza, ya al final, una aseveración cuando menos controvertible: el autor se niega a ver que «uno de los mayores problemas de América Latina no solo es la debilidad de su aparato productivo, sino también la debilidad del propio Estado». Aparentemente, Malamud se hace eco del lugar común (el del Estado distributivo o controlador) sin explorarlo suficientemente; quizá no fuera el momento adecuado para hacerlo, dados los límites del espacio en que publicó su crítica. Una respuesta a este planteamiento pudiera ser entresacada de «La economía que nació torcida», uno de los capítulos intermedios del libro de Carlos Alberto Montaner: «Invariablemente, la idea subyacente establecía que los intereses de la sociedad siempre iban a estar mejor tutelados por el Estado que por los codiciosos capitalistas, contradictoria conclusión en sociedades que simultáneamente sostienen que el Estado es un pésimo, corrupto y dispendioso administrador». La clave no radicaría entonces en fortalecer el Estado, sino en reducirlo de una buena vez.

«La salida del laberinto», ineludible cierre del volumen, quiere ser un compendio de soluciones para la crisis estructural y social que aqueja a Latinoamérica. Dividido en doce breves secciones (La importancia de la democracia, La primacía de la sociedad civil, El consumidor soberano, El control del gasto público y de los funcionarios, Sin instituciones no hay desarrollo sostenido, La arrogancia revolucionaria, El peligro de las ideologías, La responsabilidad del individuo para con su destino, La formación del capital humano,

Educación y valores, La globalización como oportunidad y Libertad política, libertad económica), el capítulo abre con la pregunta del millón: «¿es posible que alguna vez América Latina abandone el subdesarrollo y se coloque al mismo nivel económico y científico de Europa, Estados Unidos, Canadá o Australia, los otros fragmentos de eso que llamamos Occidente?» El autor cree que sí, y adelanta que los remedios están a la vista; basta con imitar, desde las particularidades de cada sociedad en cuestión, las políticas, modelos o estrategias de aquellas naciones que han alcanzado el desarrollo. La riqueza no es patrimonio inamovible ni obedece a juegos de suma cero en los unos ostentan lo que a otros le ha sido expoliado... La riqueza se crea.

Carlos Alberto Montaner no es solo un hombre de letras que hace política —o, si se prefiere, lo inverso—, sino un pedagogo; al autor de *Viaje al corazón de Cuba* le interesa más que nada hurgar allí donde lo idílico enmascara lo real desvirtuando una problemática que se resiste a resolverse, entre otras cosas, a causa de esa misma idealización: a fin de cuentas lo determinante es lo verificable, nunca lo pretendido; no se puede construir sobre la base de ensalzamientos, sino de realidades. *Las raíces torcidas de América Latina* es otra muestra —particularmente perspicaz— de ello. ■

Jugando en serio: *The Pride of Havana*

ENRIQUE DEL RISCO

Roberto González Echevarría
The Pride of Havana
Oxford University Press, 1999, 464 pp.

«... al día siguiente a la derrota del equipo Cuba frente a los Orioles de Baltimore el titular del periódico decía: «GANÓ EL DEPORTE». Desde entonces siempre quiero que gane el deporte...»

Fragmento de una carta de un amigo que reside en Cuba.

NO SE TRATA EN ESTE CASO DE APREMIAR a la lectura de un libro acabado de salir de las prensas. Con más de dos años publicado, *The Pride of Havana*, la erudita historia del béisbol cubano escrita por el conocido crítico literario Roberto González Echevarría, no requiere tales urgencias. No se trata de invitar a leer un libro que ya cuenta con abundantes lectores sino de inducir a cierto modo de lectura que sitúe el texto en el sitio que merece y, lo que es más importante, que nos sitúe a sus lectores en una relación más fecunda con el texto y (a través de éste) con todo lo que alude. Porque de eso se trata. De reconocer en este libro no solo una amena y bien informada historia de nuestro pasatiempo nacional sino de una de las más sagaces y fructíferas inmersiones en nuestra cultura nacional, digna de figurar en la reconocida genealogía de textos canónicos de lo nacional como *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* e *Indagación del choteo*.

Pienso en el idioma y el tema como las posibles razones por las que hasta ahora no se haya insistido en esta filiación, esta dimensión del libro aludido. El que todavía no haya aparecido en español y la consiguiente limitación de los lectores potenciales que pudieran insertar el libro en un contexto adecuado es una explicación plausible pero insuficiente. Pienso en cambio que el béisbol, aunque es pasión compartida por muchos intelectuales cubanos, lo es sin embargo de una manera vergonzosa, como algo poco digno de hacerse público y menos de mezclarlo con reflexiones de más alcance. De nada vale que un Mañach con todo y su fama de aristócrata de las letras haya dedicado una de sus reflexiones más famosas al choteo y de allí extraído conclusiones que todavía discutimos. El béisbol ha sido en Cuba vehículo de pasiones, no de ideas, y era relativamente lógico que se viese el esfuerzo de González Echevarría, autor tan respetado en otros campos, como el capricho de un conocido intelectual que ha decidido darle forma pública a una pasión que otros llevamos con más discreción. Por allí aparece una poco atendida enfermedad intelectual cubana: la que obliga a los intelectuales, demasiado imbuidos de su importancia a preocuparnos

más por distinguir qué resulta digno o indigno de nuestro análisis que a separar los análisis legítimos de los ilegítimos.

Basta abrir el libro, sin embargo, para percibir que se trata de algo bien distinto a un capricho de académico aburrido. Carece, por ejemplo, del principal atractivo para el aficionado de esquina que echa mano al libro para resolver una enconada discusión: las estadísticas (que sin embargo según el autor serán incluidas en una posible versión del libro en castellano). Las más de 400 páginas de texto, más el extenso cuerpo de notas y bibliografía son indicios para sospechar la envergadura real de la obra, pero lo definitivo será como siempre zambullirse en sus páginas. Allí ese ser escindido que muchos intelectuales cubanos llevan dentro (estudioso de un campo determinado del saber y aficionado a la pelota) encuentra feliz síntesis en el libro de González Echevarría. El erudito aporta el rigor, y el aficionado, la pasión para empujarnos a un revelador recorrido por la historia nacional de ese deporte y sus múltiples interconexiones con el resto de la vida del país en cualquiera de sus manifestaciones. No debemos olvidar que el autor no es un intelectual cualquiera que ha decidido de pronto escribir sobre béisbol. Se trata de uno de los más versátiles y audaces críticos literarios de la lengua, capaz de hablar con la misma propiedad de literatura renacentista española que de las novelas latinoamericanas del boom. Ahora se trataría de intentar una audacia mayor en cuanto menos comprensible, pero ha sacado tanto partido a su doble condición de crítico literario y fanático del béisbol que cabría preguntarse si en sus textos sobre el barroco no alienta la vehemencia del aficionado a la pelota.

No debemos sin embargo desnaturalizar el esfuerzo de González Echevarría. Se trata ante todo de una minuciosa y bien documentada historia de los avatares del deporte entre los cubanos durante casi siglo y medio contada con el mismo rigor con que el crítico desmenuza un texto literario. Se describe desde el momento en que el deporte daba sus primeros pasos en la isla y se le acompaña en su dilatada y fértil carrera

donde quiera que los cubanos llevaron su pasión por el béisbol, campeonato a campeonato y a veces juego a juego y jugada a jugada. Llegará el momento en que el propio autor irrumpa en la trama reconstruyendo sus propios recuerdos de la pasión que lo ha acompañado durante toda su vida. La dimensión más amplia del libro proviene en primer lugar de las posibilidades que encerraba la historia del pasatiempo nacional como vía de conocimiento heterodoxa y fecunda de nuestra historia y nuestra cultura. La intuición y despliegue de esas posibilidades es uno de los mayores méritos del libro al devolvernos toda la riqueza que escondía lo que hasta ahora veíamos solo como un deporte o, si acaso, como una de nuestras más ecuménicas formas de diversión.

Muchas veces le he escuchado a un extranjero la pregunta de por qué los cubanos habíamos adoptado como pasatiempo nacional un deporte tan poco difundido internacionalmente. Se pasaba de la curiosidad a la intriga cuando a continuación se preguntaban cómo el deporte paradigmático de los norteamericanos había conservado su condición de privilegio en Cuba después del arribo de un régimen, el castrista, que había convertido la isla en uno de los símbolos universales del antinorteamericanismo. Preguntas así hubieran debido ser sugerentes en más de un sentido. Sin embargo hasta ahora nunca había encontrado a nadie que decidiera responderlas con tanta seriedad. Y la respuesta ha devenido en una de las indagaciones más estimulantes que se hayan hecho nunca de nuestra historia política, social y cultural.

González Echevarría ha sabido ver que el béisbol podía ser un punto de partida invaluable no solo para iluminar las relaciones entre Cuba y Estados Unidos sino las relaciones entre Cuba y la modernidad y sobre cómo se ha ido pensando la nación a sí misma a lo largo del último siglo y medio. A la vista del libro ahora nos parece lógico que el béisbol cubano acompañara cada uno de los giros de la vida cubana tanto reflejando estos momentos como dejando su huella en ellos. Así el béisbol no apareció en Cuba como imposición foránea sino que

fue un signo de distinción de las élites criollas que lo utilizaron para reafirmar su vocación de modernidad y marcar distancia frente a los signos de lo español que imperaban en la isla. De este modo, como nos explica el autor, el béisbol se abrió espacio en la isla en un curioso gesto que apelaba a un tiempo a la modernidad y la autoctonía, haciendo comprensible y hasta lógica su interacción con otros símbolos contemporáneos de lo moderno y lo autóctono, como la poesía modernista o el danzón que acompañaban la celebración de los partidos de béisbol. También el libro nos habla de un segundo momento en el que el deporte dejaría de ser un patrimonio de las élites criollas con el inicio de su profesionalización. Este hecho permitió la quiebra de las barreras raciales que existían en el béisbol cubano del XIX, barreras que sin embargo perdurarían en el béisbol amateur de la república. En esas primeras décadas del siglo XX el béisbol cumplirá un doble papel de reforzamiento de la identidad nacional frente a dos fenómenos que eran vistos con recelo: el intervencionismo norteamericano y la fortísima inmigración española (entre otras) de aquellos años. El béisbol servirá lo mismo para reforzar el orgullo nacional tras las victorias frente a equipos de las grandes ligas norteamericanas que para disputarle al fútbol, promovido por las sociedades de inmigrantes españoles, el favor de las masas. Pero también será el deporte el punto de encuentro de nativos e inmigrantes, como se evidencia en el repaso que hace el autor a los nombres de los más destacados jugadores de la época. También se estudia el papel del béisbol como promotor de símbolos de identificación nacional ya sea en forma de jugadores o de equipos; y el papel de este deporte como representante de la complicada intimidad con sus vecinos del norte que lejos de concluir con la revolución de 1959 se reforzaría después de ésta. La posición privilegiada del béisbol en Cuba hasta la actualidad es uno de los síntomas más claros de la dependencia de la isla respecto a Estados Unidos. El béisbol como signo de modernidad tal como se esgrimía en los finales del siglo XIX no debía ocultar

la identificación entre modernidad y cultura norteamericana y su relación de dependencia con ésta. Si, por ejemplo, el texto nos muestra cómo el béisbol cubano tenía la suficiente potencia económica para establecer poderosos equipos que podían importar jugadores de las mismísimas ligas mayores también nos habla de la inestabilidad que durante años marcó los campeonatos cubanos o de la incapacidad del béisbol cubano para resistir las presiones de las propias ligas mayores norteamericanas. Si el castrismo alguna vez pretendió superar la dependencia económica y política con Estados Unidos, si de béisbol se trata no hizo más que reforzar su dependencia simbólica: cada victoria sobre la selección norteamericana se vivía como una prueba de superioridad sobre el enemigo yanki, y cada derrota, como una catástrofe nacional.

No pretendo aquí condensar el contenido de un libro tan voluminoso, cargado con información generalmente ignorada, que requiere de una lectura atenta para empezar a establecer su significación y comprender su alcance. Solo quiero reiterar con estos ejemplos la variedad de informaciones y análisis que González Echevarría pone en juego para hacer avanzar los argumentos centrales de su libro. Factores económicos, sociales, políticos o étnicos demuestran no solo no ser ajenos a la evolución del deporte, sino que a su vez son vistos en una nueva perspectiva que es la del punto de encuentro en que deviene la historia del béisbol cubano. Y añadido algo no menos importante: frente a las historias del béisbol que la conciben como un antes y un después de 1959 (fecha de violentos cambios que afectaron al béisbol entre tantas otras cosas), para después ignorar ese antes o después, González Echevarría opta por verla como una historia única aunque no deje de notar el fuerte impacto, en buena parte negativo, que ha tenido el castrismo sobre el béisbol cubano.

Para terminar quisiera llamar la atención sobre un valor para mí fundamental de este libro. Los últimos años han sido testigos de una necesaria y brillante crítica del nacionalismo cubano «duro» al que ha apelado una

y otra vez el régimen cubano para legitimarse. Como antídoto, ensayistas como Rafael Rojas han formulado la idea de un *patriotismo suave*. *The Pride of Havana* podría verse también como una de las propuestas de ese patriotismo suave. Y no solo me refiero a los datos que aporta para, por ejemplo, cuestionar la idea de una nación que encuentra su sentido en el enfrentamiento a los Estados Unidos. (Estos datos pueden ir desde la participación de jugadores norteamericanos en las ligas cubanas hasta el caso inverso, el de la participación de cubanos en las ligas norteamericanas y su exaltación como ídolos nacionales.) Me refiero también a la sustancia y forma generales del libro, que dibuja de un modo distinto, «suave», el rostro de la nación. Por un lado la conjunción de un tema «leve» como se supone que sea el béisbol, con su riguroso método de análisis sienta pautas sobre como deberán atenderse muchas áreas de la cultura nacional tradicionalmente marginadas. Por otra parte el texto socava las jerarquías de los hechos que tradicionalmente conforman la historia nacional en función de la historia del béisbol. Si el poder cubano se ha servido abusivamente del deporte en general y del béisbol en particular para enardecer al cubano de a pie, luego ha marginado la historia del béisbol al punto de no solo excluirla de los grandes relatos de la nación sino que incluso puede percibirse una notoria ausencia de textos que describan la evolución del deporte en las últimas décadas. Conscientemente o no, el procedimiento del autor ha ido a contrapelo de este desdén utilitario. Al situar al béisbol en el centro de la nación repitiendo los éxitos y tropiezos de ésta, relativiza los discursos duros y nos ofrece a cambio una posibilidad de discurso con la que podremos conciliarnos mejor. El béisbol y su historia en lo adelante no solo serán un motivo de orgullo (tan obstinado como relativo) sino de también de reflexión. El erudito con corazón de pelotero no solo nos devuelve íntegra la historia que otros habían intentado fracturar. También nos devuelve otra posibilidad de país, y algo así nunca sabremos agradecerse bastante. ■

A rumbear con Lázaro

CARLOS ESPINOSA DOMÍNGUEZ

Ernesto Mestre
La rumba de Lázaro
 Tusquets Editores
 Barcelona, 2001, 602 pp.

GRACIAS A ESTA ESPECIE DE BOOM QUE actualmente disfruta la narrativa cubana en España y algunos países de Latinoamérica, llega a los lectores de habla hispana la primera obra de un autor cubano-americano. Llega además en una magnífica y muy profesional traducción de Daniel Najmías (fue escrita originalmente en inglés), lo cual es muy de agradecer si se piensa en la escasa suerte que en ese sentido han tenido hasta ahora otros escritores de la misma nacionalidad (el caso de *Sonar en cubano*, de Cristina García, es seguramente el más notorio).

Aunque sea una frase de la cual se ha abusado hasta vaciarla de sentido, en el caso de Ernesto Mestre (1962) es exacto hablar de un brillante debut, uno de los más brillantes de nuestra literatura en toda la década de los noventa. Mestre se estrena además con un ambicioso proyecto, que en manos de un autor novel parecía condenado a un fracaso seguro, pero que él ha logrado que cristalice en una obra de valores y hallazgos muy notables. *La rumba de Lázaro* (la edición original en inglés, *The Lazarus Rumba*, es de 1999) explora la génesis, el carácter y las consecuencias de que tuvo para los cubanos la revolución, pero ese asunto, que ha nutrido a una buena parte de la narrativa nacional escrita tanto dentro como fuera de la isla, tiene en la novela de Mestre un tratamiento muy distinto, y no resulta fácil nombrar referencias más o menos similares que puedan orientar a quien no la haya leído. La más cercana pueden ser algunas obras de Reinaldo Arenas, cuya huella en *La rumba de Lázaro*, por lo demás, algunos han señalado. Nada más difícil que tratar de resumir la historia que se cuenta en la novela de Ernesto Mestre.

Ante todo, porque nos hallamos ante la apoteosis de la novelaría, ante el placer de contar historias. Su autor ha concebido además una obra coral y polifónica, una saga de resonancias épicas que sigue la trayectoria de medio centenar de personajes, aunque en realidad el libro se concentra en unos cuantos. Están, en primer lugar, las tres generaciones de mujeres de los Lucientes, una familia de católicos acérrimos de Guantánamo, en particular, Alicia, quien se convertirá, sin proponérselo, en la disidente más famosa del país. Muy vinculados a ella se hallan Julio César Cruz, su esposo, un guerrillero que peleó al lado de Fidel Castro y el Che y que después de 1959 se volvió contra las autoridades revolucionarias y fue asesinado cuando trataba de escapar a través de la base naval norteamericana; Héctor Daluz, su primo, un trapeicista homosexual que ha inventado un peligroso número en la cuerda floja, «la rumba de Lázaro», y que tuvo un amor incestuoso por su hermano gemelo; Joshua, un joven que, según los rumores, es hijo ilegítimo de Castro y fundador de la Colonia del Hombre Más Nuevo; el padre Gonzalo, un sacerdote cuya vida está fatalmente ligada a la de los Lucientes.

Son, repito, los que poseen un vínculo directo con Lucía Lucientes, pero hay muchos más. Están, por ejemplo, el pediatra Isidoro Antonio Mestre, condenado a dieciséis años de cárcel por crímenes contrarrevolucionarios tales como hablar fluidamente y sin acento el inglés y mostrar con orgullo su título de médico de la Universidad de Chicago; Ñaña la tonta, que llevaba colgadas del vello púbico siete bolitas rojas del árbol de navidad; El Rubio, jefe de la policía de Guantánamo, un hombre enloquecido por el poder que ejemplifica la mentalidad dictatorial generada por el castrismo; Armando Quiñón, el fotógrafo pederasta que se suicidó frente a una foto de Héctor, y cuyo cadáver se transformó en una vandada de mariposas verdes; unos mellizos que sueñan los mismos sueños «y por las mañanas, cuando se los cuentan al señor Daluz, uno corregía al otro sobre ciertos detalles y el otro asentía —«Sí, sí, verdad, así fue»— y seguía contando» (101); viejos que tienen los dientes del medio marrones porque no los exponen a la luz por haberse

olvidado de sonreír; campesinos muy pobres cuyas mujeres, al no tener que comer, van matando a sus hijos, quienes luego cuentan lo sucedido a través de las flores a las cuales sus huesos sirven de alimento; carteros indios de setenta o setenta y cinco años que aún conservan un cuerpo de toro y unos músculos poderosos y tensos, capaces de luchar durante seis días y seis noches contra los tiburones. A esa galería hay que sumar los animales, entre los cuales hay dos que tienen un especial protagonismo: Atila, el mítico gallo de pelea de Julio César Cruz, descendiente de una estirpe que se remontaba a la era del gran imperio turco; y Tomás de Aquino, el mastín de El Rubio. Me he extendido en el catálogo de los personajes, que por supuesto no es completo, porque ese detalle nos lleva de inmediato a uno de los primeros aspectos que la lectura de *La rumba de Lázaro* inevitablemente ha de suscitar: se trata de una novela escrita bajo la influencia de *Cien años de soledad*, esa obra que puso la literatura hispanoamericana patas arriba y cuya onda expansiva aún hoy se deja sentir. Como en la novela de Gabriel García Márquez, en la de Mestre hallamos mezclado el ambiente real y el mágico, el fantástico y el terrestre. Una y otra apuestan por un realismo que se desmarca del costumbrismo chato, se abre a lo mágico, lo telúrico, lo mítico, y que es capaz de hablar por igual de las cosas más extraordinarias y de las más terribles. Ambas recuperan para el lector el placer de leer y de disfrutar lo que en ellas se cuenta. En las dos hay, en fin, argumentos para varias novelas. Pero por encima de esas y otras similitudes que se podrían añadir, *La rumba de Lázaro* y *Cien años de soledad* comparten la condición de libros irrepetibles, que se producen cada varios años, y que acompañarán a su autor durante mucho tiempo.

Se trata, por otro lado, de una lectura que Ernesto Mestre supo asimilar muy bien y que ha abonado con un talento propio. Solo así se puede escribir una novela de seiscientas páginas en la que la riqueza imaginativa nunca decae y en la cual uno llega al final sin asomo de agotamiento. El autor lo logra, entre otros recursos, gracias a una estructura

episódica que va acumulando historias que, a su vez, se integran en ese tapiz de varios niveles que es el libro. Todo esto se incorpora de manera natural y orgánica para constituir una sólida estructura. Ésta permite que las tramas y subtramas no se disocien, sino que se nucleen en torno a un eje principal, que es la historia de Lucía Lucientes. Mestre distribuyó ese material en tres grandes bloques: «La pena de una viuda: un cuento viejo», «De cómo regresan los muertos: el cuento como rumba» y «El exilio y el reino del olvido: un cuento en lenguas». El primero nos lleva a los días que siguieron a la muerte de Julio César Cruz, y está centrado en la figura de Alicia. El segundo, narrado en un estilo más juguetón y de fábula, tiene como personajes protagónicos a Julio César y su gallo Atila, y en él aparece Fidel en su etapa de estudiante universitario. En el último, volvemos a hallar a Alicia, ahora en la etapa que pasó en Isla de Pinos, donde ha sido enviada a una colonia de disidentes que dirigen Maruja y su hijo Joshua, y cuyo objetivo es hacer que los condenados olviden el pasado y se transformen en correctos miembros de la nueva sociedad. Alicia conoce allí a Triste, el amante de Héctor, y por él se entera de que su primo no murió a causa de una hepatitis, como le habían dicho, sino que fue mandado a asesinar por el jefe del campo de trabajo de la UMAP al cual había sido confinado por ser homosexual. Ese relato en primera persona es, por cierto, uno de los momentos más hermosos del libro, y para hallar páginas de similar calidad literaria debemos remitirnos a *Arturo, la estrella más brillante*, de Arenas. De todos modos, no es fácil destacar un pasaje por encima de los otros, pues *La rumba de Lázaro* posee, en conjunto, un alto nivel.

Estamos asimismo ante una obra inequívocamente cubana, en la que, a diferencia de otras novelas cubano-americanas, no resulta de segunda mano. En ello influye, además del rigor del autor, el hecho de que la realidad de la isla que se recrea responde más al tiempo de la imaginación que al histórico. Paradójicamente, el tono hiperbólico y fantasioso no le impide a *La rumba de Lázaro* ser profundamente realista. Mestre

somete esa realidad a un constante proceso de carnavalización, lo cual contribuye, como se señala en la contraportada de la edición española, a revelar con lucidez el oscuro fanatismo en que suelen degenerar las revoluciones, así como las trampas y traiciones que llevan a tantos a sucumbir. La novela, por otra parte, se desarrolla en un ambiente exuberante, en el que todo es posible: el incesto, la escatología, el homosexualismo. Libro festivo, épico, desmesurado, complejo, barroco, delirante, *La rumba de Lázaro* representa el estreno de uno de los mayores talentos literarios que han debutado en los últimos años. ■

La vulnerable imagen de la realidad

GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA

Arturo Arango
El libro de la realidad
Tusquets Editores,
Barcelona, 2001, 216 pp.

ALLÁ POR LOS AÑOS SESENTA, LA LITERATURA cubana produjo una épica que acaso se conoció muy poco en el mundo. Esa presentación de las complejas facetas de una realidad cambiante se expresó esencialmente en tres libros de cuentos: *Los años duros*, de Jesús Díaz, *Condenados de Condado*, de Norberto Fuentes, y *Los pasos en la hierba*, de Eduardo Heras León. Los tres fueron libros más o menos polémicos, y los tres suscitaban enjuiciamientos que reclamaban a esos relatos de una vida social que se transformaba duramente una «dulcificación» que no encontraban, que no estaba en sus páginas. Casi cuarenta años después, la perspectiva de la narrativa cubana ha variado, como ha variado la del mundo. Pero tampoco quisiera convertir en única la visión de los escritores cubanos de hoy, porque no lo es, como seguramente

no lo fue la mirada que sobre su entorno arrojaron los de los sesenta: la literatura es, necesariamente, plural, y en ella van tomando cuerpo las diversas visiones del mundo que obseden a una época, o a los diversos momentos de una época. Pero claro que hay una visión hegemónica, un *canon* dominante que señorea sobre los demás, porque acaso sea el que más claramente concuerde con las circunstancias que se viven. Porque la realidad es vulnerable, como lo es sin duda el hombre que la vive, que la hace y que la sufre. Esta novela de Arturo Arango está presentando al lector español el trabajo de uno de los buenos narradores de la Cuba actual. Sus cuentos de *La Habana elegante*, en 1995, mostraban a una de esas voces que no persiguen la perecedera alharaca de la coyuntura, muchas veces sacrificando el auténtico valor literario al triunfo en el mercado. *El libro de la realidad* confirma esas posibilidades que allí se apuntaban. La historia que el libro relata es una de esas que solo cabría en ese mundo un tanto desquiciado que produce una revolución en su momento culminante. Uno de sus protagonistas da una clave esencial, cuando contempla sus actos mucho tiempo después: «Todos estábamos un poco chiflados», afirma, para luego aclarar: «en el mejor sentido de la palabra».

Y es que sacar un mundo de sus bases y transformarlo es fruto de un espíritu que inevitablemente incluye locuras como las que este libro relata. Si Gonzalo asume su pasado hablando «de sí mismo como de otra persona que hubiera conocido décadas atrás y a la que recordaba con mucho cariño», otro de los protagonistas, Ileana, se ve ciertamente distante, pero no otra: «Fuimos absolutamente responsables de nuestros actos», dice, «era el espíritu de la época, y sólo habiéndolo vivido se nos puede comprender». O finalmente el caso de Alejandro, quien opta por una por supuesto que falible amnesia histórica, porque sus recuerdos le resultan demasiado dolorosos.

La perspectiva de un mundo que ha cambiado, que ha deshecho o contaminado con sus impurezas la «pura» utopía, es la que permite el choque, ese ver los hechos sin sentirlos, sin participar esencialmente en ellos. Es esa «doble temporalidad», el sustento del relato de Arango, lo que nos permite contemplar

desmitificado un pasado cuyos autores tenían que vivir forzosamente como mito. Arango asume un esquema de *non fiction novel*, o novela testimonio, como otros prefieren llamar a esta forma genérica. La novela ha partido de un guión cinematográfico y acaso no ha perdido algo de esa mirada *behaviorista* que es consustancial al medio: las acciones se presentan por sí solas, desgajadas de cualquier conciencia que las explique, no brotadas desde el interior de sus actores, sino como si solo estuviera contemplándolas ese hombre de otra perspectiva —o de ninguna— que es aquí el narrador. En cierto sentido, esta buena novela de Arango me parece integrar la misma familia de una excelente novela española aparecida por estos días: *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas. No porque sus asuntos sean semejantes, que para nada lo son, sino porque ambas se dirigen, a través de un proceso narrativo cercano al reportaje, a la recuperación de un pasado arropado en un nimbo mítico, que la voz narrativa quiere implacablemente develar, comprender. ¿Hasta que punto es posible esa recuperación? ¿Cuál es el conocimiento que nos está permitido? Si es cierto que, como afirmara Croce, «la historia es contemporánea», esa recuperación va a estar forzosamente signada por las visiones del mundo que es el nuestro, y jamás tendremos, como afirmaba Ileana, una de las protagonistas de *El libro de la realidad*, la comprensión que tuvieron los que conformaron otro momento de la historia. Porque, además, también leemos ese «libro» desde nuestras perspectivas y, necesariamente, desde los mitos que vivimos y de los que participamos. Yo pienso que, además de una fábula sobre un preciso momento de la realidad, este interesante relato es, sobre todo, una sobre sus posibles lecturas. Creo que, por ello, lo ve Arango como un libro, desde su mismo título: un libro que, como todos, es susceptible de ser leído de muchas maneras y que cuando se desvanece el credo, las convicciones que sostiene una específica lectura, pasa a ser como algunos amores olvidados, de esos sobre los que hoy nos preguntamos dónde estaba nuestra razón entonces. Me parece un acierto de Tusquets Editores continuar dando a conocer las voces más interesantes de la rica narrativa cubana actual. ■

Semántica de un gesto

RAFAEL ROJAS

Iván de la Nuez
*El mapa de sal. Un postcomunista
 en el paisaje global.*
 Barcelona, Grijalbo Mondadori, 2001, 110 pp.

IVÁN DE LA NUEZ HEREDA DE LA REVOLUCIÓN Cubana el interés por la elocuencia de los gestos. Toda cultura revolucionaria magnifica ademanes estridentes y fija episodios fútiles que luego se volverán míticos. La francesa legó el grito de Robespierre en la Convención; la rusa, la arenga de Lenin en una fábrica, y la mexicana, el rugido de Pancho Villa al frente de su caballería norteña. La cubana, después de tanto despilfarro simbólico, habrá dejado el gesto del Che Guevara de abandonar el *establishment* de la isla e irse a combatir el capitalismo en las selvas de Bolivia.

Iván de la Nuez dedica su último libro, *El mapa de sal*, a la semántica de un gesto: su propio ademán de intelectual cubano, nacido y educado en la Revolución, exiliado en Europa, crítico del régimen de la isla, crítico también de Miami y reacio a aceptar el canon del liberalismo y la democracia occidentales como tabla de salvación tras la caída del Muro de Berlín. Este libro es, pues, la descripción del lugar de una persona en el mundo: un lugar más allá —o más acá— del comunismo, de la democracia, del liberalismo, de la modernidad, de la nación, de Cuba; una persona parada en la izquierda —si por ésta se entiende, otra vez, el gesto desestabilizador del orden moderno— que interroga las escenas del teatro global.

La escritura de Iván de la Nuez le debe mucho a la plástica. No solo porque él mismo sea hijo de pintor, crítico de arte, curador y director de un importante museo en Barcelona, sino por una singular concepción del texto como dibujo. En *De la Nuez* el ensayo es un autorretrato moral, una pintura del yo, hecha de pinceladas retóricas, bocetos literarios y narraciones pictóricas. Las metáforas,

fábulas y alegorías que recorren este libro —la sal, el pequeño Hans, Matías Pérez, el muro, el mapa, la silla eléctrica— son demasiado plásticas, casi filmicas.

En *El mapa de sal* se leen algunas de las preocupaciones recurrentes de Iván de la Nuez: la necesaria producción de una izquierda poscomunista —más como poética que como ideología—; la doble crítica al totalitarismo y al neoliberalismo, a Miami y a la Habana, a las dictaduras latinoamericanas y a las democracias occidentales; el espejismo de las representaciones culturales entre América Latina y Europa; las moralidades postmodernas; las políticas del cuerpo en la intemperie simbólica de la globalización; el arte y la literatura posnacionales; las poéticas migratorias. ¿Cómo pudo hilvanarse esta vastedad? Por medio de una eficiente economía textual: la narrativa del propio sujeto, la exposición de su travesía, el mapa sobre un puñado de sal.

Un sujeto «poscomunista en el paisaje global» es, por definición, un sujeto en guerra, un yo bélico que organiza batallas y concerta alianzas en la cultura del capitalismo tardío. Y aunque, como decía al inicio, Iván de la Nuez hereda de la Revolución la estética del gesto, su subjetividad no es propiamente revolucionaria, sino rebelde. Según la celebre distinción de Albert Camus, que repugnaba a los comunistas franceses de la postguerra, cuando la revolución se vuelve «policía» y «burocracia», la rebelión persiste en la «locura», en la revuelta nihilista contra la Razón de Estado. Un pasaje de *El mapa de sal* expone, sin marrullería, esa apuesta por el «hombre rebelde»:

Yo prefiero invadir y desaparecer. No dormir dos veces en el mismo campamento. Implicarme sin integrarme. Son, lo sé, viejas estrategias guerrilleras. Pero ¿no se me pidió acaso con vehemencia —y durante toda mi infancia— que fuera como el Che? Pues bien, esas recomendaciones fueron hechas por él. En las mismas páginas donde se calificó a sí mismo —tampoco hay que olvidarlo— como una «fría y selectiva máquina de matar». Yo voy haciendo la guerra por mi cuenta. Haciéndome global, quemando naves, salando territorios.

Hay un tono mesiánico en estas palabras, una retórica de martirio cristiano dentro de una imaginación laica. Y justo ahí —en el deslizamiento ateo de una religiosidad política— el rebelde De la Nuez no se diferencia mucho de los revolucionarios profesionales. Dos ingenuidades políticas de este libro —afirmar la decadencia del liberalismo y entender la democracia como una energía subversiva de la sociedad civil— provienen de un pensamiento místico, de trasfondo nihilista, que estetiza, como quería Camus, la epopeya de un «hijo de Caín»: un huérfano y un nómada, arrojado al futuro global por una Revolución que le prometió el reino de la eternidad. El poscomunismo es, en *El mapa de sal*, una experiencia equivalente al martirio de los profetas cristianos bajo el mundo pagano. Un martirio hedonista. A favor del cuerpo.

Y también un mesianismo íntimo. Iván de la Nuez no anuncia el advenimiento de un mundo, sino que se presenta a sí mismo como la irónica realización de una profecía. El sujeto De la Nuez vendría siendo la hipóstasis desviada —es decir, por otras vías— del «hombre nuevo» de Guevara. El Che imaginó aquel arquetipo de la eugenesia comunista como una criatura austera, inconforme y universal, en guerra perpetua contra el capitalismo y la democracia en cualquier lugar del mundo. La condición diaspórica de Iván de la Nuez, su lugar en las guerras culturales de la globalidad —no solo en las de Cuba— y su imaginario cosmopolita y antiliberal le asignan un rol semejante al del homínulo guevariano.

Una de las zonas más sugestivas de la ensayística de Iván de la Nuez, aquella que inscribe la experiencia cubana en la historia reciente de Europa del Este, tiene su origen en esa mirada postnacional. El más allá del comunismo, ese tiempo inconcebible para el materialismo histórico, es un lapso que sigue asociando a Cuba con sus ex hermanos de la civilización eslava. También en la isla y en su réplica, el exilio cubano de Miami, el poscomunismo comienza a ser vivido prematuramente, como una mezcla de pasado, presente y futuro que impide la asimilación intelectual del tiempo.

Pero a pesar de las constantes afirmaciones de una voluntad posnacional, Iván de la

Nuez no deja de intervenir en el debate cubano. Una de las intervenciones más eficaces que registra *El mapa de sal* es el cuestionamiento de las políticas de la nostalgia. De la Nuez rechaza, con razón, el hecho de que tantos intelectuales, dentro y fuera de la isla, compensen el agotamiento simbólico de la Revolución con una memoria idílica del antiguo régimen: la República. Sin embargo, esa crítica deja intacto otro ejercicio de la nostalgia: el que practica febrilmente la propia Revolución moribunda con sus imágenes juveniles, testosterónicas, sesenteras: Fidel y Camilo entrando a la Habana en enero del 59, otra vez Fidel en Playa Girón dando órdenes, frenético, el Che Guevara maniobrando un tractor o alardeando con una carretilla.

El riesgo de un libro como éste, que expone la posición de una persona frente al mundo, es la erección del sujeto en ícono. Sobre todo sí, como sucede en *El mapa de sal*, la subjetividad que se autodescribe reclama para sí algún legado revolucionario y propone vindicar cierta razón utópica. Barrington Moore ha demostrado recientemente que las revoluciones practican tal culto a la pureza que se ven obligadas a ilustrar sus ideologías con estatuas y monumentos. Iván de la Nuez corre el riesgo y se salva de la grandilocuencia con un gesto mínimo: el trazado de su mapa sobre un montículo de sal, el dibujo de su política. ■

El alma negra de Cuba

TONY ÉVORA

Jorge e Isabel Castellanos

Cultura Afrocubana (4 volúmenes):

El negro en Cuba, 1492-1844

El negro en Cuba, 1845-1959

Las religiones y las lenguas

Letras / Música / Arte

Ediciones Universal, Miami, 1988-1994

HAY DIECISIETE AÑOS DE LABOR INVESTIGATIVA en la elaboración de este exhaustivo trabajo de los Castellanos. Una obra

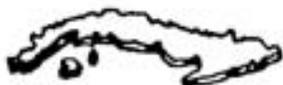
oportuna y ambiciosa, escrita con admirable claridad. Publicados en Miami en el curso de siete años, en un excelente compromiso de Ediciones Universal de Juan Manuel Salvat, cada uno de estos cuatro volúmenes, que varían entre 450 y 512 páginas, constituye una contribución extraordinaria al mejor conocimiento de la cultura afrocubana. No pueden encontrarse en España pero se venden en Miami a US\$39 individualmente (tel: (305) 642 3234, fax: (305) 642 7978).

Jorge Castellanos (1915), ex profesor de la Universidad de Oriente en Santiago de Cuba y profesor emérito de Marygrove College en Detroit, Michigan, es autor, entre otros, de los siguientes libros: *Tierra y Nación* (1955), *La abolición de la esclavitud en Popayán* (1980), y *Plácido, poeta social y político* (1984). Su hija Isabel Castellanos, actualmente profesora de Lingüística en Florida International University en Miami, y ex profesora de la Universidad del Valle en Cali, es autora de *Eleguá quiere tambó* (1980) y *Fiestas de negros en el norte del Cauca* (1982). Es coeditora de *En torno a Lydia Cabrera* (1987) y ha publicado numerosos artículos sobre manifestaciones religiosas afroamericanas y acerca de las lenguas afrocubanas.

El primer volumen, *El negro en Cuba, 1492-1844*, está estructurado en cuatro capítulos que tratan desde las raíces africanas de los negros de Cuba y su posición en la etapa preplantacional, con una importante sección sobre su resistencia y el fenómeno de la transculturación, empleando el término acuñado por el sabio Fernando Ortiz, hasta las peculiaridades de la plena sociedad plantacional, incluyendo una pertinente aclaración sobre los «negros libres». El capítulo IV cubre la larga etapa de la lucha abolicionista, entre 1800-1844, y en él aparece el punto de vista de los esclavos, expresado por Aponte, Plácido y Manzano, así como la actitud de los blancos más progresistas, encabezados por el Padre Félix Varela y José María Heredia, el primer poeta abolicionista. Los otros patriotas estudiados a la luz de sus posiciones con relación al negro son Arango y Parreño, José Antonio Saco, Domingo Delmonte, José de la Luz y Caballero, y Félix Tanco, e incluye la influencia del poeta José Jacinto Milanés.

Introduce la «primera ola» de la novela abolicionista (1838-41) y después pasa a analizar la contribución del científico gallego Ramón de la Sagra, quien nos dejó una obra maravillosa: *Historia física, política y natural de la Isla de Cuba*, publicada en doce volúmenes en París, entre 1842 y 1851 (se trata de aguafuertes impresos en negro e iluminados con acuarela mientras el papel todavía estaba húmedo). Años antes, en 1829, a La Sagra se le había ocurrido publicar un artículo censurando la obra poética de Heredia, lo que dio pie a una encendida polémica con Saco; había llegado seis años antes y se le creía representar los intereses de la metrópoli. Defensor de un socialismo utópico en la primera mitad del siglo XIX, por criterios científicos abogó por la eliminación total del sistema esclavista para perfeccionar la industria agrícola. Sin embargo, realizó un viraje ideológico al formar parte de la Junta de Información en 1866. A La Sagra se debe también *Cuba en 1860*, sin duda la mejor fuente para el conocimiento de la economía cubana de esa época.

Este primer volumen concluye con una descripción exhaustiva de la conspiración de La Escalera, así llamada por el suplicio del látigo que extendidos sobre ella sufrieron multitud de negros y algunos blancos involucrados en aquel intento consciente de insurrección contra el sistema esclavista, bajo el cruel mando de O'Donnell. El aumento de actos de verdadera rebeldía hicieron exclamar a Delmonte en aquel terrible año de 1844: «Los levantamientos parciales en los ingenios se han repetido y son más frecuentes: sus reclamaciones han tomado un carácter más grave, pues no piden sólo, como antes, la remoción de un mayoral, sino la libertad de ellos y de su raza como un derecho imprescindible». Estos factores de inseguridad y desasosiego perenne en que se vivía en Cuba (la sacarocracia no había olvidado la terrible experiencia de Haití), impulsaron el radicalismo abolicionista de carácter moderado dentro del ala izquierda de la burguesía blanca. A pesar de los horrores de la esclavitud, por mil caminos distintos



EDICIONES UNIVERSAL, con su filial, Librería & Distribuidora Universal, es una empresa que desde 1965 se dedica a la distribución y edición de libros en español en general y especialmente de autores y temas cubanos. Juan Manuel Salvat, su esposa e hijos, dirigen esta empresa que ha publicado más de 900 títulos de temas históricos, literarios y de aprendizaje.

Solicite nuestros catálogos gratis e información sobre los temas o autores que prefiera.

SERVIMOS PEDIDOS A TODAS PARTES DEL MUNDO

EDICIONES UNIVERSAL
(EDITORES - DISTRIBUIDORES - LIBREROS)

3090 S.W. 8 Street
Miami, FL 33135. USA.

Tel: (305) 642-3234
Fax: (305) 642-7978

e-mail: ediciones@kampung.net

<http://www.ediciones.com>

negros y blancos criollos lograron superar las diferencias que los separaban para abrazarse fraternalmente en la «manigua irredenta», entre 1868-98. Por cierto, este primer volumen está dedicado a la memoria de María Teresa de Rojas y a Lydia Cabrera, y cito: «que abrieron el camino».

El segundo volumen, *El negro en Cuba, 1845-1959*, aborda la presencia cultural del negro. Cuenta con un prólogo de Leví Marro, publicado originalmente en el *Diario de Las Américas*, el 4 de mayo 1989, donde el eminente ex profesor de Historia Económica de Cuba en la Universidad de La Habana (autor a su vez de la formidable obra *Cuba: economía y sociedad*), considera que *Cultura Afrocubana* son libros destinados a esclarecer, aportar, atraer y perdurar. Después de leer los cuatro volúmenes, estoy completamente de acuerdo con la afirmación del recordado maestro.

En cuatro capítulos dividieron los Castellanos este significativo volumen: Abolicionismo, anexionismo y reformismo: 1845-68, Abolicionismo e independentismo: 1868-86, El negro libre: 1886-1912 y En el camino de la igualdad racial: 1912-1959. Solo voy a hacer un comentario relacionado con la invención castrista de una Cuba infernal, sobre la que algunos observadores extranjeros, supuestamente de suficiente rango intelectual, demostraron un desconocimiento pasmoso de la historia y las realidades sociales de la isla, tratando de aplicarle mecánicamente al problema negro criollo los moldes vigentes en sus respectivos países, sus criterios ideológicos, sus prejuicios personales o sencillamente su superficialidad e ignorancia. Y como ejemplo exponen al historiador inglés Hugh Thomas, a quien conozco desde que llegué a Londres en 1968. En su desigual libro *Cuba, The pursuit of freedom*, atribuye el prejuicio racial de la isla exclusivamente a la influencia de los Estados Unidos sobre la mentalidad de la clase media cubana. Vaya, como si lamentablemente, las actitudes racistas no existieran de siempre en la isla a todos los niveles sociales, o aún más, como si no hubiesen estado presentes desde mucho antes de la aparición de la Unión Norteamericana.

El volumen 3 trata de algo muy cercano a mi corazón: *Las religiones y las lenguas*. Si-

guiendo la estructura de los dos anteriores, sus cuatro capítulos presentan fidedignamente: La religión. La Regla de Ocha, Las Reglas Congas, La Sociedad Secreta Abakuá: los ñañigos, y finalmente, Las lenguas afrocubanas, que incluye un interesante análisis de la influencia del bozal y de las lenguas africanas en el español que se habla en Cuba. Este es un libro para todo el que quiera enterarse de las mitologías desarrolladas en Cuba, con fuertes influencias de diversas etnias africanas pero siempre contando con la presencia de aspectos populares de la religión católica. El culto a los antepasados desempeñó un rol central en todas estas formas religiosas; el sincretismo hizo el resto. Las dimensiones de lo sagrado en la cosmovisión afrocubana son tratadas aquí con sumo respeto y a la vez con lujo de detalles, incluyendo la importante sección sobre el espiritismo y la comunicación mediúmnica con los muertos. El Apéndice contiene dibujos tomados de una libreta de Lydia Cabrera, probablemente de los años 50, titulada *Gráficos congos*, y casi todos son inéditos, aunque unos pocos ilustraron su obra *La Regla Kimbisa del Santo Cristo del Buen Viaje*.

Dibujadas en el piso, muchas de estas «firmas» (que no deben confundirse con las anaforuanas o ereniyó de los ñañigos) representan simbólicamente a los mpungos o dioses, otras sirven para adivinar o para realizar operaciones mágicas y litúrgicas. Constituyen uno de los fundamentos esenciales para que el sacerdote congo entre en contacto directo con los muertos.

Finalmente, el volumen 4: *Letras, Música y Arte*, tres áreas que interesarán a muchos criollos, expone un examen detallado de la presencia negra en la realidad social y cultural de Cuba. No olvidemos que el fenómeno de la transculturación funcionó a la vez aditiva y subtractivamente, porque en el tránsito a una nueva sociedad, inédita, pujante y jacobina, que aún está dorándose en el horno, el esclavo perdió muchos de sus peculiares rasgos nativos, como muchos europeos dejaron atrás otro tanto al cruzar el Atlántico. En sus seis capítulos el lector encontrará: El negro en la novela cubana (1900-59), en el cuento, en la poesía, en el teatro y por

supuesto, en la música. El último revisita el sincretismo para elaborar una interesante tesis sobre el paisaje y la pintura.

Cada volumen incluye su propia bibliografía y un índice sumamente útil para rastrear un nombre, un artefacto o una influencia, que de todo tienen estos cuatro sólidos libros, como el popular ajíaco criollo. Hablando de comida, pienso en cómo la influencia negra trascendió la dimensión puramente africana: el bacalao y el tasajo, de origen no africano, que llegaban mayormente del Río de la Plata, saltaron de los sórdidos barracones a la casa de vivienda de las plantaciones y luego a la mesa de las clases dominantes hasta llegar al pueblo todo. Algo parecido podría decirse del congrí oriental, proveniente de los esclavos que llegaron de Haití con sus amos para desarrollar enormes cafetales en la Sierra Maestra y en las cordilleras de Guantánamo, donde preparaban un plato llamado *congue-el-riz* (*congue* era un tipo de frijol rojo), mientras que los moros con cristianos se consumen en la parte occidental de la isla con frijoles negros. Negros por todos lados. Nuestro destino nos manda a marchar juntos. Desconocer o pretender ignorar esta gran verdad significa ir contra lo más genuino de nuestra historia y lo más prometedor de nuestro futuro. Y quién mejor que el patriota Manuel Sanguily para recordarnos: «¡Hermosura y grandeza de Cuba, fundadas en un amasijo impío de la sangre y las lágrimas del negro!». ■

El jardín de los caminos que se bifurcan

JOAQUÍN BADAJOZ

Rafael Almanza Alonso
El Octavo Día
Editorial Oriente, 1998, 161 pp.

DEBO RECONOCER, CON UN POCO DE TRAbajo, que cuando recibí *El Octavo Día*, de Rafael Almanza, pasé poco más allá de su

dedicatoria, una (h)ojeada de rutina; y lo deje rodar a la infinita marea de papeles en que naufragó cada madrugada desde hace más de diez años. Ahí permaneció sepultado desde el 24 de marzo de un caligramático 1999 hasta finales de junio. Como justificación solo puedo alegar que Rafael (toda su obra, ensayística, poética, narrativa, o sus extraordinarias cartas) no debe alternarse con otras lecturas. Este hombre de letras, confinado a la oscuridad irradiante de la provincia, por autoexilio e incomprendidos, se sitúa en el borde de la escritura desde el centro, metódico, con el rigor y la paciencia de un monje tibetano. La palabra es entonces vehículo, hallazgo de sucesivos ascensos; resultado acumulativo de un ejercicio espiritual que realiza con humildad, pudiera decirse que con cierta timidez, en contraste con su abrumadora —pudiera decirse petulante— erudición —en Cuba, en los noventa, la literatura suele ser más *light*, tanto que a veces es solo una máscara retórica que se consume en la eventualidad, de ahí su escaso, deformado cosmopolitismo—. Si a esto sumamos que, con *El Octavo Día*, Rafael Almanza se me estrenaba como narrador la cuenta cerrada era esperar que con los vientos de Cuaresma, digo, de Resurrección, la portada color mamoncillo con su motivo helénico, fuese ganando, como es natural, por ingravidez esencial de ahogada, regurgitada, su turno.

Con este volumen que recoge quince textos narrativos, escritos entre 1994-96, Almanza pone a prueba esa reserva ingenua, la capacidad de asombro (rechazo-aceptación) de un lector natural, habituado a un tipo de literatura contingente, (des)construida con arreglo a arquetipos entronizados (enajenación, marginalidad, crítica social), con una propuesta reflexiva que se soporta en el desentramiento-refocalización de los temas y la estructura diegética. En todas estas historias, siguiendo el método de Carnap, el análisis de sus intensiones ha de preceder a la comprobación de sus extensiones. No existe una solución unitiva, lineal, sino la posibilidad infinita de dos rectas que se cruzan en un punto, en el territorio del texto. La metaficción, transcurre en la

diacronía supratextual, lo atraviesa zigzagueante, confundiendo en ocasiones con la historia. Proceso inverso al de Borges, cercano a Umberto Eco, Almanza utiliza la ciencia especulativa para aventurar sus propias conclusiones filosóficas, reinterpretaciones teóricas que pueden ser tomadas al pie de la letra, o que discurren a la par de la diégesis afectándola. Estas complejidades que el gran ciego lograba incorporar sin disoluciones, como un gran juego de espejos, en Almanza, como en Eco, pueden parecer prótesis, disquisiciones prescindibles, pero una vez descubierto el principio de no-neutralidad, de sutil subversión, serán contento protéico, darán al texto una solución trascendente, que lo contiene y supera. Dar sentido a las palabras dándole sombra, pedía al escritor Paul Celan. Agapes del pensamiento que involuntariamente nos transporta a los triálogos polémicos Foción-Fronesis-Cemí. Y que si bien en la novela alcanzan un espacio legítimo, deben ser cuidadosamente administrados en la región sintética de la letra que es el cuento.

Haciendo memoria, de la narrativa cubana que he leído recientemente, entre los libros que logran un distanciamiento, al menos formal, de la realidad inmediata, solo recuerdo (cualquier olvido es involuntario): *El Talismán*, de Pablo Armando Fernández, y *El Derecho al Pataleo de los Ahorcados*, de Ronaldo Menéndez. Este último alcanza una agudeza crítica por hipérbola a partir del tratamiento de motivos universales, por tanto, contextualizables. Una línea que se va conformando, aún difusa, dentro de la narrativa cubana fin(i)acaso novi)secular, en la que puede inscribirse este volumen de Rafael Almanza. Por supuesto que entre estos tres ejemplos hay más de una diferencia y se pueden rastrear las poéticas generacionales, y el compromiso de juicio ejercido desde la nostalgia (Pablo Armando); la subversión y el acentuamiento de las situaciones extremas (marginales) en el caso de Menéndez, uno de los escritores fundamentales de la más joven promoción, y el sobredimensionamiento de la razón, razón vital de una generación silenciosa/silenciada que se dedicó a cultivar las disciplinas intelectuales, como única alternativa a la libertad de escritura escamoteada (Almanza).

En *El Octavo Día* hay una vuelta a las interrogantes genéricas, al autodescubrimiento, desde el agotamiento, la saturación, de una sociedad decadente, agónica —no solo (también) en el sentido unamuniano— como resultado de la manifestación de puritanismos y frugalidades, «de lo que siempre hemos sido y nunca dejaremos de ser: griegos», en el sentido occidental del término: paganos. La apoteosis de un día virtual: el octavo, en el que se entroniza el absurdo, el hastío, la trivialidad. Todo orden divino, convencional, va a ser trastocado por el nuevo (des)orden humano, terrenal, plagado de vicios y mediocridades; agobiado también por las reminiscencias, el reconocimiento de acciones anteriores, y ese refinado sensualismo racional, que me permito atribuir a la lectura de Hobbes, y que parece recordarnos, en todo momento, que donde no hay sensación no hay razón, y que donde no hay razón no hay verdad, ni falsedad: atributos esenciales del lenguaje, no de las cosas.

Esto parece querernos decir Almanza, en uno de sus más logrados cuentos *Verano Cero*, cuando escribe: «*He de narrarte, por esta única vez, lo que supongo que ocurrió y lo que sentí entonces. Quiero evitar la mentira deliberada: no sé si la salvación del alma, pero la felicidad de mi vida sí creo que me la juego en esta historia. Y qué otra cosa nos puede importar*». Gestualidad panóptica acaso provocada por una incertidumbre similar a la que motivó aquella frase de Milan Kundera: «*La lucha del ser humano contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido*». Entonces invertida, la memoria —aún de los hechos más simples; quizás comenzando por estos— es un recurso eficaz para luchar contra los poderes; es decir, contra su principio demonizador de prescribir la neutralización artificial de la memoria, o sea, su sustitución.

Al leer los textos de este volumen no puede evitarse cierta percepción enajenante, un fatalismo que proviene de la conciencia de que los grandes relatos no van a ser alterados por el ánimo transformador de la posmodernidad, más que en un sentido estructural. Algo que quería hacer notar Emilio Ichikawa cuando escribía: «*no podemos rectificar la verdad-fundamento sin afectar la estabilidad de lo edificado*».

Rafael Almanza sabe lo que se trae, eso yo lo sé bien. En estos tiempos que corren volverá algún comisario a conversar, ahora, con nuestros escritores «abstractos». Esos que crean una zona de resistencia, aparentemente apolítica, porque han comprendido que existe un compromiso mayor con el bien común, que es salvar al hombre en su dimensión ética trascendente. Ninguna fábula entonces es un fracaso. «*Después de haber asegurado la muerte de Dios, Judas se sentó frente al Templo a esperar el Próximo Suceso. Y, como los malos lectores de una novela moderna, empezó a sospechar que no pasaría Nada. (...) Se sentó a esperar, pues, frente al Templo, el Fin del Mundo, inevitable por la muerte de Dios. Cuando vio que el universo no desaparecía, comenzó a preocuparse*». En esta primera entrega narrativa, Almanza logra conjugar al ensayista-poeta en el fiel de la báscula, y el resultado es, desde luego, un ejercicio de metafísico humanismo. Sabe que algo pasa, desde luego, porque la Nada es el principio. ■

El libro del bolero

LEOPOLDO FORNÉS

Tony Évora
El libro del Bolero
 Alianza Editorial
 Madrid, 2001, 453 pp. y un CD con 22 boleros

LA OBRA DEL AUTOR EN TORNO AL DEVENIR del bolero, exhaustiva, completa e incisiva, nos proporciona, sin lugar a dudas, un excelente estudio de los orígenes, desarrollo y éxito rotundo de este ritmo en el mundo hispano-parlante. Creo poder afirmar sin ambages que, si no el mejor, es uno de los mejores trabajos eruditos de recopilación y análisis de ese fenómeno musical que haya llegado a manos del cronista, ritmo que el autor considera el último totalmente latino, exento de influencias anglosajonas, sean afro o europeas. Sin embargo, a pesar de ha-

ber surgido en los países ribereños del Caribe el autor afirma rotundo que sus raíces no son ni blancas ni africanas: el bolero es mulato, al igual que las poblaciones de ese Mediterráneo tropical que es el Mar Caribe.

La difusión del bolero en el mundo se ha de agradecer, ante todo, a los medios de comunicación de la época: los micrófonos, la radio, el gramófono y, más tarde, la televisión y el cine sonoro. Pero en especial, también, al hecho de que canta al amor, al erotismo o al despecho de lance no correspondido. Es la expresión en letra y música de sentimientos íntimos en las relaciones afectivas de cualquier pareja, de sus avatares. Ha enseñado a generaciones de hombres —y mujeres— a expresar a sus amadas/os aquello que llevan en su corazón pero que por limitaciones culturales, de imaginación o simplemente timidez quieren decir sin atinar a hacerlo. Era y sigue siendo un introductor tanto de la palabra como de la acción porque su suave y sensual cadencia permite en el baile acercar cuerpos amorosos y musitar al oído repitiendo sugerentes letras que ponen palabras delicadas y sensuales, en definitiva allanadoras, al tiempo que refina y suaviza las actitudes de los hombres, en ocasiones ásperas y agresivas, según algunos cánones femeninos.

El autor sitúa los orígenes del bolero en tanto que ritmo en las Islas Baleares, si bien muy distinto del desarrollado en la América hispana del siglo xx. Su ritmo fue cultivado en el siglo xix por compositores románticos de la talla de Chopin, Beethoven y Berilos. La más famosa de estas obras, compuesta en 1928, ha sido el «Bolero», del compositor francés Maurice Ravel, destinado al ballet de Ida Rubinstein en París, si bien su ritmo trepidante y *ostinato* tiene poco que ver con el latinoamericano al que, no obstante, dio fama. El libro, como una verdadera enciclopedia exhaustiva del ritmo, hace desfilar por epígrafes los países que lo han cultivado, destacando en breves biografías y obras tanto a sus compositores como a sus más famosos intérpretes. Su lista es interminable e imposible de reproducir si bien intentaremos destacar a los más notables.

Cuba primero, no por chovinismo de autor, sino porque su aporte es raigal y funda-

mental. Entre muchos compositores destaquemos a Manuel Corona, Sindo Garay, Miguel Matamoros, Pepe Sánchez, María Teresa Vera, Ernestina Lecuona, Luis Casas Romero, Moisés Simons, Gonzalo Roig, Eliseo Grenet, *Rapindey*, Osvaldo Farrés, Isolina Carrillo, *Bola de Nieve*, Pedro Junco, Bobby collazo, Mario Fernández Porta, Juan Bruno Tarraza y Orlando de la Rosa. Los intérpretes, quizá más publicitados, son legión. Entre otros: René Cabel, Fernando Albuerne, Esther Borja, Olga Guillot, Gloria Estefan, Benny Moré y Rolando Laserie. Mencionaremos en especial a dos cantores de La Nueva Trova, estirando un poco este cante hasta el bolero. Silvio Rodríguez y Pablo Milanés son excelentes intérpretes y cantautores de los que el libro dice textualmente: «...han cantado desde Cuba a la América de los hambrientos y explotado; de los discriminados, oprimidos, encarcelados, desaparecidos o masacrados; han logrado expresar sus ideas pero *haciendo caso omiso* de las evidentes contradicciones de su país. Maestros ilusionistas, han hecho creer a millares de admiradores que sus canciones se vierten en su lugar donde la justicia social esta firmemente implantada».

México es otro de los países que ha dado mucho al bolero. Compositores de la talla de Manuel Ponce, Tata Nacho, Agustín Lara, María Grever, Manuel Vello Rivas y Armando Manzanero. Entre los intérpretes: Pedro Vargas, José Mojica, Toña la Negra, Chavela Vargas, *Chucho* Martínez Gil, Alfonso Ortiz Tirado y Luis Miguel. *La República Dominicana*, en tanto que caribeña, tiene a Luis Kalaff, *Bullumba* Landestoy y Juan Luis Guerra. *Puerto Rico*, a pesar de la brevedad de su isla, ha dado enormes compositores e intérpretes como Rafael Hernández, Mirta Silva, Don Felo, Silvia Rexach, Daniel Santos, Bobby Capó y tantos otros.

Argentina, tan alejada geográficamente del Caribe, tiene a Mario Clavell, Leo Marini y Libertad Lamarque. Chile cuenta con Pancho Flores, Arturo Gatica, Lucho Gatica, y Osvaldo Gómez. Lo han cultivado también países como Colombia, Brasil, Venezuela, España, Ecuador, Panamá, y en Centroamérica, si bien el ritmo en los últimos tiempos se ha

extendido, en español, por Norteamérica y por Europa, ejerciendo su influjo en otros ritmos foráneos.

Tony Évora, cubano de pura cepa a pesar de su diminutivo anglosajón y su apellido de probable origen luso-sefardí, nació en La Habana en 1937. Estudió Bellas Artes, pintura, dibujo y diseño gráfico en academias de su país y en la prestigiosa escuela de Artes Industriales de Praga. Marchó de la isla en pos de la libertad a raíz de la invasión soviética de Checoslovaquia en agosto de 1968. Sin embargo, donde el autor dio rienda suelta a su vocación musical fue en su secreto amor: como percusionista de la música rítmica popular cubana. Después de cosechar éxitos como profesor de arte en importantes universidades de la gran Bretaña se ha radicado en España en 1992. Es autor, también para Alianza Editorial, de *Orígenes de la música cubana* y *Los amores de las cuerdas y el tambor*.

Así, el ejercicio de las artes plásticas y su docencia, combinados con su actividad de percusionista, su excelente oído, su indudable ritmo y su voz profunda y expresiva hacen tanto de su obra como del autor uno de los instrumentos fundamentales para conocer los secretos de esa joya bailable que es el bolero. ■

De la memoria al regreso

ARMANDO VALDÉS

Jacobo Machover
El año próximo en... La Habana.
Ediciones Cocodrilo Verde
Madrid, 2001, 83 pp.

UNA MISMA TARDE DE NOVIEMBRE MIENTRAS recorría La Habana Vieja hice dos descubrimientos reales y maravillosos. Descubrí que en la casa museo donde nació José Martí había dos baños; uno para los cubanos y otro para los visitantes extranjeros. Y en otra casa célebre, la de *El siglo de las luces* de Alejandro Carpentier, una biblioteca prestaba —con

no sé qué carné— los mismos libros editados *afuera* que mis amigos forraban cuidadosamente antes de comenzar a leer.

El exilio puede ser también otra isla con otras añoranzas y otras señales de humo. El deseo del insular por el *allá* de ultramar no deja de marcar también sus primeros pasos de exiliado. Entre las múltiples urgencias de ese deseo al salir de Cuba recuerdo una: el deseo de leer otros libros. Libros que en la isla veíamos en las ferias en dólares, nos llegaban a través de turistas y de amigos insulares más actualizados, o libros que —después de sucesivos permisos— habíamos hojeado sin derecho al préstamo en la atildada casa de *El siglo de las luces*.

Y en ese deseo de leer libros que conocía de oídas o imaginaba, tenían por supuesto su sitio los escritores cubanos. En esos primeros meses de lectura comencé a reconocer la idea de esa *perspectiva* que dicen otorgan las lejanías a la escritura de un escritor. Algo extraño ocurría, el lugar de donde yo había huido —mi isla-infierno— seguía siendo la referencia obsesiva de la mayoría de esos libros. Aunque cayera nieve y llegara Jesucristo, se celebraran carnavales de difuntos y oportunistas, o se narrara la aventura extravagante y refinada de una rusa amante de Stalin, aunque se vagara bajo el sol o en noches que solo conocieron mis padres; Cuba y La Habana se tatuaban en esas escrituras. Y en la memoria, como ocurre con el libro de relatos *El año próximo en... La Habana* de Jacobo Machover.

En este libro tres cosas pueden resultar curiosas al lector. La primera es lo incisivo de una narración generada en imágenes visuales. La segunda, la idea de regreso y rencuentro, de futuridad inminente explicitada en el título del libro. Y la tercera, el largo periplo de la memoria que incluye no solo un lugar del exilio y La Habana, sino también escalas forzadas de un deambular judío al que se integra el narrador. A una memoria marcada por la temporalidad, se incorporan reminiscencias fragmentadas —como señala Jean-Pierre Vernant refiriéndose a los griegos—, solo que aquí el deseo quiere trascender el recuento e insinuar el regreso al origen... a La Habana.

Las imágenes superpuestas van estructurando la narración. La historia es la historia de una imagen, de su devenir imaginario. Como si las imágenes truncas por la partida y la lejanía continuaran viviendo paralelas al exilio y esperaran un ida un regreso que, por el momento, la escritura sustituye o predice. Un viejo en algún rincón del Paseo del Prado, judíos deambulando con maletas vacías por el mundo, una foto de familia en La Habana de los años 50, la botella de Southernmost en Cayo Hueso, un niño sentado en el muro del Malecón...

Estoy seguro que de haber leído en La Habana el libro de Jacobo me hubiera sorprendido este desenlace de décadas de espera: la añoranza del regreso. Esa añoranza que desde *La Odisea* hasta la calle 8 de Miami, parece condenada a la idealización nostálgica del objeto perdido. Pero en *El año próximo en... La Habana* no hay nostalgia, sino melancolía.

Julia Kristeva en su libro *Soleil Noir* se arriesgó a exponer la idea de que la melancolía no es francesa. Pascal, Rousseau y Nerval, dice, son una excepción. Iván de la Nuez en su osado *Mapa de sal* —citando a Roger Bastra— insiste en que entre los cubanos el tema de la melancolía «es más exiguo» y prefiere hablar de la nostalgia. Sin poder negar que una nostalgia de primer grado —obvia y extrovertida— matiza en los cubanos la apreciación del pasado, creo que un sentimiento de melancolía, de pérdida irreparable y de retorno amargo o imposible, matizan buena parte de una segunda mirada de lo cubano. Segunda mirada por más profunda y también por más reciente en el imaginario del exilio. *El año próximo en... La Habana* confirma esta afirmación.

Aunque Jacobo desee que el rencuentro tenga lugar en La Habana, no se festeja la cita adelantada ni se idealiza el lugar del deseo. Del esplendor de La Habana restan las fotos y la mirada de un niño. La realidad tocada se desvanece convertida en arena como el viejo que desde su infancia lo espera sentado en el Prado. Hijo de judíos polacos, nacido en La Habana y exiliado en Francia, la memoria melancólica de Jacobo y su escritura quizás deban su existencia a la búsqueda de una identidad fragmentada por la Historia.

Si el dualismo es la primera figura del exilio, en Machover se multiplica hasta zonas casi desconocidas o pocas estudiadas en nuestra literatura; la de una tradición judío-cubana que no conocía en mis apresuradas lecturas insulares y de cuya literatura tuve noticias fuera de Cuba, al leer al poeta José Kozér, por ejemplo. Quizás esto pueda explicar la sensación de naufragio de *El año próximo en... La Habana*, de sus saltos de una frontera a otra, de una dimensión evocada a un sitio que necesita del regreso para dos confirmaciones paradójicas: la del origen y la de sus propias ruinas. Como si entre el espacio y el hombre, únicamente el lenguaje y la escritura pudieran crear un punto de contacto en medio de las fugas. El propio Kozér lo ha descrito de esta manera: «Y así, cubano o judío, el judío cubano o el cubano judío, estamos condenados al lenguaje, y a celebrar la diáspora».

Contrario a lo que puede hacer creer la parte más visible de la literatura cubana de los últimos años, veo que otra escritura, sutil y detenida, resultado de una (re)lectura situada entre lo circunstancial y lo reflexivo, emerge y marca zonas inexploradas del canon literario cubano. En alguna ocasión he llamado a esa escritura, «la escritura de sí misma». *El año próximo en... La Habana* se inscribe entre en sus ejemplos más recientes. ■

Demasiado personal

JOAQUÍN ORDOQUI GARCÍA

Felix Contreras

La música cubana, una cuestión personal
Editorial Unión. La Habana, 1999.

HACE POCOS DÍAS ENTRÉ EN UNA LIBRERÍA de Madrid especializada en libros argentinos y me sorprendió la enorme bibliografía que había dedicada al tango. Ensayos, fotografías (de intérpretes, autores e incluso de lugares significativos, como La Boca), reportajes, letras de canciones... en fin, todo

cuanto un tangófilo puede desear. Hasta hace muy poco, la sección dedicada a la venta de CD's y cassetes de El Corte Inglés de la Puerta del Sol tenía unos estantes dedicados a la «música latina», que incluía desde corridos y rancheras hasta las manifestaciones menos conocidas de la música andina y, claro está, en esa mezcla variopinta se encontraba la música cubana. A unos dos metros y en un estante diferenciado se encontraba la discografía tanguera.

Y no se trata de que el tango sea más popular en España que la música cubana, sino de que los argentinos han hecho mucho más por la divulgación de su único género internacional que los cubanos por el acervo sonoro popular más importante y variado que ha dado América. Las razones de tan pertinaz silencio me han resultado siempre un tanto misteriosas, aunque parece que durante las últimas décadas está cambiando la tendencia.

El libro que ahora comento forma parte de esa nueva y sana costumbre que consiste en tomar en serio el aporte más significativo de la cultura cubana al acervo universal: nuestra música popular.

Se trata de un conjunto de entrevistas y/o comentarios a/sobre autores e intérpretes destacados y la selección, como indica el subtítulo, es producto de esa forma de azar que es el gusto, en este caso del autor, el poeta y periodista Félix Contreras (Pinar del Río, 1940) y lo protagonizan personalidades tan disímiles como (por orden de aparición) Rafael Cueto (integrante del Trío Matamoros), Laíto Sureda (cantante de la Sonora Matancera durante los años cincuenta), Severino Ramos (compositor, arreglista y piano de la misma agrupación), Celina González (cantante), Niño Rivera (tres), Níco Rojas (guitarra), Elio Revé (paila, compositor y director), Cesar Portillo de la Luz (compositor y cantante), Rosendo Ruíz Quevedo (compositor), Fernando Álvarez (cantante), Benny Moré (cantante), Tito Gómez (cantante), Enrique Bonne (compositor y creador del ritmo pilón), Lino Borges (cantante), El Guayabero (compositor, cantante y tres), Frank Domínguez (compositor, cantante y piano), Lázaro Herrera

(trompeta del Septeto Nacional), Omara Portuondo (cantante), Marta Valdés (compositora y cantante), Richard Egües (flauta de la Orquesta Aragón), Huberal Herrera (piano) y el Grupo Sierra Maestra, además de dos artículos (*El callejón de Hammel* y *La nueva era del filin en el Vedado*) dedicados a un género que parece ser de la preferencia del autor pues, además de ser mayoría en esta entrega, ha sido motivo de un libro anterior (*Porque tiene feeling*), que aún no he tenido la oportunidad de leer.

Entre las virtudes del libro creo que la más importante es el rescate de anécdotas, opiniones y comentarios de figuras destacadas de la música cubana, incluyendo algunas poco conocidas pero notabilísimas, como Lázaro Herrera, responsable de aquel inconfundible sonido que caracterizó la irrupción del primer septeto, cuando a Ignacio Pilñeiro se le ocurrió la estupenda idea de introducir una trompeta en el formato del sexteto, aporte de consecuencias incalculables, ya que abre un camino a las agrupaciones soneras cuyas consecuencias llegarían hasta la actualidad.

Entre los defectos, el más molesto es una prosa carente de sobriedad, sobrecargada de populismo, carente de lógica y de sintaxis. Veamos, por ejemplo, una oración tomada al azar: *Los vecinos de Cesar Portillo de la Luz, en los barrios El Vedado, Cayo Hueso, por los años 40, veían pasarlo pringoso de pintura hasta el pelo y con esa estampa de gente que no tiene ni donde caerse muerto, ejerciendo esa corrompida versión del arte de Miguel Ángel y Picasso que es el pintor de «brocha gorda», jugán-*

dose la vida en lo alto de una escalera. No «veían pasarlo». En todo caso, «veíanlo pasar». La pintura de paredes no es una corrompida versión de nada ni guarda la menor relación con las artes plásticas, y subirse en una escalera no es para tanto.

Por ello, las entrevistas son mucho más interesantes que los artículos y lo son más aquellas realizadas a personajes con facilidad de palabra, como Marta Valdés, Omara Portuondo o Frank Domínguez, ya que Contreras se propone conservar las formas de hablar de los entrevistados, lo cual puede resultar incoherente cuando éstos lo son, aunque en algunos momentos el recurso es efectivo.

Lo más extraño de *La música cubana, una cuestión personal* es que las entrevistas son muy breves y dejan sabor a más. Las razones pueden ser varias, desde la intención de acercarse a un público no acostumbrado a la lectura hasta las limitaciones materiales que sufre el país y que acaso no le permitieron un libro más extenso. En todo caso hubiera sido preferible renunciar a algunos artículos dedicados a personajes muertos, como Benny Moré, prescindir de ciertos excesos prosísticos y aprovechar mejor las oportunidades testimoniales de figuras que sin dudas tenían más que decir.

En fin, que se trata de un trabajo que produce una sensación ambigua y en el que cohabitan la información útil y lo prescindible.

Además de los libros mencionados, Félix Contreras ha publicado cinco poemarios: *El fulano tiempo*, *Debía venir alguien*, *Última persona*, *Gardelianas* y *Así es la rosa*. ■

Cartas a *encuentro*

☒ Por casualidad ha llegado a mis manos un número de su magnífica revista; creo que cumple de manera admirable lo que su nombre proclama, pues es un verdadero encuentro de pensamiento, opiniones e informaciones. Dirijo una de las publicaciones católicas de Cuba, la revista *Amanecer de la Diócesis de Santa Clara*, de la cual le estoy enviando un número.

LAURA M. FERNÁNDEZ GÓMEZ (Cuba)

☒ ¡Queridos amigos!

El ejemplar de la revista *Encuentro* del otoño de 1998 cayó en mis manos; la que tiene en su portada lo que me pareció el costado del Convento de San Francisco de Asís de la Habana Vieja.

Ya en muy poco tiempo me he devorado casi la mitad de la revista, con la que coincido en un 100%. ¡Los felicito de todo corazón!, por dar a conocer al mundo la verdad cubana de una forma tan asequible para todos, donde nadie tiene que pasar ningún curso ni buscar diccionario para saber lo que dicen, sin utilizar palabras rebuscadas.

Yo tengo necesidad de actualizarme y sé de muchos amigos a los que les gustaría tenerla en sus manos. Pienso que sería muy efectiva su difusión acá y hay que trabajar para que le llegue a la mayor cantidad de cubanos posible, de más está el decirles que conmigo pueden contar para todo eso.

GUILLERMO GUEVARA SÁNCHEZ (Cuba)

☒ He recibido puntualmente la revista y me parece excelente, yo diría imprescindible. Le ha dado una madurez civil al diálogo sobre el tema, lo que es fundamental para salir de las trincheras. Supongo que no soy el único extenuado por el tema Cuba en términos encarnizados. Las derechas han resultado el espejo de las izquierdas.

JULIO ORTEGA (Brown University)

☒ He leído el número 20 de la revista: sinceramente no podía ser mejor, sin dudas ese número servirá como un libro de consulta, nunca antes había leído tantos buenos testimonios sobre el presidio político cubano como en ese número 20 de la revista *Encuentro*. El silencio sobre el presidio político que imperaba me dolía en el alma, pues yo fui preso político.

EDUARDO OJEDA CAMARAZA
(Presidente Coordinadora Social Demócrata de Cuba)

☒ Hace poco tuve la suerte de que, por casualidad, un amigo me prestara el número 20 de *Encuentro* (Primavera, 2001). Es realmente una espléndida revista de la más alta calidad literaria, sociológica y cultural, que le ofrece a cubanos y extranjeros de las más diversas creencias una visión intensa y profunda de la historia y la cultura de esa Cuba sufrida y siempre mágica.

Hojeando el número 20 encontré excelentes ensayos que me descubrieron elementos de la cultura cubana que conocía poco, o que ampliaron mi percepción histórica, socio-política y cultural de hechos que ya conocía.

Como profesional de la música clásica —soprano con una larga lista de actuaciones dentro y fuera de los Estados Unidos— y, luego de haber interpretado muchas de las extraordinarias y notables obras de Aurelio de la Vega, me sentí atraída por el ensayo «Nacionalismo y Universalismo», que he leído y releído varias veces. Debido a mi relación profesional con este compositor, estoy familiarizada con diversos aspectos de la cultura cubana, pasada y presente. Sin embargo, el ensayo me descubrió muchos datos fascinantes que desconocía.

El texto de Aurelio de la Vega es ágil, esclarecedor y trascendente. El compositor ha regalado a sus lectores un escrito personal, valiente y bellamente redactado acerca de su emplazamiento dentro de la música y la cultura cubanas —ubicación que continúa siendo hoy en día un tema controvertido y candente.

Doy las gracias a *Encuentro* por publicar este ensayo. ¡Y que continúe esa obra espendida de divulgación cultural que caracteriza a la revista!

ANNE MARIE KETCHUM (California)

☒ Me encanta la idea de poder cooperar nuevamente con la revista, tan importante siempre.

OTTMAR ETTE (Alemania)

☒ De nuevo un hermoso ejemplar. No hay *Encuentro* que no interese. En la vida, hay veces que uno se pregunta al subir una cuesta si es posible mantenerse en la cima una vez llegado a ella. Pues, chicos, ustedes «se encaramaron» (para decirlo en buen cubano), y por lo que veo, no hay quien los baje. ¡Mil felicidades!

MARIELA A. GUTIÉRREZ (Ontario, Canadá)

☒ De veras, cada aparición de *Encuentro* es una fiesta que te embulle, y que luego disfrutas con calma.

LILIANE HASSON (Francia)

☒ El número 20 de *Encuentro* creo que quedó muy bueno y hay que felicitar a los trabajadores que lo lograron. Los artículos del Presidio Político que yo no conocía le dan profundidad histórica al tema y dan información que muchos imaginaban pero no conocían. La correspondencia que publican es una radiografía del interés que despiertan los temas tratados. El número 20 me dio la oportunidad de asomarme al contenido de «Los siete contra Tebas» y apreciar el valor de la obra.

SALVADOR E. SUBIRA (Miami)

✉ Claude Fell (mi director de tesis) y yo siempre hablamos de su revista con entusiasmo. Gracias a él la revista es bibliografía obligada para los estudiantes de letras de la Sorbonne. Incluso una alumna suya esta terminando su Maestría sobre *Encuentro*. En Cuba muchos amigos —como Amir Valle, por ejemplo— me han localizado gracias a *Encuentro*.

ARMANDO VALDÉS (Francia)

✉ *Encuentro* es hoy una revista de un prestigio merecido. Vuestra idea se ha materializado y marcha por un camino cierto. Todo lo que vaya en contra de su fortalecimiento es ayudar a la política diversionista del régimen cubano. En muchos lugares del mundo intelectuales cubanos apoyamos desinteresadamente ese proyecto.

ALBERTO F. ÁLVAREZ (Montreal)

✉ Quería agradecerles el dossier del número 20 de *Encuentro*, sobre el presidio político en Cuba. Muchas veces he considerado la necesidad de rescatar la memoria viva de un período histórico tan terrible. Los testimonios de *Encuentro* son imprescindibles para el que quiera entender lo que realmente ocurrió entonces.

NÉSTOR DÍAZ DE VILLEGAS (California, USA)

✉ Un saludo de mi parte a todos, a los poetas, a los escritores, a todos los que trabajan en la revista.

LEONEL MOREJÓN ALMAGRO, (Buffalo)



... tenemos que ser francos y empezar por reconocer que el racismo no es una herencia colonial inerte, sino un ente vivo y floreciente entre nosotros. Sí, entre nosotros los cubanos. A mí que me excomulguen, que no es con el silencio que vamos a eliminar ese mal social.

Alejandro de la Fuente
Encuentro de la cultura cubana, 20

Haga su pedido a

Editorial Colibrí
Apartado Postal 50897 • Madrid, España
Telf. / fax: 91 560 49 11
e-mail: info@editorialcolibri.com
www.editorialcolibri.com

Títulos publicados

Rafael Rojas
El arte de la espera

Rafael Fermoselle
Política y color en Cuba
La guerrita de 1912

Marifeli Pérez-Stable
La revolución cubana

Roberto González Echevarría
La prole de Celestina

Julián Orbón
En la esencia de los estilos

José M. Hernández
Política y militarismo en la
independencia de Cuba
(1868-1933)

Gustavo Pérez Firmat
Vidas en vilo

Rafael Rojas
José Martí: la invención de Cuba

Marta Bizcarrondo
Antonio Elorza
Cuba / España. El dilema
autonomista (1878-1898)

Octavio di Leo
El descubrimiento de África
en Cuba y Brasil (1889-1969)

Alejandro de la Fuente
Una nación para todos

De próxima aparición

Robin D. Moore
Mestizaje y revolución musical
en La Habana (1920-1940)

Lynn K. Stoner
De la casa a la calle

La ministra de exteriores de Austria en lectura de *Encuentro*

Benita Ferrero-Walder, ministra de relaciones exteriores del gobierno austriaco, asistió a la lectura que a fines de noviembre hizo Jesús Díaz en el Instituto Cervantes de Viena, en la que nuestro director dialogó sobre *Encuentro* con el numeroso público asistente. Con anterioridad Díaz había disertado en la ciudad austriaca de Graz, invitado por la prestigiosa revista *Lichtungen* (Iluminaciones). ●

Premio cultural europeo para Alberto Vilar

La Fundación Pro Europa anunció el pasado 8 de mayo del 2001 el próximo otorgamiento del Premio Cultural Europeo al millonario de origen cubano Alberto Vilar, considerado el mecenas más importante del mundo operístico. Con este premio se reconoce la destacada labor patrocinadora de este cubano-americano en beneficio de varios importantes teatros de ópera y festivales europeos, tales como el de Bayreuth, el de Baden-Baden y el prestigioso Festival de Salzburgo. Asimismo, Vilar es considerado el patrocinador más importante del Metropolitan Opera of New York y de la London Royal Opera House. Este cubano, que obtuvo su fortuna con inversiones en el ramo de la informática, ha anunciado recientemente su propósito de donar 4 millones de dólares (unos 8,8 millones de marcos) al Instituto Cultural Germano-Americano de Berlín para que compositores, músicos y directores de Estados Unidos puedan ir a trabajar en dicha institución. ●

Coloquio sobre el caso CEA

El coloquio *¿Intelectuales vs Revolución?, el caso del Centro de Estudios sobre América*, fue inaugurado el 10 de noviembre pasado en Graham Center 150, Universidad Internacional de la Florida, en Miami, auspiciado por el Instituto de Estudios Cubanos (IEC) —entidad que a lo largo de 32 años ha promocionado la

reflexión y el debate sobre la realidad cubana—, y por la Coordinadora Socialdemócrata de Cuba (CSDC), que a sus 11 años de creación propone un programa social-democrático para el post castrismo. En el evento participaron Alberto Álvarez García y Gerardo González Núñez, autores de un libro que versa sobre la difícil relación de los intelectuales del Centro de Estudios de América con las autoridades castristas y sus órganos de seguridad, y las posibles vías de la transición en Cuba. ●

Cambio de tiempo

El nuevo disco del sexteto habanero Vocal Sampling, *Cambio de tiempo*, ya está a la venta; en su interior, Chucho Valdés asegura que se trata del mejor trabajo de la agrupación, y no debe andar muy despistado. Vocal Sampling surgió a principios de la década de los noventa y, como se sabe, se caracteriza por ser una orquesta de voces que imitan con singular efectividad casi cualquier instrumento musical. ●

Pintura, amor y ecología

Obra reciente (2001) es el título de la última exposición de Tomás Sánchez, presentada recientemente en la galería Marlborough de Madrid. Según el pintor —cuya obra en general es una de las más originales en el contexto de las artes plásticas de las últimas décadas—, «la mejor manera de proteger nuestro entorno es cuidarnos los unos a los otros. Por eso creo que hay que llenarlo todo de amor, dentro, afuera y en todas partes. La vacuidad perfecta está en el amor. El amor lo borra todo y queda sólo amor». La exposición de Sánchez asume la relación del hombre con la naturaleza como generadora de energía intelectual y moral; en ella el tema ecológico alcanza un protagonismo determinante. ●

Simposio en la Universidad de Iowa

Unos veinte intelectuales de la Isla y la diáspora, poetas, novelistas, ensayistas y académicos

en general, confluyeron en el simposio «Cultura, política y cambios en la Cuba contemporánea», que durante algunos días seccionó en los predios de la Universidad de Iowa, EE UU. Asistieron, por el exilio, Rafael Rojas, Emilio Ichikawa y Ruth Bejar, entre otras figuras, mientras que la intelectualidad radicada en Cuba estuvo representada por Antón Arrufat, Reina María Rodríguez, Pedro de Jesús, Norge Espinosa, y otros. El encuentro de Iowa —marcado por zancadillas del régimen de Fidel Castro, que esta vez no estuvo presente a través de sus letrados oficialistas— abrió puertas al entendimiento entre intelectuales del exilio y de la Isla dentro de una atmósfera plural, y sentó un precedente para la conducta de la academia estadounidense en lo referente al caso cubano. ●

Los niños del «paraíso» en los Ángeles

Children of paradise (Niños del paraíso), documental sobre la niñez cubana bajo el régimen de Fidel Castro, fue presentado el pasado noviembre por su realizadora, Mari Rodríguez Ichaso, en los Ángeles. El corto contiene una serie de entrevistas a ciudadanos directamente relacionados con la situación cubana, entre los que se encuentra Alina Fernández, hija del propio Castro. Anteriormente, el documental había sido presentado en Bélgica y Suiza, en este último país durante los debates que llevaron a que la Comisión de Derechos Humanos de la ONU condenara al régimen castrista en marzo de 2001. ●

Nueva novela y nuevas traducciones de Jesús Díaz al inglés, francés y alemán

La editorial Espasa publicará en el mes de enero de 2002 la nueva novela de Jesús Díaz *Las cuatro fugas de Manuel*, cuya trama transcurre en la Europa central y del este entre el verano de 1991 y la primavera de 1992, en el marco de la quiebra de la Unión Soviética y del fin de su imperio. La editorial norteamericana Duke publicará en inglés *Las iniciales de la tierra*, mientras que Metalié lo hará en francés, conjuntamente con la edición de bolsillo de *Las palabras perdidas. Siberiana*, será publicada en francés por Gallimard y

en alemán por Piper Verlag, que ha dado a conocer en dicha lengua todas las restantes novelas del escritor cubano. ●

Homenaje a Julio García Espinosa

La Casa de América en Madrid, en colaboración con el Festival de Cine Iberoamericano de Huelva, rindió homenaje al cineasta cubano Julio García Espinosa a propósito de su 75 cumpleaños. Autor de los ensayos *En busca del cine perdido* y *Los cuatro medios de comunicación son tres: cine y TV*, la obra teórica y cinematográfica de García Espinosa continúa siendo objetivo de permanente debate en los medios audiovisuales. ●

Videoteca neoyorquina en La Habana

La Videoteca del Sur de Nueva York anunció recientemente la inauguración de una sede en Ciudad de La Habana, con el objetivo de ofrecer una programación periódica y exhibir «lo más relevante de la producción audiovisual latinoamericana». Inicialmente, las cintas serán exhibidas en el Centro Cultural ICAIC. El Comité de Honor de la Videoteca estará presidido por Humberto Solás. ●

Martha Marchena en recital

La pianista cubano-americana Martha Marchena continuó presentando con éxito su concierto dedicado al 75 cumpleaños del compositor Aurelio de la Vega, esta vez en el Christ and Saint Stephen's Church de Nueva York. Con anterioridad, la Marchena había presentado el recital en las ciudades de Miami, Los Ángeles, Chicago y New Jersey, así como en las españolas Cádiz, Jaen y Ciudad Real. ●

Miami, ciudad abierta al libro

La Feria Internacional del Libro de Miami, en su décimo octava edición, fue inaugurada el pasado 11 noviembre en las instalaciones del Miami-Dade Community College (MDCC), donde se mostró durante una semana. Dedicado, en lo fundamental, a autores iberoamericanos, el evento contó con la presencia del último Premio Nobel de Literatura, el

trinitario de origen hindú Vidiadhar S. Naipaul, así como de figuras descollantes de las letras, la edición y el periodismo, como Víctor Batista, Carlos Alberto Montaner, Andrés Oppenheimer, Iván de la Nuez, Dennis Rousseau, Ramón Fernández Larrea, etcétera. Escritoras como Daína Chaviano o María Elena Cruz Varela recrearon el protagonismo de la literatura femenina cubana. ●

En torno al embargo

Las ponencias *¿Y si levantarán el embargo? Un debate cubano sobre las relaciones Cuba-Estados Unidos* y *La ley Helms-Burton: balance de cinco años*, de Rafael Hernández y Joaquín Roy, respectivamente, fueron presentadas en el marco de un seminario sobre las relaciones cubano-norteamericanas celebrado el pasado noviembre en el Skylight Conference Center de la Universidad de Nueva York. ●

Pepesito Reyes al piano

Con sus 85 años a cuestas, el pianista Pepesito Reyes acaba de lanzar al mercado su nuevo disco, titulado, y valga la redundancia, *Pepesito Reyes*. Se trata de una placa en la que conviven danzones, sones, boleros, etcétera, y en la que intervienen figuras como la española Estrella Morente o la estadounidense Sandra Broker. ●

Premio a Cabrera Infante

Guillermo Cabrera Infante ganó la XII edición del Premio Internacional Unión Latina de Literatura Romance el pasado noviembre, en Roma. El galardón fue concedido por un jurado que resaltó la capacidad del autor de *Tres Tristes Tigres* para «transformar el lenguaje en una sustancia viva y cambiante»; según la comisión, «en sus obras se descubre tanto el Satiricón de Petronio como el Don Quijote de Cervantes, la poesía barroca española y la inglesa, la literatura moderna en su corriente más viva y creativa, así como los ritmos y sonidos del Caribe». Para el escritor español Jesús Ferrero —también integrante del jurado—, la obra de Cabrera Infante «es fundamental para la novela en español y para la literatura del siglo XX». ●

Economía en Miami-Dade

La economía de Miami-Dade: pasado y presente, conferencia auspiciada por el Colegio de Economistas de Cuba, tuvo lugar a finales de octubre en el Salón de Conferencia de Intr-American Campus del Miami Dade Community College, y contó con la participación de reputados expertos en la materia. En la actividad se rindió reconocimiento a los ingenieros Arturo Pino y Eduardo Montoulieu, así como a los doctores Antonio Jorge y Andrés Suárez (póstumo). ●

40 Years of Cuban Jam Session

El esfuerzo de Paquito D' Rivera por reproducir la vieja costumbre musical cubana de la improvisación, ha tenido en el disco *40 Years of Cuban Jam Session* un resultado convincente. En la placa aparecen algunos de los músicos que originalmente hicieron buena esta práctica, allá por los años cincuenta: el bajista *Cachao* López, el trompetista *Chocolate* Armenteros y el saxo tenor *Chombo* Silva. Intervinieron también músicos más jóvenes —hasta el mismísimo Andy García improvisó en las congas—, todo ello en un disco marcado por disímiles influencias, como las tradicionales cubanas, las del jazz moderno, el folklore europeo y el rock. ●

De músico a dramaturgo

Francisco Repilado (Compay Segundo) debutó el pasado noviembre como dramaturgo con su obra *Se secó el arroyito*, un homenaje al 482 aniversario de la capital cubana, estrenada en el Teatro Nacional de La Habana. «Espero que tenga éxito, no sólo en Cuba, sino en el mundo; si tiene éxito a lo mejor me embullo y sigo pensando en escribir», declaró previamente el músico en conferencia de prensa, rodeado por el elenco de la puesta en escena. *Se secó el arroyito* trata de «problemas sociales, de la familia», dijo Repilado, quien adelantó que la obra aborda el contrapunto entre el amor y el interés. ●

Córdoba despide a Brouwer

Desde 1992, año de su fundación, Leo Brouwer dirigía la Orquesta de Córdoba, que acaba

de abandonar para dedicarse más intensamente a la composición, aun cuando se le considere, desde ya, su director emérito. A propósito de su partida, el músico cubano recibió merecido homenaje en el Gran Teatro de esa ciudad española, donde se interpretaron algunas de sus obras más relevantes, como *Canción de gesta* y el Scherzo de la *Sonata para violoncello*. ●

A golpe de guitarra

El compositor, director y guitarrista Flores Chaviano, ofreció recientemente un concierto de guitarra en el Salón de Actos del Centro Cultural Príncipe de Asturias, en Madrid, donde interpretó obras de Albéniz, Granados, Tárrega, Lauro, Villalobos, etcétera. Director y fundador del Emsemble de Segovia, Cuarteto Fin de Siglo, La Capilla Musical Esteban Salas de Madrid y el grupo Sonido Trece, Chaviano reside desde 1981 en España. ●

De barcos y algo más

La pintora cubana Ileana Ferrer Govantes expuso su serie *Los barcos de los sueños y más* en DaVinci's Gallery and Frames, de Coral Gables, Florida. Graduada de la habanera escuela de San Alejandro, Ileana reclama entre sus maestros a plásticos de la talla de Augusto Menocal y Leopoldo Romanach; en *Los barcos de los sueños y más* puede apreciarse, según Armando Álvarez Bravo, «una perspectiva en la que lo figurativo y la expresividad envolvente de lo abstracto integran una singular y delicada unidad». ●

Fotógrafos de la Isla exponen en Miami

Una serie de 60 obras fotográficas de cinco artistas jóvenes residentes en la Isla, se exhibió en la Center Gallery del Miami-Dade Community College. Titulada *Recoding locales* —recodificando los patrones locales— la exposición fue la más extensa y representativa que haya llegado de Cuba a Miami en los últimos diez años. Humberto Mayol, Raúl Cañibano, Niurka Barroso, Ismael Rodríguez y Gonzo González viajaron desde la Isla como resultado del trabajo de intercambio

cultural promovido por el grupo Puente de Artistas Cubanos (PAC), que en 1998 fundara el fotógrafo cubanoamericano José Tonito Rodríguez. «Los fotógrafos de nuestra generación se definen por documentar el actual momento histórico de Cuba mediante una búsqueda más contemporánea de la imagen», aseguró Mayol. Según el artista, los fotógrafos cubanos están trabajando «con mucha sinceridad y conciencia artística» para salvar, de cara a un futuro próximo, los lapsos e instantes más dramáticos de la vida cotidiana en la Cuba contemporánea. ●

Disco doble de Pablo Milanés

En su nuevo disco doble *Pablo querido*, el trovador Pablo Milanés recrea algunos de sus temas clásicos en compañía de un elenco de privilegio: Francisco Céspedes, Armando Manzanero, Joaquín Sabina, Caetano Veloso, Milton Nascimento, Fito Páez, Maná, Gal Costa, Charly García o Illapu: este último trae otra vez a colación la celebrísima *Yolanda*. ●

Azúcar para vivir

La segunda edición de los Grammy Latinos, celebrada en los Ángeles, EE UU, volvió a encumbrar a Celia Cruz como reina indiscutible. La cantante ganó, con su placa *Sobreviviré*, el trofeo al mejor disco tradicional tropical, galardón que dedicó a los policías y bomberos de Nueva York, y a «tanta gente linda que intenta sacar víctimas de allá». Celia elevó a reflexión existencial sus palabras de agradecimiento: «La vida tiene que seguir y por eso digo: ¡azúcar!». ●

La miel del público

La película *Miel para Oshun*, de Humberto Solás, se alzó con el premio del público en el Festival de Cine y Deporte de Sevilla, España. En el filme comparten reparto los conocidos actores Jorge Perrugorría, Mario Llometa e Isabel Santos; según Solás, su obra pretende restañar las inevitables heridas que provoca la distancia (consustancial a un país dividido artificialmente gracias a 42 años de régimen totalitario). El largometraje aborda

conferencias y hasta poemas; su dedicatoria resume de alguna manera el espíritu rebelde y obsesivo del autor de *Celestino antes del alba*: «A los 10.800 cubanos que a riesgo de sus vidas se asilaron en la embajada del Perú en La Habana en 1980, haciendo posible el éxodo del Mariel y, por lo mismo, la existencia de este libro y la mía». Para Arenas, como para Jorge Luis Borges, combatir las tristes monotonías que rodean toda dictadura «es uno de los muchos deberes de un escritor» —aunque muy a menudo ambos hayan preferido ahorrarle a sus ficciones el fantasma de la política—, y esta compilación es un ejemplo de ello. Reinaldo Arenas nació en Cuba, en 1943, y murió en EE UU en 1990.

■ ARRUFAT, ANTÓN; *La caja está cerrada*; Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 2001, 654 pp. En el Santiago de Cuba de los años cuarenta, Francisco y Rogelio Ibarra desenrollan una existencia gris, más que nada evocadora, en la que la historia familiar común alcanza un protagonismo indiscutible: una novela-fresco, donde el lenguaje cumple una función esencial, abriéndole camino a la ficción más allá de los propios personajes. Estamos ante un texto revelador, hecho de sucesivos remiendos, de esos detalles que, a primera vista inocuos, terminan desvelándonos su sorprendente segunda naturaleza. Antón Arrufat nació en la propia Santiago de Cuba, en 1935. En 1968 sufrió la censura castrista por su obra teatral *Los siete contra Tebas*; a partir de entonces debió sobrenadar nueve largos años de ostracismo. Actualmente reside en La Habana.

■ BRAGADO BRETANA, REINALDO; *La ciudad hechizada*; Ediciones Universal, Miami, 2001, 162 pp. Novela de piratas en tiempos de la globalización y la red de redes, *La ciudad hechizada* es sobre todo un viaje sin retorno —a caballo entre el barroco y un rigor a ratos periodístico— hacia la sensualidad que confiere el verbo a la carne, auscultada con premeditación y alevosía. Como apunta Benítez Rojo en el prólogo, el autor, «lejos de intentar reconstruir la historia a través de la novela, nos dice en su relato que la historia es irreconstruible, una suerte de rompecabezas imposible de armar porque la gran mayoría de las piezas se ha perdido irrecuperablemente». La novela fue finalista del concurso Letras

de Oro 1989, de la Universidad de Miami. Bragado nació en La Habana. Actualmente radica en EE UU.

■ CAULFIELD, CARLOTA; *Autoretrato en ojo ajeno*; Editorial Betania, Madrid, 2001, 72 pp. Poesía sensorial, de las que penetra el oído antes de inundar los ojos (a pesar de los pesares y del título). Conformado por dos trípticos, *Autoretrato en ojo ajeno* discurre entre imágenes que se tocan las unas a las otras a través del hilo conductor que es la escritura casi delicada —y sin embargo robusta en cuanto a precisión y fluidez— de la poetisa. En definitiva, Carlota Caulfield siempre permanece a la vista, desnudándose, desarmándose como un rompecabezas al tiempo que, como ella misma confiesa, mira hacia la cámara y oprime el obturador: la foto es entonces el poemario. La autora nació en La Habana. Ha vivido en Dublín, Zúrich, San Francisco, Nueva York, etcétera.

■ CAZORLA, ROBERTO; *Que un gallo me cante para morir en colores*; Editorial Betania, Madrid, 2001, 131 pp. Cerca de doscientos poemas —entre haikus, poesía libre y en prosa— cohabitan en este libro, uno de los quince poemarios que ha publicado Roberto Cazorla. Se trata de una escritura marcada por el desgarramiento, cosa a la que ya nos tiene acostumbrado el autor: «me asusta no saber cómo voy a enterrar mi propio cadáver», dice en una de las piezas, mientras procede a sepultar lo que resta de poemario bajo el estruendo de un gallo que quiere cantar en colores, pero no lo consigue. El autor nació en Ceiba Mocha, provincia de Matanzas.

■ COLECCHIA, FRANCESCA M., y GONZÁLEZ CRUZ, LUIS F.; *Cuban theater in the United States: A critical anthology*; Ed Bilingual Press/Editorial Bilingüe, Arizona, EE UU, 1992, 186 pp. Antología crítica sobre el teatro cubano en Estados Unidos, conformada por piezas de Dolores Prida, Leopoldo Hernández, Julio Matas, Matías Montes Huidobro, René Ariza, Miguel González-Pando, Reinaldo Arenas, Manuel Pereira y Héctor Pérez. Incluye pequeñas biografías de los dramaturgos compilados.

■ *Diálogos cervantinos. Encuentros con Cabrera Infante*; Edición de Compobell, S.L., Murcia, España, 2001, 295 pp. Volumen que reúne 28 textos dedicados a la obra de Guillermo

Cabrera Infante o, con alguna excepción, a literaturas de las que éste forma parte y a las que enriquece. Resultado de un primer encuentro dedicado a los ganadores del Premio Cervantes de las Letras Españolas, *Diálogos cervantinos. Encuentros con Cabrera Infante* deviene merecido homenaje a una de las figuras cumbres de las narrativas cubana y latinoamericana. Como dijo Borges, como repite Victorino Polo en el prólogo, «el término de los trabajos fue brusco y agotador, pero prometieron algunos signos». Los de la buena literatura.

■ DÍAZ MARTÍNEZ, MANUEL; *Antología poética*; Bulzoni Editore, Roma, Italia, 2001, 190 pp. En *Antología poética* la poesía de Manuel Díaz Martínez regala imágenes, algarabías y silencios matemáticamente dispuestos a lo largo de 61 piezas diáfanas, rigurosas; alejada de contactos efímeros o arquetipos de vanguardia, fluye a través de versos que reclaman para sí el coste de estar al corriente (de prácticamente todo): «Gloria a mí / que he estado enfermo grave. / Que soy parte afectada / y testigo ocular (...) Gloria a mí / que he conocido el hambre / y soportado el frío. / Que puedo ser terrible», dice el poeta en *Que canten este salmo*. Una antología aleccionadora para aquellos que aún se dejan llevar por los cantos de cisne de los esquematismos al uso y/o las violencias verbales de ocasión. El autor nació en Santa Clara en 1936. Dirige la revista *Espejo de paciencia* de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, localidad donde radica actualmente, y es miembro del Consejo de Redacción de *Encuentro*.

■ FUENTES, JOSÉ LORENZO; *Meditación. Prácticas y aplicaciones*; Editorial Llewellyn, EE UU, 2001, 154 pp. Un volumen que expone los resultados de investigaciones hechas por el autor en torno a un fenómeno en boga: el de la meditación. En la presentación se advierte que las técnicas descritas en esta obra ayudan a mejorar las funciones corporales, pueden utilizarse para eliminar el estrés y evitar problemas psicológicos, así como ser incorporadas a otros métodos de curación holística y superación personal. José Lorenzo Fuentes, también periodista y reconocido narrador, nació en Santa Clara en 1928. Actualmente reside en EE UU.

■ GEADA, RITA; *Espejo de la tierra*; Editorial Vitruvio, Madrid, España, 2001, 64 pp. VI Premio Internacional de Poesía Luys Santa Marina-Ciudad de Cieza, *Espejo de la tierra* es un libro marcado por el signo de la introspección, donde coexisten la sencillez, la elegancia y una atmósfera evanescente, cargada de matices, que a ratos sugiere a Rilke o Saint John Perse. Rita Gaeda nació en Pinar del Río, Cuba. En la actualidad reside en Miami, donde ejerce la docencia y la investigación de autores hispanoamericanos.

■ GONZÁLEZ CRUZ, LUIS F., y WAGGONER AKEN, ANN; *3 Masterpieces of Cuban drama*; Ed Green Integer, Kobenhavn & Los Ángeles, EE UU, 2001, 262 pp. Pequeña antología que reúne tres piezas clásicas del teatro cubano, cuyos autores son de sobra conocidos: Julio Matas, Carlos Felipe y el mismísimo Virgilio Piñera.

■ IGLESIAS KENNEDY, DANIEL; *Esta tarde se pone el sol*; Editorial Betania, Madrid, España, 2001, 110 pp. Una novela vertiginosa, nutritiva, que el lector disfrutará lo mismo a la puesta que a la salida del sol. Sujeta a un lenguaje que no se detiene en florituras estilísticas, *Esta tarde se pone el sol* fluye a la carrera durante un centenar de páginas cargadas de cotidianeidad, en las que La Habana se descubre en toda su magnífica podredumbre. Se cuenta un día en la vida de Jacobo —alter ego de Daniel Iglesias—, adolescente «descarriado», en las antípodas del hombre nuevo que quería Guevara y de una ciudad en virtual estado de sitio. La novela fue censurada en Cuba y retirada del Concurso Casa de las Américas en 1973 antes de que llegara a manos del jurado internacional; en la resolución de la comisión que objetó el manuscrito puede leerse que *Esta tarde se pone el sol* es, «por sí misma, una prueba de las debilidades ideológicas de su autor y de la participación de éste en actividades antisociales desarrolladas por elementos disolutos en contubernio con agentes extranjeros». Una credencial de lujo. Daniel Iglesias nació en La Habana en 1950. Actualmente reside Talavera de la Reina, Toledo, España.

■ INGUANZO, ROSA; *Deseo de donde se era*; Nos y Otros Editores, Madrid, España, 2001, 63 pp. Primer poemario de la autora —presentado en la Feria del Libro de Miami en 2001—, *Deseo de donde se era* mezcla la poesía

POÉSIE
CUBAINE
1980-2000

BACCHANALES
N°24

Revue de la Maison de la Poésie
Rhône-Alpes



libre con composiciones en prosa casi narrativa, que rezuman sensualidad a medida que se hacen imagen. Rosa Inguanzo nació en La Habana en 1966. Actualmente enseña teatro para niños y realiza una maestría en literatura española, concentrando sus estudios en el teatro. Desde 1985 reside en Miami.

■ LÁZARO, FELIPE; *Gastón Baquero: la invención de lo cotidiano*; Editorial Betania, Madrid, España, 2001, 81 pp. Siete textos centrados en la trayectoria literaria —pero también existencial— de uno de los más grandes poetas del siglo xx cubano, al que, por si fuera poco, Felipe Lázaro reconoce como una suerte de oasis en medio de la aridez del destierro: «Peregrinar a su madrileña casa de Antonio Acuña fue, siempre, como regresar a la Isla en un especie de viaje imaginario o saciar de toda una puñetera vez la sed de nostalgia». Gastón Baquero no solo es una de las figuras cimera de nuestras letras, sino un compendio de cubanidad y civismo difícilmente superable. Un libro de agradecer. El autor nació en Güines, provincia Habana, en 1948. En 1960 se exilió en Puerto Rico y actualmente radica en España.

■ LÓPEZ CRUZ, HUMBERTO; *Escorzo de un instante*; Editorial Betania, Madrid, España, 2001, 64 pp. Un poemario dividido en cuatro secciones de similar engranaje: *Instantes*, *Rupturas*, *Esencias* y *Abstractos*. La poesía de López Cruz tiende a abstraerse allí donde las palabras alcanzan una dimensión estilística que, alguna que otra vez, acartona el conjunto. El autor nació en La Habana. En la actualidad imparte clases de literatura y civilización latinoamericanas en la Universidad de la Florida Central, Orlando.

■ VV.AA.; *Almanaque: Cuba y el día después*; Editorial Mondadori, Barcelona, 2001. Antología de ensayos de autores nacidos después de 1959, coordinada por Iván de la Nuez, que entregan sus respectivos puntos de vista sobre la pregunta inevitable, ¿qué sucederá el día después? Todos sabemos, por supuesto, a qué «después» se refiere concretamente esta pregunta implícita en el título. Uno de los elementos de mayor interés de la antología es el incluir textos tanto de autores que residen en la isla como de otros que lo hacen en el exilio. Se trata, justamente, del modo de proceder inaugurado por *Encuentro*

hace más de cinco años, y que por suerte cada vez cala más hondo en el mundo cultural cubano, incluyendo el de algunas publicaciones de la isla; (ver, por ejemplo, el caso de *Las palabras son islas*, antología de la poesía hecha por Jorge Luis Arcos, publicada por la editorial Letras cubanas, y comentada en este mismo número de nuestra revista por el poeta y crítico Guillermo Rodríguez Rivera, también residente en el interior de Cuba). Muchos de los autores incluidos en *Cuba y el día después* han colaborado asimismo en *Encuentro*, Iván de la Nuez, coordinador del libro, Víctor Fowler, Emilio Ichikawa, Ena Lucía Portela, Rolando Sánchez Mejías y Antonio José Ponte, miembro de nuestro Consejo de Redacción, entre otros.



Pasar revista

■ AMANECER (números 27 de 1999 y 37 de 2001, 32 pp.). Revista en rústica de la Diócesis de Santa Clara. Publicación de hondo contenido religioso destinada a los fieles del catolicismo cubano; el editorial de este número está dedicado a la familia: «Se engendra con amor y da a luz con dolor, se hacen planes y se sueña con la libertad, pero hay que conquistarla con sufrimientos, tal vez con la muerte. Se forma una familia con gozo, pero eso lleva responsabilidad y sacrificios». Directora: Laura María Fernández. Dirección: Obispado de Santa Clara, apartado 31, Santa Clara 50100, Villa Clara, Cuba.

■ AQUÍ LA IGLESIA (número de septiembre de 2001, 8 pp.). Boletín oficial de la Arquidiócesis de La Habana, editado por el departamento Medios de Comunicación Social. Folleto de noticias relacionadas con el catolicismo cubano. Dirección: Arzobispado de La Habana, calle Habana 152, esquina a Chacón. CP 10100, La Habana Vieja, Cuba.

■ CARTA LÍRICA (número 18, otoño e invierno de 2001, 28 pp.). Modesta publicación poética que se distribuye gratuitamente en más de 300 universidades y organizaciones literarias de Hispanoamérica, España y Estados Unidos; el presente ejemplar está dedicado al peruano Ricardo Calderón, en reco-



Revista de Occidente

N.º 247 / Diciembre 2001

LA CUBA ACTUAL Y LA CUBA POSIBLE

**Marifeli Pérez-Stable, Velia Cecilia Bobes,
Rafael Rojas, Carmelo Mesa-Lago**

REPUBLICANISMO

**Helena Béjar, Benigno Pendás,
Joaquín Abellán, Ana Marta González**

N.º 248 / Enero 2002

LA CIENCIA Y EL MITO DE LAS DOS CULTURAS

**Antonio Fernández-Rañada, Ana Rioja,
Carlos Alonso Bedate, Alfredo Tiemblo**

EL EURO: LA MONEDA DE EUROPA

**Pablo Martín Aceña, Leonardo Rodríguez García
Gonzalo Ramos Puig**

nocimiento a sus aportes a la cultura y la literatura de Miami. En este número se dan cita más de 40 poetas, mayormente cubanos. Director: Francisco Henríquez. Dirección: 130 N. W. 189th St. Miami, Florida 33169, EE UU.

■ CASA DE AMÉRICA (número especial, 2001, 158 pp.). Ejemplar en amplio formato que guarda la memoria anual de la prestigiosa institución del mismo nombre: un compendio de las numerosas actividades celebradas en ella durante el año 2000. Directora general: María Asunción Ansorena. Dirección: Paseo de Recoletos, 2, CP: 28001, Madrid, España.

■ CIEN AÑOS (Números 19-20 y 22 de 2001, 30 pp.). Boletín noticioso de la Asociación del Centenario de la República Cubana, fundada en Francia en 1999. La edición doble contiene un interesante estudio de William Navarrete sobre las visitas de los escritores franceses Paul Morand y Anaïs Nin a la Isla, así como artículos de Emilio Ichikawa y Wilfredo Cancio sobre las varias Cubas (históricamente hablando) y el periodismo en los albores de la República, respectivamente. Consejo de Redacción encabezado por Javier de Castro Mori. Dirección: 9 rue Biot 75017 París, Francia.

■ CLAVES DE LA RAZÓN PRÁCTICA (número 116, octubre de 2001, 82 pp.). Publicación teórica y crítica editada en España, miembro de la asociación de revistas culturales de este país. En este número aparece el ensayo de Rafael Rojas *La venganza del paisaje, diáspora y memoria del intelectual cubano*, arduo estudio de los avatares en que se verá envuelto el post castrismo tras la defunción del sujeto nacional, que «no sufrirá de amnesia, porque nunca habrá gravitado hacia la memoria, ni se sentirá huérfano o desorientado, ya que será incapaz de leer las huellas de su linaje». Según Rojas, «Cuba naufraga en las playas de Occidente desprovista de una herencia liberal y republicana que asegure su reinsertión en la modernidad». Un análisis desalmidonado y, por lo mismo, muy necesario. Directores: Javier Pradera y Fernando Savater. Dirección: Fuencarral 6, segunda planta, 28004, Madrid, España.

■ CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (números de septiembre y noviembre de 2001, 158

pp.). Revista de la Agencia Española de Cooperación Internacional. El dossier del número de septiembre lleva por título *Cuba: independencia y enmienda (1901-1902)*, evidentemente dedicado a ese período histórico en la Isla. El ensayo de Consuelo Naranjo Orovio, *Memoria e historia nacional: Cuba, 1898-1906*, termina sintetizando una etapa particularmente intrincada de la cultura cubana: «En este proceso (formación de la República), las identidades colectivas fueron acalladas en función de una identidad nacional que lejos de ser integradora las excluyó en aras de un ideal patrio». Consuelo Naranjo abunda en tesis relacionadas con lo racial a la hora de teorizar el período republicano inmediatamente posterior a la independencia. Director: Blas Matamoro. Dirección: Avenida Reyes Católicos, 4, 28040, Madrid, España.

■ CUBA BUSINESS (volumen 15, número 7 de septiembre 2001, 8 pp.). Folletín de noticias relacionadas con Cuba. Publica, en primera página, *Dark Clouds in the Wake of Outrage*, nota que reflexiona sobre el impacto de los ataques terroristas del 11 de septiembre en la economía criolla; el trabajo describe, además, algunas de las posibles consecuencias de los atentados sobre las relaciones cubano-norteamericanas. Otras noticias versan sobre la decisión del Gobierno francés de congelar el crédito a Castro de 175 millones de dólares para este año (según un acuerdo anual que se debía renovar en diciembre), hasta que el régimen pague las cantidades debidas por el acuerdo firmado el año anterior —que asegura bienes agrícolas, maquinaria y algunas exportaciones básicas—; sobre la enmienda propuesta por el representante Jeff Flake, un republicano de Arizona, que impediría al Departamento del Tesoro estadounidense emplear fondos para ejecutar la ley que prohíbe a los norteamericanos viajar a la Isla; y sobre el arresto de un ciudadano canadiense por comerciar con Cuba a través de una compañía de EE UU. Director: Gareth Jenkis. Dirección: Cuba Business Solutions Ltd, 2 Cromwell Place, London SW7 2JE, Reino Unido.

■ DELIRAS (número 11, 2001, 64 pp.). Revista literaria trimestral del obispado de Pinar del Río. Esta edición contiene la conferencia magistral pronunciada por Mario Vargas

LETRA

INTERNACIONAL

70

EN DEFENSA DE LA LITERATURA. CRÍTICA Y CULTURA. Gao Xinjian, Günter Grass, Ryszard Kapuscinski, Louis Aragon, Peter Sloterdijk, Eliot Weinberger, Rosa Pereda, Arcadi Espada, Juan Cruz, José María Ridaio, Eduardo Subirats, Enrique Bustamante, Alejandro Gándara, Ramón Acín, Javier García Sánchez, Luis Mateo Díez

71

LA SOCIEDAD RED. CINE Y MEMORIA. Manuel Castells, Jean-Luc Godard, Youssef Ishagpour, Alfredo Bryce Echenique, Sergio Benvenuto, Alberto Manguel, Eduardo Chamorro, Jorge Herralde, Mario Muchnik, Menchu Gutiérrez, Mario Merlino, Carlos Álvarez-Ude, Javier Alfaya, Francisco Bobillo, Javier Garmendia

72

EL CAMINO A BABEL. UN PENSAMIENTO ALTERNATIVO. Ian Buruma, George Steiner, Ernst H. Gombrich, Henri Cartier-Bresson, Naomi Klein, Andoni Alonso, Rogelio Blanco, Raúl F. Vítóres, Ilia Galán, Patxi Lanceros, Daniel Innerarity, Rosa Pereda, Juan Cueto, Sergio Pitol, Noni Benegas, Josefina Aldecoa

73

LA GUERRA DEL MUNDO. ESCRITORAS Y MERCADO LITERARIO. Susan Sontag, Abdelwahab Meddeb, Jesús de Garay, Alejandro Gándara, Christine Henseler, Laura Freixas, Enrique Murillo, Almudena Grandes, A. García Ortega, Begoña Huertas, Juan Ángel Juristo, Victoria Combalá

Suscripción 4 números:

	correo ordinario	correo aéreo
España:	21.64 €	
Europa:	27.16 €	36.06 €
América:		37.87 €
Resto del Mundo		40.45 €

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Suscripciones:

Monte Esquinza 30, 2.º dcha. – 28010 Madrid – Tel.: 913 104 696

Fax: 913 194 585 – www.arce.es/Letra.html – e-mail: editorial@fpabloiglesias.es

Llosa el 11 de mayo de 2000 en el Instituto Tecnológico de Monterrey. Asimismo, una serie de cartas enviadas por José Lezama Lima a su hermana Eloísa, pero también a Jorge Mañach, Juan Ramón Jiménez, Alejo Carpentier, etcétera. Director: Ernesto Ortiz. Dirección: Máximo Gómez 160, entre avenida Rafael Ferro y Comandante Pinares, Pinar del Río 20100, Cuba.

■ EL CAIMÁN BARBUDO (edición 306 de 2001, 32 pp.). Un número anodino si exceptuamos las florituras que realiza Cintio Vitier —llega incluso a desautorizar la crítica martiana a Marx y a lo que éste representaba— en una entrevista a cargo de Julio César Guanache; el título de ésta es todo un poema: *La libertad de pensar*. En su penúltima página, *El Caimán* no puede resistirse a su ya conmovedora tentación de enfilar dardos contra *Encuentro*, y lo hace en la mejor tradición del «realismo» socialista, tirando la piedra y lavándose las manos: omite cuidadosamente fuentes de financiación de esta última, como el Centro Internacional Olof Palme, la madrileña Fundación Pablo Iglesias, el Instituto de Cooperación Iberoamericana o la Fundación Ford, cuyo apoyo recaban programas gubernamentales en Cuba. El as de la manga de *El Caimán* es la NED, a quien casi hace cómplice (o viceversa) del mismísimo Oliver North. Director: Fidel Díaz Castro. Dirección: Prado 553 entre Teniente Rey y Dragones, La Habana, Cuba.

■ ILLUMINATIONS (número 17, agosto de 2001, 98 pp.). Edición limitada de 400 ejemplares. Revista internacional de literatura contemporánea cuyo número 17 está especialmente dedicado a las letras cubanas y latinoamericanas. Incluye nuevos poemas y traducciones de Reinaldo Arenas, Gustavo Pérez Firmat, Heberto Padilla, Jorge Valls, Marina Colasanti, Carlos Drummond de Andrade, Virgil Suárez y Rafael Bordado, entre otros. Dirección: College of Charleston, 66 George Street, Charleston, SC 29424-0001, EE UU.

■ JOURNAL OF DEMOCRACY (número 4, octubre de 2001, pp 189). Revista estadounidense de análisis político. Aparece una sección dedicada al desempeño diplomático de la Organización de Estados Americanos en Perú durante los dos últimos años. Los artículos *A Model for the Future?*, de Andrew F. Cooper y Thomas Legler, y *Room for Improvement*, de

Cynthia McClintock, reflexionan sobre el papel desempeñado por esta organización en la reestructuración de la sociedad peruana y la lucha contra la corrupción. La revista aglutina, además, diversos trabajos que abundan sobre lo ocurrido en la otrora Unión Soviética durante los últimos diez años: el impacto del nacionalismo, las ventajas de las reformas radicales en la transformación político-económica y la llamada «democracia guiada» en los países del Báltico, etcétera. Directores: Marc F. Plattner y Larry Diamond. Dirección: 1101 15th Street, N.W., Suite 802, Washington, DC 20005, EE UU.

■ LATIN AMERICAN AND THE CARIBBEAN (2001-2002 New Books & Selected Backlist, 45 pp.). Listado de publicaciones de Lynne Rienner Publishers entre las que cabe reseñar *Cuba the contours of change*, un amplio espectro de perspectivas sobre los desafíos políticos y económicos que enfrenta el régimen castrista y las posibilidades de que se produzca una transición pacífica hacia la democracia; *Insurrection and revolution: armed struggle in Cuba, 1952-1959*, de Gladys Marel Pérez, probablemente la primera interpretación «revisionista» de la llamada Revolución escrita por un autor residente en la Isla; y *Prologue to Revolution: Cuba, 1898-1958*, de Jorge Ibarra. Dirección: Lynne Rienner Publishers, 1800 30th St., Suite 314 (122-2) Boulder, CO 80301, EE UU.

■ LATIN AMERICAN RESEARCH REVIEW (número 3 de 2001, 288 pp.). En esta edición de *Latin American Research Review* aparece *Assessing everyday life in post Soviet Cuba*, estudio de Michael Snodgrass sobre la vida de los cubanos durante el llamado «período especial». LAR, Latin American and Iberian Institute, 801 Yale NE, University of New Mexico, Albuquerque, NM, 87131-1016, EE UU.

■ MANGLAR (primer número correspondiente a septiembre de 2001, 34 pp.). Revista bilingüe —en francés y español— de cultura trasatlántica. Para su director, Florent Fajole, el objetivo declarado de esta publicación es instalarse durablemente en la inmanencia (lo más profundo es la piel, nos recuerda Fajole que recordaba Gilles Deleuze). A destacar *La isla y la tribu*, cuento de Waldo Pérez Cino. Director: Florent Fajole. Dirección: Les Editions de la Mangrove, 18 rue Marceau, Montpellier, 34000, Francia.

■ **OPUS HABANA** (volumen 5, número 2 de 2001, 64 pp.). Publicación seriada de la Oficina del Historiador de la Ciudad, Eusebio Leal. Revista de excelente diseño y presentación, dedicada, en lo fundamental, a promover las obras de restauración del llamado Casco Histórico de La Habana Vieja. En este número puede disfrutarse una entrevista al conocido arquitecto Daniel Taboada (*La Habana siempre existió*), quien se extiende en consideraciones alrededor de la urbanística capitalina y el rescate de su entorno sobreviviente. Director: Eusebio Leal Spengler. Dirección: Oficios 6, esquina a Obispo, Plaza de Armas, Habana Vieja, Cuba.

■ **PALABRA NUEVA** (número 100, septiembre de 2001, 54 pp.). Revista mensual del Departamento de Medios de Comunicación Social de la Archidiócesis de La Habana. En esta edición destaca el trabajo de Yoel Prado Rodríguez *El disparo que estremeció Cuba*, sobre las circunstancias que llevaron al dirigente ortodoxo Eduardo Chivás al suicidio. También puede leerse una suerte de reconstrucción histórica de los hechos que antecedieron y sucedieron a la supuesta aparición de la Virgen de la Caridad del Cobre. Director: Orlando Márquez. Dirección: Habana 152, esquina a Chacón, La Habana Vieja, CP 10100, Cuba.

■ **REGARDS DES AMERIQUES** (número 5, septiembre de 2001, 34 pp.). Revista cultural francesa. De este número cabe destacar la entrevista concedida por el joven escritor cubano Armando Valdés, *Entre Castro et l'exil*. Exiliado en Francia desde 1996, autor de la novela *Las Vacaciones de Hegel* —publicada en España en 1999—, Valdés vive actualmente en París, donde prepara su tesis de doctorado sobre la obra de José Lezama Lima. La publicación también incluye un artículo suyo, *L'écriture de L'île*. Directora: Nadine Verchière. Dirección: Association Culturelle sur L'Amérique Latine. 26, Boulevard Rochecouart 75018, París, Francia.

■ **VITRAL** (número 44 de 2001, 84 pp.). Revista Socio-Cultural del Centro Católico de Formación Cívica y Religiosa. Del presente número pueden reseñarse los trabajos *Buscando el sur: género y desarrollo*, en el que Mercedes Ruíz-Giménez aborda el tema de la discriminación de la mujer en el mundo de hoy; *Esther de Cuba: digna de admirar*, una mi-

rada, firmada por Perla Cartaya Cotta, a la trayectoria artística de Esther Borja; *El transporte público en Pinar del Río y Los impuestos injustos: mecanismo de freno para el trabajo por cuenta propia*, de Wilfredo Denie y María Caridad Gálvez respectivamente; así como *El desgano de vivir*, de Dagoberto Valdés, en el que el autor saca a flote la apatía generalizada que sufre ahora mismo la sociedad cubana. Director: Dagoberto Valdés Hernández. Dirección: Obispado de Pinar del Río, calle Máximo Gómez 160, entre avenida Rafael Ferro y Comandante Pinares, Pinar del Río, Cuba.

Convocatorias

ENSAYO

■ **FASTENRATH**. Dotado con 2.000.000 de PTA. Se premiará una obra de creación literaria, en género ensayo, publicada en los tres años precedentes a la convocatoria. Los académicos elaborarán una lista de las obras que consideren dignas de ser candidatas. Convoca la Real Academia Española, Secretaría. Calle Felipe IV, 4. 28071 Madrid, España. Cierre el 10 de abril.

■ **JOSÉ ORTEGA Y GASSET**. Dotado con 2.000.000 de PTA. Obra de ensayo que haya sido publicada a lo largo del año anterior al certamen, por una editorial que tenga su sede social en la ciudad de Madrid. Originales por quintuplicado. Extensión mínima de 100 páginas. Convoca los Servicios de Cultura del Ayuntamiento de Madrid. Conde Duque, 11 28015 Madrid, España. Cierre el 12 de mayo.

■ **ESPASA DE ENSAYO**. Dotación de 5.000.000 de PTA. en concepto de anticipo del 10% de los derechos de autor por la publicación de la obra. Extensión mínima de 200 folios. Convoca la Editorial Espasa Calpe. Carretera de Irún, Km. 12,200. 28049 Madrid, España. Teléfono 91 358 96 89. Cierre el 15 de junio.

LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

■ **ALA DELTA DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL**. Dotado con 2.000.000 de PTA. La concesión del premio lleva incluida la publicación por parte de Edelvives. El importe del premio forma parte de los derechos de autor.

Extensión mínima de 80 folios y máxima de 140. Cada concursante podrá mandar cuantos originales desee. Convoca Editorial Luis Vives (Edelvives) Calle Xaudaró, 2528034 Madrid, España. Teléfono 91 334 48 83. Cierre el 30 de mayo.

■ **JAÉN. NARRATIVA INFANTIL Y JUVENIL.** Dotado de 2.000.000 de PTA. como parte de los derechos de autor de la primera edición de la obra en Alfaguara. Extensión mínima de 80 folios y máxima de 150. Enviar originales por duplicado. Convoca Alfaguara, Calle Torrelaguna, 60. 28043 Madrid. Cierre el 10 de mayo.

■ **LEER ES VIVIR. JUVENIL.** Dotado con 2.000.000 de PTA. y edición de la obra. Extensión máxima de 50 folios. Convoca Editorial Everest. Calle Manuel Tovar, 8. 28034 Madrid, España. Teléfono 91 358 14 94. Cierre el 30 de junio.

NARRATIVA

■ **VILLA DE MADRID.** Dotado con 2.000.000 de PTA. Para narraciones publicadas a lo largo del año anterior a la convocatoria. Originales por quintuplicado. Extensión mínima de 150 páginas numeradas en caso de obras previamente editadas. Convoca ayuntamiento de Madrid, Departamento de Gestión de Centros y Actividades Culturales. Calle Conde Duque, 11. 28015 Madrid, España. Teléfono 91 588 58 14. Cierre el 15 de abril.

■ **LEGUA DE TRAPO DE NARRATIVA.** Dotado con 500.000 PTA. como anticipo de los derechos de autor y publicación del libro. Extensión mínima de 140 folios. Convoca Ediciones Lengua de Trapo. Calle Antonio Maura, 18. 28014 Madrid, España. Cierre el 17 de mayo.

NOVELA

■ **ATENEOS DE SEVILLA.** Dotado de 7.000.000 de PTA. en concepto de anticipo de los derechos de autor. Extensión mínima de 200 páginas. Originales por duplicado. No podrán presentarse los ganadores de anteriores ediciones ni los que hubieran fallecido antes de la publicación de la presente convocatoria. Convoca Ateneo de Sevilla. Secretaría. Calle Orfila, 7. 41001 Sevilla, España. Teléfono 95 422 40 29. Cierre el 1 de abril.

■ **JAÉN NOVELA.** Dotado de 4.000.000 de PTA. Extensión mínima de 200 folios y máxima de 300. Originales por duplicado debidamente cosidos o encuadernados. Debate pu-

blicará las obras ganadoras. Convoca la Editorial Debate. Calle O'Donell, 19, 7º. 28009 Madrid, España. Cierre el 31 de mayo.

■ **FERNANDO LARA.** Dotado con 20.000.000 de PTA. en concepto de derechos de autor sobre la primera edición de la obra. Las obras podrán presentarse firmadas por autor o con un pseudónimo. Extensión mínima de 200 folios. Originales por duplicado. Se acompañarán certificación aceptando las bases del concurso y garantizando no tener comprometida los derechos de la obra. Convoca la Editorial Planeta. Calle Córcega, 273-279. 08008 Barcelona, España. Teléfono 93 217 77 48. Cierre el 1 de junio.

■ **PREMIO DE NOVELA MARIO VARGAS LLOSA.** Dotado con 2.000.000 de PTA. Se pueden presentar todos los autores que lo deseen con una novela escrita en lengua castellana, que deberá ser original, inédita y no premiada en ningún otro certamen. Presentar original y dos copias. La presentación se hará por el procedimiento de lema y plica. Convoca Universidad de Murcia Vicerrectorado de Extensión Universitaria. Edificio Convalecencia. 30001 Murcia. Teléfono 968 36 36 21 y Caja de Ahorros del Mediterráneo. Calle Salzillo, 5. 30001 Murcia, España. Teléfono 968 22 85 26. Cierre el 31 de julio.

PERIODISMO

■ **ORTEGA Y GASSET DE PERIODISMO.** Dotado con 2.000.000 de PTA. Podrán optar a este premio los artículos, crónicas, entrevistas, reportajes y trabajos de investigación publicados durante el año anterior en diarios o revistas de cualquier país del mundo. Convoca Diario El País. Calle Miguel Yuste, 40, 28037 Madrid, España. Teléfono 91 337 83 64. Cierre el 15 de abril.

POESÍA

■ **I PREMIO DE POESÍA EUGENIO FLORIT.** Dotado con \$500 USD. Para hispanohablantes nacidos en ambos lados del Atlántico. Cada concursante podrá presentar una sola obra, originales por quintuplicado, impresos a doble espacio y por una sola cara en folios de 8 1/2" x 11", debidamente encuadernados, cosidos o grapados. Los trabajos no deben tener más de 48 folios, la cantidad de versos o líneas debe ser no menos de 500 y nunca exceder

los 700 versos. Convoca ALAS de la Histórica Pequeña Habana. 1548 SW 8th St. Miami, Florida 33135, EE UU. Cierre el 15 de marzo.

■ **JAÉN DE POESÍA.** Dotado con 2.000.000 de PTA. como parte de los derechos de autor de la primera edición de la obra en la editorial Hiperión. Extensión entre 500 y 1.000 versos. Originales por duplicado. Aunque el envío se hace a la editorial Hiperión, la entidad responsable es la caja General de Ahorros de Granada. Editorial Hiperión. Calle Salustiano Olózaga, 14. 28001 Madrid, España. Cierre el 31 de mayo.

TEATRO

■ **VILLA DE MADRID.** Dotado con 2.000.000 de PTA. No se admite ningún género de adaptaciones, traducciones, refundiciones, etc. Obras inéditas, originales, acompañadas de lema y que no hayan sido premiadas anteriormente en ningún otro concurso. Originales por quintuplicado. Extensión sujeta a los límites de duración de espectáculos en España. Convoca Ayuntamiento de Madrid, Departamento de Gestión de Centros y Actividades Culturales. Calle Conde Duque, 11. 28015 Madrid, España. Teléfono 91 588 58 14. Cierre el 15 de abril.

■ **LOPE DE VEGA.** Dotado de 2.000.000 de PTA. No se admiten ningún tipo de género de traducción, adaptación o refundición, ya sea de novela, cine, televisión, radio o teatro. Originales por quintuplicado. Convoca Servicios de Cultura del Ayuntamiento de Madrid. Calle Conde Duque, 11. 28015 Madrid, España. Cierre el 12 de mayo.

■ **TIRSO DE MOLINA.** Dotado con 3.000.000

de Ptas. Autores del territorio español e iberoamericanos que no hayan recibido el premio anteriormente. Se pueden presentar cuantas obras desee, siempre que no hayan sido estrenadas comercialmente. Originales por quintuplicado. Las obras podrán presentarse firmada o con seudónimo. No se admite teatro breve ni tampoco traducciones, adaptaciones o refundiciones de otros textos literarios. Convoca Agencia Española de Cooperación Internacional. Servicio de Actividades Culturales. Avda. Reyes Católicos, 4. 28040 Madrid, España. Teléfono 91 583 82 69. No se admitirán obras hasta que no salga publicado en el Boletín Oficial de Estado. Cierre el 31 de mayo.

VARIOS

■ **VILLA DE MADRID.** Para autores entre 25 y 45 años. Convoca el Ayuntamiento de Madrid, Departamento de Gestión de Centros y Actividades Culturales. Calle Conde Duque, 11. 28015 Madrid, España. Teléfono 91 588 58 14. Cierre el 15 de abril.

■ **PREMIO DE CUENTO LITUMA.** Dotado con 250.000 PTA. Se pueden presentar todos los estudiantes universitarios menores de 30 años de cualquier nacionalidad. El cuento tendrá una extensión entre 3 y 10 folios, redactados en lengua española. La presentación se hará por el procedimiento de lema y plica. Convoca Universidad de Murcia Vicerrectorado de Extensión Universitaria. Edificio Convalecencia. 30001 Murcia, España. Teléfono 968 36 36 21 y Caja de Ahorros del Mediterráneo. Calle Salzillo, 5. 30001 Murcia. Teléfono 968 22 85 26. Cierre el 31 de julio.

esta Cuba te va a sorprender

www.
cubaencuentro
.com

un espacio para la información y la opinión

música

humor

chat

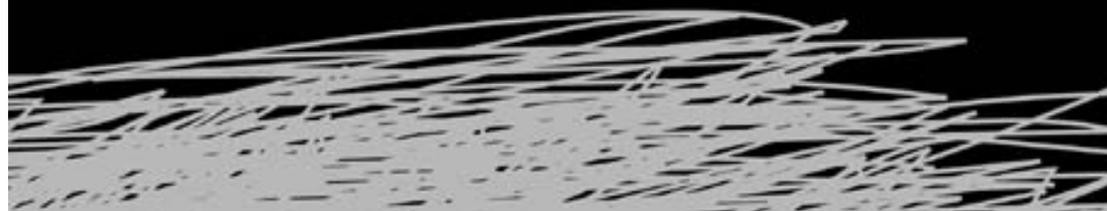
deportes

arte

literatura

opinión

política



COLABORADORES

- Ladislao Aguado.** (La Habana, 1971) Escritor y periodista. Reside en Pinar del Río.
- Rafael Alcides.** Poeta y ensayista; ha publicado, entre otros poemarios, *Agradecido como un perro*. Reside en La Habana.
- Alejandro Anreus.** (La Habana, 1960) Crítico de arte. Es curador del Jersey City Museum, de New Jersey, ciudad donde reside.
- Armando Añel.** (La Habana, 1966) Escritor y periodista. Trabaja en la redacción de *Encuentro en la red*. Reside en Madrid.
- Joaquín Badajoz.** Escritor cubano residente en Pinar del Río.
- Juan F. Benemelis.** Político cubano, especialista en temas de África y del Islam. Reside en Miami.
- Antonio Benítez.** (La Habana, 1931) Autor, entre otros libros, de la monografía *La isla que se repite*. Reside en Estados Unidos.
- Joshua W. Busby.** Es doctorando en el Departamento de Ciencia Política en la Universidad de Georgetown.
- Haroldo Dilla.** (1952) Sociólogo cubano. Coordinador general de investigaciones de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), programa República Dominicana.
- Carlos Espinosa.** (Guisa, 1951) Crítico e investigador cubano. Su último libro es *Lo que opina el otro. Algunos apuntes sobre la crítica teatral*. Reside en Miami. Es miembro del Consejo de Redacción de la revista *Encuentro*.
- Oscar Espinosa Chepe.** Economista cubano. Reside en La Habana.
- Tony Évora.** Artista plástico y musicólogo cubano. Su última obra publicada es *El Libro del Bolero*. Reside en Madrid.
- Alex Fleites.** Poeta y narrador cubano. Reside en La Habana, donde ha desempeñado el cargo de director del Centro de Información del ICAIC.
- Leopoldo Fornés.** (La Habana, 1938) Historiador y traductor. Vive en Madrid.
- Emilio García Montiel.** (La Habana, 1962) Doctor en cultura japonesa moderna. Ha publicado, entre otros libros, *Muerte y resurrección de Tokio* (1998). Reside en Ciudad México.
- Roberto González Echevarría.** (Sagua La Grande) Profesor de la Universidad de Yale. Ha publicado, entre otros libros, *The pride of Habana, a history of the Cuban baseball*.
- Andrés Jorge.** (San Juan y Martínez, 1960) En marzo de 2002 saldrá su tercera novela, *Voyeurs*, en Alguazara México, país donde reside.
- Soledad Loaeza.** Polítoóloga, profesora en El Colegio de México. Su libro más reciente es *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- César López.** Poeta y ensayista cubano. Su último trabajo publicado es *Arca de Troncos vivos. De Cuba a Federico*, compilación de textos en homenaje a García Lorca. Reside en La Habana.
- Baltasar Martín** (Matanzas, 1955) Ingeniero civil estructural (ISPJAE, 1980); reside en Miami, donde trabaja como ingeniero estructural en la Compañía Donnell, Duquesne & Albaisa.
- Carmelo Mesa-Lago.** Catedrático distinguido emérito de Economía en la Universidad de Pittsburgh y catedrático de Relaciones Internacionales y América Latina en la Universidad Internacional de la Florida. En el 2002 publicará *Buscando un modelo económico para América Latina: Mercado, socialista o mixto. Chile, Cuba y Costa Rica*.
- Robin Moore.** Musicólogo norteamericano. En 2002 la editorial Colibrí publicará su monografía *Mestizaje y revolución musical en La Habana (1920/1940)*.
- Eusebio Mujal-León.** Profesor de ciencia política y director del Departamento de Ciencia Política en la Universidad de George-

- town. Autor de varios libros sobre política europea y latinoamericana.
- Carlos Olivares Baró.** (Guantánamo, 1950) Es autor de *La orfandad del esplendor*. Colabora en *Encuentro en la Red* con artículos sobre música popular cubana. Es profesor universitario en México, ciudad donde reside.
- Joaquín Ordoqui.** (La Habana, 1953) Escritor y ensayista. Escribe la sección de Música de *Encuentro en la red*. Reside en Madrid.
- Antonio José Ponte.** Ensayista y narrador cubano. Ha publicado, entre otros, *Cuentos de todas partes del Imperio*. Es miembro del Consejo de Redacción de *Encuentro*. Reside en La Habana.
- Enrique del Risco.** (La Habana, 1967) Su último libro publicado es *Lágrimas de cocrdrilo* (Cádiz, 1999). Es doctorando en la Universidad de Nueva York, ciudad en que reside.
- Guillermo Rodríguez Rivera.** (Santiago de Cuba, 1944) Poeta y profesor universitario. Ha publicado, entre otros libros, *Sobre la historia del tropo poético*, 1985. Reside en La Habana.
- Rafael Rojas.** (La Habana, 1965) Historiador. La editorial Colibrí ha publicado su ensayo *José Martí, la invención de Cuba*. Miembro del equipo de redacción de la revista *Encuentro*. Reside en Ciudad México.
- Tomás Sánchez.** (Cienfuegos, 1948) Expuso su «Obra reciente» en la galería Marlborough en París y Madrid. Vive entre Costa Rica y Miami.
- Martha Beatriz Roque.** Exprisionera de conciencia. Coautora del documento *La patria es de todos*. Dirige el Instituto Cubano de Investigaciones Económicas Manuel Sánchez Herrero. Reside en La Habana.
- Christopher Sabatini.** Polítologo norteamericano especializado en América Latina. Reside en Washington.
- Ilán Stavans.** Tiene la cátedra Lewis-Sebring de cultura latina y latinoamericana en Amherst College. Su libro más reciente es *On Borrowed Words: A Memoir of Language* (Viking).
- Jaime Suchlik.** Catedrático de Historia y Estudios Internacionales Emilio Bacardi Moreau y director del Instituto de Estudios Cubanos y Cubano-Americanos de la Universidad de Miami. Entre sus libros figura: *Cuba: From Columbus to Castro and Beyond* (1997).
- John Updike.** Novelista norteamericano. Ha publicado, entre otros libros, *Corre conejo*.
- Armando Valdés.** (La Habana, 1964) Su último libro publicado es la novela *Las vacaciones de Hegel*. Reside en París.
- Carlos Victoria.** (Camagüey, 1950) Autor, entre otros libros, de la novela *La ruta del mago*. Trabaja en *El Nuevo Herald*.

D I S T R I B U I D O R E S

Murcia, Albacete

DISTRIBUCIONES ALBA, S.L.
Avda. San Ginés, 147, Nave D
30169 San Ginés
Tel.: 968 88 44 27

Valencia, Castellón

ADONAY, S.L.
Ctra. de Picaña, 4
46200 Paiporta - Valencia
Tel.: 96 397 51 48 / 54 95
Fax: 96 397 58 76

Sevilla, Córdoba, Huelva, Cádiz, Ceuta, Campo de Gibraltar

CENTRO ANDALUZ DEL LIBRO, S.A.
Polígono La Chaparrilla,
parcela 34-36
41016 Sevilla
Tel.: 95 440 63 66
Fax: 95 440 25 80

Granada, Almería, Jaén, Málaga,

CENTRO ANDALUZ DEL LIBRO, S.A.
Carrión-Los Negros, 19
29013 Málaga
Tel.: 95 225 10 04

Madrid

CELESTE EDICIONES
Fernando VI 8, 1º centro
28004 Madrid
Tel.: 91 310 08 96 - 91 310 05 99
Fax: 91 310 04 59
e-mail: celeste@fedecali.es

Asturias

DISTRIBUC. CIMADEVILLA
Polígono Industrial Nave 5
Roces, 33211 Gijón
Tel.: 98 516 79 30

Canarias

LEMUS DISTRIBUCIONES
Catedral, 29
38204 La Laguna
Tenerife, Canarias
Tel.: 922 25 32 44

E X P O R T A D O R E S

CELESA

Moratines, 22, 1º B
28005 Madrid
Tel.: 91 517 01 70
Fax: 91 517 34 81

PUVILL LIBROS, S.A.

Estany, 13, Nave D-1
08038 Barcelona
Tels.: 93 298 89 60
Fax: 93 298 89 61

L'ALEBRIJE

Gosol, 39
08017 Barcelona
Tel.: 93 280 06 77
Fax: 93 205 77 24